

P. C. Doherty

EL FUEGO DEL DIABLO



Detectives medievales



Lectulandia

Eduardo I de Inglaterra llega a York para entablar negociaciones secretas con la orden del Temple, pero su llegada coincide con la enigmática muerte de un extranjero consumido por un extraño incendio.

El propio rey es agredido por un misterioso personaje que desaparece tras una cortina de fuego, y decide encargar a Hugo Corbett y a su inseparable Maltote la investigación de estos diabólicos incendios que tienen desconcertados y atemorizados a todos los habitantes de York.

Corbett sospecha inmediatamente que detrás de estos fenómenos se esconde el largo brazo de Craon, el famoso espía francés, pero lo que ignora es que también tendrán que vérselas con los templarios.

Lectulandia

Paul C. Doherty

El fuego del diablo

Hugo Corbett - 09

ePub r1.0

Titivillus 31.08.17

Título original: *Satan's Fire*
Paul C. Doherty, 1995
Traducción: Petunia Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hijo pequeño, Paul (Mr.T.T.)

Introducción

En las costas del mar Muerto, donde los djins y demonios descansan de su lucha constante contra el hombre, se alzaba la rocosa y árida aguilera de caminos empedrados de Am Massafia, fortaleza del jeque al-Jebal, *el Viejo de la Montaña*. Los senderos que llevaban a la guarida del Viejo eran estrechos, tortuosos y secretos, y siempre estaban acompañados por la sombra de las alas de los buitres. La entrada del último tramo, un trayecto peligroso a lo largo de un puente que colgaba sobre una abierta garganta, estaba protegida por soldados sudaneses armados con afiladas cimitarras atadas a la cintura. Al otro lado de este puente infernal, una vez se atravesaban varias puertas tachonadas, se abría al paso del viajante un palacio con suelos cubiertos de mosaicos, donde los patios frescos con fuentes de las que brotaba agua fría ofrecían su sombra ante la puesta de sol, los pavos se paseaban con un movimiento majestuoso y los pájaros de bello plumaje ofrecían su canto desde los jardines de rosas o movían ligeramente con sus alas las hojas de las moreras. Alrededor de los patios, celosías de madera construidas contra la pared estaban cubiertas de flores exóticas que llenaban con su fragancia la sequedad del aire, mientras los incensarios, situados en esquinas y estantes, esparcían su humo ambarino hacia un cielo siempre azul.

Sin embargo, los lugares situados bajo la fortaleza eran muy diferentes: oscuros pasillos sofocantes y galerías desprovistas de luz o aire, tan solo iluminadas en ocasiones por antorchas que parpadeaban apoyadas contra rocosas paredes sanguinolentas. Las mazmorras del Viejo de la Montaña retenían a un gran número de prisioneros. Algunos de ellos habían muerto hacía tiempo y la carne que se desprendía de sus huesos se había vuelto amarillenta por el calor. Otros habían perdido el juicio y permanecían agazapados como animales, encerrados en pequeñas celdas, arrastrándose como perros, con los ojos totalmente desorbitados y aullando atemorizados por la oscuridad. Pero en una de las celdas, el Desconocido, el caballero infiel de cabellos rojizos y ojos azules, se aferraba a la vida como podía y soñaba con vengarse. Gracias a este deseo, que ardía con fuerza en su interior, soportaba la oscuridad estigia y hacía retroceder a los demonios cada vez que intentaban apoderarse de su alma. El odio, la furia y sus ansias de venganza evitaron que perdiera la razón y se mantuviese entero en cuerpo y alma. Se negó a acostumbrarse a los horrores del silencio que le rodeaban y vivía constantemente en el pasado, en aquella terrible noche en la que la gran ciudad de Acre cayó en manos de los turcos. Recordaba una y otra vez el sonido de los timbales mientras riadas de musulmanes se colaban a través de la brecha que habían abierto en las murallas de la ciudad. Los regimientos armados de los mamelucos se abrían camino en medio de las ruinas del foso, pasando sobre multitud de cadáveres y armamento destrozado, obligando a retroceder a los caballeros heridos y acorralándolos en las calles. El prisionero pestañeó y miró de cerca las costras blancas que se le habían formado en brazos y

piernas. Cerró los ojos y le pidió a Dios que le mantuviera con vida. No deseaba la curación de su lepra, pero sí vivir lo suficiente para poder llevar a cabo su venganza.

En los frescos y opulentos salones situados sobre las mazmorras, el jeque al-Jebal, el Viejo de la Montaña, permanecía sentado, dominando la vista de un jardín amurallado de cuyas fuentes de mármol brotaba un vino espumoso que se mezclaba con la brisa perfumada. El Viejo, con los ojos entornados por el efecto del opio, miraba hacia abajo contemplando los pabellones con alfombras de seda y los pórticos adornados con azulejos de hermosos diseños, donde sus jóvenes guerreros yacían tumbados en compañía de mujeres circasianas y, bajo los efectos del hachís, soñaban encontrarse en el paraíso. Y así era; vivían en el paraíso hasta que el Viejo emitía sus órdenes. Una vez la suerte estaba echada, los jóvenes guerreros, vestidos con trajes blancos, cinturones rojos alrededor de la cintura y sandalias acabadas en oro, salían de la fortaleza en dirección a los valles para ejecutar la voluntad de su señor. Nadie podía oponerse a ella. Nadie se libraba de su sentencia de muerte. Dos dagas hundidas en las almohadas de la cama de la supuesta víctima y una torta de alcaravea en la mesa de al lado eran la señal del Viejo de la Montaña que anunciaba que sus Asesinos estaban preparados para llevar a cabo su voluntad.

El Viejo, que yacía en un diván de seda color púrpura entre los cuerpos desnudos y dorados de sus concubinas, se dio la vuelta, lo que perturbó por un momento el embriago sueño de sus mujeres. Fijó la vista en el techo de la sala, hecho de madera de cedro con incrustaciones de oro y diamantes. Se sentía intranquilo, por lo que trató de incorporarse mientras contemplaba a su alrededor las figuras inanimadas de pájaros labrados en oro y plata con plumas esmaltadas y ojos de rubí. A continuación acercó la mano hacia la mesa de al lado, sobre la que se habían dispuesto platos de oro y copas de ámbar con los vinos más dulces y las frutas más jugosas, pero desistió. Había comido y bebido demasiado. Estaba aburrido y los asuntos de los hombres requerían toda su atención.

—¿De qué le sirve a un hombre haber conquistado el mundo entero si sufre la pérdida de su alma inmortal? —murmuró por lo bajo el jeque al-Jebal, citando palabras de los cristianos.

La víspera habían llegado mensajeros con noticias del mundo exterior, con rumores sobre los concurridos mercados de Alejandría, Trípoli e incluso del lejano Occidente, de la tierra de los infieles: Roma, Aviñón, París y Londres. El jeque se levantó finalmente del diván y se desperezó. Un esclavo que permanecía de pie en una esquina se apresuró a colocar un manto blanco de gasa sobre los hombros de su señor. El Viejo se mostró indiferente ante el gesto, como si el esclavo no existiera. Después se dirigió hacia una pequeña alcoba, descorrió una cortina de piel de doble filo con relieves de oro y fijó la vista en una figurita de marfil.

—Es la voluntad de Alá —murmuró—. El deseo de Alá es que yo intervenga en el juego.

Cogió la figura del rey entre sus manos y mientras la frotaba contra su mejilla se

sentó en una especie de trono. Pensó en los reyes infieles de Occidente: Eduardo de Inglaterra, Felipe de Francia, así como en sus empedernidos enemigos, esos soldados-monjes, los templarios, con sus cruces rojas, sus majestuosos castillos y su inmenso poder. Mientras jugaba con la figura del rey, una sonrisa iba dibujándose lentamente en su rostro.

—Ha llegado la hora de hundirse entre los hijos de los hombres —resolvió.

Inglaterra y Francia estaban a punto de firmar un importante acuerdo de paz. La orden de los templarios, siempre dispuesta a defender su causa, podría aprovechar el acuerdo y hacer que los reyes y príncipes de Occidente fijaran su atención sobre el territorio reconquistado de Jerusalén y sus lugares sagrados. Una vez más, las flotas de Venecia, Genova y Pisa podrían invadir la costa palestina. Los templarios volverían a coger provisiones para sus castillos y los caballeros de mallas de hierro de Occidente desembarcarían en tierra para implantar su forma de vida en Acre, Damasco, Trípoli y Sidón, lo que convertiría la costa en un mar de sangre. Y todavía había más rumores. Historias extrañas, cosas que el Viejo de la Montaña apenas podía creer pero que esperaba poder averiguar. Cerró los ojos y susurró los tres mensajes secretos que sus Asesinos enviaban a cada una de las víctimas.

Sabed que hemos vuelto y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

Luego abrió los ojos. Pocos hombres se habían librado de tal sentencia. Solo uno, Eduardo de Inglaterra, quien durante su cruzada en Palestina, meses antes de convertirse en rey, fue herido en el hombro por un cuchillo envenenado pero, gracias a la bendición de Dios y a los cuidados de su esposa, consiguió sobrevivir. El Viejo de la Montaña empezó a jugar con los anillos que tenía en los dedos. Debía poner en práctica los secretos que había aprendido, pero la cuestión estaba en cómo podrían entrar sus Asesinos en la fría y nebulosa isla del rey Eduardo. Mientras pensaba en todo esto seguía entretenido con sus anillos, contemplando cómo la luz bailaba en las piedras preciosas. Finalmente levantó la cabeza: un escorpión no era la única manera de envenenar a un hombre.

—¡Traed al prisionero! —ordenó envuelto por la brisa perfumada del incienso—. Liberad al caballero infiel, al que llamamos el Desconocido. Él será quien ejecute mi mandato.

Tres meses después, las hermanas Cecilia y Marcia de la orden de San Benito se dirigían por la antigua carretera romana en dirección a la puerta conocida como Botham Bar, en York. Apenas había luz; la oscuridad empezaba a cubrir los húmedos bosques que se extendían a un lado y a otro del camino. Las dos hermanas, envueltas en sus hábitos marrones de lana y cada una montada en uno de los mejores palafreos del convento, cuchicheaban entre sí para ocultar su temor. Aunque tampoco estaban muy asustadas, pues su guía, Thurston de Guiseborough, que montaba a horcajadas su caballo unos pasos delante de ellas, era un corpulento y robusto labrador. Llevaba un pequeño escudo redondo colgado a la espalda y una espada y una daga cogidos al cinto. Su fuerte puño sostenía un garrote con el que podía hacer picadillo los sesos de un buey. Además, las dos hermanas disfrutaban asustándose la una a la otra. Constantemente lanzaban una rápida mirada a los lados del camino y a los oscuros árboles mientras recordaban algunas leyendas sobre cómo los romanos habían construido la carretera por la que transitaban. Hablaban de cómo en los fríos y húmedos bosques de los alrededores, los fantasmas de ese pueblo tan antiguo se reunían en las ruinas cubiertas de parras, donde los búhos, los zorros y los tejones construían su nido.

Los temores de las dos hermanas se hicieron más reales cuando la luz del día desapareció por completo y la maleza que flanqueaba el camino cobró vida con la presencia de animales nocturnos. Un jabalí se les cruzó en medio de la carretera cortando el aire con sus afilados colmillos. Escucharon el aullido de los zorros a la luna creciente y, desde algún caserío oculto entre los árboles, el triste ladrido de un perro al caer la noche. Las hermanas acercaron sus caballos. En silencio intentaban tranquilizarse. ¿Quién querría hacer daño a dos mujeres consagradas a Dios? Pero en realidad, en esos momentos, depositaron toda su fe en el fuerte puño de Thurston y en la inminente llegada del rey a York. Por ese motivo, los caminos y senderos de los bosques se habían limpiado de proscritos y vagabundos. Además, la presencia de numerosos soldados de la orden del Temple había hecho que villanos, delincuentes y lobos se mantuvieran bien alejados de la ciudad de York. Precisamente los templarios eran el tema de conversación de las hermanas: esos hombres de rostros bronceados, vestidos con cotas de malla y cubiertos con capas blancas de lana con una cruz roja de seis aspas. Acababan de pasar el feudo templario de Framlingham y los edificios envueltos en un halo misterioso habían propiciado la conversación acerca de esos extraños hombres. Los templarios eran soldados-monjes, vírgenes consagrados a la guerra, pero a la vez poseedores de grandes riquezas y secretos muy bien guardados. Las dos hermanas habían aprendido todo esto durante su estancia en casa de su madre superiora, en Beverley. En el refectorio habían cuchicheado sobre cómo los grandes señores de la orden del Temple entraron en el patio del convento pidiendo provisiones para ellos y para sus caballos, y sobre cómo llevaban en un carro, muy bien guardado, un cofre de seis candados, o eso dijo la madre Perpetua, que debía de contener alguna

reliquia de inmenso poder.

—¿Por qué sino —la madre Perpetua— iba a estar el carro tan bien guardado por caballeros, soldados de a pie y ballesteros, todos con la insignia de la orden?

Las hermanas Cecilia y Marcia se habían pasado todo el camino charlando sobre los distintos rumores que corrían acerca de los templarios. Pero ahora, atemorizadas por el canto de las lechuzas, se preguntaban si esos mismos hombres no habrían traído alguna maldición sobre aquellas tierras.

—Sin duda vivimos tiempos espantosos —afirmó la hermana Marcia—. Decidme, hermana, ¿cuándo se ha visto que llueva en época de siembra, se inunden los cultivos y se nos eche a perder el trigo?

—Tenéis razón —replicó la hermana Cecilia—. Todo el mundo habla de la escasez y del hambre que hay. Dicen que los pobres hasta mezclan clarión con harina.

—Y más cosas —añadió la hermana Marcia—. Cuentan que a las afueras de Hull, un cura vio cómo tres brujas lo perseguían montadas a caballo volando a un metro y medio del suelo.

—Y en Ripón —interrumpió la hermana Cecilia deseosa de contar también su chisme—, el demonio del mediodía fue visto bajo las extensas ramas de un tejo, echando fuego por los ojos y lanzando una mirada fulminante a las puertas del priorato.

De pronto las hermanas escucharon un ruido al frente. La hermana Cecilia soltó un chillido y se detuvo. Thurston siguió adelante maldiciendo entre dientes a las charlatanas hermanas; a continuación se paró y escudriñó con atención el camino.

—No pasa nada —añadió luego— aunque... —Thurston escondió su sonrisa y se rascó la barba fingiendo preocupación.

—¿Aunque... qué? —preguntó inquieta la hermana Cecilia.

—Bueno —contestó Thurston, haciéndose de rogar mientras se divertía a conciencia— corren algunos rumores...

—¿Qué rumores?

—Bueno, desde que los templarios vinieron a York —continuó Thurston clavando su mirada en la oscuridad—, se cuentan historias sobre demonios que bajo la forma de comadreas montan enormes gatos negros por estos parajes.

Las dos hermanas contuvieron con fuerza la respiración.

—Y también cuentan —empezó de nuevo Thurston con un tono de voz cada vez más bajo— que a las afueras de Walmer Bar se ha podido ver al mismo Satanás vestido con una toga de color púrpura y un sombrero negro en la cabeza —retrocedió unos pasos y, mirando la cara surcada por las arrugas de la hermana Cecilia, dijo—: su rostro era horrible: echaba chispas por los ojos, tenía la nariz de una enorme águila, las manos y las piernas llenas de pelo y los pies de un grifo.

—Bueno, basta —le cortó la hermana Marcia—. Thurston, nos estáis asustando. Además, ya deberíamos haber llegado a York.

Sí, pensó Thurston, y ya habríamos llegado hace una hora si no hubiera sido por

vuestro continuo chismorreó sobre diablos, templarios, demonios y magia negra. Alzó la vista hacia el cielo estrellado.

—No os preocupéis, hermanas —les dijo girando sobre sus hombros— dos millas más y habremos llegado a Botham Bar. Si conseguís que vuestros caballos aceleren el trote, el viaje se hará mucho más corto.

A las dos monjas les faltó tiempo para golpear con el tacón a sus caballos mientras gritaban a Thurston que no se alejara demasiado de ellas. El guía mantuvo su paso, satisfecho de haber asustado a ese par de charlatanas rechonchas que, desde que abandonaron Beverley, habían dedicado más tiempo a hablar de Satanás que de sus propias devociones. Thurston se detuvo. Un hombre de campo, un cazador innato como él, conocía los bosques y sabía distinguir cuando acechaba el peligro. Algo pasaba. Levantó la mano; su cuello se tensó y el corazón se le aceleró. Percibió un extraño olor en la brisa de la noche, un olor a humo, a leña y a algo más que se quemaba lentamente: carne humana. Thurston reconoció aquel olor. No había olvidado la vez que quemaron a la vieja bruja en la plaza del mercado en Guiseborough. La aldea había quedado infestada de aquel hedor durante días, como si la vieja arpía hubiera envenenado el aire hasta el último momento de su muerte.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada la hermana Cecilia intentando controlar a su normalmente dócil caballo, que ahora se movía inquieto tras percibir también aquel hedor.

—No lo sé —contestó Thurston—. ¡Silencio!

Las dos monjas callaron; luego se escuchó el ruido del galope de un caballo que se acercaba al frente. Thurston las echó a un lado del camino justo en el instante en que apareció el caballo haciendo temblar el suelo, con el cuello desencajado y las orejas gachas. Thurston se preguntó por un momento si podría detener al desbocado animal. El caballo, al verlos, saltó a un lado del camino y al caer de nuevo sobre sus patas traseras se adentró en el bosque y desapareció. Pero antes de que el animal saliera huyendo, Thurston se fijó en algo que heló sus venas: las fuertes piernas de un jinete todavía permanecían sujetas firmemente a los estribos.

—¿Qué pasa? —preguntó la hermana Cecilia con un hilo de voz.

Thurston se arrodilló a un lado del camino con las manos en el estómago.

—¡Thurston! —chilló la hermana Marcia—. ¿Qué pasa?

El guía se dio la vuelta y vomitó sobre la hierba. Luego asió con fuerza el odre de vino que colgaba del cuerno de la silla de la hermana Cecilia. A pesar de las protestas de las monjas, desabrochó las hebillas y bebió ansiosamente, derramando el licor sobre sus labios.

—Será mejor que nos movamos —dijo tapando el odre. Tras lanzárselo a la hermana Cecilia, prosiguieron la marcha sin mirar atrás. Doblaron la curva del camino y, atemorizados, se fueron acercando a un fuego que ardía ávidamente al final del bosque. La hermana Cecilia se quedó sin habla ante el horrible hedor; su caballo, moviéndose nervioso de un lado para otro, la acercó a las llamas. El fuego consumía

la mitad superior del cuerpo de un hombre. La hermana dejó escapar un grito de pavor y cayó de su silla como si fuera un saco, desmayada por la terrible escena que acababa de presenciar.

Capítulo I

York. Día de la Anunciación de 1303.
—¡El Señor sabe que lo necesito! —Eduardo de Inglaterra se peinó los cabellos grises con la mano y luego golpeó fuertemente con los puños la mesa del refectorio del priorato de San Leonardo, a las afueras de York. El estruendo retumbó por la alargada habitación de paredes blanqueadas—. ¡Necesito dinero! —gritó el rey.

Sin embargo, los comandantes del Temple, los oficiales de la orden religiosa y militar más importante de la cristiandad, no se asustaron ante el comportamiento intimidante del rey de Inglaterra. Los cuatro oficiales dirigieron la mirada hacia el otro lado de la mesa, donde estaba sentado Jacques Molay, el gran maestre de la orden que había llegado recientemente de Francia, y que, sentado en una silla de alto respaldo, permanecía con las manos cruzadas como si rezara.

—¿Y bien? —rugió el rey Eduardo.

Molay separó las manos, su rostro bronceado por el sol se mostraba impasible y sus ojos grises miraban al furioso rey inglés sin reflejar el menor temor.

—¿Y bien? —volvió a exclamar el rey—. ¿Pensáis contestarme o darme vuestra bendición?

—Con el debido respeto, excelencia, no somos vuestros súbditos.

—¡Por el amor de Dios, algunos sí los sois! —estalló el rey Eduardo. Se enderezó en su silla y con la yema de los dedos empezó a tamborilear sobre la mesa—. De camino aquí he pasado por vuestra propiedad, por el feudo de Framlingham; he visto vuestra elegante verja, vuestros campos, vuestros estanques y vuestros huertos. Esas tierras son mías. El ganado y las ovejas que pastan en ellas me pertenecen. Los gorriones que hacen sus nidos en los árboles y las palomas que guardáis en vuestros palomares también son míos. Mi padre os regaló el feudo y, del mismo modo, yo os lo puedo arrebatar.

—Todo lo que tenemos —respondió con calma Molay— nos lo ha dado Dios. Esas tierras nos las concedieron nobles príncipes como vuestro padre, para que sigamos luchando contra los infieles y recuperemos los lugares sagrados de ultramar.

Eduardo de Inglaterra se vio tentado a contestar que los templarios, por el momento, habían hecho una pobre labor al respecto; pero su mirada cruzó antes la habitación en busca de la aprobación del escribano de cabellos negros que, sentado en el alféizar de la ventana, sacudía con disimulo la cabeza. El rey contuvo la respiración y luego la soltó con estruendo. Finalmente alzó la vista hacia las vigas del techo laboriosamente labradas.

—Necesito dinero —prosiguió Eduardo de Inglaterra—. La guerra en Escocia casi se ha terminado. Si por lo menos pudiera atrapar a ese bastardo escurridizo de Wallace...

—Pero la guerra con Francia se ha acabado —interrumpió Molay—. Vuestra excelencia y su augusta majestad, Felipe IV, están a punto de firmar un acuerdo de

paz para la eternidad.

El tono sarcástico de sus palabras no pasó inadvertido al rey Eduardo, que hizo un esfuerzo por ocultar su sonrisa.

—Vuestro hijo —continuó Molay—, vuestro futuro heredero, el Príncipe de Gales, se va a casar con la princesa Isabel, hija de Felipe IV, con lo que traerá consigo una gran dote.

Juan Warrenne, conde de Surrey, sentado al lado izquierdo del rey, eructó sin la mayor delicadeza en señal de respuesta. Sus ojos permanecían clavados en el rostro de Molay. Eduardo de Inglaterra pisó disimuladamente con su bota el pie de Warrenne.

—Quizá la respuesta de mi buen conde no haya sido muy elegante —terció el rey —; pero, *sir* Molay, no se burle de nosotros. Isabel tan solo tiene nueve años; todavía faltan tres para que pueda casarse y yo tengo que llenar mis arcas en los próximos meses. Necesito un nuevo ejército en Escocia a mediados de verano.

El rey Eduardo miró con desesperación a cada uno de los cuatro comandantes de la orden del Temple y albergó ciertas dudas sobre si finalmente decidirían ayudarle. Eran ingleses y conocían bien los problemas que le acechaban sin tregua. Bartolomé Baddlesmere, calvo como un huevo de paloma, de cabellos grises y un rostro curtido por el tiempo que no mostraba ninguna compasión; a su lado, William Symmes, con la cara echa un mapa de cicatrices y un parche negro en el ojo izquierdo, cabellos rubios que caían lacios sobre su cara y la hacían todavía más alargada. «Ni una señal de esperanza», pensó el rey Eduardo; ambos habían nacido y crecido entre los templarios y para ellos su maldita orden era lo primero. Por consiguiente, el rey Eduardo buscó la mirada de Ralph Legrave, quien, veinte años atrás, había servido como caballero a la casa real. Ahora llevaba la capa blanca de los templarios con el emblema de la cruz roja. Sin embargo, el rostro alegre, todavía aniñado y de piel tersa de Legrave no mostraba ninguna compasión por su antiguo señor. Frente a Legrave, al otro lado de la mesa, se sentaba Richard Branquier, alto y seco, el gran chambelán de los templarios de Inglaterra. Con el dorso de la mano intentaba evitar que la nariz le siguiera goteando y, por no encontrarse con la mirada del rey, fijó la vista con rostro apenado en los libros de cuentas que tenía enfrente.

«Me mira como si fuera un maldito comerciante —pensó el rey Eduardo— y yo no pudiera comprarle nada». El rey bajó la mirada hacia las manos que tenía cruzadas en el regazo. «Cómo me gustaría partirlas el cráneo en dos», pensó. A su lado, Warrenne movía intranquilo los pies a la vez que sacudía la cabeza lentamente de un lado para otro. El rey Eduardo lo cogió por la muñeca y la apretó con fuerza. Warrenne no era el más sensato de sus condes y el rey adivinaba lo que podía suceder a continuación. Si la reunión se alargaba demasiado y los templarios seguían manteniéndose en sus trece, Warrenne no se lo pensaría dos veces antes de agredirles verbalmente e incluso hacer uso de la fuerza física. Eduardo de Inglaterra miró entonces al hombre que estaba sentado al lado de la ventana con la vista fija en los

patios. «¡Maldito bastardo!», pensó el rey. *Sir* Hugo Corbett, guardián del sello secreto del rey, debería estar a su derecha, en vez de mirar por la ventana pensando ensimismado en su esposa de cabellos dorados. El silencio en el refectorio del priorato se hizo insoportable. Los templarios permanecían inamovibles en sus sillas, como si fueran estatuas.

—¿Queréis que os lo suplique? —preguntó entonces el rey Eduardo.

El rey se frotó una mancha que tenía incrustada en la túnica morada. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo Branquier se inclinaba y susurraba algo al oído de Molay. El gran maestro asintió con un suave movimiento de cabeza.

—¿Se encuentra el Tesoro del rey en York? —preguntó Molay.

—Sí, se encuentra aquí; pero mis arcas están vacías —replicó el rey Eduardo.

Branquier retiró la mano de los libros de cuentas e hizo rodar una moneda de oro por el suelo. El rey Eduardo la cogió con gran habilidad, y el corazón le dio un vuelco cuando la observó con cuidado. Acto seguido miró a Warrenne con un gesto de sorpresa.

—Otra más —le susurró mientras se la pasaba al conde.

Este la miró con curiosidad. Era grande como un chelín, la moneda parecía nueva y tenía una cruz acuñada en cada uno de los lados. Estimó su peso levantándola suavemente con la mano.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo el rey—. ¿Eso es todo lo que me vais a dar?

—Dijisteis que vuestras arcas están vacías —Branquier se inclinó sobre la mesa y con su huesudo dedo señaló la moneda que Warrenne se pasaba de una mano a otra—. Sin embargo, majestad, estas monedas están por todo York, recién acuñadas. ¿Acaso no son de la casa real?

—No, no lo son —replicó el rey Eduardo—. Desde mi llegada a las afueras de York, he visto miles de monedas como esta pero no pertenecen a nuestra casa real.

—¿Pero quién puede poseer tanta cantidad de oro? —preguntó Branquier—. ¿Quién podría hacer circular esas preciosas monedas?

—No lo sé —afirmó el rey—, pero si lo supiera, me quedaría con todo el oro y colgaría al bastardo que está detrás de todo esto —acto seguido se sacó un chelín de su bolsa de monedas y lo lanzó sobre la mesa—. Esto es lo que fabrica nuestra casa real, *sir* Richard, monedas de plata. ¡Tienen tanta plata como yo tengo en mi... ejem... mano! —añadió el rey rápidamente.

—¿Pero quién podría falsificar esas monedas? —insistió Molay—. ¿Quién podría tener tanto oro, además de los medios para moldear un metal tan precioso?

—No lo sé —volvió a responder el rey—. Y con el debido respeto, gran maestro, eso es asunto mío. La falsificación de monedas se considera traición en nuestro reino. Pero no veo la relación que puede haber entre esto y el asunto que tenemos entre manos.

—¿Y cuál es?

—Un préstamo de cincuenta mil libras esterlinas —replicó el rey Eduardo.

Sus palabras causaron un revuelo entre los templarios, que sacudieron con vigor sus cabezas.

—¿Y vos no podríais —empezó a decir Baddlesmere sin apartar la mirada de Branquier— pedirle a su majestad Felipe de Francia un anticipo de la dote de su hija? Después de todo, su enviado, *sir Amaury Craon*, se encuentra alojado en vuestro priorato.

El rey Eduardo lanzó una mirada a Corbett. El escribano, al oír el nombre de su empedernido enemigo y oponente político, prestaba ahora toda su atención a la conversación.

—¿Qué pensáis de esto, *sir Hugo*? —le preguntó el rey Eduardo—. ¿Debería enviaros a Francia y pedirle a mi hermano cristiano que vacíe sus arcas?

—Como si me enviáis a la luna, majestad. El rey Felipe está incluso más arruinado que vos.

—¿Pero qué es lo que realmente queréis —instó Molay—, un préstamo o una donación?

Una sonrisa de oreja a oreja cruzó el rostro del rey Eduardo. Le guiñó un ojo a Corbett: los templarios estaban dispuestos a negociar.

—Si vos desearais hacerme una donación, gran maestre —añadió el rey—, en ese caso, la aceptaría con mucho gusto.

—Permitidme que me explique, majestad —continuó el gran maestre—. Si vos reconocéis todas las posesiones de los templarios en Inglaterra y Gascuña...

El rey Eduardo asintió rápidamente antes de que Molay terminara de hablar.

—Si permitís la entrada libre a nuestros comerciantes y reconocéis nuestra iglesia templaria en Londres... En una palabra, queremos vuestro reconocimiento —concluyó Molay—, reconocimiento de todos nuestros bienes muebles e inmuebles.

El rey permanecía de pie a su lado, sonriente.

—Sí, sí, por supuesto —afirmó.

—Y una cuarta parte del oro —añadió Molay.

El rey Eduardo se sentó en su silla.

—¿Qué oro?

—Vos os referisteis a un falsificador —apuntó Molay—. Sea quien sea debe de poseer una gran cantidad de oro. Queremos una cuarta parte del total.

—De acuerdo —accedió el rey.

—Y por último —continuó Molay inclinándose hacia delante y frotándose la manos—, hace doce años, Acre, la última fortaleza que poseíamos en ultramar, nuestra puerta a los lugares sagrados, cayó en manos de los infieles.

—¡Bien lo sabe Dios! —asintió el rey Eduardo con lástima—. La ciudad de Acre es una espina que tengo clavada en el alma —y mientras decía esto pisó con fuerza el pie de Warrenne, por si al conde se le escapa alguna risita.

—Sí, por supuesto, estoy convencido de ello —replicó Molay con sarcasmo.

—Luché en territorio sagrado —explicó el rey—. Hace treinta años viajé a

aquellas tierras con mi querida esposa Eleonor. Supongo que recordaréis que el Viejo de la Montaña envió a un asesino para que me matara.

—Pero su majestad pudo salvarse gracias a los cuidados de un médico templario —apuntó Molay—. Majestad, os salvasteis con un propósito. Nos gustaría que vos defendierais la Cruz. —La sonrisa se desvaneció en ese momento del rostro del rey—. Queremos que juréis ante Dios que emprenderéis una nueva cruzada y que os uniréis a los templarios para liberar Acre e iniciaréis una guerra sagrada contra las fuerzas del islam. Si accedéis, se os concederán de nuestras arcas de Londres, a través de banqueros italianos, hacia la festividad de San Pedro y San Pablo, cincuenta mil libras esterlinas.

—Accedo —replicó el rey entusiasmado.

—Pero queremos vuestro juramento inmediato.

—Imposible —se negó el rey Eduardo—: todavía estoy en guerra con los escoceses.

—Pero, cuando la guerra termine, ¿estáis dispuesto a prestar vuestro juramento? —insistió William Symmes palpándose el parche de su ojo izquierdo—. La guerra contra Escocia pronto terminará. Nosotros hemos cumplido con vuestra donación. Ahora os toca a vos acceder a nuestra petición.

El único ojo del templario brillaba con fuerza. El rey Eduardo lamentó haberse precipitado en su decisión. Todos se habían puesto de acuerdo, pensó. Lo tenían todo planeado, incluso antes de que se encontraran. Lanzó una mirada a Corbett y vio en sus ojos un «ya os lo advertí».

—Mañana por la mañana —continuó Molay—, cuando vayáis a York para asistir a la misa de la abadía de Santa María, nos gustaría que hicierais un juramento después de recibir la eucaristía y que prometáis, con la mano sobre la Biblia, que una vez se termine la guerra contra Escocia apoyaréis nuestra cruzada.

—¿Y obtendré el dinero?

—¿Vos prestaréis juramento?

—Sí, sí; mañana efectuaré mi entrada en York por la puerta de Micklegate y cruzaré la Trinidad para oír la misa en la abadía. Haré mi juramento pero ¿vos me entregaréis el dinero?

—Tal como os lo hemos prometido —contestó Molay. Se inclinó sobre la silla—. Pero cuando nos citasteis para esta reunión, dijisteis que había otros asuntos.

Sir Hugo Corbett continuaba mirando a través de la ventana. Un juglar entretenía a las tropas reales en el patio de abajo. El malabarista lanzaba bolos al aire que luego recogía con gran habilidad, mientras un escuálido y peludo oso con un mono en los hombros bailaba pesadamente al son de un flautista. Escuchó como Molay hizo hincapié en las palabras «otros asuntos» y lanzó un suspiro. Se levantó y caminó hacia la mesa para sentarse a la derecha del rey.

—¡Por el amor de Dios, dejad de soñar! —siseó el rey—. Podíais haber servido de más ayuda.

Los comandantes de los templarios fingían mantener una conversación entre ellos y de vez en cuando levantaban la vista por encima de la mesa.

—Parece más un monje —susurró Branquier mientras observaba a Corbett, sus oscuros cabellos con mechones canosos a la altura de las sienes, sus ojos penetrantes, su tez morena y tersa. Los templarios habían escuchado el comentario de reprimenda del rey y ahora deseaban ver cuál era la reacción del aquel escribano al que envolvía un halo de misterio. Corbett inclinó los codos sobre la mesa y acercó su cara a unos pocos centímetros del rey Eduardo.

—Majestad —le susurró—, vos no necesitáis mi ayuda. Como siempre, habéis demostrado una habilidad que hasta el mismo demonio admiraría, aunque ¿para qué...?

El rey le hizo callar con una mirada de fingida sorpresa.

—Ya tenéis el dinero —continuó—; los escribanos de la casa real redactarán el acuerdo de manera que podréis jurar lo que vos deseéis.

—No creáis que ya os podéis ir a casa —masculló el rey entre dientes con rencor—; os quiero aquí, Hugo. Y ahora explicad a nuestros invitados cuáles son nuestros problemas.

—Maese Molay —empezó Corbett—, comandantes del Temple —se puso en pie—, lo que os voy a contar a continuación es secreto confidencial. El rey os habló de su enemigo, el Viejo de la Montaña. Vos sabéis, como hombres que habéis vivido y luchado en ultramar, que el Viejo dirige una secta de peligrosos asesinos.

Sus palabras se recibieron en medio de un murmullo de afirmaciones.

—Esa secta —prosiguió— se enorgullece de afirmar que ningún hombre ha podido escapar de sus amenazas. Ni el mar, ni las montañas, ni el desierto suponen un obstáculo. Siempre siguen el mismo ritual: dos dagas, cada una envuelta en un paño de seda roja y atravesando un trozo de torta de alcaravea, fueron encontradas clavadas en las puertas de la catedral de San Pablo, en Londres. —Corbett sacó un trozo de pergamino de su zurrón—. Cada daga tenía atado un fajín rojo y de una de ellas colgaba el siguiente mensaje:

Sabed que hemos vuelo y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

Corbett hizo una pausa. Sus palabras causaron conmoción entre los templarios. Arrastraron las sillas hacia atrás y sus rostros dejaron de permanecer impasibles. La sola mención de sus enemigos —así como la ofensa de sus palabras— hizo que los templarios llevaran las manos a sus dagas y mascullaran algunas amenazas.

Sin embargo, el gran maestro Molay permanecía sentado, inamovible como una estatua de piedra.

—¿Cómo es posible? —exclamó Legrave—. Los Asesinos viven en los desiertos de Siria. No tienen ningún sitio donde puedan alojarse en Cheapside.

Sus palabras causaron algunas risas.

—Y en Londres —empezó Baddlesmere—, uno de esos Asesinos llamaría tanto la atención como un halcón entre una bandada de palomas.

Corbett sacudió la cabeza.

—Vos mencionasteis a *sir* Amaury Craon. En efecto, se encuentra aquí para llevar a cabo las negociaciones sobre la boda de la hija del rey Felipe —Corbett hizo una pausa para elegir con cuidado sus palabras—. Pero, ayer, Craon también trajo noticias de Francia. Se ve que un mensaje parecido fue colgado en las puertas de San Denis y, un poco después, mientras el rey Felipe estaba de cacería en los bosques de Bolonia, un misterioso arquero intentó acabar con su vida.

Las palabras de Corbett hicieron callar a todos los presentes y sus miradas se dirigieron hacia él.

—*Sir* Hugo, todavía no ha contestado a nuestra pregunta —afirmó Molay con serenidad—: ¿Cómo es posible que un asesino se pasee por las ciudades de París y Londres sin ser reconocido?

—Gran maestro, ¿acaso no es cierto que existen ciertos lazos entre vuestra orden y los Asesinos?

Molay hizo callar las voces de protesta del resto de comandantes.

—Habíamos tenido pactos con ellos, igual que vuestro rey los tuvo con varios califas y sultanes, por no mencionar a los reyes de Mongolia. Pero hablad, ¿qué es lo que ibais a decir?

—*Monsieur* Craon —continuó Corbett— cree que el asesino es un apóstata, un renegado, un miembro de vuestra orden.

Al oír tales afirmaciones los comandantes se pusieron en pie derrumbando sillas y taburetes. Baddlesmere sacó su daga y apuntó a Corbett rojo de furia.

—¿Cómo os atrevéis? —exclamó—. ¿Cómo osáis acusarnos de traición? Somos monjes cristianos. Entregamos nuestra vida y nuestra sangre en defensa del credo sagrado de Dios.

—¡Sentaos! —ordenó Molay—. ¡Sentaos todos! —su rostro quemado por el sol se había vuelto ahora de un gris cenizo y los ojos del gran maestro brillaban con furia.

—Será mejor que os sentéis —repitió Warrenne—. Sacar una daga o una espada en presencia del rey se considera alta traición.

—Había escuchado rumores de lo que pasó en París —declaró Molay—. Y no pienso creerlos hasta que se conozcan bien los hechos. ¿Qué pruebas tiene Craon para hacer tales afirmaciones?

—Bastantes —intervino el rey Eduardo—. Primera: el día en que tuvo lugar el asalto al rey Felipe, un soldado que llevaba ropas de vuestra orden fue visto huyendo

campo a través por los bosques de Bolonia. Segunda: los templarios viven en Londres y París. Tercera: los templarios conocen los rituales de los Asesinos: la daga, la seda roja, la torta de alcaravea y el mensaje. Cuarta —el rey Eduardo se enderezó en su silla y apuntó con un dedo a Molay—: Vos sabéis, gran maestro, que hay muchos miembros de vuestra orden, quizás incluso sentados a esta mesa, que creen que los templarios fueron expulsados de Tierra Sagrada debido, o por lo menos eso piensan, a que los reyes de Occidente no les apoyaron lo suficiente. Y por último —el rey Eduardo alzó la vista al techo—, os recuerdo que hace treinta años los Asesinos intentaron matarme. Pero no lo consiguieron y yo mismo le rompí la crisma al culpable con un taburete. Muy pocos conocieron el asalto del que fui víctima; muchos de los caballeros que entonces estaban conmigo ya han muerto, pero aparte de ellos... solo lo sabían los templarios.

—¿Y queda algún otro asunto por tratar? —preguntó Molay cambiando de tema.

Corbett, haciendo caso omiso al rencor que sus palabras habían despertado, continuó hablando como si nada.

—El padre del rey os concedió durante su reinado el feudo de Framlingham situado a las afueras de York, en la carretera de Botham Bar. Desde entonces el cuidado se dejó en manos de administradores y alguaciles. Sin embargo, durante las dos últimas semanas, coincidiendo con vuestra llegada a York, nos han llegado informes sobre sucesos muy extraños: se ha visto el humo de hogueras en los bosques en plena noche, se ha prohibido el paso a ciertas habitaciones y galerías...

—¡Eso no son más que tonterías! —interrumpió Branquier—. Somos una orden religiosa. Tenemos nuestros propios rituales. *Sir* Hugo, los templarios somos una comunidad enclaustrada; no permitimos que cualquier intruso conozca nuestras actividades, al igual que su majestad o vos mismo no autorizáis la entrada a todo el mundo en las talas de la Cancillería de Westminster o en la Cámara del Tesoro de la Torre.

—Pero ahí no acaba la cosa —prosiguió Corbett—. *Sir* Branquier, vos mismo nos mostrasteis una moneda de oro que, por supuesto, no procede de la casa real. Y con el debido respeto, debo informaros de que esas monedas de oro aparecieron precisamente durante el mes pasado, es decir, justo cuando vos y vuestros acompañantes os hospedasteis en el feudo de Framlingham.

Los comandantes contestaron a gritos ante tales acusaciones, golpeando la mesa con los puños en señal de protesta. Molay permanecía impassible, aplaudiendo con elegancia y alardeando de la disciplina de hierro por la que los templarios eran tan conocidos.

—Será mejor que acabéis de una vez, *sir* Hugo —declaró con resignación—. ¿De qué más somos responsables? ¿No pensaréis que tuvimos algo que ver con la extraña muerte en el camino de Botham Bar?

Corbett dejó asomar una sonrisa.

—Ahora que lo mencionáis, gran maestro, dos monjas, las hermanas Cecilia y

Marcia, acompañadas por el guía Thurston, se presentaron delante del alcalde y del concejal de la ciudad y juraron que, cuando ya estaban cerca de York, un caballo, con el cuerpo de un hombre mutilado de cintura para abajo, se abalanzó sobre ellos. Y más adelante, dicen, descubrieron la otra mitad del cuerpo que ardía en medio de un fuego cuya causa no pudieron descubrir.

—Sí, ya lo hemos oído —replicó Baddlesmere—. Todo York habla de lo mismo. El cuerpo del hombre fue quemado de tal modo que ha sido imposible reconocerlo.

—No exactamente —interrumpió *sir* Hugo—. El hombre solo fue quemado de cintura para arriba, la parte de abajo y las piernas... —añadió encogiéndose de hombros—. Bueno, ya conocéis la historia. Pero lo que resulta extraño es que nadie sabe quién era, por qué fue atacado, quién lo mató y luego le prendió fuego.

—¡Protesto! —exclamó Branquier volviéndose hacia Molay—. Gran maestre, fuimos invitados a esta reunión pero se está abusando de nuestra paciencia. Siempre hemos servido a la Corona de Inglaterra con fidelidad y acabamos de concederle una donación más que generosa. Y ahora el escribano del rey, el guardián del sello secreto, delante de nuestra presencia, no hace más que lanzar terribles acusaciones contra nuestra orden.

Molay apoyó los codos sobre la mesa y tamborileó los dedos sobre ella.

—No, no —negó Molay moviendo la cabeza—. Vos no estáis diciendo tal cosa, ¿verdad, *sir* Hugo? ¿No creeréis que los templarios seamos culpables de esas fechorías?

—No, gran maestre, por supuesto que no —afirmó Corbett mirando con tristeza a Branquier—. Y debéis recordar: Primero, que no hemos hablado de vos a vuestras espaldas, todo lo contrario, os hemos informado con sinceridad acerca de lo que rumorean los demás. Segundo, debéis admitir que se da una curiosa coincidencia entre vuestra llegada y esos extraños acontecimientos. Tercero, y más importante, los templarios tenéis vuestro propio reino. Poseéis casas desde las fronteras de Escocia hasta la punta de Italia; desde Ruán en Occidente hasta las costas de los eslavos. Y ahora esas monedas de oro, esos cuerpos quemados... —Corbett se encogió de hombros—. Todos estos asuntos se pueden resolver, pero la traición a nuestro rey es ya otro tema. En cuanto a vos, podéis utilizar vuestra información y vuestro poder para saber qué es lo que se rumorea en las cortes.

—En otras palabras —señaló Molay—, os gustaría que descubriéramos por qué los Asesinos han decidido abrir viejas heridas en contra de vuestro rey.

—Exacto —replicó Corbett—. Nuestra intención no es la de amenazaros —se volvió e hizo una reverencia al rey Eduardo—. El rey ha accedido a reconocer vuestros derechos y privilegios. Tan solo deseamos vuestra ayuda en todo este asunto. Os quedaríamos muy agradecidos si colaboraseis.

—Y esto no tiene por qué afectar a nuestro acuerdo —apuntó el rey.

—No —replicó Molay—, claro que no.

El rey soltó un suspiro.

—Entonces nos vemos mañana en la abadía. Juraré públicamente.

Tras estas palabras, la reunión se dio por concluida. Molay y sus comandantes hicieron una reverencia al rey y, girando sobre sus talones, emprendieron la marcha. El rey Eduardo, Warrenne y Corbett permanecieron sentados en el refectorio mientras el ruido de los pasos de los templarios se perdía a lo lejos. El rey sonrió con satisfacción a Corbett.

—He conseguido lo que quería, ¿no es así?

—Y los templarios también, majestad. Vuestro juramento será una declaración pública de que los apoyáis.

—Ha sido una pena —prosiguió el rey reclinándose en su silla— que tuvierais que lanzar tales acusaciones en su presencia.

Corbett sonrió desde su escritorio mientras empezaba a aclarar su cubeta para escribir.

—Majestad, habéis sido amenazado. Nos podíamos haber limitado a acusar a los templarios de haber enviado ese mensaje. Pero al exponerles la situación cara a cara, les estáis advirtiéndole de que quizá su orden no goza del mismo apoyo que antaño.

—¿Creéis que hay algo de verdad en la amenaza de los Asesinos? —preguntó Warrenne.

—Es verdad que se encontraron las dagas —reconoció Corbett—. Hace treinta años su majestad fue atacado por la misma secta. Y además, no olvidemos las advertencias de *monsieur* Craon —añadió—; pero, en general, todo resulta demasiado vago.

—En otras palabras —declaró el rey Eduardo, poniéndose en pie y estirando todos sus músculos—, no creéis que sea lo suficientemente importante para que os retenga en York, ¿me equivoco, Hugo? Y así, de este modo, podréis regresar a vuestro feudo en Leighton y acudir en brazos de vuestra amada esposa Maeve y la pequeña Eleonor.

—Ya han pasado tres meses, majestad. Prometisteis que me dejaríais marchar para la Candelaria y ya han pasado siete semanas.

El rey Eduardo bajó la vista para mirarle fijamente.

—Asuntos de Estado, *sir* Hugo. —El rey levantó los largos y agrietados dedos de la mano—. Tenemos que ocuparnos de los problemas del ayuntamiento de York y del enviado de Francia que se encuentra en nuestro reino. Luego están las negociaciones de boda de mi hijo, el asunto de la falsificación de monedas y el problema de los templarios —el rey dio unas palmaditas en los hombros de Corbett—. Os necesito a mi lado.

—Y mi mujer me necesita en casa —replicó Corbett con sequedad—. Me disteis vuestra palabra, majestad. Vos, Eduardo de Inglaterra, cuyo lema es «Mi palabra es mi promesa».

El rey se encogió de hombros.

—Bueno, unas veces lo es... —recogió la capa del respaldo de su silla y se la

colocó alrededor de los hombros— y otras no.

—A todos nos encantaría reunimos con nuestra esposa e hijos —añadió Warrenne, lanzándole una mirada de rabia.

En su interior se preguntaba por qué el rey permitía que un escribano le hablara con esa frescura. Corbett se mordió la lengua. Le hubiera gustado decirle al conde que si él se hubiera casado con *lady* Warrenne, también intentaría permanecer el mayor tiempo posible alejado de ella. Luego miró al rey.

—¿Entonces me puedo ir, majestad?

El rey Eduardo apretó los labios.

—A mediados de abril. Os lo prometo, para entonces os podréis marchar. Pero, mientras tanto —dijo el rey Eduardo dirigiéndose hacia la puerta y chasqueando los dedos para que Warrenne le siguiera—, quiero que desenmascaréis al falsificador y que no quitéis los ojos de encima a los templarios. Y todavía quedan muchas más peticiones por atender de nuestros ciudadanos de York. Vos y vuestro bribón amigo, Ranulfo, podréis haceros cargo de ellas. —El rey hizo una pausa mientras apoyaba una mano en el pomo de la puerta—. Ah, y para demostrar que no guardamos ningún resentimiento al gran maestro, dirigíos a la taberna de Hubert Seagrave. Es dueño del establecimiento más grande de todo York, a las afueras de Coppergate. Pedidle un tonel de su mejor Gascuña y mañana, después de mi juramento, llevadlo a Framlingham como una ofrenda de mi parte.

Corbett, aún sentado, se dio la vuelta.

—¿Y pensáis organizar una nueva cruzada, majestad?

El rey Eduardo le miró con inocencia.

—Por supuesto, Hugo. He dado mi palabra. Una vez se solucionen todos los problemas en Inglaterra, vos, Warrenne y yo mismo iniciaremos una cruzada hacia Jerusalén.

Y, sonriendo para sus adentros, el rey salió del refectorio seguido de Warrenne. Corbett lanzó un suspiro y se levantó. Su mirada se quedó suspendida en la enorme estancia, dominada por una cruz negra que colgaba de la pared y un tríptico de vivos colores situado sobre la chimenea. Volvió a acercarse a la ventana y miró hacia los patios. Los soldados del rey habían convencido a dos mendigos ciegos para que se batieran en duelo con espadas de madera. Los dos hombres, de cabellos desgreñados y ropas harapientas, daban bandazos y se golpeaban el uno al otro, tambaleándose y dirigiendo sus espadas al aire. El círculo de soldados los abucheaba para que no desistieran mientras profería grandes carcajadas.

—¿Acaso no has tenido suficiente? —se preguntó Corbett—. ¿No has visto ya suficiente humillación y muertes en la marcha contra los escoceses?

Se sentó en el alféizar de la ventana. Desde finales de enero el rey había estado en los condados del norte, luchando en la frontera escocesa e intentando combatir o capturar al líder escocés William Wallace. Estaba harto de ver aldeas y caseríos arrasados y destruidos por el fuego lento de las llamas, cuerpos esparcidos por todas

partes hundidos en charcos de sangre. No podía soportar más columnas de humo, ese hedor a muerte y putrefacción, horcas llenas de cuerpos desnudos colgando como gusanos, el ganado sacrificado flotando en ríos y fuentes, todo consumido por el fuego que el rey Eduardo prendía allí por donde sus tropas pasaban.

Corbett no solo deseaba reunirse con su esposa Maeve y su hija Eleonor porque las echara de menos, sino porque estaba harto de la forma despiadada en la que el rey Eduardo pretendía dominar a los escoceses, harto de las complicaciones y sutilezas de las intrigas de la corte, de nobles como Warrenne, que creían que eran amos y señores de la tierra y que pensaban que el resto de hombres y mujeres habían nacido para servirles. Los dos ciegos se habían puesto a llorar. Corbett estuvo a punto de olvidar el suceso, pero se levantó y abrió de par en par la ventana.

—¡Ya basta! —gritó.

Uno de los soldados quiso contestarle con un gesto obsceno, pero su compañero reconoció inmediatamente a Corbett y se apresuró a susurrarle algo al oído. Corbett llamó a un sargento.

—¡Dad una limosna a esos hombres! —ordenó—. ¡Dadles pan y vino y dejadles que prosigan su camino!

El sargento de cabellos canosos sacudió la cabeza.

—Los muchachos solo se divertían, maese.

—Pues ya se han divertido bastante —replicó Corbett—. Y aseguraos de que vuestros muchachos pagan por su diversión. Organizad una recolecta para esos hombres.

Esperó a que el sargento llevara a cabo sus órdenes y luego cerró la ventana. Acto seguido alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Ranulfo, su criado, ahora escribano también de la Cancillería del Sello Verde, entró en la sala con paso majestuoso. Llevaba recogido el cabello de color pajizo con una coleta en la nuca. Orgulloso de su túnica de escribano azul cielo ribeteada con piel de ardilla, Ranulfo apoyó las manos en el ancho cinturón que rodeaba su cintura. Sus ojos de gato pestañearon mientras una sonrisa iluminaba su rostro.

—¿Volvemos a casa, amo?

—¡No! —replicó Corbett—. No volvemos. —Se sentó de nuevo a la mesa.

Ranulfo hizo una mueca a Maltote, el mensajero de cabellos dorados y facciones suaves de Corbett.

—¡Bien! —murmuró Ranulfo por lo bajo.

Corbett se paseaba por la habitación.

—¿Qué te retiene en York, Ranulfo?

—¡Oh! Nada, amo.

Corbett lo estudió cuidadosamente con la mirada.

—¿Dices alguna vez la verdad, Ranulfo?

—Cada vez que abro la boca, amo.

—¿Y no será que tienes cautivada a alguna dama de por aquí?, ¿quizás a la exuberante esposa de algún ciudadano de York?

—Desde luego que no, amo.

Corbett volvió a su escritura. Ranulfo puso cara de alivio y dio gracias a Dios porque Corbett no le hubiera preguntado sobre las exuberantes hijas de los ciudadanos de York.

—Entonces, ¿nos quedamos?

—Sí —replicó Corbett con cansancio—. Nos hospedaremos en la abadía de Santa María. Mientras, tenemos trabajo por hacer. ¿Tienes las peticiones, Maltote?

El criado cruzó la sala con rapidez con un grueso rollo de vitela en la mano.

—Esto es todo lo que los escribanos han recibido.

Corbett indicó con un gesto a sus criados que se sentaran a ambos lados de la mesa.

—Bien, tenemos trabajo para las próximas dos horas —declaró.

Mientras Corbett volvía a su tarea de escribir, Ranulfo cruzó su mirada con la de Maltote y levantó las cejas. Maese Cara Larga, como él lo llamaba, no estaba de muy buen humor. Sin embargo, ambos criados se pusieron también a trabajar a la vez que Corbett se encargaba de atender las peticiones que el ayuntamiento había recibido tras informar a los ciudadanos de que el rey tenía previsto visitar York. Cada ciudad tenía el derecho de dirigir peticiones a la Corona, las cuales el rey Eduardo se tomaba con la mayor seriedad.

Los escribanos de la Cancillería recogían las peticiones individuales y luego las transcribían en hojas de pergamino que finalmente se cosían de forma conjunta. Una de las funciones de Corbett, siempre que estaba en la Corte, era la de hacerse cargo de este tipo de solicitudes, que podían ser muy diversas: Francesca Ingoldsby se quejaba de que Elizabeth Raddle la había agredido y golpeado con un palo de escoba en medio de la calle delante de todo el vecindario; Matthew Belle acusaba a Thomas Cooke de atacarle y pegarle en la cara con un atizador en la taberna de Greenmantle; Thomasina Wheel pedía permiso para cruzar el mar y visitar la capilla de Santiago de Compostela; Mary Verdell alegaba que había perdido un manto y creía que Elizabeth Fryer se lo había robado; Juan de Bartonon y su mujer Beatriz se mostraban enojados porque el párroco de la iglesia invadía constantemente su propiedad. Había cientos de quejas y reclamaciones. Corbett ordenó que algunas de ellas se enviaran al ayuntamiento, otras, a un oficial de justicia y otras, directamente al alcalde. Pero unas pocas las guardó para que el rey las estudiara en persona. Y por último, examinó una con especial atención: era de Hubert Seagrave, el vinatero del rey, que pedía permiso para comprar dos parcelas de tierras cercanas a la taberna que poseía en la misma ciudad de York.

Corbett sonrió a Ranulfo.

—De esta nos podemos encargar nosotros mismos —declaró—. Debo ir a recoger un tonel de vino a Seagrave y llevarlo a los templarios de Framlingham.

Ranulfo, ocupado en su tarea de escribir las decisiones de su amo, apenas contestó. Corbett volvió a centrar su atención en el resto de peticiones y se dio cuenta de que una gran parte de ellas, ya fueran individuales o de la comunidad en general, se quejaban de los extraños y misteriosos sucesos que estaban teniendo lugar en el feudo de los templarios de Framlingham. Un hombre, Juan de Huyten, decía que había visto luces a altas horas de la madrugada en la casa y que había oído cantar himnos hasta el amanecer. Otro montón de quejas notificaban que desde la llegada de los comandantes a Framlingham, se habían montado guardias en jardines y propiedades del feudo, e incluso en algunos caminos se había prohibido el paso. Leofric Goodman, carpintero y ciudadano de York, relataba cómo había sido expulsado de Framlingham. Se le había contratado para trabajar en la casa y un día subió al piso superior con la intención de reparar el cerrojo de una ventana, pero un soldado de la orden se abalanzó sobre él y lo echó a patadas profiriendo toda clase de amenazas.

Corbett dejó de escribir y se levantó para acercarse a la ventana. La luz del día se desvanecía y las lámparas y antorchas se habían encendido; hasta Ranulfo se quejaba de que ya no quedaba luz para leer. Corbett intentaba poner en orden sus pensamientos. Deseaba reunirse con Maeve, pero en el fondo se sentía intranquilo y un presentimiento nada bueno se acrecentaba en su interior: las amenazas de muerte contra el rey en Londres, las dagas clavadas en las puertas de San Pablo, el extraño y macabro asesinato a las afueras de York. ¿Quién sería el desafortunado jinete? ¿Quién partió su cuerpo en dos y luego quemó la parte superior? ¿Por qué estaba Jacques Molay en Inglaterra? ¿Qué secreto ocultaban los templarios? En los alrededores del priorato se escuchó el canto de un búho que anunciaba que su cacería nocturna estaba a punto de empezar. Corbett recordó lo que le dijo un soldado que conoció durante la guerra contra los galeses: «Cuando el búho canta antes del anochecer —le advirtió el guerrero— es porque el demonio está a punto de manifestarse».

Capítulo II

En el feudo de Framlingham, Guido Reverchien, guardián de las propiedades de los templarios en Yorkshire, realizaba su solitaria peregrinación de cada día a lo largo del camino de guijarros de un enorme laberinto. Como era habitual, el viejo fraile iba de rodillas cantando el Divino Oficio con el fin de espiar todos sus pecados. Guido, un anciano de sesenta años, con la barba y los cabellos blancos por el paso del tiempo y la piel casi quemada por el sol, creía que una gran carga recaía aún sobre sus espaldas. Había sido caballero de la orden del Temple, un guerrero de Cristo; uno de los que habían defendido las murallas de Acre en 1291 hasta que las hordas de los mamelucos las derrumbaron y convirtieron la ciudad en un río de sangre. Guido pudo escaparse de la masacre; codo con codo luchó junto a sus compañeros para abrirse camino hasta el muelle y consiguió subirse a un bote que lo sacó de allí y le reunió con el resto de la flota cristiana. Guido luchó con gran valentía. Ríos de sangre bañaban las intrincadas y polvorientas calles de Acre y, a pesar de que la ciudad había sucumbido a las fuerzas enemigas, Guido Reverchien pudo escapar con vida. Pero, desde aquella terrible noche, tenía pesadillas en las que se veía atrapado en medio de la destrucción de Acre.

Con el paso de los años, llegó a la conclusión de que debía haber muerto en Acre. Debía haber seguido luchando hasta que los enemigos de Cristo le hubieran matado, y ofrecer así a los demás la oportunidad de escapar.

—Pero, en vez de eso —le había dicho a su padre confesor—, regresé a Inglaterra y me pusieron al servicio de la orden de los templarios; me relegaron al cuidado de sus graneros, granjas, campos y prados. Traicioné a Cristo Nuestro Señor. He faltado a la palabra de Dios. Debo regresar; solo así estaré a salvo.

Su padre confesor le había intentado disuadir de tal disparate en muchas ocasiones.

—Inglaterra os necesita —le decía a través de la celosía del confesionario—. Vuestros deberes están aquí.

Pero Guido no encontró consuelo hasta que el padre le mencionó el laberinto que se hallaba en las proximidades del feudo, formado por grandes hileras de altos setos que dibujaban estrechos y sinuosos caminos. En el centro se alzaba una enorme cruz de madera en la que se hallaba una figura de Jesucristo crucificado.

—No podéis volver a Jerusalén —le confió el padre—; pero, *sir* Guido, si queréis pagar por vuestros pecados, si buscáis la absolución de Nuestro Señor, lo que debéis hacer es, cada mañana, antes de que salga el sol, recorrer el laberinto de rodillas mientras recitáis los salmos.

Y así lo hizo Guido. Las piedras se le clavaban en las rodillas, pero Guido creía haber encontrado en ese acto su camino al cielo y, de esta forma, avanzaba con torpeza mientras sostenía un viejo rosario de madera entre sus nudosos dedos. Se conocía el laberinto como la palma de la mano, todos los rincones y los caminos

cortados. A veces Guido tomaba deliberadamente el camino equivocado para intensificar todavía más su dolor, aliviando así las torturas que él mismo se imponía, y, cuando al final conseguía llegar al centro, las rodillas le sangraban y sentía un gran dolor en los hombros y brazos. El sudor le resbalaba por la cara como si fuera agua.

—Estoy en Jerusalén —dijo mientras miraba la cruz—. He mantenido la fe. — Entonces se acercó de rodillas a la piedra que sostenía el crucifijo y alzó la vista hacia el afligido rostro de su Salvador—. Señor —murmuró golpeándose el pecho—, he pecado ante el Cielo y ante Vos.

Guido sacó una yesca de su zurrón y encendió las velas amarillas que había sobre las escaleras delante de la cruz. Apartó las rodillas de los charcos de sangre que se habían formado contra las piedras y contempló el parpadeo de las llamas envuelto por la brisa del alba. Luego clavó su mirada en el crucifijo.

—Como en Acre —murmuró—. El amanecer y las llamas.

Guido entornó los ojos; incluso el olor de aquella maldita ciudad parecía perseguirle. De repente, la llama de una vela creció y se extendió rápidamente alcanzando el cuerpo del pobre fraile. Guido abrió la boca para gritar, pero las llamas le devoraron.

Eduardo de Inglaterra iniciaba su entrada en la ciudad de York rodeado de banderas y pendones que ondulaban al viento. Los heraldos iban al frente de la larga procesión que avanzaba bajo la puerta de Micklegate. Un largo séquito de carros y una manada de animales seguían al monarca. Filas de guerreros con picas y arqueros marchaban a ambos lados. La ciudad se había convertido en una colmena, ya que solo en el último momento los heraldos habían anunciado la puerta por la que iba a entrar el rey. Toda la ciudad de York había salido a la calle para recibirle: los ciudadanos, ataviados con sus mejores ropajes; sus mujeres e hijas, embutidas en sus vestidos más elegantes, con las cejas depiladas y los cabellos recogidos con bellos griñones y cubiertos por sedosos velos. Los curas de la parroquia, con sus armiños de vivos colores, habían traído consigo a sus feligreses, así como sus copas de agua sagrada para bendecir al rey. El ayuntamiento de la ciudad había puesto todo su empeño en el recibimiento de Eduardo de Inglaterra. Se habían limpiado calles y alcantarillas; los mendigos habían sido expulsados, los cepos y las horcas estaban vacíos y las jaulas se habían retirado del paso de los viandantes. Las cofradías del Corpus y la Trinidad también estaban representadas por sus flamantes banderas.

El alcalde y su concejal habían recibido al rey en la puerta de Micklegate y le habían entregado en mano las llaves de la ciudad sobre un cojín púrpura. Pero consiguieron que el rey sonriera todavía más al donarle como ofrenda varias bolsas llenas de monedas de oro y de plata. El rey Eduardo se sintió profundamente agradecido y, aceptando sus muestras de lealtad, depositó las bolsas en manos de Warrenne.

—No les quitéis los ojos de encima —le susurró—. No quiero que se pierda ni un penique.

Una vez atravesaron la puerta de Micklegate, se detuvieron para escuchar a un coro de niños vestidos de blanco que cantaban un himno a tres voces para dar la bienvenida al rey, elogiando su autoridad y ensalzando sus proezas. Luego, el desfile continuó hasta llegar a la ciudad, pasando a través de calles estrechas y casas con sus vigas pintadas de negro sobre un fondo blanco de yeso que resaltaba todavía más a la luz del sol. A pesar de las leyes de la ciudad, toda el hampa de York estaba presente. Las prostitutas, con sus vestidos de talle bajo y sus vistosas pelucas, no quitaban la vista de encima a los soldados e intentaban captar la mirada de los caballeros y sargentos armados. Los ciudadanos de las calles más pobres también estaban allí, protegiéndose a la sombra de la luz del sol y alerta ante la presencia de cualquier alguacil. Los mutilados, cantantes, asesinos, estafadores y ladrones se habían mezclado entre la multitud en busca de alguna presa fácil. Las casetas se habían cerrado y los comerciantes y sus aprendices, vestidos con los colores de su cofradía, permanecían de pie con la boca abierta, deseosos de ver, aunque fuera por un instante, a su querido rey.

Eduardo de Inglaterra era la viva imagen del Príncipe Conquistador: llevaba una cinta de oro alrededor de sus oscuros cabellos y una cota de malla, que Corbett había insistido en que se pusiera, cubierta a su vez por una túnica dorada. El rey Eduardo montaba su mejor caballo, Black Bayard; la silla y el arnés, de piel, eran de un morado oscuro con ribetes de plata. El rey cabalgaba con soltura; con una mano cogía las riendas y en la otra llevaba un soberbio halcón de plumas blancas como la nieve procedente de París. A su lado, Juan Warrenne, conde de Surrey, vestido con media armadura, sostenía la bandera del rey, que mostraba un león saltando sobre un charco de sangre. Corbett iba detrás del rey, con aire inquieto y preocupado: sus ojos estudiaban constantemente la multitud y las ventanas que se abrían a ambos lados de la calle. No apartó en ningún momento la mano de la empuñadura de su daga y de vez en cuando echaba una mirada de advertencia a Ranulfo. Sin embargo, su criado estaba más interesado en sonreír y enviar besos a las mujeres e hijas de los ciudadanos. A veces la procesión hacía un alto y los heraldos, vestidos con gran elegancia, hacían sonar las trompetas antes de continuar adentrándose en la ciudad, seguidos de las banderas de Inglaterra, Escocia, Gales, Francia y Castilla.

Al girar la curva camino de la Trinidad, el rey se detuvo para contemplar el espectáculo. Un tapiz de enormes dimensiones que representaba una escena del Juicio Final se había colgado entre dos postes sobre un marco montado a lo largo de tres carros. El tapiz, de colores muy vivos, hacía referencia a la suerte de los pecadores: los malos legisladores aparecían vestidos con ropas que ardían en llamas de azufre, y los corruptos habían sido empalados y despedazados sobre una rueda. El rey Eduardo sonrió ante otra escena, protagonizada por un grupo de monjes que, con las cabezas afeitadas, seguían a un demonio con cara de mono que los dirigía hacia un foso de

agua hirviendo lleno de serpientes venenosas. Frente a este cuadro improvisado, varios grupos de mujeres vestidas de blanco, con guirnaldas de flores alrededor de la cabeza, dedicaban una dulce canción de bienvenida al rey. Eduardo de Inglaterra escuchó con atención acariciando al halcón que descansaba en su muñeca. Luego lanzó varias monedas de plata al carro, besó a una de las niñas y ordenó que continuaran la marcha. Corbett dirigió de nuevo su mirada hacia Ranulfo, que, siguiendo el ejemplo del rey, trataba de tomar por el brazo a una de las jóvenes de la multitud.

Cuando ya habían girado la curva y se dirigían hacia la Trinidad, Corbett escuchó el zumbido de una saeta que cortó el aire y pasó entre su cabeza y la del rey. Uno de los soldados de a pie que caminaba a su lado dejó caer su lanza y se echó al suelo gritando mientras la sangre le salía a borbotones por la boca. Corbett se alzó sobre los estribos y ordenó a voces a los soldados que corrieran en dirección al rey. Bajo las instrucciones de Corbett y de Warrenne, rodearon al monarca levantando sus escudos para formar un muro de hierro a su alrededor. Corbett miró rápidamente hacia las casas que había a ambos lados de la calle.

—¡Allí! —gritó Ranulfo.

Corbett dirigió la mirada hacia la ventana del piso superior de una taberna en la esquina de una callejuela. Vio cómo se volvía a abrir para dejar entrever la silueta de una capucha por la que asomaba la gruesa punta de una ballesta. Se escuchó otro zumbido parecido al grito de un halcón cuando se precipita sobre su presa; pero esta vez la saeta se estrelló contra uno de los escudos que protegían al rey.

—¡Seguidme! —gritó Corbett.

Desmontó de su caballo y, desenvainando su espada, con Ranulfo y Maltote a sus espaldas, se abrió camino entre la multitud sin hacer caso del caos que le rodeaba. Por fin llegaron a la sombra de las casas. Corbett alzó la vista.

—¡Maldición! —exclamó. Había perdido la pista del asaltante. Luego fue hasta la esquina de la callejuela, donde solo encontró a un mendigo que pedía limosna en cuclillas y con las manos extendidas. Corbett lo apartó de su camino y echó a correr hacia la entrada de una taberna con un vistoso cartel. Gritó a Ranulfo que fuera hasta el final de la calle y que vigilara la entrada de la puerta de atrás. Entró en un estrecho y oscuro vestíbulo. La gente que se encontraba allí ignoraba lo que estaba sucediendo. La mayoría eran mozos y criados de la taberna. Les ordenó que abrieran paso y subió por las estrechas e inestables escaleras de madera. Un sudor frío recorría su cuerpo. Tuvo que agarrar con más fuerza su espada mientras se preguntaba con desesperación qué iba a hacer si se encontraba con el criminal. Intentó recordar dónde se encontraba la ventana en la que le había visto.

—Estaba en la parte de arriba —murmuró, y subió con cautela el siguiente tramo de escaleras. Se encontraba a medio camino cuando vio humo que salía por la rendija de una puerta al final de las escaleras. Se volvió y gritó:

—¡Maltote, regresa! ¡Dile al tabernero que hay fuego en la casa!

Corbett se tapó la nariz e intentó abrir la puerta de la buhardilla. Estaba cerrada. Retrocedió unos pasos y la golpeó con todo su cuerpo hasta que finalmente se abrió. La habitación estaba llena de humo, que salía por la ventana abierta. Había una silla justo debajo del alféizar sobre la que descansaban una ballesta y un manojo de saetas. En el suelo, cerca de la silla, se extendía el cuerpo de un hombre carbonizado. Por un momento Corbett se quedó petrificado, horrorizado por las llamas azules y amarillas que ardían ávidamente sobre el cadáver.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —exclamó Maltote que venía detrás de él—. Amo, ¿qué clase de fuego es este?

Tosiendo repetidas veces, Corbett salió de su estado de paralización. Tiró de unas cortinas sucias y agujereadas que colgaban detrás de la puerta y, con la ayuda de Maltote, las extendió sobre el cuerpo calcinado y apagó así algunas llamas. El tabernero y sus criados subieron con cubos de agua que lanzaron sobre las cortinas y el resto de la estancia. Corbett se fijó en que, a excepción de algunas brasas, el fuego apenas había alcanzado las paredes y el suelo de madera. Finalmente las llamas se extinguieron. No quedó nada, solo un profundo hedor y el crepitar de las brasas después de que el agua se filtrara a través de la cortina que cubría el cuerpo.

—¡Limpiad la habitación! —ordenó Corbett—. Maltote, haz que salgan todos fuera.

El propietario de la taberna, un hombre panzudo y calvo, empezó a lloriquear cuando Ranulfo irrumpió en la habitación.

—¡Nadie! —anunció—. No vi a nadie. Pero... ¿qué diablos ha pasado aquí?

—¡Limpiad la habitación! —volvió a ordenar Corbett—. Vos, maese —dijo señalando al tabernero—, esperadme abajo.

Maltote y Ranulfo sacaron a empujones a todo el mundo de la habitación. Corbett retiró la pesada cortina y enmudeció ante el terrible hedor. Maltote se volvió y vomitó sobre un montón de paja que había en una esquina de la habitación. Ranulfo se agachó con frialdad al lado de los restos:

—¿Cómo ocurrió? —preguntó señalando las armas sobre la silla.

—No lo sé —replicó Corbett—. He aquí un hombre vivo y malévolo. Coge la ballesta, dispara dos veces con intención de matar al rey y luego, unos minutos más tarde, se convierte en un montón de brasas, consumido por las llamas de un extraño fuego que ni siquiera ha alcanzado las paredes y el suelo.

—Pero lo habría hecho —contestó Ranulfo—. La madera se habría encendido y empezado a arder si no llega a ser por nosotros. La cuestión está en saber quién es y cómo murió.

Corbett tuvo que hacer un esfuerzo considerable para examinar el cuerpo. La cara, al igual que el tronco había quedado totalmente carbonizada. Los ojos se le habían deshecho, no le quedaba ni un solo pelo en la cabeza y el rostro se le había quedado completamente arrugado. Corbett tragó saliva.

—Mirad —dijo mientras dejaba al descubierto la parte inferior del cadáver—: el

cuerpo ha quedado totalmente carbonizado de cintura para arriba. —Luego señaló las calzas y las botas que llevaba el hombre—. Sin embargo, el resto solo se ha chamuscado.

Corbett se incorporó y se dirigió hacia la cama; debajo del cabezal había una alforja de piel estropeada. Corbett tiró de ella, cortó las correas y vació su contenido sobre la colcha de lana: una daga galesa, una bolsa llena de monedas de plata y una capa sucia de la orden del Temple con la cruz roja a ambos lados.

—Un hombre rico para ser un soldado —observó Corbett.

Abrió el cuello de la bolsa y dejó caer las monedas en la palma de su mano. Luego las depositó sobre la cama y desenrolló unos trozos de pergamino que había encontrado. Uno era un vago dibujo que Corbett reconoció enseguida como el mapa del camino que iba desde la puerta de Micklegate hasta la Trinidad. El otro era una lista de provisiones que había comprado un tal Walter Murston, sargento de los templarios de Framlingham. Corbett se sentó en la cama.

—Ranulfo, vuelve a colocar todas las cosas dentro de la alforja. ¡Y, por el amor de Dios, cubrid todas esas cenizas! —dijo mientras señalaba el cuerpo carbonizado—. Bueno —añadió luego—, aquí tenemos a Walter Murston, miembro de la orden del Temple, culpable de intentar cometer traición y regicidio. Dispara dos veces contra nuestro rey y unos segundos más tarde arde preso de las llamas de un misterioso fuego.

—¡Castigo de Dios! —afirmó Maltote.

—En ese caso —replicó Ranulfo—, la mayoría de los ciudadanos de York también deberían arder en llamas.

Corbett se levantó y miró a través de la ventana. La procesión proseguía su marcha. La multitud se amontonaba fuera de la taberna. Una cortina de hombres armados protegía la entrada con sus escudos y lanzas. En las escaleras se escucharon pasos y una voz profunda que maldecía a los taberneros. Corbett sonrió.

—Nuestro querido conde está a punto de llegar —anunció. La puerta de la buhardilla se abrió de par en par sobre sus bisagras de piel.

—¡Malditos bellacos! ¡Ingratos bastardos! —exclamó Warrenne, haciendo acto de presencia con el rostro enrojecido y totalmente cubierto por el sudor. Entró en la buhardilla moviéndose pesadamente como un oso—. Bueno, Corbett, decidme, ¿qué tenemos aquí? —dijo retirando las mantas que cubrían el cadáver y clavando su mirada en él—. ¡Por todos los demonios!, ¿de quién se trata?

—Parece ser que de un sargento, probablemente un ballestero de la orden del Temple —replicó Corbett—. Entró en esta habitación con su arma e intentó acabar con la vida del rey.

—¿Y quién lo mató?

—Precisamente de eso hablábamos. Maltote cree que ha sido Dios, pero Ranulfo opina que, si cada pecador de York tuviera que ser castigado, la ciudad entera se convertiría en una gran hoguera.

Warrenne tosió ruidosamente y se dirigió hacia la puerta, desde donde lanzó cuatro gritos a los que estaban abajo. Acto seguido subió un grupo de arqueros.

—¡Llevaos eso de aquí! —ordenó Warrenne—. Quiero que lo arrastréis por las calles de York y lo colguéis de la horca más alta.

Los arqueros deshicieron la cama y envolvieron el cuerpo entre las sábanas. Warrenne miró por el rabillo del ojo a Corbett.

—¡Ah!, y llamad a cualquier escribano para que haga una nota en la que ponga: MUERTE A LOS TRAIADORES. Luego colgadla en el cuello de ese bastardo.

Warrenne conminó a los arqueros a que sacasen deprisa su espantosa carga fuera de la estancia; luego cerró la puerta tras ellos.

—¿Cómo se llamaba ese canalla?

—Walter Murston.

—El rey querrá una explicación de todo esto —exclamó Warrenne—. No me fío de esos endiablados monjes. —Se acercó y con una patada apartó las brasas de su paso, haciendo sonar las espuelas de sus zapatos en el suelo de madera. Se quedó mirando a través de la ventana—. Estoy asustado, Corbett —susurró—. Estoy aterrado. Estaba junto al rey hace treinta años cuando los Asesinos intentaron matarle. Un hombre se le acercó fingiendo ser un mensajero. —El viejo entornó los ojos mientras respiraba con fuerza—. Estuvo tan cerca, fue todo tan rápido... Afortunadamente el rey reaccionó con rapidez y le rompió el cráneo con un taburete. Ahora vuelven a ir tras él. —Asió a Corbett por el brazo mientras el escribano le sostenía la mirada sin inmutarse—. Por el amor de Dios, Hugo, no permitáis que lo alcancen. —Warrenne desvió la mirada—. Los viejos amigos del rey han muerto; solo quedamos unos pocos —murmuró luego.

—Decidle a su majestad —replicó Corbett— que estará a salvo. Decidle que me reuniré con él en la abadía de Santa María.

Warrenne hizo ademán de marcharse.

—Por cierto, conde.

—¿Sí, Corbett?

—Decidle al rey que no pienso volver a Leighton —forzó una sonrisa—. Al menos, no hasta que se resuelva todo este asunto.

Luego guardó silencio y escuchó cómo Warrenne bajaba las escaleras maldiciendo a todos los que se encontraba a su paso. Ranulfo y Maltote permanecían de pie en una esquina mirando a su amo con la boca abierta.

—¿Qué te ocurre, Ranulfo? —preguntó Corbett—. Como no cierres la boca te va a entrar una mosca.

—Nunca oí a Warrenne llamaros por vuestro nombre —replicó Ranulfo—. Debe de estar aterrorizado.

—Así es. Las amenazas de los Asesinos no son para menos —Corbett cerró la ventana—. Pero salgamos de aquí de una vez. Este lugar apesta. Ranulfo, coge la alforja.

—¿Quiénes son los Asesinos? —preguntó Maltote.

—Luego te lo explico. Ahora lo que me gustaría saber es por qué un miembro de la orden del Temple obedece sus órdenes.

Bajaron las escaleras y entraron en la bodega, una sala húmeda y oscura con las vigas del techo quemadas por anteriores incendios. Al fondo, cerca de la puerta de la cocina, estaba sentado el propietario. Rodeado de un grupo de mujerzuelas, bebía un vaso de vino tras otro, como si en ello le fuera la vida. De pronto, cuando vio a Corbett, se puso de rodillas frente a él con las manos cruzadas.

—¡Oh, Maese, tened piedad de mí! —sollozó mientras miraba suplicante el rostro severo de Corbett, que no hizo nada por tranquilizarle. El tabernero se arrodilló a los pies del escribano—. Maese, tenéis que creerme: no tenemos nada que ver con todo este asunto.

Ranulfo desenfundó su espada y colocó el plano de la hoja sobre uno de sus hombros.

—Eso espero —amenazó Ranulfo—, porque, de no ser así, dentro de una semana seréis colgado y descuartizado. Vuestro cuerpo desmembrado penderá de lo más alto de la puerta de Micklegate.

El tabernero se colgó de la capa de Corbett.

—¡Maese —suplicó—, piedad!

Corbett apartó la espada de Ranulfo y sentó al hombre de nuevo en su taburete.

—Dad a vuestro amo una copa del mejor vino. Y lo mismo para mí y para mis compañeros —ordenó a una de las mujeres—. Ahora, escuchad —Corbett puso una silla al lado de la suya y se sentó; sus rodillas tocaban las del tabernero—: No tenéis nada que temer —continuó—, siempre y cuando digáis la verdad.

El hombre asintió repetidas veces. La espada de Ranulfo infundía temor, pero el tono suave que empleaba el escribano era totalmente escalofriante. Durante unos segundos apenas pudo pronunciar palabra.

—No temáis —le tranquilizó Corbett—. Vos no podéis ser responsable de todo el mundo que entra y sale de vuestra taberna —cogió el vaso de vino que un criado le había llevado y se lo pasó al tabernero. Corbett tomó un trago del suyo. El vino era bueno, pero se le revolvió el estómago cuando vio una mosca flotando cerca del borde—. Ahora, decidme: ¿quién era ese hombre?

—No lo sé. Vino ayer por la noche. Un viajante. Dijo que se llamaba Walter Murston. Me pagó bien por la buhardilla: dos monedas de plata. Cenó aquí abajo y esa fue la última vez que le vi.

—¿No rompió su ayuno?

—No; además estábamos muy ocupados preparándolo todo para el recibimiento del rey —el tabernero soltó un gemido y se tapó la cara con las manos—. Estábamos de fiesta, abajo, en la puerta, aplaudiendo a las banderas, escuchando las trompetas y de repente... —explicó mientras movía las manos sin saber qué hacer.

—¿Y nadie más estuvo con él? —insistió Corbett—. ¿Nadie vino a visitarle?

—No, maese, pero vos sabéis que la taberna tiene dos entradas, una delante y otra detrás. La gente entra y sale, sobre todo en un día como este. —Luego el hombre apenas pudo pronunciar palabra.

Corbett cerró los ojos y se sentó intentando recordar cómo se había abierto paso entre la multitud; después había echado a un lado a aquel mendigo mientras Ranulfo inspeccionaba el otro lado de la calle. Corbett abrió los ojos.

—Esperad aquí —ordenó y salió disparado.

—¿Que buscáis? —Ranulfo corrió tras él.

Corbett subió hasta el principio de la calle y luego miró hacia abajo. Había un túnel estrecho entre las casas que olía a rayos, lleno de basura y frecuentado solo por gatos vagabundos. Dos niños intentaban montarse sobre un cerdo que removía las sobras, pero no había ni rastro del mendigo.

—¿Y bien? —volvió a preguntar Ranulfo.

Corbett volvió a la taberna.

—Maese, en Londres, y supongo que también en York, los mendigos tienen un lugar preferido, por ejemplo, determinadas esquinas bajo los porches de las iglesias. ¿Habéis visto alguna vez a un hombre pidiendo en la esquina de la calle, al otro lado de vuestra taberna?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, ningún mendigo se colocaría en esa esquina. Está muy lejos de los puestos de los comerciantes y esa calle tampoco lleva a ningún sitio. —Luego sonrió dejando a la vista sus encías rojas e inflamadas—. Además, mis clientes no son de los que van por ahí repartiendo limosna.

—En ese caso, volved junto a vuestros barriles de cerveza. No tenéis nada de qué preocuparos.

Corbett hizo una señal a Ranulfo y a Maltote para que le siguieran y juntos volvieron a la Trinidad.

—Maese —dijo un sargento de la casa real que se acercaba con una mano en la empuñadura de su espada y la otra sujetándose el casco—, el conde de Surrey nos dijo que permaneciéramos a vuestro lado hasta que terminarais.

—Ya podéis retirar a vuestros hombres, capitán —ordenó Corbett—. Reuníos con el rey en la abadía y decidle al conde de Surrey que pronto iré yo. ¿Y nuestros caballos?

El sargento hizo una señal con la mano y un arquero trajo consigo a los animales.

—Tendréis que abriros paso como podáis —le aconsejó—. Las calles están abarrotadas.

Una vez pasaron la Trinidad, Corbett comprobó que el sargento tenía razón. La procesión seguía su marcha inexorable y en Micklegate no se podía dar un paso. Los puestos de los comerciantes abrieron de nuevo, con lo que el día había vuelto a la normalidad; tenderos, vendedores ambulantes y viajeros intentaban ganarse un penique aprovechando el clima de festividad que reinaba en la ciudad. Forzó el paso

de su caballo entre la multitud, seguido de Ranulfo y Maltote, que avanzaban lentamente. Fuera de la iglesia de San Martín, un grupo de artistas había montado un escenario sobre dos carros en el que representaban, para el deleite de los ciudadanos, una escena de Caín y Abel. Cuando Corbett pasó, Dios, un hombre vestido con una sábana blanca y una aureola dorada alrededor de la cabeza, estaba marcando a Caín con una cruz roja. «Si fuera tan fácil —pensó—, si la marca de Caín apareciera en la frente de todos los asesinos o futuros homicidas...».

—¿Creéis que el templario actuó por cuenta propia? —preguntó Ranulfo tras alcanzarle.

—No —replicó Corbett—. Por cierto, Ranulfo, ¿cuánto tardamos en separarnos del rey y en llegar a aquella buhardilla?

Ranulfo se quedó pensativo mientras un grupo de niños corrían a su alrededor detrás de un aro de madera; después pasó un perro callejero con una escuálida gallina entre los dientes al que perseguía una mujer que le gritaba furiosa en el tono más alto que podía alcanzar su voz.

—¡Qué raro hablan por aquí! —observó Ranulfo—. Más deprisa y con un acento más cerrado que en Londres.

—Sí, pero las mujeres siguen siendo igual de bonitas, ¿eh? —replicó Corbett—. Te he hecho una pregunta, Ranulfo. ¿Cuánto piensas que tardamos?

—El tiempo que se tarda en recitar unos diez ángeles.

Corbett recordó de nuevo cómo tuvo que abrirse paso entre la multitud; luego perdió el rastro del criminal y por último entró en la taberna y subió las escaleras.

—Creéis que había dos, ¿verdad? —preguntó Ranulfo.

—Sí. Seguramente fue el cómplice quien cerró la puerta cuando se marchó. Me di cuenta de que la llave no estaba puesta.

—¿El mendigo que vos buscabais?

—Tal vez, aunque eso no lo explica todo —prosiguió—. Suponemos que Murston lanzó las dos saetas. Sin embargo, ¿cómo es posible que un soldado profesional como él fuera asesinado en un espacio de tiempo tan breve y sin oponer resistencia alguna? Y, luego, ¿cómo pudo su cuerpo consumirse tan rápidamente en aquel terrible fuego?

—La otra persona pudo matarle —replicó Ranulfo—, luego correr escaleras abajo y fingir que era el mendigo que echasteis a un lado.

—Son solo conjeturas —afirmó Corbett.

Cogió las riendas de su caballo con más fuerza mientras se acercaban al puente que cruzaba el río Ouse. El puente era muy ancho; las paradas de los comerciantes se habían colocado a lo largo de la alta baranda de madera y en ellas vendían «pescado fresco», «del río de abajo», según proclamaban. Corbett decidió detenerse. Le dijo a Ranulfo que vigilara los caballos y se asomó al río. A su derecha podía ver el gran castillo de York y a su izquierda asomaban las agujas de las torres de la catedral y de la abadía de Santa María.

—¿Qué le voy a decir al rey? —se preguntó sin prestar atención a las caras de los

curiosos. Miró hacia abajo y se fijó en cómo las aguas del río se arremolinaban al pasar junto a los pilares del puente. Los pescadores sujetaban con fuerza las cañas y remaban contra la corriente, luchando por sujetar sus redes y alejarse de los cúmulos de basura que habían quedado atrapados en los pilares. Corbett no podía entender la muerte del templario: un hombre acostumbrado a la lucha y reducido tan rápidamente a un montón de brasas. Decidió regresar al lado de Ranulfo y mientras se dirigía a su encuentro un niño se le acercó corriendo; llevaba un penique en una mano y un trozo de pergamino en la otra. El pequeño empezó a tararear una canción; Corbett le sonrió y se agachó.

—¿Qué es esto, chico?

Una sonrisa iluminó el delgado rostro del pilluelo. Después lanzó el trozo de pergamino a las manos de Corbett y salió corriendo. El escribano lo desenrolló desconcertado. A pesar del bullicio que había a su alrededor y del calor del sol, la sangre que corría por las venas de Corbett se quedó helada al leer su contenido:

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que hemos vuelo y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

Corbett estudió la letra del pergamino: la secuencia de los versos se había alterado ligeramente, aunque la amenaza seguía siendo la misma. Alzó la vista del papel pero el niño ya no estaba. Había desaparecido. Desde algún lugar, entre la multitud, los Asesinos habían estado vigilándolos y siguiendo todos sus pasos. El templario asesinado no estaba solo; simplemente había sido el anzuelo, y la pesca no había hecho más que empezar.

Capítulo III

Eduardo de Inglaterra descansaba sumergido en las aguas de la gran bañera de madera que había en la cámara privada del palacio arzobispal. Los lados de la bañera se habían cubierto con una tela morada de bocací y una hilera de criados transportaba en cadena cubos de agua muy caliente perfumada con pétalos de rosa, escaramujo y otras hierbas. El rey, sentado con los brazos colgando a cada lado de la bañera, se dejaba flotar en el agua llena de dulces fragancias y jabón. Por encima del borde miraba a Corbett, que estaba sentado al lado de Warrenne. El escribano intentaba mostrar un semblante serio: no era que el rey Eduardo perdiera parte de su dignidad real al tomarse un baño; lo que a Corbett le hacía gracia eran las pretensiones del arzobispo, cuyo escudo de armas, rodeado de cruces, estaba pintado en los lados de la bañera.

—¿Os parece divertido? —preguntó el rey enojado—. He pedido un préstamo de cincuenta mil libras esterlinas a los templarios, he jurado que iré a las cruzadas para defender su causa y ahora me decís que esos bastardos han intentado matarme.

—No es un préstamo —rectificó Corbett—; es una donación. Y si vais a las cruzadas, majestad, entonces, con el debido respeto, permitidme que os diga que esta bañera podría cantar el *Te Deum*.

El rey Eduardo se puso en pie y se sacudió el agua como un perro. Sacó un pie fuera de la bañera y Warrenne se apresuró a colocarle un manto de lana sobre los hombros.

—Me ha gustado —dijo el rey—. Espero que para el próximo baño no tenga que esperarme hasta mediados de verano. —Se dirigió hacia Corbett, sacudiéndose esta vez el agua del pelo—. Vos os bañáis una vez a la semana, ¿no es cierto?

—Un médico árabe, estudiante de Salerno, me dijo que no es malo.

—Uno se vuelve blando con tanto baño —refunfuñó el rey.

El rey fue hasta una pequeña mesa y llenó tres copas de vino, de las que pasó una a Warrenne y otra a Corbett.

—Así que ese templario me disparó dos veces y luego ardió en llamas.

—Eso parece, majestad, aunque debía de haber alguien más con él —replicó Corbett—. Y esa misma persona me siguió por todo York y me hizo llegar el mensaje.

—Pero ¿por qué querrán verme muerto los templarios? —se preguntó el rey—. ¿Tendrá algo que ver lo que ha pasado con el pobre bastardo que encontraron aquellas monjas carbonizado a las afueras de York? —aspiró con fuerza—. Todavía parece que os sobren energías, Corbett. Quiero que os dirijáis hasta Framlingham. —Se sacó un anillo del dedo y lo depositó en la mano de su escribano mayor—. Enseñádselo a Molay. Lo reconocerá.

Corbett observó la reluciente amatista del anillo de oro.

—Los templarios se lo dieron a mi padre —explicó el rey—. Quiero que me lo

devolváis cuando se resuelva todo. Hasta entonces, Corbett, tenéis autoridad para actuar. Quiero que investiguéis. Utilizad vuestro gran olfato y vuestro agudo ingenio; encontrad al asesino y, cuando lo hagáis, yo mismo le mataré.

—¿Eso es todo, majestad?

—¿Qué más queréis? —replicó el rey—, ¿que la bañera del arzobispo os cante el *Te Deum*? ¡Ah! —dijo mientras Corbett se disponía a salir después de hacer la debida reverencia—. Quiero que os quedéis en Framlingham hasta que este asunto termine. Para demostrar mi amistad al gran maestre, llevadle el tonel de vino que le prometí.

Alguien llamó a la puerta, que se abrió con brusquedad y estuvo a punto de derribar a Corbett. Amaury Craon, el enviado de Felipe IV a Inglaterra, entró en la sala con aire afligido. Se arrodilló ante el rey, sin apenas fijarse en Warrenne.

—Majestad —exclamó—, he oído que os han atacado. —Levantó su pelirroja cabeza para mirar al rey—. En nombre de su majestad el rey Felipe, doy gracias a Dios de que hayáis salido ileso y rezo para que vuestro enemigo sea pronto destruido.

—Así será.

El rey Eduardo alargó la mano para que el enviado francés se la besara. Después Craon se puso en pie.

—Nuestro querido y apreciado *sir* Hugo Corbett, Guardián del Sello Sagrado —prosiguió el rey—, averiguará la verdad.

—Como ya he hecho en otras ocasiones —recordó Corbett mientras cerraba la puerta y apoyaba en ella su espalda.

Craon se dio la vuelta.

—¡*Sir* Hugo! Que Dios os proteja. —Le cogió por los brazos y le dio un beso de Judas en la mejilla—. Tenéis buen aspecto, *sir* Hugo.

Corbett observó de cerca a su enemigo: un espía enviado por el rey Felipe, fuente de toda clase de intrigas. Contempló con admiración su ostentoso traje, la túnica de damasco, ribeteada de oro en el cuello y los puños, y las relucientes botas de piel roja rematadas con incrustaciones de gemas.

—Y vos, *sir* Amaury, seguís igual.

Craon fingió una sonrisa, dando la espalda al rey; sus ojos reflejaban una gran antipatía por ese escribano inglés al que le gustaría retorcer el cuello.

—¡Ah!, debéis felicitar me, *sir* Hugo. Me he casado y mi esposa ya está esperando un niño.

—Entonces que Dios os bendiga por partida doble, *sir* Amaury.

—Pero, bueno, no he venido aquí para compartir mis dichas —dijo Craon cambiando de tema—. Ni tampoco para expresar mi alegría por el afortunado rescate del rey.

—Entonces, ¿para qué? —preguntó Corbett.

—Traigo algunas advertencias de parte de mi señor —anunció—. Como sabréis, fue víctima de un ataque parecido al de su majestad en los bosques de Bolonia.

—Continuad —pidió el rey en tono de súplica.

—Encontraron al culpable —explicó Craon—. Un templario, un sargento de alto rango propietario de un feudo en París. Fue arrestado y, después de una corta visita a nuestras mazmorras del Louvre, confesó.

—¿Y? —preguntó Corbett.

—Parece ser que, entre los templarios de alto rango, algunos consideran que su expulsión de Tierra Santa fue culpa de los reyes de Occidente: del emperador de Roma e incluso del mismo Papa, pero sobre todo de Felipe de Francia y de Eduardo de Inglaterra.

Corbett cruzó la habitación.

—¿Así que traéis algunas advertencias?

—Así es, *sir* Hugo. Inglaterra y Francia están a punto de firmar un importante tratado de paz que se materializará con la boda real de las dos casas, a pesar de que nuestros países mantienen grandes diferencias. Sin embargo, tenemos un enemigo común que nos amenaza a ambos y que podría alterar esa paz.

—¿Qué más confesó ese sargento? —preguntó el rey.

Craon sacó un pergamino de la manga de su túnica y se lo lanzó a Corbett.

—¡Leedlo con vuestros propios ojos!

Corbett desenrolló el pergamino y lo empezó a leer; mientras lo hacía, se dio cuenta de que esta vez las sospechas que tenía sobre Craon eran aparentemente infundadas.

—¿Qué dice? —preguntó el rey sentándose en un banco. Corbett estudió el manuscrito, acercándolo a la luz de la ventana para leerlo mejor.

—Es una confesión —explicó Corbett— de un sargento de la orden del Temple de París. Admite haber intentado matar al rey Felipe en los bosques de Bolonia. Parece ser que el sargento cumplía órdenes de un oficial de mayor rango conocido solo por el nombre de Sagitario o El Arquero.

—¿Y fueron los torturadores del rey Felipe los que sacaron toda esa información? —preguntó el rey Eduardo.

—No —replicó Corbett—, no fueron los torturadores del rey —vio una sonrisa de satisfacción en los labios Craon—. Fue nada menos que el gran maestro de la Santa Inquisición.

—Y ya sabéis —intervino Craon— que la Santa Inquisición es una institución en sí misma.

—Por lo visto —prosiguió Corbett, estudiando el manuscrito con cuidado—, se encontraron ciertos objetos en manos del templario: un pentágulo, el dibujo de una cruz invertida y otros utensilios de magia negra. —Alzó la vista—. Motivo por el cual intervino la Inquisición en este asunto. El sargento afirma que él y otros templarios formaban parte de un aquelarre que participa en prácticas satánicas y adora a los demonios y a una cabeza sin cuerpo.

Corbett fijó la mirada en la parte inferior del papel. Estudió el sello de sangre de la Santa Inquisición, así como la firma de su gran maestro y de sus dos testigos.

—Entonces —intervino el rey Eduardo— se trata de una grave amenaza.

Craon asintió con brusquedad.

—El rey Felipe ya ha escrito al papa Bonifacio VIII para pedirle que lleve a cabo una investigación sobre todo este asunto. —Se levantó y volvió a apoyar una rodilla en el suelo—. Pero ahora debo informar a mi rey sobre el ataque que ha sufrido su majestad. Y —añadió lentamente, mirando por el rabillo del ojo a Corbett— sobre su voto sagrado de ir a las cruzadas.

—Y para el cual —se adelantó Corbett— su majestad solicitará a todos los príncipes de Occidente que se unan a él.

Craon se levantó e hizo una reverencia a Corbett.

—Entre sus aliados no echará de menos a Felipe de Francia. El rey está dispuesto a derramar su sangre, como hizo su padre, para recuperar Tierra Santa. —Tras hacer las debidas reverencias, Craon salió de la sala con la misma rapidez con la que había entrado.

—Le debe de haber resultado muy duro —declaró Corbett asegurándose de que la puerta estaba bien cerrada— decir la verdad por una vez en su vida.

—Partid hacia Framlingham —ordenó el rey—. Alojaos allí. Decidle al gran maestre que si encuentro a algún templario fuera de su propiedad será arrestado bajo sospecha de alta traición.

Ranulfo y Maltote protestaron con amargura cuando tuvieron que dejar de jugar a los dados con algunos de los arqueros reales. Pero sus quejas fueron todavía mayores cuando Corbett les dijo hacia donde se dirigían.

—Dejad de quejaros —ordenó el escribano—. En primer lugar, porque los arqueros se hubieran dado cuenta tarde o temprano de que estabais haciendo trampas. Y en segundo lugar, porque a ti, Ranulfo, te irá bien durante una temporadita dejar de perseguir a las damas.

Mientras, algo más tarde, cabalgaban por las calles de York, Corbett no se preocupó de mirar atrás; sabía que Ranulfo le seguía de cerca, con el ceño fruncido y maldiciendo entre dientes al maese Cara Larga y sus planes aguafiestas. Maltote se mostraba más resignado. Era feliz con encontrarse cerca de sus caballos y conocer el rumbo que había que seguir. Así pues, dejó que Ranulfo siguiera con su humor de perros mientras intentaba enderezar al caprichoso poni que montaba y que ahora se quejaba de haber abandonado el comfortable establo para adentrarse en las calles bulliciosas y polvorientas de York.

Ranulfo, que había llegado a conocer muy bien la ciudad, no tardó en acercarse su caballo al de Corbett para preguntarle:

—Amo, ¿no deberíamos ir hacia la otra dirección? Framlingham se encuentra detrás de la puerta de Botham Bar, al norte de la ciudad.

Corbett hizo una pausa antes de entrar en el Matadero, el mayor mercado de carne

de la ciudad de York.

—Tenemos un asunto pendiente con maese Hubert Seagrave, vinatero del rey y dueño de la taberna Greenmantle en Coppergate. Tenemos que llevar al gran maestre un presente de parte de su majestad.

Corbett miró hacia las calles estrechas que se abrían delante de él. La sangre y las vísceras que cubrían las piedras del camino ofrecían un espectáculo aterrador: de los puestos de los comerciantes a un lado y otro de la calle colgaban ovejas, corderos y cerdos abiertos en canal. Acto seguido dirigió su caballo hacia la otra dirección.

—Buscaremos otro camino.

No había acabado de dar media vuelta cuando una saeta pasó casi rozando su cara y fue a clavarse en la pared de yeso de la casa de al lado. Corbett se quedó petrificado. Ranulfo cogió las riendas del caballo de su amo y tiró de ellas con fuerza hasta que puso al animal al galope por una calle estrecha que llevaba a Coppergate. Vendedores, aprendices, mendigos, niños, perros y gatos vagabundos huían a su paso. Los más atrevidos se agacharon para coger un puñado de sobras y lanzarlo contra los tres jinetes, pues Maltote los seguía detrás. Una vez en Coppergate, Corbett tomó las riendas y paró en seco.

—¿Quién ha lanzado eso? —preguntó.

Ranulfo se quitó el sudor de la cara con la mano.

—Solo Dios lo sabe, pero no tengo intención de volver atrás para descubrirlo.

Corbett desmontó de su caballo y ordenó a Ranulfo y a Maltote que hicieran lo mismo.

—¡Que los caballos vayan delante! —gritó.

Empezaron a andar hacia la parte baja de la ciudad. Un vendedor corrió hacia ellos protestando por la desenfrenada carrera. Ranulfo desenvainó la espada y le gritó que cumplían órdenes del rey, lo que hizo que el hombre, atemorizado, diera media vuelta.

—¿Qué ha sido eso?, ¿una advertencia? —pregunto Ranulfo.

—No lo creo —replicó Corbett—. Si no me hubiera vuelto, esa flecha hubiera dado en el blanco.

—¿Regresamos? —preguntó Maltote—. Quizá...

—¡No seas necio! —respondió Ranulfo. Luego señaló las casas que había a ambos lados de la calle—. Mira hacia esas ventanas, esas puertas, esas calles, esos agujeros y esas grietas, podría esconderse un ejército entero en la ciudad de York.

Corbett seguía caminando. Solo deseaba que su estómago dejara de moverse. Pensar que había escapado por los pelos le hacía sentirse mareado y el sudor que recorría su cuerpo se estaba enfriando. Intentó distraerse mirando a la multitud de ambos lados de la calle, los distintos colores, los gritos y los lloros, pero no consiguió serenarse. Tenía ganas de desenvainar su espada y hacer pedazos todo lo que se encontrara a su paso. No podía dejar de pensar en Maeve y su hijita Eleonor. Seguro que debían de estar limpiando las habitaciones. La primavera ya había llegado y

Maeve estaría ventilando toda la casa. «¡Dios mío! —pensó—. ¿Estaría ocupada en esas tareas cuando el mensajero del rey se acercara al galope por el camino de Leighton? ¿Correría Maeve a su encuentro? ¿Cómo reaccionaría cuando leyera el mensaje que le informaba de que el escribano mayor del rey, su marido, había muerto en manos de algún asesino de York?». A lo lejos escuchó a alguien que pronunciaba su nombre.

—¿Amo?, ¿*sir* Hugo?

Corbett volvió a la realidad y se encontró con la mirada inquisidora de Ranulfo.

—¿Qué ocurre? —preguntó con tono áspero. Tenía la garganta y los labios secos.

—¿Sabéis hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Ranulfo con suavidad, alarmado por la palidez del rostro de Corbett.

—Cometí un error, Ranulfo —confesó luego—. Lo siento. No deberíamos haber salido de York.

—No digáis estupideces —Ranulfo se inclinó y cogió la mano de su amo; estaba fría como el hielo—. Vamos a ir a la taberna de Greenmantle —prosiguió—. Recogeremos el tonel de vino y luego nos dirigiremos hacia Framlingham. Les diremos a esos bastardos de los templarios que no pueden salir de su propiedad y tendrán que responder a todas las preguntas que vos les hagáis. Os sentaréis y os quedaréis pensativos como siempre hacéis. Y antes de que llegue el día de la Ascensión, habréis enviado a otro criminal a su merecido destino. Venga, animaos —le suplicó—, después de todo yo he tenido que dejar a mi querida Lucía.

—¿Lucía? —preguntó Corbett.

—Amo, es la mujer más bella de todo York —dijo mientras continuaba andando—. Tiene el cabello tan negro como la noche, una piel como la seda blanca y unos ojos... —señaló el cielo que se vislumbraba entre las casas salientes— más azules que el cielo. —Luego miró por encima del hombro a Maltote—. Y tiene una hermana. De verdad —Ranulfo seguía hablando sin parar—: Me recuerdan a una historia que escuché sobre el obispo de Lincoln, que tuvo que refugiarse en una granja al echarse la noche encima...

La charla de Ranulfo consiguió tranquilizar a Corbett, que empezó a relajarse. Se pararon en la esquina de Hosier Lañe, donde Ranulfo contrató los servicios de un joven que los llevó hasta el patio de la taberna de Hubert Seagrave.

La taberna de Greenmantle era una enorme mansión de cuatro pisos con alas construidas a ambos lados y que se alzaba sobre sus propios cimientos sin necesidad de apoyarse en la puerta de Newgate. El patio de entrada estaba rodeado por una tapia, en cuyo interior había una pequeña aldea, con cobertizos, herrerías, establos, una pequeña curtiduría y talleres para toneleros y carpinteros. Su propietario, Hubert Seagrave, salió afuera para recibirles. Vestía más como un comerciante que como el amo de la casa, con un simple traje de lana. Llevaba un sombrero de paja en la cabeza para protegerse del sol. Se acercó con paso majestuoso mientras cruzaba el patio y blandía una vara en el aire.

—Como un obispo en su palacio —susurró Ranulfo.

Seagrave parecía estar acostumbrado a recibir a oficiales del rey, pero su rostro severo y sus ojos penetrantes se volvieron más serviles cuando Corbett se presentó ante él.

—Lo siento, maese, no me di cuenta —se disculpó—. Normalmente vienen criados de la casa real por aquí y...

—El rey quiere un tonel de vuestro mejor vino, maese Seagrave —remarcó Corbett—. Es un presente de su majestad para el gran maestre de los templarios.

Un aire de preocupación se apoderó del rostro de Seagrave.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Corbett—. ¿Acaso os habéis quedado sin vino?

Seagrave tiró a Corbett de la manga y se acercó a él como si fueran confidentes.

—No, no es eso —susurró el vinatero—. Pero toda la ciudad habla de lo mismo: de los extraños sucesos de Framlingham y del ataque del que fue víctima el rey.

Corbett retiró gentilmente la mano del vinatero de su hombro.

—Está comprobado: confiadle un secreto a un tabernero y a los dos segundos lo sabrá todo el mundo. Pero vos no deberíais hacer caso de esas habladurías.

Seagrave asintió.

—Tengo un tonel —declaró— de mi mejor vino de Gascuña. Diez años ha estado en mis bodegas. Con mucho gusto se lo daré al rey. Mis criados os lo sacarán; mientras tanto, ¿no queréis tomar algo y descansar?

—De aquí a un rato, maese Seagrave; todavía tenemos otro asunto del que hablar. Se trata de las dos parcelas que deseáis comprar.

Seagrave se tornó todavía más servicial; se frotó las manos como si presintiera que iba a sacar tajada de todo aquello. Insistió en que Corbett, el cínico Ranulfo y el pasmado Maltote visitaran su propiedad: los almacenes y herrerías del patio, y las bodegas de donde Seagrave había elegido sacar el tonel de vino. Luego les llevó a la planta de arriba a través de habitaciones dulcemente perfumadas donde la brisa de las corrientes de aire se mezclaba con los olores que salían de la cocina. Finalmente les enseñó el patio de atrás. Este estaba rodeado por un muro de ladrillos cubierto de enredaderas y liquen. El jardín estaba dividido en dos pequeñas parcelas donde, según Seagrave, plantaba sus propias hierbas y verduras.

Ranulfo le preguntó acerca de los dos terrenos que el tabernero deseaba comprar. Seagrave les condujo hasta una pequeña puerta con pestillos. Corbett se detuvo ante ella y se fijó en una sábana que cubría un enorme agujero cerca de la pared.

—¿Estáis de obras, maese?

—Sí. Queremos construir una especie de glorieta, un pequeño lugar donde se pueda beber al resguardo del viento, donde nuestros mejores clientes puedan sentarse y comer durante los apacibles días de verano.

Corbett asintió y echó una ojeada a su alrededor. El jardín era muy bonito; a lo lejos se alzaba un pequeño palomar con colmenas a ambos lados. Cerró los ojos durante un momento, aspiró la suave fragancia de las flores y escuchó el agradable

zumbido de las abejas.

—Un lugar apacible, ¿verdad, *sir* Hugo?

—En efecto, me recuerda a casa. —Corbett abrió los ojos: Ranulfo todavía le estaba mirando con curiosidad—. Pero vayamos, maese Seagrave; mostradme las tierras que deseáis comprar.

El tabernero abrió la puerta y le cedió el paso. El terreno que se extendía no era más que una parcela en la que crecían la hierba y las zarzas; tenía forma triangular y se encontraba entre la taberna y la parte trasera de varias casas.

—¿Quiénes son los dueños? —preguntó Corbett.

—Bueno, primero pensé que el ayuntamiento, pero al examinar las escrituras, descubrí que se concedió a la orden de los templarios. Son dueños de infinidad de terrenos como este.

—¡Ah! —suspiró Corbett—. Y, por supuesto, tales ventas solo pueden hacerse si el rey da su aprobación.

Seagrave levantó sus gruesas cejas con pesar.

—Así es, *sir* Hugo. Ninguna tierra concedida a una orden religiosa puede volver a venderse sin el permiso del rey.

Volvieron a la taberna. A juzgar por la mirada hambrienta de Ranulfo, Corbett pensó que debían aceptar la invitación de Seagrave, así que se sentaron y les sirvieron un plato de lamprea y un succulento pollo. Después de comer, los criados del tabernero sacaron el pequeño tonel de vino de las bodegas, lo cargaron sobre el poni y finalmente se despidieron. Se dirigieron hacia la puerta de Colney a través de Lock Lane, subieron hasta Petergate y pasaron bajo la enorme y cavernosa entrada de la puerta de Botham Bar. Corbett animó a su caballo a continuar. Ranulfo y Maltote se sentían mejor después de haber comido lo que ellos mismos describieron como el mejor banquete desde su llegada a York.

El sol se estaba poniendo y Corbett se empezó a preguntar cómo sería el encuentro con los templarios.

—¿Creéis que lo sabrán? —preguntó desde su caballo.

—¿El qué, amo?

—¿Creéis que los templarios estarán al corriente del ataque que ha sufrido el rey?

—Solo Dios lo sabe, amo.

Ranulfo hizo una mueca a Maltote. A pesar de todas sus bromas de camino a Framlingham, Ranulfo se sentía intranquilo. Corbett había resuelto dejar de servir a la casa real y regresar a Leighton. El reciente ataque que había sufrido no hizo más que reforzar su decisión. «Pero ¿cuál será su futuro?», se preguntó Ranulfo. Leighton podía ser un lugar maravilloso, sobre todo en verano. Sin embargo, como muchas veces le había dicho a Maltote, allí todas las ovejas son iguales; los árboles y los setos no tienen la misma emoción que las calles abarrotadas de Londres. Y mientras hablaba de ello con Maltote dejaron atrás las casas y pequeñas chozas para adentrarse en verdes campos abiertos, una zona que desagradaba profundamente a Ranulfo. Vio

a Corbett enderezarse como un perro de caza sobre su montura y él mismo empezó a sentir una creciente ansiedad a medida que el camino se iba estrechando. A ambos lados se alzaban espesos setos y los árboles se inclinaban tan cerca los unos de los otros que sus ramas se entrelazaban formando una especie de techo sobre sus cabezas. El silencio se rompía constantemente, cuando no por el suave canto de una paloma, por el estridente graznido de un grajo. Ranulfo intentó no prestar atención a ello y se concentró en cualquier ruido, cualquier movimiento que pudiera indicar peligro. Empezó a relajarse cuando los setos cedieron paso a una carretera mucho más amplia. Sin embargo, Corbett, no dejaba de murmurar algo por lo bajo. Miraba continuamente el camino, se detenía y luego continuaba la marcha.

—¡Por el amor de Dios, amo! —exclamó Ranulfo—. ¿Qué tienen de emocionante las piedras y el musgo?

—El cuerpo carbonizado —dijo Corbett deteniendo su caballo— se encontró por estos alrededores. —Desmontó sin hacer caso de lo que Ranulfo le decía—. Exacto. —Señaló el camino—. Fue ahí, antes de la curva, cerca de un bosquecillo; ahí es donde las monjas encontraron los restos.

—¿Estáis seguro? —preguntó Ranulfo.

—Sí. Su guía dijo que estaban a punto de llegar a la curva del camino. Entonces se encontraron con el caballo que venía al galope y que pasó a su lado. Cuando doblaron la curva encontraron el cuerpo, o una parte de este, ardiendo como una antorcha —volvió a montar y sonrió a Ranulfo—. Veamos si no me falla la memoria. Las hermanas dijeron que, sobre una hora y media después de pasar por el lugar, llegaron a la puerta de Botham Bar. Hemos recorrido más o menos la misma distancia.

Estaba en lo cierto. Llegaron a un pequeño bosque; Corbett escudriñó la oscuridad, observó atentamente el camino de guijarros y señaló la huella de una hoguera de considerable tamaño.

—¿Por qué estáis tan interesado en ese asesinato? —preguntó Ranulfo.

Corbett desmontó, se agachó y cogió un poco de la tierra quemada entre las manos.

—Tenemos a un viajante camino de York. No sabemos quién era, dónde iba o lo que estaba haciendo por estos solitarios parajes. Pero, por lo que parece, fue atacado por un maestro de la espada.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Ranulfo.

—Solo un soldado profesional, alguien capaz de utilizar una enorme espada de dos manos podría cortar a un hombre por la cintura. El caballo debió de salir corriendo, dejando en el suelo la parte superior del cuerpo que momentos más tarde se consumió por un extraño fuego. Pero ¿de dónde salió?

—¿Los templarios? —interrumpió Ranulfo—. Llevan espadas de dos manos. Corbett sonrió.

—Ahora entendéis mi interés. Quedaos donde estáis. —Corbett desenvainó su

espada—. Bien, Ranulfo, vos seréis la víctima y yo el asaltante. —Sujetó la espada con las dos manos, corrió hacia él y golpeó suavemente con el plano de la hoja el estómago de Ranulfo.

—¿Fue así como se hizo, amo?

Corbett guardó la espada.

—Es posible. Pero ¿por qué la víctima corrió en dirección a la espada? ¿Por qué no dio la vuelta y salió huyendo?

—Era de noche —apuntó Ranulfo.

Corbett sacudió la cabeza.

—No tiene sentido. ¿Por qué cortar a un hombre por la mitad y luego quemar la parte superior de su cuerpo? ¿Y por qué la víctima, un inocente viajero, no salió corriendo?

—¿Cómo sabemos que era inocente? —preguntó Ranulfo.

Corbett volvió a sacudir la cabeza.

—Entre las peticiones que he atendido hasta el momento no había ni una sola que preguntara por el paradero desconocido de algún ciudadano; nadie ha informado de una desaparición.

—Lo que os hace pensar —intervino Maltote— que el asaltante era un caballero templario, ¿no?

Corbett pasó la mano por el cuello de su caballo.

—Así me gusta, Maltote. Que hagas buenas observaciones. Creo que era un caballero —continuó—. Como he dicho antes, se requiere una tremenda fuerza y gran habilidad para cortar a un hombre en dos. Pensad, Maltote; el asesino se acerca al galope en dirección a su víctima, espada en mano; la levanta y, como si fuera la guadaña de un agricultor, corta su cuerpo justo por la cintura. Solo un hombre entrenado y con experiencia como guerrero podría blandir una espada con esa precisión y esa fuerza. He visto hacerlo en Escocia y en Gales. Tal habilidad solo se adquiere después de años de experiencia en la guerra.

—Pero ¿por qué un templario? —insistió Maltote.

—Por su habilidad y proximidad al feudo de Framlingham. Y también porque, por lo que sé, los únicos caballeros capaces de hacerlo, aparte de los templarios, se encontraban al lado del rey.

—Entonces, ¿el asesinato de este solitario camino y la muerte del asesino en la ciudad están relacionados? —preguntó Ranulfo.

—¿Y qué pasaría si la víctima fuera también un templario? —preguntó Maltote, intentando conseguir con su ingenio otro elogio de su amo.

—Es posible —replicó Corbett—. Y ello explicaría por qué nadie ha reclamado los restos de la víctima, y por qué el paradero del caballo y el resto de su cuerpo continúan siendo un misterio. Pero —añadió despacio—, de todos modos, no creo que fuera un templario —se encogió de hombros—. Aunque, de nuevo, tampoco tengo ninguna prueba —Corbett fijó la mirada en la huella que el fuego había dejado

en el suelo y luego la levantó hacia la verde oscuridad de los árboles—. Bueno, ya se verá —dijo y, tras montar de nuevo, prosiguieron la marcha.

Durante un rato caminaron en silencio. Corbett intentaba encajar todas las piezas del rompecabezas: ¿Quién era la víctima que había muerto en ese camino tan solitario? ¿Por qué murió y luego la quemaron? ¿Por qué nadie reconoció el cuerpo? ¿Por qué el sargento templario había intentado matar al rey y luego se había consumido en las llamas de un extraño fuego? ¿Estaba la orden del Temple realmente tan corrupta, tan llena de intrigas y envidias? ¿Se trataba acaso de algún aquelarre que planeaba la destrucción de los príncipes a través de asesinatos y magia negra? ¿Quién era Sagitario? Cerró los ojos y dejó que su caballo siguiera su propio instinto. Tampoco podía olvidar el asunto de las monedas: ¿Quién disponía de los medios para emitir monedas de oro? ¿De dónde procedía ese metal tan precioso? ¿Cómo se distribuía? ¿Estaban también los templarios involucrados en este asunto? ¿Habrían descubierto el secreto de la alquimia? Corbett abrió los ojos. ¿Y qué iba hacer en Framlingham? Llevaba el anillo del rey en su zurrón y certificados que le otorgaban autoridad para actuar; pero ¿cómo reaccionarían los templarios? No tenían por qué rechazarle, pero eso tampoco significaba que quisieran cooperar. Corbett se encontró dándole vueltas a la cabeza como un perro alrededor de un asador. Estaba tan absorto en sus preocupaciones, que cuando se halló delante de las puertas del feudo de Framlingham, el miedo empezó a apoderarse de él. Tan pronto como se acercaron a la enorme verja de pesado hierro, Corbett se dio cuenta de que algo no andaba bien. En las torres de vigía había soldados y un grupo de ballesteros hacían guardia en la entrada, resplandecientes con sus capas blancas y sus cruces rojas.

—¡Quedaos dónde estáis! —gritó una voz.

Se detuvo y levantó una mano en señal de paz. Se les acercó un soldado con el rostro prácticamente cubierto por una cofia de cota de malla y un casco que cubría sobradamente su nariz. Les hicieron toda clase de preguntas. Solo cuando Corbett enseñó el anillo y los certificados del rey se abrieron las puertas y pudieron entrar. Dos soldados iban al frente subiendo por el sombrío camino que se dibujaba entre los árboles. Corbett podía oír de vez en cuando el crujido de los helechos a ambos lados del sendero. Se escuchó el ladrido de un perro en las proximidades. Ranulfo se acercó a su amo.

—¿Qué ocurre? —susurró—. Las puertas están fortificadas y hay soldados templarios con perros de caza vigilando entre los árboles.

—¿Algo va mal? —preguntó Corbett en voz alta a los dos hombres.

Uno de los soldados se detuvo y se acercó.

—¿No lo sabéis? —preguntó el soldado—. *Sir Guido*, el guardián del feudo, ha sido asesinado esta mañana. Murió en el centro del laberinto, consumido por el fuego.

—¿Fuego? —preguntó Corbett.

—En efecto. Si era del cielo o del infierno, eso no lo sabemos. El gran maestre y todos los comandantes se encuentran en estos momentos reunidos.

Llegaron al final de una curva y entraron en los verdes jardines que se extendían delante de Framlingham. Ante ellos se alzaba un enorme edificio de cuatro plantas, tan grande como el de un rico comerciante, amplio y con dos alas a ambos lados, que le conferían la forma de una herradura. Sin duda se trataba de una lujosa residencia palaciega. La planta de abajo estaba revestida de piedra y los pisos superiores, de vigas negras con las juntas pintadas de oro; el techo estaba cubierto de tejas de pizarra roja; el vidrio de las ventanas resplandecía a la luz del atardecer. Sin embargo, reinaba un profundo silencio y una sensación de opresión enrarecía el ambiente. El sargento los llevó hasta los establos, donde los mozos de cuadra los miraban aterrorizados. Se acercaron a toda prisa como si estuvieran deseosos de hacer algo por romper la tensión de la situación. Corbett ordenó a Ranulfo y a Maltote que trabaran a su caprichoso poni y siguió al sargento a través de la puerta trasera que daba a unos pasillos de paredes revestidas.

El caballero al que el jeque al-Jebal llamaba el Desconocido se bajó de la silla de su caballo a las afueras del hospital de San Lázaro, cerca de la iglesia de San Pedro, justo en la entrada de la puerta de Walmer. Durante unos segundos el Desconocido se apoyó en su caballo, una mano en la alta silla de montar y la otra en la empuñadura de su gran espada de dos manos que colgaba de ella.

—Me muero —musitó el Desconocido.

La terrible enfermedad que le consumía se le había manifestado en heridas cada vez mayores que se le abrían por todo el cuerpo. Intentaba ocultarlas bajo la capa que le cubría de pies a cabeza; además, llevaba guantes en las manos y un pañuelo negro le tapaba la cara de nariz para abajo. El viejo caballo que había comprado en Southampton relinchó y dejó caer la cabeza; también estaba cansado.

—Los dos estamos acabados —murmuró el Desconocido—. Que Dios se apiade de mí, no puedo más.

Había pasado varios días viajando por todo York; luego, una vez a las afueras, en la puerta de Botham Bar, se había dirigido a Framlingham. Había visto a los comandantes templarios y al gran maestro, Jacques Molay, oculto tras las sombras de los árboles. Al ver sus blancas capas, sus flamantes banderas y pendones, el corazón le dio un vuelco y las lágrimas acudieron a sus ojos. Desde su liberación, el Desconocido sentía que su sed de venganza se debilitaba. Antes de morir quería reconciliarse en paz con sus hermanos y con Dios. La muerte estaba por llegar. Durante años, en las mazmorras del Viejo de la Montaña, el Desconocido se había resistido a morir, pero ahora, en el exterior, a la luz de Dios, de nuevo en un país donde el tañido de las campanas se oía a través de verdes prados, ¿qué sentido tenía vengarse? Dios estaba a punto de intervenir...

—¿Necesitáis ayuda?

El Desconocido se dio la vuelta; su mano agarró con fuerza la daga que llevaba al

cinto. El bondadoso rostro del viejo fraile le tranquilizó y entonces dejó caer el pañuelo de seda negro que cubría su cara.

—Sois leproso —dijo el hermano—, ¿necesitáis ayuda?

El Desconocido asintió y clavó su dolorida mirada en aquellos serviles y acuosos ojos. Abrió la boca para hablar; su caballo dio una fuerte sacudida; sintió que el mundo le daba vueltas; veía al fraile borroso; las paredes del hospital de San Lázaro parecían alejarse. Cerró los ojos, suspiró y luego se derrumbó a los pies del fraile.

Capítulo IV

En Framlingham, el sargento templario acompañó a Corbett mientras subían por unas oscuras escaleras de madera caoba y entraban en una galería de aspecto sepulcral desprovista de cualquier mobiliario. Solo había cruces y escudos de diferentes caballeros colgados en la pared, que se iban intercalando con las cabezas disecadas de lobos y ciervos que miraban a Corbett a través de sus ojos de cristal. Una ventana al fondo de la galería iluminaba la habitación y le daba un aire misterioso en el que la luz y la oscuridad se mezclaban de forma extraña. Había guardias, silenciosos como estatuas, en todas las esquinas y puertas. Subieron otro tramo de escaleras y entraron por fin en la sala del consejo. Tenía forma ovalada; las paredes estaban prácticamente desnudas, adornadas solo con dos grandes banderas que colgaban con la insignia de la orden del Temple. No había chimenea; solo una gran losa donde se podía hacer fuego y un humero en lo alto del techo. La habitación estaba casi desierta; no había ni muebles ni alfombras y la luz entraba por pequeñas hendeduras que hacían de ventanas. Se percibía un olor extraño, como a grasa quemada, lo que produjo náuseas a Corbett y le hizo recordar los incendios de las aldeas de Escocia. Los comandantes templarios, sentados en una especie de butacas colocadas en forma de herradura, guardaron silencio cuando el escribano hizo acto de presencia en la sala. Molay, en el centro, le invitó con la mano a que tomara asiento a su derecha. Corbett se dirigió a él, pasando por el lado de una mesa en la que yacía un cuerpo cubierto por un paño mortuario con ribetes de oro y rodeado de velas. A pesar de que era una escena espeluznante (por fin Corbett se dio cuenta de donde procedía el fétido olor), no dejaba de resultar también grotesca, ya que el paño dejaba al descubierto las ridículas botas que llevaba el monje cuando murió.

—Sabíamos que vendríais, *sir* Hugo —dijo Molay apoyándose sobre la mesa—. Estamos celebrando una corte de comandantes según las normas de nuestra orden. El guardián de la casa, *sir* Guido Reverchien, fue misteriosamente asesinado esta mañana. Quemado vivo en el centro del laberinto.

Corbett observó uno a uno a los comandantes templarios; todos parecían iguales con esos rostros petrificados y bronceados por el sol. Ninguno de ellos hizo el menor gesto de bienvenida.

—Cada mañana, antes de que saliera el sol —prosiguió Molay—, hiciera el tiempo que hiciera, *sir* Guido seguía su propio peregrinaje hasta el centro del laberinto, recitando los salmos y rezando el rosario. Con los años se lo acabó conociendo de memoria; sabía orientarse hasta en medio de la oscuridad.

Corbett miró hacia el paño mortuario. Había oído hablar de los laberintos que se construían para que aquellos que no habían ido en peregrinación o a las cruzadas compensaran su falta buscando a través de tortuosos caminos su centro, donde solía alzarse una cruz o una estatua de Cristo.

—¿Cómo puede haber muerto un hombre de esa manera en el centro de un

laberinto? —preguntó Corbett.

—Por ese motivo nos hemos reunido —explicó Legrave—. Por lo visto, *sir* Guido llegó al centro y, cuando estaba encendiendo las velas que había al pie de la cruz, una gran llamarada se apoderó de él.

—¿Y no había nadie más con él? —preguntó Corbett.

—Nadie más —replicó Legrave—. Solo unas pocas personas conocen los misterios que encierra ese laberinto. Su antiguo camarada, Odo Cressingham, nuestro bibliotecario, suele hacer guardia en la entrada. Nadie más entró en el laberinto ni antes ni después de *sir* Guido. El hermano Odo le esperaba fuera sentado, como hacía todas las mañanas. *Sir* Guido salía con las rodillas y las piernas llenas de sangre e inflamadas, por lo que requería la ayuda del hermano para volver al refectorio. Odo dijo que hacía una mañana espléndida; el cielo empezaba a iluminarse cuando escuchó los alaridos de *sir* Guido. Se levantó de un salto y pudo ver una nube de humo que salía del centro. Entonces dio la voz de alarma y, cuando pudimos llegar al interior, esto es lo que encontramos. —Legrave se levantó y retiró el paño que cubría el cuerpo.

Corbett echó una ojeada y luego volvió la cabeza. El cuerpo de Reverchien estaba totalmente carbonizado. Desde la socarrada cabellera hasta las ridículas botas, el fuego había desfigurado todos sus rasgos y había convertido la carne, la grasa y los músculos en unas cuantas brasas. Si no fuera por la curva de la cabeza y los agujeros de los ojos, la boca y la nariz, Corbett hubiera pensado que aquel cuerpo era un tronco de leña quemado.

—¡Cubridlo! —ordenó Molay—. Nuestro hermano Guido nos ha abandonado. Su alma está ahora en manos de Cristo. Nosotros solo podemos determinar cómo murió.

—¿No tendríais que entregar su cuerpo al ayuntamiento, gran maestro? —preguntó Corbett.

—Tenemos nuestras leyes —replicó Branquier—, y todas reconocidas por la casa real.

Corbett se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Y por qué habéis venido? —preguntó el tesorero con dureza.

—No hay por qué ser descortés con nuestro invitado —intervino William Symmes.

Sentado enfrente de Corbett, sonrió desde su butaca. De repente, el escribano dio un brinco cuando notó un pequeño bulto peludo que saltaba del regazo de Symmes al asombro suyo. La cara de asombro de Corbett contribuyó a relajar el ambiente. Symmes se puso en pie y, pidiendo disculpas, cogió con cariño a su pequeña comadreja.

—Es mi mascota —explicó Symmes.

Corbett miró por encima de la butaca al animalito, de pelaje rojizo con manchas blancas, que no paraba de mover la nariz y le miraba sin pestañear con sus ojillos negros. Symmes lo acunaba como si fuera un bebé y lo acariciaba con suavidad.

—Siempre hace lo mismo —explicó Symmes—. Es muy curioso, pero no hace nada.

Molay repiqueteó con la yema de sus dedos en el brazo de la butaca y todas las miradas se dirigieron a él.

—Habéis venido por lo que ha sucedido esta mañana en la ciudad, ¿no es así, *sir* Hugo? Por el ataque al rey.

—Así es. El asaltante era un sargento de vuestra orden, Walter Murston. —Corbett hizo caso omiso a los rumores que había despertado en la sala—. Según las pruebas, Murston lanzó dos saetas contra nuestro rey mientras la procesión se dirigía a la Trinidad.

—Seguid.

—Cuando llegué a la buhardilla de la taberna donde Murston se escondía, él también había muerto abrasado por las llamas de un fuego desconocido que consumió sobre todo la parte superior de su cuerpo.

—¿Cómo sabéis que era Murston? —preguntó Legrave.

—Encontramos su alforja; dentro de ella había una capa de vuestra orden y una lista de provisiones que había comprado y firmado con su nombre. Estoy convencido —añadió Corbett— de que, si buscáis bien, os daréis cuenta de que el sargento ha desaparecido y que falta una ballesta entre vuestras armas —Corbett miraba de frente a Branquier—. Pero en este caso no podréis reuniros para determinar su muerte, pues *sir* Juan Warrenne ha ordenado que sea colgado del palo más alto en medio de la plaza de York.

Molay se reclinó en la silla. Corbett vio cómo su rostro santo y ascético se había vuelto de un gris cenizo. Negras ojeras alrededor de sus ojos daban fe de que había dormido muy poco y de que la ansiedad lo corroía por dentro. «Lo sabéis, ¿verdad? —pensó Corbett—. Sabéis que algo huele mal en todo este asunto. Algo se está pudriendo dentro de vuestra orden».

Molay aspiró con fuerza.

—Murston era uno de mis hombres —explicó—. Un miembro de mi séquito. Nació en Gascón y pertenecía a la orden francesa.

—Pero ¿por qué quería matar a nuestro rey? —preguntó Corbett.

—Murston sirvió en ultramar. El calor de aquellas tierras puede derretir el cerebro de un hombre. Era un buen sargento, pero no estaba en su sano juicio.

—Lo mismo podría decirse de muchos en York, pero no por eso intentan cometer traición y regicidio.

—Hay en nuestra orden quien piensa que la falta de apoyo de los príncipes de Occidente costó la cristiandad de la ciudad de Acre —explicó Legrave—. Nuestra orden perdió allí a muchos de sus mejores hombres, por no mencionar sus riquezas y el acceso a Tierra Santa. Si Acre hubiera sido liberada... —Legrave levantó el ceño—. Si Eduardo de Inglaterra hubiera hecho más de lo que hizo —continuó—, quizás aquella tragedia nunca habría tenido lugar.

—¡Pero de eso hace doce años! —exclamó Corbett.

—Algunas heridas tardan en cerrarse —dijo Baddlesmere—. Otras en cambio lo hacen con más rapidez. Murston era de los que se sintieron traicionados.

—En ese caso —continuó Corbett—, no era el único. ¿No es cierto? Alguien más debió de ayudarle.

—¿Tenéis pruebas? —preguntó Symmes alzando la voz.

—Simplemente no creo que el fuego devore a todos los posibles asesinos, incluso aunque su blanco sea nuestro rey.

—Pero no tenéis pruebas —apuntó Legrave.

—No, no las tengo. Pero sí os puedo asegurar que, mientras pasaba esta tarde por York, alguien me hizo llegar las amenazas de los Asesinos. Estaban escritas en el pergamino que me dio un pilluelo al que alguien debió de contratar. Poco después —Corbett continuó—, una saeta estuvo a punto de atravesarme la cabeza. Y esto no son imaginaciones. Tengo pruebas más que suficientes —Corbett levantó la mano en la que llevaba la sortija del rey.

—Lo sé —replicó Molay con tono apacible—: vos actuáis en nombre del rey en todo este asunto.

—Así es. Y será mejor que nos dejemos de habladurías —afirmó Corbett—. Hace unos días, un misterioso asesinato tuvo lugar en el camino a las afueras de York, cerca de la puerta de Botham Bar. El cuerpo de un hombre fue partido en dos y la parte de arriba ardió en llamas. Solo un caballero entrenado, con una espada de dos manos, pudo llevar a cabo tal fechoría —luego miró a Molay—. Vos habéis vuelto recientemente de Francia, gran maestro.

Molay asintió mientras se alisaba los pelos de la barba.

—Sí, asistimos a un importante capítulo en París —explicó Branquier.

—De acuerdo —prosiguió Corbett—, pero, poco después, un sargento templario intentó matar al rey Felipe de Francia.

—Rumores —afirmó Branquier con rudeza—. Más habladurías de las vuestras, maese.

—Pronto sabréis cuál es la verdad —replicó Corbett—. Tenemos noticias de Francia. El sargento templario ha sido capturado y entregado a manos de la Inquisición. Ha confesado que dentro de vuestra orden se ha formado un aquelarre dirigido por caballeros de alto rango que practican la magia negra y libran una guerra secreta contra los príncipes al servicio de Dios.

Las palabras de Corbett dieron pie a un gran alboroto. Legrave y Symmes se pusieron en pie. Symmes seguía acariciando a su pequeña comadreja, con tanto cariño que Corbett se preguntó si no serían familia; pero luego desechó la idea; primero, por disparatada y, segundo, por supersticiosa.

Richard Branquier se tapó la cara con las manos. Miraba con tal odio a Corbett que el escribano deseó haber traído a Ranulfo y a Maltote consigo. El viejo Baddlesmere se sentó mientras sacudía la cabeza. Solo cuando Molay hizo sonar sus

botas de tacón alto contra el suelo y gritó pidiendo silencio, los caballeros volvieron a sentarse.

—Hemos oído hablar de ello —explicó—. De un momento a otro nuestra orden en París nos confirmará lo sucedido, aunque, por supuesto, un emisario del rey Eduardo de Inglaterra nunca mentiría. ¿Qué más sabéis, *sir* Hugo?

—El templario francés confesó que los miembros del aquelarre están dirigidos por un oficial de alto rango al que llaman Sagitario o el Arquero. —Corbett se dio la vuelta y apuntó con un dedo a Molay—. Vos sabéis, gran maestre, que algo anda mal. Está escrito en vuestra cara, y por eso vuestros soldados patrullan por los alrededores y tenéis a hombres armados hasta los dientes por todas las galerías. ¿De qué tenéis miedo?

—De nada, son solo supersticiones —replicó Molay—; eso es todo. —Luego se encogió de hombros—. Hay templarios que guardan un profundo resentimiento por lo que pasó en Acre y en otras partes, al igual que hay barones ingleses que no desean la paz con Francia.

—¿Y por ese motivo accedisteis tan rápidamente a entregarle dinero al rey? —espetó Corbett—. ¿Acaso intentáis comprar su protección?

Esta vez Corbett sabía que había dado en el blanco. No hubo alborotos, ni gritos de desaprobación.

Molay sonrió ligeramente.

—*Sir* Hugo —replicó—, los templarios nacimos como una orden militar religiosa. Todos los que estamos aquí somos monjes guerreros. Pertenece a esta orden con un solo y único propósito: defender Jerusalén y Tierra Santa; proteger el territorio cristiano de los infieles. Pero ahora, miradnos: unos se han convertido en comerciantes, otros en banqueros y hasta en agricultores. Por supuesto que nos han llegado voces de protesta. Nos llaman inútiles, creen que estamos perdiendo el tiempo. Pero ¿qué podemos hacer? Hombres como Guido Reverchien, Murston, yo mismo y todos los caballeros que se encuentran en esta sala, estaríamos dispuestos a morir y derramar nuestra sangre en las murallas de Jerusalén para que los que son como vos podáis arrodillaros y besar el suelo de Tierra Santa. Buscar apoyo en las altas esferas —añadió con tono suave—, ya sea a través del rey Felipe de Francia o de Eduardo de Inglaterra, no es para nosotros más que una cuestión política.

—Somos súbditos leales del rey —terció Legrave con su cara aniñada.

—Entonces podréis decidme dónde os encontrabais hoy entre las diez y las dos de la mañana, horas durante las cuales tuvo lugar el ataque del rey y el mío.

—¿Por qué nos acusáis solo a nosotros? —preguntó Baddlesmere con rudeza—. No somos los únicos templarios.

—Vos estabais en Francia cuando atacaron al rey Felipe. Murston pertenecía a Framlingham. Llevaba consigo una bolsa llena de monedas de plata; demasiado dinero para un sargento. Además, el asesinato del viajante a las afueras de la puerta de Botham Bar fue llevado a cabo, según tengo entendido, por un caballero. Y, lo que

es más importante, las únicas personas que sabían por qué calle entraría el rey de camino al palacio del arzobispo eran Juan Warrenne, vos y yo.

—¡Tonterías! —exclamó Baddlesmere.

Corbett sacudió enérgicamente la cabeza.

—No, maese; la única vez que se mencionó el camino fue cuando os encontrabais en nuestro priorato ayer al mediodía. Yo mismo había trazado cuatro, incluso cinco rutas por las que el rey podría llegar a la ciudad. La decisión de subir hasta la Trinidad se tomó momentos antes de que vos os reunierais con él. Y fue anunciada públicamente solo un poco antes de que su majestad entrara en York; pero, sin embargo, Murston ya se encontraba en aquella taberna desde la noche anterior.

Los templarios le miraban ahora asustados. Baddlesmere movía inquieto los pies, Branquier se toqueteaba los labios, Legrave miraba rojo de furia a Jacques Molay, mientras Symmes, sentado, con la cabeza gacha, seguía acariciando y hablando en voz baja a su comadreja.

—Si lo que decís es verdad —remarcó Molay—, entonces el traidor se encuentra en esta sala.

—Os olvidáis de un detalle, *sir* Hugo —dijo Branquier señalando el cuerpo cubierto sobre la mesa—. Guido Reverchien ha sido asesinado esta mañana antes del amanecer. En mi opinión, las muertes del viajante en la puerta de Botham Bar, la de Murston y la de Guido Reverchien están relacionadas. Sin embargo, no tenéis pruebas de que nadie de los que nos encontramos aquí estuviera presente en el camino de las afueras de Botham Bar o con Murston. Además, podemos probar que, cuando *sir* Guido Reverchien murió, todos los que nos encontramos en esta sala estábamos alojados en el priorato de San Leonardo. —Al ver que había pillado a Corbett por sorpresa, añadió—: ¿No lo sabíais, Corbett? Pasamos allí toda la noche. Luego llegamos aquí y solo unos momentos antes que vos descubrimos la tragedia.

—Y antes de que lo preguntéis —intervino Molay—, esta mañana nos encontrábamos en la ciudad. Teníamos asuntos que tratar con nuestros banqueros.

—¿Juntos? —preguntó con desconfianza Corbett, intentando recuperarse de su confusión.

Molay se encogió de hombros.

—No, claro que no. Legrave me acompañó, pero cada uno de los demás fue a un sitio diferente. Teníamos cosas que hacer.

—Entonces, ¿ninguno de los aquí presentes —dijo mientras los repasaba con la mirada— pudo estar con Murston? ¿Ninguno pudo escribir el mensaje o intentar atravesarme la cabeza con una saeta?

—*Sir* Hugo —dijo Molay elevando el tono de voz para acallar los gritos de protesta—, no tenéis pruebas de nada de lo que decís.

—Yo volví justo después del mediodía —afirmó Branquier— para hablar con el hermano Odo, nuestro bibliotecario.

—¿Y el resto? —preguntó Corbett.

Cada uno dio una respuesta diferente. Estaba claro que los templarios habían vuelto a Framlingham un poco antes que Corbett.

—Entonces nos dijeron que *sir* Guido había muerto —explicó Branquier—. Calificamos su muerte como de misteriosa, cerramos todas las puertas, doblamos la guardia y reunimos al consejo.

—Puede que estéis en lo cierto y que seáis inocentes —replicó Corbett—, pero cumplo órdenes del rey. Ningún templario puede salir fuera de las tierras de Framlingham hasta que este asunto se resuelva. Nadie, ni siquiera los que os encontráis aquí presentes, puede entrar en la ciudad de York.

—De acuerdo —se apresuró a responder Molay—. Y supongo que vos y vuestros acompañantes seréis nuestros huéspedes.

—Hasta que se resuelva todo este asunto —replicó Corbett—, así es.

—En ese caso, Ralph —dijo Molay haciendo un gesto a Legrave—, ¿seréis tan amable de enseñar a nuestros invitados sus aposentos?

Corbett señaló el cadáver.

—¿Y qué pasa con la muerte de *sir* Guido?

Molay hizo una mueca y se puso en pie.

—La voluntad de Dios o...

—Un asesinato —apuntó Corbett.

—Sí, *sir* Hugo; un asesinato. En ese caso, nos aprovecharemos de sus dotes de pesquisidor. Después de que Legrave os enseñe vuestros aposentos, podéis dar una vuelta por nuestro laberinto. Hemos colocado una cuerda que va desde el centro hasta la entrada. Utilizadla y no os perderéis.

Corbett siguió a Legrave hasta la puerta.

—*Sir* Hugo —dijo Molay acercándose—, mañana por la mañana los hermanos cantarán una misa de réquiem en honor a *sir* Guido. Estáis invitado a asistir. Y, por lo demás, consideraos como en vuestra casa. Sin embargo, os ruego que tengáis en cuenta nuestras normas. Somos una orden monástica y ciertas salas de este edificio están reservadas a nuestros monjes, por lo que no se os permitirá la entrada.

Corbett asintió y luego siguió a Legrave hasta el pasillo que llevaba al vestíbulo donde le esperaban Ranulfo y Maltote, junto a la puerta de entrada. Legrave les guio a través de un camino de gravilla hasta el piso de abajo, situado en el ala este.

—Son celdas —explicó Legrave. Abrió una puerta—. *Sir* Hugo, vuestros criados pueden compartir esta.

Luego abrió la puerta de otra cámara, más espaciosa pero de aspecto más tétrico, con solo una hendedura por ventana. Las paredes estaban encaladas. Un enorme crucifijo colgaba sobre la cama de caballete, a los pies de esta había un arca de piel y en la mesa de al lado, un cofre de hierro. Debajo de la ventana había una mesa escritorio y una silla con el respaldo y los brazos laboriosamente forjados.

—Espero que comáis con nosotros en nuestro refectorio —le dijo Legrave. Luego vigiló por encima del hombro a Maltote y Ranulfo, que todavía permanecían de pie

en el pasillo. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella con una sonrisa en los labios —. *Sir Hugo*, espero que no os hayáis ofendido por nuestro recibimiento. Nuestra orden está desorientada. Somos como un barco a la deriva, a la merced del viento más fuerte. Hemos perdido Tierra Santa. Los infieles se han apropiado de nuestros lugares sagrados y ¿qué se supone que tenemos que hacer? Muchos de nuestros miembros traicionaron a sus familias, a su hogar y a su corazón para convertirse en templarios. Ahora esta es su familia y todo lo que ven es que nuestra querida orden es objeto de acusaciones por parte de los príncipes.

—Pero eso no justifica el asesinato o la traición —replicó Corbett con dureza.

—Oh, no, en absoluto; pero eso, *sir Hugo*, todavía está por demostrar. Por cierto, oirán las campanas a la hora de cenar —y con estas palabras, Legrave salió silenciosamente de la celda.

Ranulfo y Maltote entraron con el equipaje de Corbett en la mano.

—Los caballos están bien —anunció Maltote—. Vuestro caprichoso e indomable poni ha traído a los mozos de cabeza.

—¿Qué pensáis, amo? —preguntó Ranulfo colocando las alforjas de Corbett en la enorme arca y arrastrando después un taburete.

—Todo es muy misterioso —contestó Corbett—. Los templarios son como un libro cerrado, hombres de guerra, difíciles de combatir. No les gustamos. No les hace ni pizca de gracia que hayamos venido, pero, aparte de todo eso, algo está pasando.

—¿Os referís a la muerte del guardián? Hemos oído comentarios —informó Ranulfo—. Pero no de los templarios; son demasiado callados y andan con pies de plomo. Me refiero a los criados.

—¿Y habéis descubierto algo?

—No, solo que están aterrorizados. Todos hablan de lo mismo, de luces extrañas por la noche, de idas y venidas. Por lo visto, reinaba la paz hasta que Molay y sus comandantes llegaron. Normalmente en el feudo solo vivían el guardián y unos cuantos criados; pero ahora toda la casa está revuelta. Creen que *sir Guido* fue asesinado con magia negra y que el fuego fue enviado por el demonio. Muchos de ellos se están marchando y se niegan a trabajar aquí.

Corbett miraba a través de la ventana. Las nubes doradas de la puesta de sol rasgaban el cielo. Le apetecía tumbarse y poner en orden sus ideas, pero no podía dejar de pensar en el cuerpo que yacía sobre la mesa de la sala del consejo.

—Escuchad, Ranulfo, Maltote, deshaced mi equipaje. Cerrad la puerta detrás de mí. Voy a echar un vistazo al laberinto. Mientras tanto podéis seguir investigando; haceos los inocentes —Corbett hizo un guiño a Maltote—. A ti no te resultará muy difícil. A ver hasta dónde podéis llegar. Ranulfo, no te metas en ningún lío. Nos encontraremos aquí dentro de una hora.

Corbett salió del edificio y dio una vuelta por los alrededores de la casa. Paseó por los establos, herrerías y cobertizos. Luego atravesó una enorme puerta y se adentró en un espacioso jardín trazado con gran belleza. Decidió detenerse en aquel

remanso de paz, una glorieta a la que se llegaba a través de una especie de túnel cubierto de rosas blancas, muguete y madreselvas. Corbett se sentó en la hierba y miró a su alrededor con estupor.

—¡Ah! —suspiró—. ¡Si Maeve pudiera ver todo esto!

Su esposa sentía una gran pasión por los jardines, y este era con diferencia el mejor que Corbett había visto; superaba incluso a los de los palacios del rey Eduardo. En una esquina divisó varios arriates y aspiró la suave fragancia que se desprendía de sus flores y hierbas y que perfumaba la brisa del anochecer. Después de un rato, Corbett se levantó y cruzó el patio, mientras contemplaba embobado los helechos, hinojos, iris, vincapervincas y primaveras. Al otro lado crecían milenramas, margaritas y cuajaleches. Corbett siguió caminando y se adentró en un huerto en el que los manzanos, perales y moreras ofrecían su sombra ante el cegador sol del atardecer. Se volvió y dirigió la mirada hacia la casa; los rayos se reflejaban en el cristal de las ventanas y hendeduras. Corbett se preguntó si alguien le estaría observando.

Cruzó una pequeña puerta con pestillos y salió del jardín. Se encontró frente a un prado que hacía bajada hasta un bosquecillo y que terminaba en un enorme lago de aguas trémulas. De los establos de al lado, Corbett escuchó el mugido de las vacas que se recogían al caer la noche. Un hombre cantaba y el viento traía el sonido del martillo de un herrero sobre el yunque. Era un paisaje idílico que le recordaba su casa en Leighton. Sin embargo, se sentía intranquilo; estaba seguro de que alguien estudiaba todos y cada uno de sus movimientos. Giró a la derecha y caminó detrás de la casa en dirección a una franja de árboles. Detrás de estos se alzaba el laberinto, formado por un conjunto de altísimos setos verdes que se extendía hasta la pared de la casa. Se acercó y observó las distintas entradas; por fin descubrió la cuerda que asomaba por una de ellas. Corbett prosiguió su camino, sin apartar la mirada de la cuerda que se escondía a través de los setos.

—¡Que Dios nos ampare! —susurró Corbett mientras alzó la vista hacia los altos setos que se erigían a ambos lados—. Guido Reverchien debía de tener un ansia de castigo insaciable.

Contempló cómo un pájaro levantaba el vuelo de una rama y aleteaba por encima de su cabeza. El sonido le recordó el zumbido de una saeta. Siguió caminando: el silencio reinaba en el laberinto; era como encontrarse perdido en un bosque secreto y mágico. La cuerda nunca se acababa, y el silencio se hacía cada vez más sepulcral. Sintió que el corazón le daba un brinco y el sudor le empezó a picar en la nuca. Las sombras empezaban a desvanecerse y, en algunos lugares, los altos setos tapaban los últimos rayos de sol. Corbett no se detenía. Empezaba a arrepentirse de no haber esperado al día siguiente para entrar en el laberinto cuando de repente escuchó un crujido en las piedras del camino. Corbett echó una ojeada: ¿le estaba siguiendo alguien o era algún animal desde el otro lado? Se quedó quieto a la espera de oír otro ruido, pero no fue así y, más tranquilo, continuó la marcha. Al final la cuerda dio la

vuelta en una esquina y por fin llegó al centro del laberinto. Un enorme crucifijo de piedra se alzaba en medio. Frente a él vio los escalones donde Reverchien se arrodillaba. Las piedras y los candelabros estaban agrietados y chamuscados. Corbett alzó la vista hacia el afligido rostro de Jesucristo.

—¿Qué pudo haber pasado? —se preguntó—. ¿Cómo es posible que un viejo soldado rezando sus oraciones ardiera en las llamas de un fuego tan extraño?

Estudió la zona donde se produjo el fuego, pero no pudo detectar la causa. No había velas; solo quedaban restos de cera en algunas candelarias que todavía podían encenderse pero que, desde luego, eran incapaces de quemar vivo a un hombre. Corbett se sentó e intentó visualizar la escena. Reverchien debía de haber llegado por el mismo camino que él había seguido, recitando sus salmos y rezando el rosario. Debía de estar a punto de amanecer y seguramente habría suficiente luz para que Reverchien se diera cuenta de si había alguien escondido.

Corbett alzó la vista al cielo. Mientras lo hacía, escuchó el crujido de una bota sobre la gravilla detrás de la pared de arbustos y luego un ruido como el de una puerta al abrirse. Se lanzó inmediatamente hacia la derecha en el mismo momento en que una saeta fue a clavarse en la cruz. Corbett se escondió tras ella y sacó su daga. De nuevo volvieron a oírse unos pasos sobre las piedras y otra saeta pasó rozándole la cabeza. Sin esperarse a una tercera, salió corriendo hacia la entrada guiado por la cuerda del suelo. Mientras huía, sus ojos no perdían de vista la cuerda que se retorcía y se escondía entre los setos del laberinto. Detrás de sí escuchó a alguien que le seguía de cerca. Al girar una esquina se dio cuenta de que la cuerda se había acabado. Se detuvo para coger aire. ¿Debía ir hacia la derecha o hacia la izquierda? Intentó encaramarse a los setos, pero las puntiagudas ramas pinchaban demasiado y le rasguñaban las manos. No le fue posible guardar el equilibrio. Entonces se agachó, respirando con dificultad y tratando de calmar el desenfrenado palpitar de su corazón. Recordó la distancia que había recorrido y calculó rápidamente que debía de encontrarse cerca de la entrada del laberinto. Sin embargo, si tomaba el camino equivocado se encontraría perdido, atrapado, y se convertiría en un blanco fácil para su asaltante. Durante un rato Corbett esperó y agudizó el oído por si escuchaba el menor ruido; pero todo lo que oyó fue el graznido de los grajos y, de vez en cuando, el canto de algún pájaro que hacía su nido en los altos setos que parecían tocar el cielo.

Por lo menos se sentía lo suficientemente tranquilo como para moverse. Se quitó la capa, rasgó la tela y luego hizo pequeños pedazos que fue colgando en las ramas de los setos.

—Así sabré si estoy dando vueltas sobre el mismo sitio —murmuró.

Se deslizó con cuidado e intentó recordar por qué lugares había pasado al entrar al laberinto.

—Giré a la izquierda —concluyó—. Giré todo el rato hacia la izquierda.

Por lo tanto escogió el camino hacia la derecha y empezó a buscar la salida. Pero

se perdió y pasó varias veces por los mismos sitios en los que había colgado los trozos de tela. Maldijo su mala orientación y volvió a intentarlo. Escuchó de nuevo los pasos de su perseguidor, que esta vez estaba frente a él. Casi no había luz. Desde algún lugar perdido se oyó el triste aullido de un perro. Sin embargo, Corbett no tardó en saberse seguro, y dejó de sentirse perseguido y observado. Se dio cuenta de que la cuerda se había cortado no para atraparlo, sino para desorientarlo, ahora estaba convencido de que no moriría y de que su asaltante se había dado a la fuga. Corbett prosiguió la marcha y entonces escuchó la voz de Ranulfo.

—¿Amo?

—¡Aquí! —gritó Corbett y, quitándose de nuevo la capa, empezó a agitarla por encima de su cabeza.

—¡Ya os veo! —respondió Ranulfo.

—¡Continúa gritando! —ordenó Corbett.

Ranulfo, feliz de haber encontrado a su amo, obedeció y siguió llamándolo hasta que pudo encontrar el camino. Los setos se volvieron menos espesos y por fin Corbett encontró la salida, donde Ranulfo y Maltote le esperaban sonrientes.

—Debéis tener más cuidado —exclamó Ranulfo.

—Lo he tenido —gruño Corbett—. Pero algún bastardo cortó la cuerda y ha intentado matarme.

Ranulfo miró a su alrededor.

—¿Y dónde está? Debe de estar todavía en el laberinto.

—No, se ha ido. Ranulfo, ¿has visto a alguien?

—Solo a un jardinero empujando una carretilla.

—¿Cómo era? —Llevaba una capucha y una capa, amo. Pero toda la casa está llena de criados.

Corbett cerró los ojos. Recordó haber visto una carretilla cerca del laberinto, cubierta por un trapo harapiento.

—¿Por qué querrán matarme? —preguntó indignado—. Si ese maldito aquelarre de los templarios desea la destrucción del rey, ¿en qué puede beneficiarles mi muerte?

—No quieren que metáis vuestras narices en sus asuntos.

—Pero el rey enviará a otra persona. ¿Para qué levantar todavía más sospechas? —Corbett miró la oscuridad del cielo—. Bueno, fallaron por segunda vez en lo que va de día. Esta es la última vez que ando solo por estos alrededores. ¿Y vosotros? ¿Habéis descubierto algo?

De repente se escucharon las campanas: la cena estaba lista. Volvieron hacia la entrada principal. Ranulfo dijo que habían merodeado por galerías y pasillos. Luego hizo una pausa y cogió a su amo por el brazo.

—Framlingham es un lugar muy misterioso. Tiene numerosas salas, escaleras, sótanos y hasta un calabozo. Hay guardias por todas partes; soldados con armas en cada esquina. Nadie nos ha prohibido el paso, excepto cuando intentamos subir al

piso de arriba. Los soldados de las escaleras nos negaron la entrada, sacudieron la cabeza y, cuando les pregunté por qué no podíamos pasar, sonrieron y me dijeron que me metiera en mis asuntos.

—¡Ah!, y no olvidéis lo otro —interrumpió Maltote.

—¡Ah, sí! Amo —Ranulfo se le acercó—, en el segundo piso del edificio principal hay ocho ventanas.

—¿Y? —preguntó Corbett.

—Pues que en la galería solo hay siete cámaras.

Capítulo V

Corbett y sus criados regresaron a sus aposentos y se cambiaron para cenar. —No mencionéis el asalto de esta noche —ordenó Corbett mientras se dirigían por el largo pasillo hacia el refectorio.

La mayoría de los templarios ya se encontraba en la sala; estaban sentados alrededor de una mesa en el centro del vestíbulo. Era una habitación pequeña y confortable, de cuyo techo colgaban alegres banderas. Molay bendijo la mesa y luego entró un criado con una bandeja en la que llevaba el mismo número de copas y platos llenos de rebanadas de pan con sal. Se sirvió a cada uno de los comensales una rebanada de pan y una copa.

—En memoria —empezó Molay— de aquellos hermanos que ya no se encuentran entre nosotros; de aquellos camaradas que se han convertido en polvo.

—¡Amén! —dijeron los templarios al unísono.

Corbett miró alrededor de la habitación y sintió un escalofrío por todo el cuerpo, como si los fantasmas de los difuntos a los que se había referido Molay estuvieran presentes en la sala. Bebió de su copa y dio un mordisco a la rebanada de pan. Ranulfo empezó a toser, pero Corbett le dio un codazo y enseguida engulló el trozo de comida que se le había atragantado.

—En memoria —continuó Molay— de aquellas ciudades y fortalezas que han caído en manos de nuestros enemigos.

De nuevo los comensales bebieron y comieron.

—Y por último, en memoria —dijo Molay por tercera vez— de los lugares sagrados en los que Nuestro Señor Jesucristo comió, bebió, sufrió, murió y luego resucitó.

Después de estas palabras se apuraron las copas y los platos. Entonces Molay hizo un gesto para que se sentaran y empezaran a comer. A pesar del sombrío brindis, la comida resultó ser deliciosa: faisán con especias, estofado de liebre, platos llenos de verduras frescas, copas de vino tinto y, con los postres, vino frío de Alsacia.

Corbett dio un sorbo y se acordó del presente del rey que había traído para Molay mientras escuchaba la conversación de los templarios. No hacían más que hablar de sus problemas en el extranjero, como si desearan olvidar los sucesos recientes. Hablaron de barcos, de los corsarios de los mares de Oriente Medio, de su viaje a París y sobre todo de si debían unirse o no a la orden de los hospitalarios. No es que no prestaran atención a Corbett y a sus acompañantes, pero ni una sola vez los incluyeron en su conversación. Solo cuando llegó el hermano Odo, el bibliotecario, un hombre calvo de barba blanca, la conversación empezó a animarse. Odo tenía un carácter jovial, siempre con una sonrisa en los labios y unos ojos muy alegres. Corbett sintió desde el primer momento una gran simpatía por él.

—Estáis aburriendo a nuestros invitados —interrumpió el hermano Odo desde el fondo de la mesa—. Comportaos como caballeros y señores que sois y no como

viejos soldados que siempre hablan de lo mismo. —Hizo una reverencia a Molay—. Lo siento, gran maestro. Siento haber llegado tarde.

—No os preocupéis —sonrió Molay—. Ya os conocemos a vos y a vuestros libros, hermano Odo, y estáis en lo cierto: deberíamos mejorar nuestros modales.

Un criado salió de la cocina y sirvió al recién llegado. Odo apoyó los codos sobre la mesa y fue entonces cuando Corbett se dio cuenta de que le faltaba la mano izquierda y que en su lugar llevaba un palo de madera. Legrave, sentado enfrente del escribano, se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué remedio nos queda que aguantar a nuestro hermano Odo? —le susurró a media voz mientras sonreía al bibliotecario, que le devolvió una mirada de fingido enojo—. No le gustará que os lo diga, pero Odo es todo un héroe; un verdadero paladín.

—Es verdad —interrumpió Branquier—. ¿Por qué creéis sino que aguantamos todos sus discursos y malos modales?

Corbett se dio cuenta de la profunda admiración, e incluso cariño, que despertaba el viejo templario.

—En su época —declaró Symmes—, el hermano Odo fue todo un caballero del cual hasta el gran Arturo, Roldan u Oliverio se hubieran sentido orgullosos.

—¡Oh, basta ya! —pidió el bibliotecario, aunque era evidente que estaba encantado de oír elogios tan afectuosos en boca de sus compañeros.

—Estuvo en Acre —continuó Legrave—, como todos nosotros; pero él defendió la brecha cuando se abrieron las murallas. Fue el último en abandonar el lugar. Explicad, hermano; explicad a nuestros invitados lo que pasó.

Corbett advirtió que se trataba de un ritual entre los templarios, aunque esta vez había una pequeña diferencia: aquellos hombres estaban desesperados por demostrarle que, a pesar de los rumores y las acusaciones, hubo una vez, en otra época, en la que los templarios fueron defensores de la cristiandad, grandes héroes que dieron su vida por las armas. Varias veces secundaron la petición de Legrave. El hermano Odo tomó un buen sorbo de vino y levantó el palo de su mano izquierda.

—Perdí mi mano en Acre —empezó—. Sí, estuve allí cuando la ciudad sucumbió en marzo de 1291. —Miró a los cuatro comandantes templarios—. Vos estabais también allí.

—Entramos, pero salimos corriendo —dijo Legrave sin levantar la vista—. Salimos huyendo con nuestros escudos colgados a la espalda y la mirada puesta en el mar.

—No; eso no es cierto —replicó Odo con suavidad—. Os visteis obligados a abandonar. Os lo he dicho cientos de veces. La gloria no está en morir. Un cuerpo lleno de sangre no es motivo de honor. Ser capturado no es ningún orgullo.

—Vos no huisteis —añadió Branquier.

—Hermano —dijo Molay colocando su daga sobre el mantel de la mesa—, a decir verdad, todos debéis sentirnos muy afortunados de haber luchado en Acre y no

como yo, que jamás estuve allí. Yo no conozco el calor abrasante de los desiertos de ultramar. Nunca he escuchado el grito de guerra de los mamelucos ni he sentido la furia salvaje de esta. Acre no se derrumbó por vuestra culpa, sino por... —se encontró con la mirada de Corbett y la voz se le quebró. Luego el gran maestre alzó la vista con los ojos llorosos—. Explicad de nuevo lo que pasó, Odo —pidió al hermano con un hilo de voz—. Explicad cómo la ciudad se derrumbó.

—La ciudad fue asediada por primera vez en marzo. —El tono de voz de Odo era profundo pero a la vez meloso. Se reclinó en su silla, cerró los ojos y con sus palabras dibujó la escena—. Como todos sabéis, Acre era una ciudad condenada a muerte. Sin embargo, las calles estaban llenas de vida y las tabernas a rebosar: la fiesta duraba hasta altas horas de la madrugada. Mujeres griegas y sirias llenaban las habitaciones de los pisos superiores de las tabernas. Un sentimiento febril recorría la ciudad cuando los turcos rodearon Acre —abrió los ojos—. ¿Por qué será? —preguntó—, ¿por qué será que cuando la gente está a punto de morir baila todavía más rápido? *Sir Hugo*, ¿habéis estado alguna vez en el frente?

—En la guerra contra Gales y la húmeda Escocia, pero en ninguna como la vuestra, hermano Odo. —Corbett paseó la mirada entre los comensales—. Nunca podría condenar a un hombre por lo que hizo en la guerra. Ni yo mismo estoy seguro de cómo actuaría.

Odo tomó en silencio un trago a su salud antes de continuar.

—El último asalto tuvo lugar en mayo. El ruido de las catapultas, los golpes de otras máquinas de guerra contra las murallas de la ciudad, el estruendo y el estallido de explosivos, aquellos malditos tambores... ¿Recordáis, hermanos, cómo repicaban constantemente los tambores de los mamelucos?

—A veces —empezó Branquier—, en medio de la noche, cuando me tumbo en mi celda para dormir, todavía puedo oírlos. —Miró a su alrededor con timidez—. Me levanto y miro por la ventana las sombras entre los árboles y me pregunto si Satanás y su ejército habrán venido a burlarse de mí.

Odo asintió.

—Yo estuve en la muralla de la parte oeste de la ciudad —explicó—. Se abrió una brecha y derramaron aceite sobre ella; el suelo se tiñó de negro y se levantó una cortina de humo. Los mamelucos llenaron los fosos persiguiendo grandes columnas de bestias de carga: los animales corrían despavoridos e iban cayendo en los fosos. Así murieron aprisionados y ahogados por el peso de los unos sobre los otros, y de ese modo los mamelucos pudieron cruzar andando por encima de sus cadáveres. No quedábamos muchos. Las piernas me flaqueaban, el humo irritaba mis ojos y los brazos me pesaban —hizo una pausa—. Detrás del humo podía oír los cantos de los salvajes, el sonido de sus tambores que anunciaban que estaban cerca. Con la primera luz del día, cuando faltaba poco para amanecer, tuvo lugar el primer asalto y grandes masas de turcos entraron a raudales por todas partes, como si el infierno hubiera enviado a las legiones de sus demonios. Pudimos aguantar el primer asalto, pero

luego vinieron nuevos regimientos de mamelucos armados hasta los dientes y poco después las murallas habían sido tomadas. Entonces retrocedimos. Pasamos al lado de un grupo de monjes dominicanos que cantaban el *Salve Regina*. No pudimos hacer nada por ellos. Los hombres caían a nuestro alrededor, ardían en llamas en las torres, en la entrada de sus casas o en las barricadas en medio de las calles.

—Pero conseguisteis detenerlos —intervino Branquier—. Durante un tiempo, hermano Odo, conseguisteis detenerlos.

—Sí. Había una calle que iba al puerto, y todo el mundo corría desesperado en esa dirección. Todo intento de controlar la situación había fracasado y los barcos no tardaban en llenarse hasta arriba. Una docena de hombres y yo fuimos elegidos para hacer frente a la última barricada. —Odo se enderezó. Su rostro rejuveneció y los ojos le brillaron llenos de emoción—. Luchamos durante toda la tarde —dijo—. Mientras combatíamos cantábamos el *Paschale Laudes*, el himno de Occidente. Conseguimos que los infieles retrocedieran y prometieron que si nos rendíamos no nos matarían. Nos reímos de ellos y empezaron a atacar de nuevo. Bolas de fuego volaban por encima de nuestras cabezas, y luego no recuerdo nada más; todo se nubló. —Dejó caer los hombros hacia atrás—. Cuando me desperté me encontré en un bote huyendo mar adentro. Me habían cortado la mano izquierda. Habíamos perdido Acre. Luego me enteré de que un hombre consiguió sobrevivir, me arrastró hasta el puerto y me metió en el bote —la voz de Odo temblaba—. A veces hubiera deseado morir allí, al lado de mis hermanos.

—No digáis sandeces —protestó William Symmes. Su rostro severo se había vuelto más afable. Se levantó y se arrodilló al lado del viejo—. Si hubierais muerto —dijo con cariño— nunca hubiéramos oído esta magnífica historia y Framlingham no tendría a su bibliotecario preferido.

—Así pues —preguntó Corbett—, aparte del gran maestro, ¿todos los demás estuvisteis en Acre?

—Sí; volvimos con el resto del ejército —replicó Legrave—. Y ahora somos comandantes. Yo, en Beverley; Baddlesmere, en Londres; Symmes, en Templecombe, Dorset, y Branquier en Chester.

—Y, durante vuestro gran capítulo en Francia —prosiguió Corbett, deseoso de desdramatizar el tono de la conversación—, ¿trazasteis nuevos planes? ¿Volverá vuestra orden a intentar recuperar lo que perdió?

—Con el tiempo —contestó Molay—; pero ¿adónde queréis llegar con vuestras preguntas, *sir* Hugo? —Chasqueó los dedos y un criado salió de la sombra para llenar las copas de vino.

—Quizá no es el mejor momento ni la mejor ocasión —dijo Corbett dirigiendo una rápida mirada a Ranulfo y a Maltote, que, con sus estómagos llenos, observaban con unos ojos como platos a esos extraños hombres que habían vivido escenas inimaginables.

—Tonterías —replicó Molay—. ¿Qué deseáis saber, Corbett?

—De acuerdo. Entonces, decidme ¿todos viajasteis a Francia para el gran capítulo? Gran maestro, ¿por qué habéis venido a Inglaterra? ¿Y por qué permanecisteis todos juntos en vez de volver a vuestras respectivas sedes?

—Es mi deber visitar cada provincia —contestó Molay—. Y cuando lo hago siempre me acompañan mis mejores comandantes.

—¿Cuándo llegasteis?

—Siete días antes de que encontraran el mensaje en las puertas de la catedral de San Pablo —replicó Molay con sarcasmo—, y unos pocos días después de que tuviera lugar el ataque al rey Felipe de Francia en los bosques de Bolonia.

—Pero continuad —dijo Legrave apoyando los codos sobre la mesa y lamiéndose los dedos.

—¿Y decidisteis venir a Framlingham? —preguntó Corbett.

—Así es —contestó Legrave—. Nos encontrábamos aquí en Framlingham cuando tuvo lugar el terrible suceso a las afueras de la puerta de Botham Bar.

—Y nosotros estábamos en York —añadió Branquier— cuando atacaron a su majestad el rey y cuando por poco os matan a vos.

—Pero todo esto —afirmó Baddlesmere— es pura coincidencia; no tenéis ninguna prueba que demuestre nuestra traición.

—Y recordad —intervino el hermano Odo— que ninguno de mis camaradas estaba aquí cuando *sir* Guido murió en el centro del laberinto. Todos se fueron la noche anterior para reunirse con el rey en el priorato de San Leonardo.

—¿Erais amigo de *sir* Guido? —preguntó Corbett.

—Sí, y antes de que me lo preguntéis, la razón por la que no lamento su pérdida es porque me alegro de que *sir* Guido haya muerto. Vivía en un constante tormento, y ahora se encuentra en paz en manos del Señor. Ya no sufrirá más; se acabaron las dudas —el viejo bibliotecario pestañeó—. Mañana lo enterraremos y por fin descansará en paz.

—Vos os encontrabais allí —dijo Corbett—. Os dirigisteis al laberinto con él, ¿no es cierto?

—Sí, así es; fue antes del amanecer. Hacía una mañana espléndida. El cielo estaba completamente azul. *Sir* Guido dijo que le recordaba a los cielos de ultramar. Luego, se arrodilló y con el rosario entre las manos inició su peregrinaje. Yo me senté, como hacía siempre, disfrutando de la suave brisa de la mañana y deseando que *sir* Guido dejara de torturarse de esa manera. Me quedé medio dormido y me desperté de repente al oír sus gritos. Me levanté de un salto y vi cómo salía un humo negro del centro del laberinto. Lo demás ya lo sabéis.

—¿Y estáis seguro de que no había nadie más con él? —preguntó Corbett.

—A Dios pongo por testigo, *sir* Hugo, de que no había nadie más.

Corbett miró ahora al resto de los templarios.

—Y los demás regresasteis ya entrada la tarde.

—Como ya os hemos dicho —replicó Molay—, estuvimos en la ciudad.

Teníamos asuntos que resolver. El hermano Odo no creyó necesario enviarnos a un mensajero. *Sir Guido* estaba muerto y nada ni nadie podría devolverle la vida.

—Branquier fue el único que regresó pronto —apuntó el hermano Odo—. Habíamos quedado en encontrarnos a la una. —Sonrió y picoteó de su plato—. Pero yo me quedé dormido y Branquier vino a despertarme. Los años no pasan en balde —añadió—; no recuerdo... ¿qué hora era?

—La hora en la que la vela casi había consumido la decimotercera anilla —replicó Branquier—. Vos lo visteis con vuestros propios ojos. —Miró a Corbett—. Quería que el hermano Odo me enseñara un libro. Sin embargo, cuando llegué a Framlingham, un criado me dijo lo que le había pasado a *sir Guido*, por lo que fui a mi celda, dejé allí mis pertenencias y luego fui a ver al hermano Odo.

—Eso es todo lo que deseaba saber —declaró Corbett—. Gran maestre, debéis disculparme, pero debo interrogaros a todos con más detalle sobre vuestras actividades —levantó una mano en señal de paz—. Estoy convencido de que ayudara a esclarecer la verdad. No es la intención de su majestad el rey ni la mía ofenderos. De verdad, gran maestre. Y como prueba de la simpatía que os tiene el rey, os he traído un tonel de vino de la taberna de Greenmantle, el mejor vino de Gascuña.

—¡Ah!, del vinatero del rey, Hubert Seagrave —dijo Molay sonriendo en señal de agradecimiento—. Por cierto, nos ha solicitado la venta de ciertos terrenos. La verdad es que esas tierras están abandonadas...

Molay calló de inmediato al escuchar unos terribles gritos procedentes de la cocina. Ranulfo fue el primero en reaccionar: se levantó y salió disparado hacia allí. Corbett y los demás le siguieron, entraron en una enorme y cavernosa habitación, de cuyas paredes colgaban toda clase de sartenes, ollas y cacerolas. La escena era escalofriante: cerca del horno uno de los cocineros ardía en llamas y chillaba enloquecido frente a la mirada de horror de sus compañeros. El fuego se le había extendido del delantal, que ardía completamente, a las piernas y al cuello. Se tambaleó y, finalmente, cayó de rodillas al suelo. Ranulfo le echó un cubo de agua por encima. Con la ayuda de Maltote cogió un trozo de tela que cubría una cesta de pan y con el que ambos intentaron apagar las llamas de su cuerpo. Corbett miró a los templarios. Molay había vuelto la cara contra la pared. El hermano Odo y los cuatro comandantes miraban aterrorizados al cocinero, que dejó de gritar y, tras murmurar algunas palabras ininteligibles, murió. Por lo menos, el fuego no había conseguido desfigurar sus rasgos. Ranulfo, con las manos y la cara negras por el humo, retiró la tela del cuerpo. El cocinero estaba muerto y el fuego había devorado gran parte de su cuerpo. Era un espectáculo espeluznante. Maltote se levantó y se dirigió hacia la puerta que daba al patio.

El resto de criados se mantenía bien alejado de los templarios. Uno de ellos aplastó de un golpe un bote de metal que cayó al suelo con un gran estruendo.

—Estaba riéndose —musitó uno de los cocineros—. Solo estaba riéndose cuando de repente ardió en llamas. ¿Lo visteis? Su cuerpo estaba envuelto en llamas —tenía

los ojos totalmente desorbitados—. Solo bromeábamos. Empezó a reírse... —Se llevó las manos a la nariz cuando comenzó a sentir el terrible olor.

—¿Quién era? —preguntó Corbett.

—Peterkin. Vivía con su madre en Coppergate. Tenía grandes ambiciones, ¿sabéis? Quería abrir su propio negocio.

—Llévalo fuera —ordenó Molay a los sargentos que ahora entraban a tropel en el refectorio—. Cubridlo con una sábana y llévalo a la enfermería.

Los criados continuaban dirigiéndose a la puerta. El cocinero jefe, un hombre calvo de complexión robusta, dio un paso al frente. Se quitó el delantal y lo tiró al suelo.

—¡Se acabó! —exclamó—. Nos vamos. Podéis intentar detenernos, pero mañana por la mañana nos habremos ido. —Extendió la palma de la mano a los templarios—. Queremos que nos paguéis y luego nos iremos.

Corbett observó la mano inflamada y llena de ampollas del cocinero y se le revolvió el estómago al recordar lo que habían comido. Se escuchó un eco de voces que apoyaban la petición del cocinero. El ambiente se volvió tenso. Uno de los criados cogió un cuchillo afilado, otro, una cuchilla todavía ensangrentada por la carne que acababa de cortar. Detrás de sí, Corbett escuchó a los templarios desenvainar sus espadas.

—Esto es ridículo —exclamó Corbett—. Soy el enviado del rey. Gran maestro, pagad a estos hombres y, una vez hayan contestado a mis preguntas, dejadles marchar. Pero salgamos de aquí. Que Dios se apiade de este pobre infeliz, pero este lugar apesta a carne quemada.

Molay se volvió a sus comandantes.

—Aseguraos de que la casa esté a salvo —ordenó—. La cena se ha terminado. *Sir Hugo* y yo haremos algunas preguntas a esta buena gente —añadió con diplomacia—. Y no os preocupéis —Molay sonrió levemente—: estoy convencido de que maese Ranulfo nos protegerá a todos.

Al principio los cuatro comandantes no parecían dispuestos a acatar las órdenes. Con las manos en las empuñaduras de sus dagas, miraban alternativamente a los cocineros y a Corbett.

—¡Vamos, moveos! —ordenó Molay sin perder la calma.

El frente se rompió. Corbett dirigió a los cocineros al refectorio, hacia una especie de estrado. Se subió a él. Los cocineros se apelotonaron: fuera de la cocina se sentían intranquilos y asustados, por lo que deseaban salir de allí cuanto antes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Corbett.

—Lo que ya os han explicado, maese —dijo el cocinero jefe—. La cena se había terminado. Estábamos limpiando la cocina. Peterkin era pastelero. Estaba sacando fuera del horno las brasas como hacía siempre, riendo y hablando sin parar. Un segundo después le oí gritar, me di la vuelta y vi cómo ardía en llamas por la parte de delante.

Se dio la vuelta y chasqueó los dedos. Uno de los sirvientes trajo un delantal de piel muy fina y se lo entregó a Corbett.

—Llevaba uno como este.

Corbett lo examinó con curiosidad. La piel era realmente fina; tenía un agujero para que pudiera pasar por la cabeza y una cuerda para atarlo a la cintura. Un delantal así protegía a los cocineros de las manchas y de alguna que otra chispa, pero no de un fuego como el que acababa de ver.

—¿Qué llevaba en las manos?

—Unos guantes de lana gorda —respondió el camarero—. Le cubrían los brazos hasta el codo.

—Enseñadme lo que estaba haciendo —le pidió—. Venid, solo vos y yo.

El camarero estaba a punto de negarse, pero Corbett se bajó del estrado y le enseñó una moneda de plata.

—No me moveré de vuestro lado —le aseguró Corbett.

La moneda desapareció de su mano y los dos hombres fueron a la cocina. El cocinero le enseñó a Corbett donde estaba el horno, construido en la misma pared de la habitación.

—Estaba aquí —explicó el cocinero abriendo la puerta de hierro.

Corbett miró cautelosamente en su interior y retrocedió rápidamente cuando sintió una bocanada de aire caliente procedente del carbón amontonado debajo de una rejilla de acero. El cocinero cogió un palo con una tabla de madera en la punta y lo colocó en el horno.

—¿Lo veis, maese? Peterkin colocaba los pasteles sobre la rejilla, cerraba la puerta y dejaba que se hicieran. Sabía exactamente cuánto tiempo tenía que esperar. —Una triste sonrisa se dibujó en la cara grasienta del hombre—. Era un buen cocinero. Siempre le salían unos pasteles muy buenos, en su punto, y la carne, igual, le quedaba muy sabrosa. Solo tenía a su madre —continuó—, que es viuda.

Corbett depositó otra moneda de plata en la mano negra de grasa del hombre.

—Entonces, dadle esto —le dijo—. Ahora que el rey está en York —añadió—, decidle que le escriba pidiéndole clemencia.

—Más le ayudará esto —gruñó el cocinero mirando la moneda.

—No, no es cierto —replicó Corbett—. Yo atenderé personalmente su petición. Y ahora, decidme, ¿qué estaba haciendo Peterkin?

El cocinero señaló una bandeja de hierro llena de polvo que había en el suelo.

—Cuando ya se han cocido los pasteles, se ha de limpiar el horno, de manera que quede listo para el día siguiente. Peterkin siempre insistía en hacerlo él mismo. Sabía exactamente cómo debía limpiarlo y extender el carbón. Bueno, y eso es lo que estaba haciendo cuando le escuché gritar.

—¿Qué creéis que pasó? —preguntó Corbett.

—No lo sé, maese. He visto a muchos hombres quemarse en las cocinas, sobre todo cuando se mezcla el aceite con el fuego. He visto quemaduras muy graves en

manos y caras, e incluso a veces nos quemamos en las piernas o en los pies. —El hombre cogió una punta del delantal y se secó el sudor de la frente—. Pero, maese... —dijo a modo de confidencia y tan cerca de Corbett que este pudo sentir el fétido olor que desprendía el cocinero—. Maese —repitió—, nunca había visto algo como esto. Un buen hombre ardiendo en llamas en cuestión de segundos.

Corbett fue a la puerta de atrás de la cocina, que se había quedado entreabierta. El agrio olor a carne quemada todavía flotaba en el aire. Del vestíbulo llegaba un ligero rumor de voces y afuera se escuchaban los pasos de los soldados patrullando en la oscuridad. De pie en la puerta de la cocina, observaba como la luna se reflejaba en los charcos del patio adoquinado.

—¿Qué es lo que visteis? —preguntó Corbett—. Me refiero a primera vista, cuando os distéis cuenta de que Peterkin estaba ardiendo.

—Las llamas —contestó el hombre mientras sacudía su delantal—. Por el pecho, el estómago y las manos. Sí, hasta los guantes de lana le ardían.

—¿Notasteis algo extraño durante la noche?

—No, maese.

—¿Nada? —insistió Corbett.

—Teníamos mucho trabajo, maese.

—¿Vino alguien? Quiero decir, antes de la cena o a lo largo del día.

—No que yo viera, maese.

—Entonces, ¿no visteis nada?

El camarero hizo una mueca.

—Bueno, vi a un jinete...

—¿Qué jinete?

—Llevaba una máscara y una capucha. De su silla de montar colgaba una espada de dos manos. —El hombre se sintió incómodo—. Solo lo he visto una vez. Yo estaba cazando conejos en los bosques de los alrededores. Él estaba sentado como una sombra tenebrosa entre los árboles, con la vista puesta en la casa. Estaba quieto como una estatua y yo salí volando de allí.

El corazón de Corbett dio un vuelco. ¿Acaso se trataba de un asesino que se escondía en los bosques entre Framlingham y York?

—¿Creéis que este hombre enmascarado era de Framlingham?

—No lo sé, pero este parece un lugar maldito —se apresuró a decir el cocinero—. Algunos de nosotros vivimos aquí; otros, como Peterkin, viven en la ciudad. Sabemos lo que pasó en la puerta de Botham Bar. Este era un feudo muy tranquilo, maese, antes de que llegaran los comandantes con sus soldados. Ahora cantan himnos muy extraños por la noche, a todas horas. No nos dejan ir a ninguna parte. Y luego está la muerte de *sir* Guido. Era un buen hombre, un poco severo, pero amable. De eso precisamente se estaba riendo Peterkin cuando ardió en llamas.

Corbett se volvió bruscamente.

—¿Qué queréis decir?

—Peterkin dijo que el fuego que mató a *sir* Guido vino del infierno, que Satanás lo envió.

—¿Y por qué? —preguntó Corbett.

El hombre miró por encima del hombro la puerta del refectorio; al volverse se encontró con otra moneda de plata entre los dedos de Corbett.

—Bueno —empezó—, corren algunos rumores.

—¿Sobre qué? —insistió Corbett—. Vamos, hombre: no tenéis nada que temer.

—Bueno, uno de los criados vio a uno de los templarios —dijo el cocinero. Luego se calló.

—¿Os referís a uno de los comandantes?

—Sí. No sé quién, pero le vieron besándose con otro hombre. Ya sabéis, maese, como se besa a una mujer. Y antes de que me lo preguntéis os diré que no pudo descubrir quién era.

—¿Estáis seguro? —insistió Corbett.

—Del todo. Iba pasillo abajo cuando vio al comandante de espaldas a él. Supo que era uno de los comandantes por la capa que llevaba. Creo que el otro era uno de los sargentos templarios, un hombre joven. Ya sabéis lo oscuro que es este lugar, maese. Estaban en las sombras. El criado se asustó, dio media vuelta y se marchó. Y de eso era de lo que se reía Peterkin. Siempre se burlaba de todo. Dijo que este lugar apestaba a azufre de Satanás y luego sucedió todo. —El hombre cogió la moneda de entre los dedos de Corbett—. Y ahora debo irme.

Salió de la cocina dando un par de zancadas. Corbett escuchó cómo se elevaban las voces y, cuando llegó al vestíbulo, el cocinero y el resto de sirvientes se dirigían a la puerta.

—No puedo deteneros —dijo Molay—; podéis ir a recoger vuestro dinero y marcharos. ¿Qué pensáis de todo esto, *sir* Hugo? —La luz de las velas sobre la mesa iluminó al gran maestro que, cansado, se sentó y se tapó la cara con las manos. Ranulfo y Maltote también tomaron asiento. Ambos habían bebido bastante y ahora sentían los efectos del alcohol.

—He visto accidentes parecidos —declaró Ranulfo—. Hombres con graves quemaduras en las cocinas de Londres.

—Pero no como este —replicó Corbett sentándose enfrente de Molay.

El gran maestro levantó la vista. Parecía haber envejecido: su cabello canoso estaba revuelto y unas sombras oscuras se marcaban alrededor de sus ojos. Su rostro había perdido la mirada serena y un tanto imperiosa que le caracterizaba.

—Satanás nos ataca por todas partes —musitó.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Corbett—. Lo que pasó en la cocina bien pudo ser un accidente.

Molay se reclinó en su silla.

—No fue un accidente, Corbett. El asesinato fuera de las puertas de Botham Bar, el ataque al rey, la muerte de *sir* Guido... Y ahora esto.

—Pero ¿por qué tendría que atacaros Satanás?

—No lo sé —gruñó el gran maestre poniéndose en pie—, pero cuando os lo encontréis, Corbett, hacedle la misma pregunta —Molay salió del refectorio dando un portazo.

Corbett se puso también en pie y llamó por señas a Ranulfo y a Maltote.

—Escuchad. A partir de ahora, dormiremos en la misma habitación. Haremos turnos de guardia. Tened cuidado con lo que bebéis y coméis. Y se acabó eso de ir andando por ahí solos —dijo Corbett—. Por lo que a mí respecta, es como si estuviéramos en la guerra contra Escocia. La única diferencia es que allí sabíamos quién era nuestro enemigo, pero aquí, no.

Regresaron a sus aposentos. Corbett se detuvo, el corazón le dio un vuelco al ver a una figura que salía de la oscuridad, pero era solo un empleado que había recogido todas sus cosas y se apresuraba a salir por la verja principal.

—Por la mañana todos se habrán marchado —dijo Ranulfo—. Yo si pudiera, amo, también lo haría.

—¿Y adónde irías? —preguntó Corbett—. ¿A York o a Leighton?

Ranulfo no contestó. Una vez llegaron a sus habitaciones, Maltote, con un ojo abierto y otro cerrado, hizo guardia de pie en la puerta. Corbett le pidió a Ranulfo que le hiciera compañía. El criado se sentó en un taburete. Corbett lo miró de cerca: el habitual Ranulfo de cara sonriente estaba ahora muy pálido y su actitud despreocupada había desaparecido.

—¿Qué os pasa? —preguntó Corbett.

—¡Oh, nada! —contestó—. Me siento tan feliz que creo que me voy a unir a la orden de los templarios —luego miró a Corbett—. Odio este maldito lugar. Odio a los templarios. No los soporto, ya sean monjes o soldados. El bibliotecario puede que sea un gran hombre, pero todos los demás me ponen la piel de gallina.

—Estáis asustado, ¿no es eso? —preguntó Corbett sentándose en el borde de la cama.

Ranulfo sacudió la cabeza.

—No, amo, no estoy asustado. Estoy aterrorizado. Y no piensa Maltote en otra cosa que en sus caballos; eso es lo único que le importa. Lo que ha pasado aquí parece que todavía no le ha entrado en su dura mollera —Ranulfo sacó la daga que llevaba al cinto—. Puedo combatir al enemigo aunque esté escondido en una habitación oscura, pues lo delata el ruido silencioso de sus pasos. Pero ¿esto? Hombres que arden misteriosamente en llamas, Reverchien en el centro del laberinto, aquel pobre desgraciado en la cocina...

—Para cada fenómeno natural —replicó Corbett—, Aristóteles decía que había una causa natural.

—¡Y un cuerno! —rugió Ranulfo—. El maldito Aristóteles no está aquí. Si estuviera, seguro que cambiaría de opinión.

Corbett soltó una carcajada.

—¡Oh, y encima os divierte! —gruñó Ranulfo—. Solo hace unas horas que hemos llegado y ya os han amenazado, perseguido y disparado en un laberinto.

Corbett agarró la mano de Ranulfo.

—Lo sé, Ranulfo; yo también tengo miedo.

Se puso en pie, se desperezó y contempló el negro crucifijo que colgaba de la pared.

—Durante todos estos años he perseguido a cientos de asesinos, pero jamás me había encontrado con nada parecido. Es cierto; tenéis razón: alguien me siguió en el laberinto —se volvió; una expresión más seria se había apoderado de su rostro—. No me gusta que me persigan, Ranulfo. No me gusta sentirme amenazado. Odio las pesadillas en las que aparece un mensajero del rey que les dice a Maeve y a Eleonor que he muerto y que mi cuerpo llegará pronto para el funeral —se sentó—. Soy solo un escribano. Yo solo sé de pergaminos y de sellos; pero debo resolver los problemas, proteger al rey y atrapar a sus enemigos. A veces tengo miedo; me siento tan aterrorizado que me despierto sudando de pies a cabeza —Corbett hizo una pausa—. Esta mañana estaba muy asustado. Si no hubiera sido por ti, habría salido huyendo. Pero eso es lo que quieren los Asesinos, que todo sea un caos. Nosotros pondremos orden y, una vez restablecido, esperaremos a ver lo que pasa.

—Eso si vivimos lo suficiente.

—Viviremos. Puede que cometa errores, pero al final estoy seguro de que atraparé al cruel bastardo que está detrás de todo y te aseguro que pagará por lo que ha hecho. Así que, manos a la obra: Tenemos por un lado a los templarios. Tienen casas por toda Inglaterra y la Europa Occidental. Fueron expulsados de Tierra Santa. Se encuentran desorientados y, debido a sus riquezas, han despertado cierta hostilidad y envidia entre el resto de ciudadanos. Pero ellos también están aterrorizados: por eso aceptaron concederle al rey la suma de nada menos que cincuenta mil libras. Ese viejo zorro sabía de antemano que de ese modo conseguiría la protección de su majestad. Así que veamos, Ranulfo, escribano del Sello Verde; ¿qué tenemos hasta el momento?

—Todo empezó con el gran capítulo en París.

—Molay presidió la reunión —continuó Corbett—. Los cuatro comandantes estaban con él. Partieron hacia Inglaterra justo después del ataque al rey Felipe IV. Mientras estaban en Londres, apareció clavado el mensaje en las puertas de la catedral de San Pablo. Luego vinieron a York y empezó a crearse cierto malestar a raíz de su alojamiento en Framlingham. La casa se llenó de soldados armados y se prohibió el paso a ciertas estancias. Y luego están las muertes, el misterioso asesinato en la puerta de Botham Bar, el ataque al rey y a mí mismo. Después está la muerte de Reverchien y ahora la del cocinero Peterkin. Bueno, Ranulfo, dime: ¿tiene todo esto alguna lógica?

Ranulfo se rascó el cogote.

—Solo una: allí donde se encuentre Molay y sus cuatro comandantes hay

problemas. Lo que ha pasado no tiene pies ni cabeza. La mayoría de asesinos suele tener un motivo. Aunque podría ser cierto que se ha formado alguna división dentro de la misma orden, un aquelarre que practique la magia negra. Uno o todos los comandantes, incluso Molay, podrían querer vengarse de los príncipes de Francia y de Inglaterra.

—Pero eso no explica —añadió Corbett— la extraña muerte en la puerta de Botham Bar ni el asesinato de Peterkin. ¿Qué razón debe haber para que un pobre pastelero arda en llamas? Y lo más importante: ¿cómo se producen esos extraños fuegos?

Ranulfo se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

—Maestre, vos dijisteis que para cada fenómeno natural hay una causa natural. Pero ¿qué pasaría si no es natural? La gente no arde en llamas así como así.

Corbett asintió.

—Ya sé lo que quieres decir, Ranulfo. Y me temo que es lo único que nos queda por pensar.

—Pero ¿cómo es posible? —insistió Ranulfo—. Es cierto que los templarios estaban en la ciudad cuando atacaron al rey, pero no estaban aquí cuando murió Reverchien. Eso es seguro.

—Pero sí estaba el hermano Odo —replicó Corbett—. Puede que sea viejo pero, a juzgar por lo que nos ha contado, es un hombre acostumbrado a luchar. Podría haber matado a *sir* Guido, luego reunirse con Murston en la ciudad y seguirnos por las abarrotadas calles de York estudiando todos y cada uno de nuestros pasos. Y por último podría haber vuelto a Framlingham antes que los demás. Legrave dijo que lo encontró durmiendo.

—Pero le falta una mano.

—Eso no importa. He oído hablar de hombres mutilados que no obstante han cometido asesinatos. ¿Cómo sabemos que no siguió a Reverchien hasta el centro del laberinto y luego lo mató? Y también podría haber planeado la muerte de Peterkin.

—¿Y la muerte en la puerta de Botham Bar? —preguntó Ranulfo—. ¿Cómo podría matar con una espada de dos manos?

Corbett abrió las manos.

—De acuerdo; le resultaría difícil, pero no imposible. Y por cierto, el cocinero me dijo que vio a un hombre enmascarado merodeando por los bosques cercanos.

—¿Un asesino? —preguntó Ranulfo.

—Es posible, aunque el cocinero podría estar mintiendo. Y por último, nos queda otro asunto que resolver: el de la falsificación de monedas. O quizá no se trata de falsificación —prosiguió Corbett—. Da igual; de todos modos, aparecieron justo cuando los templarios llegaron a York.

—Entonces nos encontramos de nuevo ante un caso de alquimia o de magia —dijo Ranulfo—. Amo, cuando vivía en las calles de Londres, conocí a varios falsificadores. Lo que hacían era coger una moneda buena y convertirla en dos malas.

Nunca oí hablar de alguien que fabricara monedas de oro puro.

Corbett se sentó en la cama y se frotó la cara con las manos.

—Sí, después de analizarlo todo —dijo—, solo llegamos a una conclusión, entonces esa conclusión debe ser la verdad —miró a Ranulfo—. Quizá se trate de magia. —Luego añadió despacio—: quizá nos encontramos ante el fuego del diablo.

Capítulo VI

Los dos caballeros se colocaron en sus sitios, cada uno en un extremo del patio donde se celebraba el torneo. Una larga barrera con una cubierta de piel los separaba en el polvoriento patio. Iban armados de pies a cabeza y llevaban majestuosos cascos de combate. Los escuderos se paseaban levantando sus armas. Corbett observó con asombro la habilidad con que los participantes, guiando a sus caballos con los pies, movían su lanza. Los caballeros avanzaron lentamente cuando sonó el primer toque de trompeta, pero al segundo toque los caballos echaron a galopar. Mientras sus pezuñas de hierro golpeaban con fuerza el suelo, levantando una gran polvareda, los caballeros mantenían la cabeza erguida y cada uno se dirigía directamente hacia su adversario. Levantaron los escudos y bajaron las lanzas. Se encontraron en el centro y el choque resonó por todo el patio. Las lanzas se rompieron. Los caballeros se balancearon, pero llegaron hasta el fondo del otro extremo del patio sin caer de sus sillas.

—¡Muy bien! —gritó el hermano Odo, inclinándose por encima de la tarima y golpeando el suelo con su mano de madera—. ¡Así se hace, Legrave! ¡Symmes — chilló el viejo bibliotecario—, bajad pronto vuestra lanza o acabaréis mordiendo el polvo!

El comentario del hermano hizo reír a los caballeros y sargentos que observaban el combate. Corbett y sus dos acompañantes estaban a la sombra. El sol era muy fuerte y el polvo que se levantaba del patio les había entrado en los ojos y la garganta. Los caballeros se preparaban para un nuevo enfrentamiento. Cambiaron sus lanzas, colocaron los escudos en posición y, al escuchar otro toque de trompeta, los caballos, adornados con guarniciones de vivos colores, arremetieron con fuerza y salieron de nuevo al galope mientras sus jinetes se aproximaban inexorablemente. Los dos caballeros volvieron a encontrarse, pero esta vez Symmes fue demasiado lento; no consiguió acertar a Legrave, perdió su escudo y se convirtió en un blanco fácil para su adversario. Se escuchó un terrible estruendo. Su caballo perdió el equilibrio y cayó sobre sus patas traseras, lo que hizo que Symmes saliera disparado de su silla.

—¡Así se hace! —gritó Molay sentado desde su trono debajo de un toldo de seda. Hizo un gesto a Corbett para que se acercara—. ¿Habéis visto a Legrave? ¿Habéis visto con qué habilidad se ha pasado la lanza de un lado a otro? Decidme, *sir* Hugo, ¿habíais visto algo parecido entre los caballeros del rey?

—No, gran maestro.

Corbett no estaba mintiendo. Después de romper el ayuno, tras la misa de réquiem de la mañana, los templarios habían empezado el torneo. A pesar de que se sentía cansado y molesto por el polvo y el calor, apreció enseguida la habilidad de los caballeros templarios. Miró hacia el patio donde los escuderos ayudaban a Symmes a levantarse; le sacaron el casco y le ofrecieron agua para quitarse el polvo de la garganta y el sudor de la cara. Legrave desmontó y se quitó el casco. Caminó hacia su

opponente, que se encontraba todavía un poco aturdido y mareado por el golpe, pero lo recibió de buen grado. Se abrazaron y se besaron en la mejilla en señal de paz.

—Si todas las diferencias pudieran resolverse tan pacíficamente —suspiró Molay. Le pasó una copa de vino blanco frío a Corbett y le indicó a su criado que le sirviera otra a Ranulfo y Maltote—. *Sir Hugo*, me gustaría daros las gracias. —Molay se inclinó hacia Corbett para que pudiera oírle—. Habéis sido muy amable al dejarnos enterrar primero a *sir Guido* y celebrar este combate en su honor. —Suspiró—: Pero ya se ha acabado y supongo que ahora deseáis hablar con nosotros.

—Así es, gran maestro.

Molay se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho a mis camaradas. Podéis hacernos las preguntas que deseéis en el refectorio.

Corbett apuró su copa y se la devolvió al criado. Luego indicó a Ranulfo y a Maltote que le siguieran. Cruzaron el patio, que se encontraba en el lado opuesto de la casa, en dirección a los establos y se dirigieron a sus aposentos.

—Gracias a Dios —suspiró Ranulfo sentándose agotado en un taburete— que no soy un templario. Luchan con tanta pasión...

—Y son unos excelentes jinetes —apuntó Maltote—. ¿Visteis como dirigían a sus caballos con la parte interior de las rodillas?

—Pero hemos perdido tiempo —replicó Ranulfo cambiando de tema—. Pensé que la misa de réquiem nunca se iba a terminar.

Corbett, de pie en la ventana, envuelto por el fresco soplo del viento, pensaba en varias cosas a la vez y guardaba silencio. Había sido un bonito réquiem. El cuerpo de Reverchien, en una caja de madera envuelta con las banderas y enseñas de la orden, fue colocado en el altar de la capilla templaria, adornada con flores. La pequeña iglesia estaba a reborar y las voces profundas de los templarios cantando el *Requiem Dona Ei* alcanzaron toda su solemne belleza. Corbett, sentado en uno de los pasillos, se sintió conmovido por el discurso que Molay dedicó a *sir Guido Reverchien*. Los cuatro comandantes templarios se habían sentado al lado de su gran maestro, mientras los sargentos, escuderos y otros sirvientes permanecían de pie detrás de la reja que separaba el coro del resto de la nave.

Corbett había intentado concentrarse en la misa, pero no podía sacarse de la cabeza la historia del cocinero y no hacía más que preguntarse cuál de los comandantes templarios mantendría una relación homosexual con otro miembro de la congregación. Hacía constante esfuerzos para no pensar en ello; primero, porque le distraía y, segundo, por el grave peligro que suponía para los implicados, ya que la homosexualidad era considerada un gran pecado ante los ojos de Dios. Si se hallaba a los culpables, estos sufrirían la peor de las muertes. Sin embargo le pudo la curiosidad. Cuando llegó el momento del *osculum paci*, el beso de paz que precede a la comunión, observó que Baddlesmere y un joven sargento templario se encontraron en la reja que separaba al coro. Todo el mundo se dio un beso en señal de paz, pero a

Corbett le pareció ver que había algo más entre el caballero templario y el joven sargento repeinado. A Ranulfo, por supuesto, le costó mantener los ojos abiertos en la iglesia, pero al percibir la tensión de su amo, siguió su mirada. Se inclinó hacia él.

—Perdonadme, pero ¿estáis pensando lo mismo que yo?

Corbett cogió a Ranulfo por los hombros y le besó en la mejilla.

—*Pax frate* —susurró—. La paz sea contigo.

—*Et cum spirituo tuo* —contestó Ranulfo.

—Guárdate para ti tus pensamientos —le siseó Corbett y se volvió a concentrar en la misa.

Después de enterrar el cuerpo de Reverchien en la cripta de la iglesia, Corbett y Ranulfo fueron invitados a un frugal almuerzo en el refectorio, al que siguió el torneo celebrado en memoria del fallecido.

—¿Creéis que vendrán? —preguntó Ranulfo saliendo de su estado de ensimismamiento.

Corbett se apartó de la ventana.

—Si Molay se lo ha ordenado, vendrán.

—Pero ¿les gustan las mujeres? —preguntó Ranulfo con brusquedad, sin poder contener por más tiempo la pregunta.

Corbett se encogió de hombros.

—Se supone. La única diferencia entre ellos y nosotros, Ranulfo, es que hacen votos de celibato y castidad. Se casan con la Iglesia.

—Pero deben de tener sentimientos —dijo entre dientes.

Corbett se sentó a su escritorio y sacó de su alforja las herramientas para escribir.

—Deberías morderte la lengua más a menudo, Ranulfo. Todos los miembros de la orden del Temple hacen sus votos. Es parte de su sacrificio. Sin embargo, como en todas las comunidades en las que solo hay hombres, siempre hay algunos que se sienten atraídos por otros.

—Pero eso es pecado —declaró Maltote—. ¿Y si los cogen?

—Que Dios los ayude. La orden del Temple es conocida por poner a esos hombres en una celda, tapiar la puerta y las ventanas con ladrillos y dejarlos morir de hambre.

—¿Vais a preguntar a Molay acerca de esa misteriosa habitación? —preguntó Ranulfo—. La del segundo piso, donde hay una ventana de más. Volví a comprobarlo esta mañana después de la misa. Entre las dos salas hay un panel de madera. Creo que antes había una puerta.

—El gran maestro tiene que responder a muchas preguntas —añadió Corbett—. Me muero de ganas por saber qué es lo que esconden ahí.

—¿Podría ser la causa del fuego? Alguna arma secreta o algún poder sobrenatural —exclamó Maltote—. Una vez conocí a un hombre en Londres que decía haber viajado a Egipto, más allá de Alejandría, a un pueblo que poseía el Arca de la Alianza. Decían que si la tocabas ardía un fuego extraño que te consumía. ¡Es

verdad! —gritó Maltote al ver como Ranulfo se desternillaba de risa—. Le pagué dos peniques por un trozo de madera del arca.

—Me apuesto a que ese tipo no fue más allá de Southampton —se burló Ranulfo—. ¿Habéis visto la colección de reliquias de Maltote, amo? Tiene una espada oxidada con la que se supone que los soldados de Herodes mataron a los Santos Inocentes.

Alguien llamó a la puerta, poniendo fin a la conversación. Corbett le invitó a entrar. Esperaba encontrarse con un mensajero del gran maestro, pero en su lugar apareció el joven sargento que había visto durante la misa. A su lado había un hombre corpulento con los rasgos parecidos a los de un perro mastín. Tenía la mandíbula muy marcada, los labios apretados, unos ojos que nunca pestañeaban y un ridículo corte de pelo muy corto de los lados pero tan despeinado que en vez de cabellos parecían zarzas.

—¿Y bien? —preguntó Corbett.

—Tenéis visita, *sir* Hugo.

—¿No me esperabais? —preguntó el recién llegado y, sin decir nada más, entró en la celda. Estuvo a punto de derribar a Corbett y, cuando cerró la puerta, lo hizo en las narices del joven sargento. Permaneció de pie, con las piernas separadas y los dedos en las hebillas de su cinturón. Acto seguido se quitó la capa marrón y la dejó caer en una silla.

—¡Por todos los demonios! —exclamó—. ¡Estoy más seco que un pozo sin agua!

—Y lo seguiréis estando como no nos deis una explicación. —Ranulfo se levantó—. ¿Quién sois, hombre de Dios?

—Roger Claverley, suboficial de York. —El visitante abrió su zurrón, sacó un certificado real y lanzó un pergamino a Corbett—. Esta es mi autorización como suboficial del ayuntamiento. He venido para ayudaros.

Corbett se mordió los labios intentando no sonreír. Cuanto más observaba el visible enfrentamiento entre Claverley y Ranulfo, más le recordaba el recién llegado al pequeño mastín que el tío Morgan, un familiar de Maeve, siempre llevaba pegado a sus pies. Al perro no le gustaba Ranulfo y el sentimiento era mutuo.

—Ofreced a nuestro invitado un poco de vino, Ranulfo —dijo Corbett leyendo con detenimiento la carta—. Es un oficial muy importante y, si lo que dice esta carta es verdad, nos puede facilitar información muy valiosa sobre la falsificación de las monedas de oro y otros asuntos. —Corbett dejó el pergamino en la mesa y se acercó al recién llegado para darle la mano.

Claverley le dio un fuerte apretón que le hizo crujir todos los huesos.

—Sed bienvenido, Roger —dijo Corbett intentando disimular el dolor.

El suboficial se relajó y dejó asomar una sonrisa a su feo rostro.

—En realidad me dedico a coger a los ladrones de la ciudad —declaró con orgullo—. Conozco a todos los villanos y ellos a mí. Soy un poco como el Buen Pastor, solo que a la inversa: allí donde ellos van, voy yo.

Corbett le hizo una señal invitándole a sentarse e indicó a Ranulfo con la mirada que se apartara. Claverley miró primero a Maltote, que, como era habitual, permanecía pasmado con la boca abierta, y luego a Ranulfo.

—Me apuesto los víveres de todo un mes a que conocéis bien las húmedas paredes de la cárcel, amigo. Incluso en medio de una habitación llena de gente reconozco de inmediato a un bribón cuando lo veo.

—En efecto, estuve en Newgate —replicó Ranulfo con aspereza—. Me mezclé con estafadores, ladrones y asesinos: gente muy honrada. Pero, decidme, Claverley, ¿siempre habéis sido tan descortés o es algo que habéis adquirido con el oficio?

Claverley se acercó a él para darle la mano, mostrando de nuevo una sonrisa. Ranulfo se la estrechó.

—No os he querido ofender. Yo también he estado allí —remarcó Claverley—. Después de todo, los mejores guardabosques fueron primero cazadores furtivos. *Sir Hugo*, he venido para ayudaros y eso es lo que voy hacer. Pero os seré franco: si os ayudo, ¿hablaréis de mí ante el rey?

Corbett sonrió ante la honestidad de aquel hombre.

—Os prometo, Claverley, que no lo olvidaré.

—Bien —contestó el suboficial—. Bueno, para empezar, hemos encontrado los restos de la parte inferior del cuerpo del hombre que fue asesinado. El guía de las hermanas, Thurston, ¿recordáis?, pudo verlo por un instante cuando se les cruzó el caballo. Algunos de nuestros comerciantes estaban de caza cuando sus perros desenterraron el cuerpo.

—¿Y el caballo?

—Si también lo escondieron, no hemos encontrado ni un pelo.

—¿Algo más? —preguntó Corbett.

—Bueno, el templario que disparó al rey. Yo fui el encargado de colgarlo en la plaza. Lo metí en una buena jaula de hierro, con un letrero colgado que recordaba cuál es el destino de los traidores y regicidas.

—¿Y?

—Bueno, esta mañana alguien quitó el letrero y en su lugar dejó este, que estaba atado con un alambre a la jaula. —Claverley le entregó un trozo de pergamino.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Corbett al leerlo.

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que hemos vuelto y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

Corbett mantuvo en alto el pergamino.

—Los versos se han alterado ligeramente, pero se trata de la misma amenaza de los Asesinos.

—Pero los templarios no pueden haber sido —exclamó Ranulfo—. No pueden salir de Framlingham; deben permanecer aquí bajo las órdenes del rey.

—Pero pueden trepar un muro más fácilmente que nadie —declaró Maltote.

—Lo dudo —intervino Claverley—. Hemos prohibido la entrada a los templarios en la ciudad.

—Puede que se hayan disfrazado —insistió Maltote.

Claverley se encogió de hombros.

—Se ha doblado la guardia en todas las puertas. Hemos parado y registrado a posibles sospechosos, pero supongo que aún así es posible.

—También puede ser que corra suelto un asesino en York —replicó Corbett y describió al hombre enmascarado que el cocinero había visto.

Claverley se rascó la barbilla.

—¿Un asesino oculto en el camino de Botham Bar? —Hizo un mohín—. La primera noticia. Y aquí —dijo Claverley—, ¿qué ha pasado? No hay sirvientes, solo soldados templarios y escuderos.

—Todos han salido huyendo —explicó Corbett—. Ayer por la noche murió un hombre.

Luego se calló al escuchar como alguien llamaba a la puerta. Era Legrave.

—*Sir Hugo*, le esperamos en el refectorio. El gran maestro... —Se calló al ver a Claverley en la habitación—. ¿Un enviado del rey?

—Sí —replicó Corbett—. Ranulfo, quédate aquí y explícale a nuestro invitado todo lo que hemos descubierto hasta el momento. *Sir Ralph*, os acompaña.

Corbett siguió al templario fuera de la casa de invitados y ambos cruzaron el patio en dirección al refectorio. Molay estaba sentado a una punta de la mesa, rodeado de sus acompañantes. Molay indicó a Corbett que se sentara en el otro extremo, frente a él. Se fijó en la bolsa de piel que llevaba Corbett con sus útiles, que dispuso sobre la mesa: unas hojas de pergamino, un lápiz y una pluma.

—*Sir Hugo*, esta es una reunión oficial.

Corbett asintió.

—Vos nos interrogaréis en nombre del rey. Por tanto, si no tenéis ninguna objeción, tomaremos nota de todo lo que aquí se diga. *Sir Richard Branquier* será nuestro escribano.

—Gran maestro, haced lo que creáis conveniente, pero el tiempo vuela, así que os hablaré con franqueza. Si os ofendo en algún momento, os pido disculpas de antemano. Y también os pido que me perdonéis si os repito alguna pregunta.

Molay asintió.

—Gran maestro, ¿existen divisiones dentro de vuestra orden?

—Sí.

—¿Es cierto que algunos de vuestros principales comandantes están resentidos

por la falta de apoyo de los príncipes de Occidente?

—¡Por supuesto, pero eso no significa que seamos unos traidores!

—¿Habéis oído hablar alguna vez —continuó Corbett implacable— de un caballero de alto rango entre los templarios conocido con el apodo de Sagitario o el Arquero? —Miró al resto de los presentes, pero sus rostros permanecían inescrutables.

—¡Nunca! —contestó Molay con rudeza—. Algunos de nuestros caballeros (a decir verdad, todos) son excelentes arqueros, dominan la ballesta, el arco galés e incluso las armas sarracenas.

—¿Habéis tenido noticias del templario que ha sido interrogado por la Inquisición?

—No, pero esperamos recibirlas pronto. Todavía ni siquiera sabemos su nombre.

—Pero conocíais a Murston, ¿no es cierto?

Corbett observó a Branquier, que, con la pluma en su mano izquierda, escribía concienzudamente todo lo que se decía.

—Murston era uno de mis criados. Un hombre débil; sus compañeros no le apreciaban. Bebía mucho. Tenía muy mal carácter.

—Pero no creéis que fuera un traidor, ¿verdad?

—No, *sir* Hugo, no lo creo.

—¿Y no lo echasteis en falta en sus aposentos? Al fin y al cabo, alquiló la buhardilla de aquella taberna la noche antes de que el rey fuera atacado.

—Pero debéis recordar, *sir* Hugo, que todos nosotros nos habíamos encontrado con el rey en el priorato de San Leonardo el día antes. Mis compañeros y yo fuimos luego a York. Pudieron pasar varios días antes de que notáramos su desaparición.

Corbett hizo una pausa para escribir sus conclusiones. Su pluma parecía volar por encima del pergamino, escrito en un código que solo él entendía.

—¿Y el día que el rey hizo su entrada en York? —preguntó dejando de escribir.

—Salimos del priorato de San Leonardo —replicó Molay— y también nos dirigimos a la ciudad. Legrave y yo visitamos a nuestros banqueros y orfebres de Stonegate.

—¿Cómo se llaman?

—Coningsby —replicó Legrave—. William Coningsby y Peter Lamode.

—¿Y estuvisteis allí toda la mañana?

—Esto es innecesario —interrumpió Branquier—. ¡Somos caballeros de la Santa Cruz y no criminales perseguidos por el rey!

—¡Silencio! —ordenó Molay levantando la mano—. No tenemos nada que temer: pues solo decimos la verdad. Legrave y yo fuimos a Stonegate y estuvimos allí hasta bien entrada la tarde. Revisamos nuestras cuentas y luego nos dirigimos hasta Petergate y cruzamos Botham Bar. La procesión del rey se encontraba a las puertas de la catedral. Me hubiera gustado acercarme a visitar el lugar —el gran maestre sonrió ligeramente—, pero decidí dejarlo para otro día.

—¿Y vos, *sir* William? —preguntó Corbett.

Ni un solo músculo de su rostro surcado de cicatrices se movió, pero su único ojo lanzó una mirada amenazante a Corbett.

—Durante un tiempo estuve con el gran maestro, pero luego visité a algunos comerciantes en Goodramgate y fui a ver a un amigo, un cura de la iglesia de Santa María. Quedé en encontrarme con el gran maestro fuera de la casa de pergaminos en dirección a Botham Bar. Luego regresamos juntos.

—¿Y vos, *sir* Bartolomé? —preguntó Corbett mientras tomaba algunas notas.

—Yo fui a Jubbergate, a las tiendas de armaduras y saetas. Hice algunas compras.

—¿Ibais solo? —preguntó Corbett inocentemente.

—No, iba con un sargento.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Corbett.

El templario tragó saliva.

—Juan Scoudas. Vive aquí, en la casa.

—¡No hace falta que me preguntéis! —interrumpió Branquier casi chillando desde la otra punta de la mesa—. Salí del priorato de San Leonardo después de descansar. Cuando llegué a York, las calles estaban imposibles debido a la visita del rey. Me entretuve un rato, pero cada vez había más bullicio en la ciudad, y decidí volver, tal como le habrá dicho el hermano Odo.

Corbett estudió rápidamente lo que había escrito. Molay y Legrave, pensó con rapidez, constituían uno la coartada del otro. El hermano Odo, la de Branquier. Pero ¿y Baddlesmere? Corbett estaba seguro de que mentía. Y lo mismo creía de Symmes, que estaba sentado, acariciando debajo de la mesa a la comadreja, que se acurrucaba en su regazo. La mirada de Corbett se quedó clavada en el pergamino. Sabía que los templarios se impacientaban, pues empezaban a reclinarsse en las sillas y a suspirar de forma desesperada.

—¿Dónde pensáis que estábamos? —interrumpió con rudeza Legrave—. ¿Ayudando a Murston a matar al rey?, ¿o haciéndoos llegar las amenazas en el puente de Ouse?

—¿O quizá preparándoos una emboscada? —se mofó Baddlesmere.

—Gran maestro —Branquier soltó su pluma, lo que hizo que la tinta se derramase sobre la mesa—, esta es la última vez que respondo a preguntas como estas. Sospechan de nosotros solo porque un estúpido sargento, totalmente fuera de sus cabales, intentara matar al rey, y porque hayan aparecido unas absurdas amenazas en distintos lugares.

Sus palabras causaron un rumor de voces que asintieron al unísono. Molay parecía, en cambio, incómodo; su rostro oscuro y aristocrático reflejaba una gran ansiedad. Corbett miró a ambos lados. Baddlesmere permanecía sentado frotándose la cara bronceada por el sol. ¿Sería el asesino?, se preguntó Corbett, ¿tendría algo que ver su pecaminoso secreto? ¿O sería Legrave, con esa cara de niño, piel aceitunada y cejas cuidadosamente peinadas? Después de todo era un guerrero consumado. ¿O

quizá Symmes, el tuerto? ¿O tal vez Branquier, alto como un pino, que no paraba de dar golpetazos en la mesa? Estaba convencido de que uno de ellos, o quizá todos, era el asesino, y que tarde o temprano volvería a matar.

—Hemos enviado el cuerpo de Peterkin a la ciudad —anunció Molay—, metido en un ataúd —levantó una mano—. No os preocupéis. Ningún templario ha salido de la casa, sino uno de nuestros criados con una carta de condolencia y una bolsa de plata para su madre. *Sir Hugo*, ¿por qué habría de matar nadie a un pobre cocinero? ¿A quién puede beneficiarle su muerte?

—¿Y la del pobre Reverchien? —añadió Baddlesmere con sequedad.

—No lo sé —replicó Corbett—. Pero decidme, gran maestro, ¿por qué habéis venido a York?

—Ya os lo dije. Es mi deber como gran maestro visitar durante un tiempo cada una de mis provincias.

—Pero, antes de que vos llegais —continuó Corbett—, *sir Reverchien* se encargaba de supervisar Framlingham con la ayuda de sus administradores, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué hay ciertas cámaras a las que no se puede entrar? ¿Qué otros secretos encierra esta casa?

—¿Secretos?

—Se dice que han visto a un hombre enmascarado merodeando por los bosques cerca de Framlingham.

Molay miró a sus compañeros y luego sacudió la cabeza.

—No teníamos noticia de ello. ¿Qué más?

—¿Qué me decís de la sala secreta que hay en el segundo piso?

—¡Silencio! —ordenó Molay a sus compañeros, que empezaron a acusar a Corbett de haber estado figoneando—. ¿Habéis acabado vuestro interrogatorio, *sir Hugo*?

—Sí.

—Entonces permitidme que os enseñe nuestra sala.

Molay se puso en pie. Corbett dejó rápidamente a un lado su escritura y salió con él de la habitación.

—*Sir Richard Branquier* —dijo Molay por encima del hombro—, acompañadnos.

El gran maestro, que luchaba consigo mismo por controlar su ira, condujo a Corbett por las escaleras y luego por la galería del segundo piso, un pasillo con el suelo de madera y paneles labrados a ambos lados de la pared. Molay caminó hasta la mitad del pasillo y luego se detuvo.

—Branquier, abrid esta puerta para *sir Hugo*.

El templario tenía tan pegado a Corbett a sus espaldas que el escribano casi le empujó. Tiró hacia fuera de uno de los paneles y presionó una palanca. Se escuchó un chirrido y parte del revestimiento de madera se apartó para dejar ver una puerta.

Molay se sacó una llave del bolsillo y la metió en la cerradura. La puerta se abrió. Dentro había una pequeña y estrecha celda, con el suelo desnudo y las paredes pintadas de blanco. La luz entraba por una ventana de porticones.

Corbett, un poco incómodo, miró los baúles y cofres almacenados a su alrededor.

—Es nuestra cámara del tesoro —explicó Branquier—. La mayoría de nuestras casas y mansiones tienen una habitación como esta. ¿Acaso no tiene lo mismo el rey? —Branquier acercó su cara a la de Corbett—. Quizás, incluso vos, Guardián del Sello Secreto. Decidme, *sir* Hugo, ¿abriréis todas vuestras cámaras y habitaciones al primer curioso que os lo pida?

—Yo solo hice una pregunta —replicó Corbett con tranquilidad.

—Pues ya tenéis vuestra respuesta.

Corbett miró un tapiz que colgaba en la pared: un bordado de gran belleza y rodeado de un marco de madera muy fina. El tapiz representaba el descenso de Jesucristo de la cruz ayudado por Nicodemo y San Juan. La Virgen María, de rodillas, esperaba acogerlo entre sus brazos extendidos. El artista había realizado un trabajo excelente: los colores, el azul, rojo, verde, oro y púrpura, parecían más propios de una pintura que de un tapiz.

—Tiene mucho valor —explicó Molay—. Es de un artista italiano. Solo el trabajo hecho en oro vale lo mismo que esta casa. Pero, vamos, *sir* Hugo, debo enseñaros algo más.

Corbett salió de la habitación. Molay se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y Branquier cerró el panel de madera antes de dirigirse al fondo de la galería y subir unas escaleras. Arriba, dos hombres guardaban otro tramo de escaleras que debían de conducir a una buhardilla. Molay les ordenó que se hicieran a un lado. Abrió la puerta y le pidió a Corbett que entrara. La habitación era muy alargada y húmeda, al fondo tenía una ventana en forma ovalada, justo encima de un estrado provisional sobre el que había un altar de madera con candelabros a ambos lados.

—Mirad a vuestro alrededor —dijo Branquier a Corbett con sarcasmo.

—No es necesario —replicó Corbett—. Está tan vacío como un henil.

Alzó la vista al techo inclinado y a través de las grietas y el tejado pudo vislumbrar el cielo. Se acercó al altar y frente a él vio dos cojines en el suelo. Quitó un resquicio de cera que había sobre la mesa.

—Aquí no hay nada —afirmó Branquier con rudeza; pero parecía intranquilo, como si temiera que lo hubiese.

—Entonces, ¿por qué lo guardáis con tanto recelo? —preguntó Corbett.

Branquier, sorprendido, abrió la boca para responder. Molay fue más rápido.

—Tenemos nuestras propias costumbres y rituales.

—Pero ya tenéis una iglesia abajo.

—Es verdad. Es verdad —replicó el gran maestro—, pero si habéis estado en alguna de las casas religiosas de York, como la de los cisterciense o cartujos, sabréis que todos tienen sus propias cancellerías y capillas bien alejadas de la vista del

público. Y eso es lo que pasa aquí.

—¿Y viene todo el mundo? —preguntó Corbett.

—No, no —contestó Molay—. Solo *sir* Richard y yo.

Molay estaba en la sombra y miraba hacia otro lado. Corbett tuvo el presentimiento de que le escondía algo, pero ¿qué más podía decir? Ya le había hecho todas sus preguntas y Molay las había contestado.

—Gran maestro —dijo volviéndose de camino a la puerta—. Gracias por vuestra amabilidad. Esta mañana mi criado dejó el vino que os traje de parte del rey en la cocina —sonrió por encima del hombro—. Es solo un detalle; nada, en comparación con los problemas que os estoy ocasionando.

Capítulo VII

Corbett salió de la buhardilla, pero, cuando se encontraba a medio camino bajando las escaleras, dio media vuelta.

—Ah, por cierto, gran maestro, ¿salió alguien de Framlingham ayer por la noche?

—A parte de los criados que se marcharon, no. El resto de nuestra comunidad está bajo órdenes muy estrictas. Como sabéis, nadie puede salir de Framlingham.

Corbett le dio las gracias y volvió a su habitación, donde Ranulfo y Maltote mantenían una acalorada conversación con Claverley sobre dados.

—Nos vamos —anunció Corbett enérgicamente—. Maltote, prepara los caballos. Ranulfo, coge mi capa y mi talabarte. Me reuniré con vosotros en los establos.

—¿Y vos, amo?

—Voy a ver al hermano Odo. ¡Ah!, por cierto, Claverley —dijo Corbett mientras salía—, tened cuidado: no juguéis nunca a los dados con Ranulfo ni compréis ninguna de sus pócimas.

Un sargento templario le enseñó el camino hacia la biblioteca, una alargada sala de altas bóvedas situada detrás de la casa y con vistas al jardín. Era un lugar fresco y agradable. Los libros llenaban las estanterías que se extendían a lo largo de toda la estancia. Algunos estaban cerrados y guardados; otros yacían abiertos sobre atriles. Al fondo de la biblioteca divisó pequeñas casetas construidas bajo un pórtico en cuyo interior había una mesa, una silla y una bandeja con los utensilios para escribir y un gran candelabro de metal con cera de abeja. Al principio pensó que la sala estaba desierta. Empezó a andar y sus pasos resonaron por toda la habitación.

—¿Quién anda ahí?

Corbett dio un respingo. El hermano Odo salió de las sombras donde se había sumergido en la lectura de un manuscrito. Su única mano estaba sucia de tinta.

—*Sir Hugo*, no sabía que fuerais amante de las bibliotecas.

—Ya me gustaría, hermano.

Estrechó su mano y el bibliotecario le condujo al interior de una de las casetas.

—Todos estos libros y manuscritos pertenecen a los templarios —explicó Odo—. Bueno, al menos a sus provincias al norte de Trent. —Se tocó los labios manchados de tinta mientras miraba a su alrededor pensativo—. Perdimos tantas bibliotecas en Occidente... Teníamos hasta el original de un comentario bíblico de san Jerónimo. Pero vos no habéis venido para hablar de estas cuestiones, ¿verdad?

Corbett pasó la mano por un taburete cerca de su silla. Se sentó a sabiendas de lo que hacía y miró los manuscritos que había desparramados sobre el escritorio.

—Estoy escribiendo una crónica —explicó Odo con orgullo—. La historia del cerco de Acre y su caída.

Retiró un paño de terciopelo y Corbett observó de cerca el dibujo que le mostraba: caballeros templarios, con la cruz de la orden en las capas, defendían una torre. Desde arriba disparaban lanzas y flechas por doquier contra los turcos de

mirada diabólica. El dibujo no era perfecto; le faltaba proporción. Sin embargo, tenía una fuerza y un vigor extraordinarios. En la parte inferior había un comentario en latín escrito con letra muy menuda.

—Ya llevo setenta y tres piezas —anunció Odo—. Pero espero que la crónica tenga doscientas. Será un testamento eterno del valor de nuestra orden.

Un trozo de pergamino se cayó de la mesa. Corbett lo recogió. Había algo escrito pero no entendía la letra. Corbett, que hablaba con fluidez el latín y el francés normando de la cancillería real, pensó que quizá sería griego.

—¿Sabéis de qué lengua se trata, Corbett? —le retó el hermano.

—¿Griego?

Odo sonrió y cogió el pergamino.

—No. Son runas, runas anglosajonas. Mi madre se llamaba Tharlestone. Era descendiente de Leofric, el hermano de Harold II, que murió en la batalla de Hastings. Tenía algunas tierras en Norfolk. ¿Habéis estado alguna vez allí, Corbett?

El escribano recordó su reciente y arriesgado viaje a Mortlake Manor durante el pasado mes de noviembre.

—Sí —contestó—, pero no fue una estancia muy agradable.

—Yo crecí en esas tierras. Mi madre murió de joven —los ojos del viejo bibliotecario se nublaron—. No he conocido a ninguna mujer tan amable y afectuosa. Creo que ella es la razón por la que me adherí a la orden. Y, bueno —prosiguió con ánimo—, mi abuelo me crio. Me llevaba a pescar a los pantanos, cosa que todavía hago en ocasiones, ¿sabéis? Tengo un pequeño bote cerca del lago. Se llama el *Fantasma de la Torre*. Pero lo que os decía: un día, cuando mi abuelo y yo esperábamos a que los peces picaran, escribió estas runas sobre un trozo de corteza y me las hizo aprender. ¿Veis esa letra que parece una *P*? Pues es una *W*. Esta flecha es una *T* y este símbolo que parece una puerta es una *V*. Tomo mis propias notas. Así nadie sabe realmente lo que hago —sonrió—. Pero, decidme: ¿en qué puedo ayudaros?

—El día que Reverchien murió —preguntó Corbett—. ¿Notasteis algo extraño, algo diferente?

—No. Tanto *sir* Guido como yo nos alegramos de que el gran maestro y sus comandantes se marcharan. Framlingham volvió a ser un remanso de paz, como antes. Estuvimos revisando las existencias, y yo me pasé casi todo el tiempo en la biblioteca. Nos encontramos de nuevo en la iglesia para cantar el Divino Oficio. Reverchien tenía buena voz, un poco más aguda que la mía. Recitamos los versos y luego fuimos a cenar al refectorio. A la mañana siguiente, después de maitines, *sir* Guido fue a lo que él llamaba su pequeña cruzada —se encogió de hombros—. El resto de la historia ya la sabéis.

—Sí, pero ¿qué pasó luego?

—Cuando oí el humo y escuché los gritos, algunos de los criados y yo nos adentramos a toda prisa en el laberinto. Es difícil llegar al centro y uno debe seguir

una dirección determinada si no quiere perderse —su rostro se entristeció—. Pero, cuando llegamos al centro... —la voz se le quebró—. ¡Oh!, perdonadme. He visto a cientos de hombres arder vivos en Acre, pero en el centro de un laberinto inglés, una mañana de primavera, ver como el cuerpo de un compañero se abrasa y queda carbonizado de pies a cabeza... Las llamas debieron de ser muy intensas. El suelo y los candelabros se habían quemado completamente. Cubrimos el cuerpo y lo llevamos a la capilla. Luego me fui a la despensa. Quizá bebí demasiado, pues pronto el sueño se apoderó de mí; así que me retiré. Estaba dormido como un tronco en mi celda cuando Branquier me despertó.

—¿Cuál creéis que fue la causa del fuego? —preguntó Corbett.

—No lo sé. Los rumores dicen que es un fuego del infierno. —El viejo bibliotecario se acercó más a Corbett—. Pero *sir* Guido era un buen hombre, amable y generoso; estaba un poco mal de la cabeza, pero adoraba al Señor, a la Santa Iglesia y a su orden. ¿Quién querría quemar a un buen hombre, cuando hay tantos otros que se pasean por ahí haciendo alarde de su maldad? —El bibliotecario pestañeó, pasó la mano suavemente por el pergamino igual que una madre haría con su hijo.

—Yo no creo que se trate del fuego del infierno —remarcó Corbett—. *Sir* Guido era un buen hombre, es cierto, y fue asesinado. Pero cómo y por qué, solo Dios lo sabe.

—Las llamas ya se habían apagado, pero el hedor era terrible —seguía murmurando Odo—. Olía a azufre, como...

—¿Como qué? —preguntó Corbett.

El viejo bibliotecario se rascó la mejilla sin afeitarse.

—No lo recuerdo —musitó—. Que Dios me perdone, Corbett, pero no me acuerdo —luego miró al escribano—. ¿Queréis saber algo más?

Corbett sacudió la cabeza y se puso en pie. Apretó suavemente los huesudos hombros del hermano Odo.

—De aquí a unos años todo el mundo hablará de vos —dijo Corbett con amabilidad—. Hablarán de Odo Tharlestone, soldado y erudito. Vuestra crónica se copiará en los monasterios, bibliotecas y abadías de todo el país. Oxford y Cambridge se pelearán para ver quién la consigue antes.

Odo alzó la vista. Sus ojos brillaban con intensidad.

—¿De verdad lo creéis?

—Desde luego. El rey tiene una gran biblioteca en Westminster y seguro que también querrá una copia. Pero, hermano —añadió Corbett—, me gustaría que reflexionaseis sobre lo que visteis la noche que *sir* Guido murió.

Y mientras el bibliotecario le aseguraba que así lo haría, Corbett se dirigió a los establos para reunirse con sus compañeros.

Unos minutos más tarde, seguido de Claverley y Ranulfo, que discutían de nuevo acaloradamente sobre qué ciudad era mejor, si York o Londres, Corbett salió de Framlingham. Bajaron por el camino hasta la verja, pasaron los guardias y giraron a

la izquierda en dirección a Botham Bar. Era tarde pero el sol todavía brillaba con fuerza. Los setos a ambos lados del sendero estaban llenos de vida: se oía el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas que buscaban la miel en las flores silvestres del camino.

—Yo tengo varias colmenas en mi jardín —dijo Claverley—. Por los menos una docena. La mejor miel de York, *sir* Hugo.

Corbett sonrió, pero su cabeza se encontraba como siempre en otro sitio. Pensaba en el bibliotecario. Odo había conseguido recordar algo. Corbett solo deseaba que la memoria de aquel anciano pudiera dar con la clave de todos esos extraños acontecimientos. Siguieron cabalgando hasta que llegaron a la sombra de unos árboles tan altos que parecían torres. Claverley tiró finalmente de las riendas.

—Tenemos que desviarnos del camino —dijo el suboficial señalando un pequeño sendero de paso que había al final del bosque—. Los restos fueron encontrados más adentro.

—¿Cómo los encontrasteis? —preguntó Ranulfo.

—Algún animal debió de desenterrarlos. Estaban totalmente podridos, o más bien despedazados, y los perros acabaron esparciéndolos por todas partes. Un guardabosques los llevó a la ciudad para enterrarlos en una fosa. Vamos; os enseñaré el lugar.

Se desviaron del camino y se adentraron en el bosque. La luz del sol empezaba a desvanecerse mientras cabalgaban, acompañados por la sombra de olmos, robles, encinas, cedros, chopos, sicomoros y hayas. Los árboles apenas dejaban entrever el cielo; el espeso follaje y las ramas entrelazadas filtraban la luz del sol. Los caballos empezaron a inquietarse con el crujido de los helechos a su paso y el canto súbito de los pájaros. Constantemente se escuchaban ruidos de los árboles. Por fin llegaron a un claro en el que crecía una frondosa vegetación y toda clase de flores silvestres que perfumaban el aire con su embriagadora fragancia. Pero al poco rato volvieron a adentrarse en la verde oscuridad, como si estuvieran en la entrada de una misteriosa catedral donde las paredes eran de madera, el techo de hojas verdes y el coro estaba formado por pájaros. Ranulfo, alerta ante cualquier movimiento, dejó a un lado su conversación con Claverley y miraba nervioso a su alrededor. Corbett iba al frente, guiando a su caballo con cuidado y pendiente del crujido de una rama o cualquier otro indicio de peligro. Su caballo sacudía sin parar la cabeza y soltaba enojado un bufido de vez en cuando. Corbett tiró de las riendas y acarició el cuello del animal mientras le hablaba con tono suave.

—No os preocupéis, ya he pasado antes por este lugar —dijo Claverley, y su voz retumbó entre los árboles—. Ya no queda mucho.

Se adelantó con su caballo y de nuevo se adentraron en otro claro. Claverley señaló una piedra bajo la que se había cavado un hoyo y luego apelotonado un montón de tierra alrededor. Corbett se acercó y examinó detenidamente el lugar en que se habían enterrado los restos de la víctima. Observó que en la piedra había una

cruz esculpida.

—¿Vive alguien por aquí cerca? ¿Hay alguna villa o algún caserío?

Claverley se encogió de hombros y se rascó la cabeza.

—No, que yo sepa.

—Bueno, por donde hemos pasado no hemos visto a nadie —afirmó Corbett—. Y parece que ni por aquí ni por allí hay nada, así que sigamos este camino.

Se adentraron todavía más en el bosque. Corbett cerró los ojos y rezó por que el asesino de Framlingham no los hubiera seguido. Se detuvo. Su caballo soltó un bufido al advertir el aroma de algo que se cocía a fuego lento.

—¡Allí hay algo! —gritó desde su caballo.

—Quizás un guardabosques —replicó Claverley— o un leñador.

Por fin la vegetación se hizo menos espesa y llegaron a otro claro. Al final, entre una hilera de árboles, pudieron divisar una casa con el techo de paja inclinado. A ambos lados de la choza había una especie de cobertizos de madera o establos y trozos de leña amontonados. En el patio comía una manada de gansos, que al verlos llegar abandonaron y huyeron despavoridos hacia la casa. La puerta se abrió y un perro mestizo salió a recibirles con sus ladridos. Detrás de él aparecieron dos mocosos vestidos con una túnica andrajosa, con las manos y las caras llenas de hollín y el pelo enmarañado y sucio. No parecían asustados, pero miraban con asombro a los recién llegados e intercambiaban algunas palabras en un dialecto que Corbett no pudo entender.

—¿Qué queréis?

Un hombre apareció en la puerta. Iba vestido con una túnica oscura, llevaba un trozo de cuerda atada alrededor de su enorme barriga y unas polainas del mismo color arremetidas en unas botas negras llenas de barro. A sus espaldas, una mujer miraba nerviosa a Corbett y a sus acompañantes. El escribano levantó la mano en señal de paz. El hombre bajó el hacha, gritó al perro que se fuera y se acercó a ellos.

—¿Os habéis perdido? —preguntó.

—No. Venimos de la ciudad. —Claverley adelantó su caballo—. Estábamos investigando los restos que fueron encontrados por estos alrededores.

El hombre desvió la mirada.

—Sí, ya he oído hablar del emocionante descubrimiento —contestó mientras golpeaba el suelo con los pies. Se dio la vuelta y gritó algo a los niños.

—¿Podemos entrar? —preguntó Corbett. Señaló el pozo y añadió—: Quizá pueda darnos un poco de agua o algo de comer. Estamos hambrientos.

—Pero, amo, si acabamos de... —interrumpió Maltote, pero se calló de inmediato al captar la mirada de advertencia de Ranulfo.

Corbett desmontó y le tendió la mano.

—Me llamo *sir* Hugo Corbett. Soy escribano del rey. ¿Y vos?

El leñador levantó su cara quemada por el sol, pero evitó encontrarse con la mirada de Corbett.

—Osbert —murmuró—. Soy guardabosques y leñador. —Se volvió para mirar a su mujer—. ¡Será mejor que entres dentro! —le gritó de mala gana.

Corbett le dijo a Maltote que trabara los caballos y los demás siguieron al leñador y a su familia dentro de la choza. Sobre una losa en el centro de la habitación ardía un fuego, cuyo humo se escapaba por un agujero del techo. Al fondo había un pajar, al que se accedía por una escalerilla, donde la familia dormía. Había pocos muebles y estanterías con algunos cacharros para cocinar.

—Sentaos donde podáis —dijo el leñador señalando el suelo.

Corbett, Ranulfo y Claverley se sentaron cerca del fuego. Corbett intentó darle conversación a la mujer de Osbert, lo que la tranquilizó; su marido por otro lado llenaba de agua las copas de peltre. La mujer sonrió, se echó el pelo hacia atrás y se inclinó para remover la olla que había colgado sobre el fuego.

—Huele muy bien —mintió Corbett por hacer un cumplido, pues el olor era de todo menos agradable.

—¿Qué queréis? —preguntó Osbert, que cuando acabó de servir el agua se sentó frente a sus invitados—. Sois escribano del rey. Estáis acostumbrados a comer mejores platos que este. Vuestros criados llevan botellas de agua, así que tampoco necesitáis beber.

—No, estáis en lo cierto —replicó Corbett—. Y vos, Osbert, sois muy observador. Como yo. Fuisteis vos quien enterró los restos, ¿verdad?

La mujer del leñador se levantó para ir a cuidar a los niños, sentados cerca de la pared con el pulgar en la boca y los ojos abiertos como platos.

—Encontrasteis los restos —continuó Corbett—. Y como sois un hombre honrado, los enterrasteis. Cavasteis un agujero y luego pusisteis encima una losa con la esperanza de que así no los desenterrara ningún animal salvaje. Entonces con vuestra hacha grabasteis una cruz sobre la piedra.

—Díselo —intervino la mujer de Osbert señalando a Corbett—. ¡Lo sabe! —gritó—. Díselo o nos colgarán a todos.

—No os preocupéis, señora —exclamó Corbett—. Ahora explíqueme qué pasó, Osbert.

—Faltaba poco para que amaneciera —empezó el leñador—. Yo iba detrás de un zorro, porque una de mis gallinas había desaparecido. Entonces escuché un relincho y vi un caballo cerca del camino que tenía una pata herida. El animal vino hacia mí. Creí que me moría y que estaba en el infierno cuando vi que las piernas de su jinete todavía estaban sujetas a los estribos. La sangre había manchado completamente la silla. El caballo estaba destrozado. Conseguí sacar los restos y los enterré debajo de la losa. Recé por el alma del pobre desgraciado y luego volví a casa con el caballo. Tiré la silla en un foso. No la podía vender: estaba totalmente empapada de sangre.

—¿Y el caballo?

Osbert tragó saliva y señaló la olla.

—Nos lo estamos comiendo.

Ranulfo tosió de inmediato y escupió.

—Tenemos hambre —continuó Osbert—. Hacía tiempo que no comíamos carne. Ya no quedan ciervos; son demasiado listos para permanecer cerca de la ciudad. —Abrió sus manos sucias—. ¿Qué podía hacer, maese? Si llevaba el caballo al mercado, me hubieran colgado por ladrón. Si lo guardaba, lo mismo. El animal estaba enfermo, tenía una pata herida y, como no sé mucho de medicina, lo maté, le quité los intestinos, los rocié con sal y adobé el resto de la carne. Luego la metí en una bolsa y la escondí en una choza que tengo en el bosque. La colgué sobre unas brasas de carbón para que se ahumara y evitar así que se pudriera.

—¿Y qué más encontrasteis? —preguntó Corbett y sacó dos monedas de plata de su bolsa—. Decidme la verdad y serán vuestras. Os prometo que nadie os castigará por lo que hicisteis.

Osbert se humedeció los labios y se quedó pensativo, pero su mujer actuó por él. Se dirigió al fondo de la choza, subió la escalerilla, fue hasta la cama de paja y volvió con una harapienta alforja en los brazos. La dejó caer a los pies de Corbett.

—Había un poco de dinero —dijo Osbert con un gruñido—. Pero ya no queda nada. Compré unos cuantos gansos. Todo lo que queda está ahí.

Corbett vació el interior: un justillo, dos pares de calzas muy bien zurcidas, un cinturón, un puñado de placas de metal con el nombre de varios peregrinos y estatuas de santos; cacharrería barata de la que la gente suele comprar en las puertas de una iglesia. Y, por último, unos rollos de pergamino. Corbett estudió la tinta borrosa.

—Wulfstan de Beverley —anunció—. Un vendedor de objetos religiosos y pequeñas reliquias. —Miró a Claverley y Ranulfo—. ¿Por qué demonios querría matar alguien al pobre Wulfstan? ¿Qué sentido tiene cortar su cuerpo en dos, hacer que su caballo salga al galope en medio de la noche y quemar la parte superior de su cuerpo? —Corbett lanzó la alforja al lado de Claverley. Se levantó y le dio las dos monedas a Osbert—. La próxima vez que vayáis a misa —añadió Corbett— rezad por la pobre alma de Wulfstan.

—Hice lo que pude —se justificó Osbert—. Que Dios lo acoja. ¿Deseáis saber algo más, maese?

—¿Habéis visto alguna vez en el bosque a un caballero enmascarado y con capucha?

—Una vez —replicó Osbert—. Solo una vez, maese, poco después de encontrar al caballo. Estaba cortando leña cerca del camino de Botham Bar. Escuché un ruido y me escondí entre la maleza. Pasó un jinete, vestido como un monje. Montaba un rocín, llevaba una capa hecha jirones y también pude ver que de su silla colgaba una espada de dos manos. Pensé que era un extranjero, así que permanecí escondido hasta que se fue. —El leñador hizo un mohín—. Y eso es todo lo que vi.

Corbett le dio las gracias. Montaron sus caballos y se marcharon en dirección a Botham Bar. Ranulfo y Claverley se enzarzaron enseguida en una apasionada discusión sobre la carne de caballo usada como alimento. Maltote, con el rostro

pálido, apenas podía decir algo.

—¿Cómo puede alguien comerse un caballo? —decía sin cesar—. ¿Cómo es posible?

—Vos también lo haríais si no os quedara más remedio —le espetó Claverley volviéndose hacia él—. Mi padre me contó una vez que durante una fuerte hambruna en las afueras de Carlisle se vieron obligados a cazar ratas y luego las vendieron como si fueran una exquisitez.

Corbett animó a su caballo a continuar y solo paró cuando llegó al lugar en el que las monjas y el guía habían encontrado los restos de Wulfstan.

—¿Qué buscáis? —preguntó Claverley al ver a Corbett desmontar y caminar hacia la hilera de árboles.

—Os lo diré cuando lo encuentre —respondió Corbett.

Siguió caminando y se agachó para examinar los rastros de fuego que había en la tierra. Luego desenvainó la espada y empezó a cortar las ramas y la hierba. Encontró más señales, aunque más pequeñas. Al pie de los árboles, entre la maleza, descubrió las marcas de unos arañazos, como si un gato enorme hubiera estado escarbando con las uñas y luego hubiese huido despavorido.

—Pero ¿quién demonios puede haber hecho tal cosa? —exclamó Claverley a sus espaldas.

Corbett se volvió para mirar hacia el camino, donde Maltote les esperaba sobre su caballo mirándolos con aire desangelado.

—Esto es lo que creo que sucedió —dijo Corbett—: alguien vino aquí a practicar con el fuego que quemó a Wulfstan y a las otras víctimas.

—Parece como si el mismo demonio se hubiera escapado del infierno —intervino Claverley—, y hubiese quemado la tierra con su cola y arañado los árboles con sus uñas.

—Sí, podéis contar esa historia en el mercado de York si queréis —replicó Corbett—; pero yo estoy convencido de que Satanás tendrá cosas mejores que hacer que venir del infierno para quemar un poco de hierba y algunas zarzas en el camino de Botham Bar. ¡No digáis tonterías! Alguien ha estado ejercitando con ese fuego, y esas marcas en los árboles son marcas de saetas.

—Entonces, ¿el asesino estuvo disparando con su ballesta?

—Es posible —dijo Corbett—. La cuestión está en que aquí ha estado aprendiendo a encender pequeños fuegos, solo Dios sabe con qué fin, y afinó su puntería lanzando saetas contra los árboles. Y creo que estaba tan entregado a su tarea, tan seguro de que nadie lo podía ver en medio de la oscuridad, que no se dio cuenta de la presencia de Wulfstan. El pobre vendedor de reliquias venía por el camino de Botham Bar y seguramente se dirigía a alguna aldea o al mercado de la ciudad para vender sus cosas. Cualquiera en su situación hubiera salido corriendo o por lo menos retrocediendo. Sin embargo, Wulfstan era un vendedor ambulante, un hombre al que le gustaba viajar y conocer todo tipo de historias. Así que se debió de

parar justo donde está ahora Maltote y probablemente llamó al asesino en medio de la oscuridad. El canalla se giró y, al ver que le habían descubierto, sacó su espada de dos manos de la silla de su caballo y se abalanzó sobre el pobre Wulfstan. El vendedor seguro que se debió de quedar pasmado, aterrorizado y más quieto que un conejo. Debió de taparse la cara con las manos en el momento en que el asesino levantó la espada y le cortó en dos con un solo golpe.

—Y luego el caballo salió al galope —apuntó Ranulfo.

—Exacto. La violenta y sangrienta escena debió de asustar al animal, que salió despavorido carretera abajo. Luego el asesino quemó lo que quedaba del cadáver, no solo impidió que alguien pudiera reconocer a la víctima, sino que descubrió, para su cruel y malvada curiosidad, el efecto que el fuego tendría sobre la carne humana.

—Y como Wulfstan era un vendedor ambulante, un extranjero en estas tierras —intervino Claverley—, nadie echó en falta su desaparición.

—Maese —dijo Ranulfo señalando las marcas de fuego en el suelo—, ¿cómo puede un hombre controlar el fuego? Como no coja yesca, que ya es difícil de encender, sobre todo si hay viento, o encienda una fogata y luego prenda un palo o un trozo de carbón... Pero este asesino parece capaz de provocar las llamas de la nada. —Ranulfo miró la verde oscuridad de los árboles—. ¿Eso no es magia negra?

—No —replicó Corbett—. Podría invocar al mismísimo Satanás para que viniera del infierno, pero el que venga o no es ya otra cuestión. El asesino quiere que creamos que tiene poderes mágicos y que es capaz de hacer todo tipo de hechizos.

—Y el misterioso jinete —añadió Claverley— podría ser el asesino. Llevaba una espada de dos manos.

Corbett removió con el pie la tierra del camino.

—Quizá, pero ahora, maese Claverley, debemos irnos; hay varios asuntos igual de apremiantes que nos esperan.

Montaron sus caballos y cabalgaron hasta Botham Bar. Cuando ya estaban cerca de York, empezaron a encontrar gente por el camino: comerciantes y vendedores ambulantes que se dirigían a la ciudad con bolsas y hatillos a sus espaldas. Un franciscano perteneciente a la orden del Saco, con la toga llena del polvo del camino, montaba una mula todavía más cansada que él. Un mendigo empujaba una carretilla en la que llevaba tumbado a un viejo con las piernas amputadas por las rodillas; ambos hombres parecían bastantes felices después de pasarse el día pidiendo limosna y, borrachos como una cuba, cantaban obscenidades en un tono estridente mientras la carretilla iba dando tumbos por el camino. Los campesinos también volvían apretujados en sus carros después de haber vendido los productos de su cosecha, y una mujer y dos niños caminaban muertos de cansancio mientras guiaban los pasos de una enorme vaca. De repente pasó al galope un mensajero del rey, con su blanca vara bien cogida al cinto, y, tras él, un soldado vestido con los resplandecientes ropajes de la casa real. Todo el mundo se echó a un lado para dejarlos pasar y, acto seguido, volvieron a apartarse para dejar paso a un soldado templario que golpeaba

enérgicamente a su caballo para que fuera más deprisa.

—Creía que los templarios no podían salir de Framlingham —dijo Claverley.

—Quizá sea un mensajero —replicó Corbett—. Me pregunto qué será tan urgente.

Aceleraron la marcha. Por fin Botham Bar se divisó a lo lejos: el gran rastrillo de hierro levantado parecía los dientes de un animal salvaje que amenazaba a todos los que pasaban por debajo. En la parte superior de la puerta colgaban varias jaulas con la cabeza cortada de criminales y al otro lado se había colocado un buen número de horcas. De cada una pendía el horripilante cuerpo de algún malhechor, balanceándose con el viento del atardecer, que hacía sonar las placas que llevaban colgadas alrededor del cuello y en las que figuraban sus crímenes.

—Los justicieros del rey han estado ocupados —observó Claverley—. Estuvieron celebrando juicios durante toda la tarde de ayer.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó Corbett.

—A ver al Pintor.

—¿Qué pintor?

—El Galgo; así llamo yo al mejor falsificador de York.

Atravesaron la puerta de Botham Bar, cruzaron Petergate, pasaron las fétidas letrinas públicas, construidas al lado del campanario de San Miguel, y se adentraron en la zona más bulliciosa de la ciudad. Las paradas del mercado todavía estaban abiertas, y las estrechas calles estaban abarrotadas de gente. Los taberneros debían de estar haciendo un buen negocio. La visión de un hombre que yacía en medio de la calle, totalmente borracho, mientras un amigo suyo, echado a su lado, intentaba alejar a unos cerdos que merodeaban a su alrededor, provocaba la risa de los viandantes.

Los cepos también estaban llenos. Algunos criminales estaban cogidos por el cuello; otros, por los brazos o las piernas. Un aprendiz tenía pillados solo los pulgares por haber intentado robar comida a su amo. Dos prostitutas sobre la picota, con las cabezas afeitadas, insultaban a la multitud en medio del sonido de la gaita de un borracho que ahogaba sus gritos, mientras un alguacil les azotaba el trasero descubierto. Al llegar a la esquina de una calle, Corbett y su séquito tuvieron que detenerse, pues un grupo de oficiales de la corte había invadido una taberna para incautarse el vino rancio que el propietario seguía vendiendo a pesar de que ya había perdido su frescura. Sacaron tres barriles a la calle y los rompieron a golpes. Mientras, desde las ventanas de arriba, el propietario, su mujer y su familia volcaban sus orinales en la cabeza de los oficiales y de todo aquel que pasaba por debajo.

Por fin los alguaciles restablecieron el orden. Claverley condujo a sus compañeros por Patrick Pool hasta el Matadero. El polvo y los fétidos olores que desprendía el lugar les llenaron la nariz y la boca. Las tiendas de los carniceros y desolladores ocupaban la estrecha calle de casas salientes, bañada de sangre y asaduras. La multitud, apelotonada en las paradas, compraba carne de los cerdos descuartizados y los gansos, gallinas y otras aves que colgaban de un gancho

decapitadas. Cuando Claverley perdió los estribos, sacó la espada y, gritando *le roi, le roi*, se abrió paso hasta llegar a la plaza, una zona abierta enfrente de la iglesia de Todos los Santos.

La masa se aglomeraba delante de la inexorable prisión de la ciudad. Fuera de la puerta principal se alzaba una hilera de cadalsos, cada uno de tres patas, donde se habían llevado a cabo las ejecuciones. Sacaban a los criminales condenados fuera de la prisión, los montaban sobre el cadalso, donde se les obligaba a subir una pequeña escalera, y se les colocaba por último una cuerda alrededor del cuello. Luego se retiraba la escalerilla y el criminal quedaba balanceándose de un lado a otro mientras la cuerda apretaba con fuerza su garganta y poco a poco le iba asfixiando. Corbett había visto escenas parecidas en otras ciudades del reino: después, los oficiales del rey volvían, vaciaban las horcas y esperaban a que se celebrasen más juicios. La mayoría de los criminales apenas tenía tiempo de protestar. Los monjes dominicos, vestidos con sus hábitos negros y blancos, iban de un cadalso a otro para concederles la absolución. La multitud recibía a veces la presencia de los prisioneros con aclamaciones e insultos. De vez en cuando, algún amigo o familiar se despedía a gritos y alzaba un jarro de cerveza en su honor. Claverley esperó hasta que la puerta de la prisión se abrió, tras lo cual siguieron su camino pasando por la tenebrosa caseta del portero, que le reconoció de inmediato.

—¡Casi hemos terminado, Claverley! —gritó el hombre—. Antes de que anochezca York será una ciudad mucho más segura.

—¡Vengo a ver al Pintor! —anunció Claverley acercando su caballo—. ¿Dónde está?

El portero, con el rostro embrutecido por la cerveza, le miró sorprendido.

—¿Para qué queréis verle?

—Necesito hablar con él.

—Bueno, si sabéis como llegar al infierno...

Claverley soltó un gruñido y dio un golpe a su silla.

—El canalla está muerto —rio el portero—. Lo hemos colgado hace menos de una hora.

Claverley, consciente de que sus acompañantes estaban cansados y, viendo que sus caballos se movían inquietos en aquel lugar tan pequeño, maldijo una y otra vez su suerte.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Corbett.

Claverley se volvió, escupió en dirección al portero y se tapó la nariz.

—Por aquí no hay nada que valga la pena —masculló—. Permittedme entonces que os enseñe uno de mis grandes secretos.

Al otro lado de York, otro hombre estaba a punto de morir. El Desconocido yacía en el jergón de una diminuta y vacía habitación del hospital de San Lázaro. El sudor

empapaba sus cabellos, que se le caían a mechones sobre la blanca almohada.

—Es el final —susurró—. No saldré de aquí con vida.

El monje franciscano, inclinado sobre él, le cogió la mano y no se atrevió a contradecirle.

—No puedo sentir mis piernas —balbuceó. Luego forzó una sonrisa—. En mi juventud, padre, yo era un jinete extraordinario. Corría como el viento —movió ligeramente la cabeza—. ¿Qué hay después de la muerte, padre?

—Solo Dios lo sabe —replicó el padre—. Pero yo creo que es como hacer un viaje, como nacer de nuevo. Los bebés luchan para salir de la matriz y nosotros, para dejar este mundo; pero una vez lo hacemos, volvemos a nacer, olvidamos y el viaje continúa. Lo importante —añadió el franciscano— es que estemos preparados para viajar.

—He pecado —dijo el Desconocido con un hilo de voz—. He pecado contra el Cielo y la Tierra. Yo, un caballero templario, un defensor de la ciudad de Acre, he cometido horribles pecados, por sed de odio y deseos de venganza.

—Hablad —le animó el monje—. Confesad ahora y recibiréis mi absolución.

El Desconocido no necesitó que el monje se lo repitiera y, con la vista perdida en el techo, empezó a relatar su vida: su juventud en una granja de Barnsleydale, su ingreso en la orden del Temple, los últimos y sangrientos días en Acre seguidos de su larga y amarga cautividad en las mazmorras del Viejo de la Montaña. El franciscano escuchaba en silencio; solo de vez en cuando le interrumpía para hacerle alguna pregunta. El caballero siempre contestó. Al final el franciscano levantó la mano y pronunció lentamente las palabras de absolución. Le prometió que, a la mañana siguiente, le traería el viático después de la misa. El Desconocido cogió la mano del fraile.

—Padre, necesito contar todo lo que sé a alguien más.

—¿Un templario? —preguntó el franciscano—. Los comandantes se encuentran en Framlingham.

El Desconocido abrió los ojos y suspiró.

—No, el traidor debe de estar con ellos —abrió la boca. Sus labios estaban resacos e intento coger un poco de aire—. ¿El consejo del rey se encuentra reunido en York? El monje asintió con la cabeza. El Desconocido le apretó la mano con fuerza.

—Por el amor de Dios, debo hablar con alguien del consejo real. Un hombre en el que pueda confiar. ¡Por favor, padre! —sus ojos, en aquel rostro demacrado y desfigurado, brillaban todavía llenos de vida—. Por favor, debo hablar con alguien antes de morir.

Capítulo VIII

Claverley condujo a Corbett y a sus criados de la plaza hasta la catedral, adentrándose en un barrio mucho más tranquilo y refinado. Las aceras eran más amplias y estaban limpias, las casas a un lado y otro de las calles tenían las paredes pintadas de rosa o blanco, vigas color caoba en el tejado y a veces acabados de oro en las ventanas y las puertas. Cada casa, con cuatro o cinco plantas, disponía de un pequeño jardín. Las ventanas de las plantas superiores eran de cristal y en la pared del último piso colgaba un cuerno o a veces un lienzo pintado al óleo. Claverley se paró frente a una casa que hacía esquina frente a la taberna de Jackanapes. Golpeó enérgicamente la aldaba de hierro, en la que había esculpida una cara de monje. Al principio nadie respondió, a pesar de que Corbett pudo ver la luz de una vela a través de la ventana.

—No os preocupéis —dijo Claverley volviéndose con una sonrisa en los labios—. Está en casa.

Por fin la puerta se entreabrió. Una doncella sacó la cabeza. Claverley le susurró algo y la puerta se volvió a cerrar. Corbett escuchó un ruido de cadenas, después la puerta se volvió a abrir y apareció una mujer bajita de cabellos canosos. Llevaba un velo blanco con ribetes dorados y un vestido granate oscuro. Esbozó una sonrisa y besó a Claverley en la mejilla. Tenía unos ojos muy redondos y brillantes y la tez morena, y observaba con curiosidad a Corbett y a sus acompañantes.

—Bueno, será mejor que entréis —dijo con una voz ronca—. Podéis dejar los caballos en los establos de la taberna.

Mientras Maltote se llevó a los caballos, la mujer los acompañó a lo que ella llamaba «su salón de abajo», una espaciosa y confortable habitación que debía de ocupar toda la anchura de la casa. A través de la ventana abierta del fondo, Corbett divisó un jardín de flores y un pequeño huerto con manzanos. Era un habitación muy lujosa. En las galerías de afuera había visto varias esteras extendidas en el suelo, pero esta sala estaba cubierta de elegantes alfombras. De la pared colgaban amplias bandas de tela de alegres colores. Sobre la chimenea había un tapiz y de una de las vigas cuyo entramado cruzaba el techo, colgaba una lámpara que ofrecía a la estancia la parpadeante luz de sus velas.

—Sir Hugo Corbett —dijo Claverley iniciando las presentaciones—, permitidme que os presente a Yocasta Kitcher, toda una dama, comerciante, fabricante de alta costura, propietaria de la taberna de Jackanapes y, cuando tiene tiempo, una mujer a quien le encanta viajar.

—Tan halagador como siempre —replicó Yocasta.

Yocasta instó a sus huéspedes a que se acercaran a la chimenea. Una doncella salió de la cocina y se apresuró a colocar algunas sillas alrededor del fuego. Al principio hubo un poco de confusión, y Ranulfo volcó uno de los taburetes al suelo; pero una vez restablecido el orden, *lady* Yocasta insistió en que «aceptaran su

hospitalidad» y ordenó a la criada que trajera unas copas de vino y una bandeja de galletas de mazapán.

El estómago de Corbett todavía estaba un poco revuelto después de ver las ejecuciones, pero la efusiva amabilidad de aquella mujer tan menuda a la que envolvía un aire de misterio consiguió distraerle. Se sentó en una silla y saboreó el vino, sorprendido por lo frío que estaba.

Lady Yocasta se acercó.

—Mis bodegas siempre están inundadas —explicó—. ¡Ah!, pero no de la suciedad de las cloacas, sino de los ríos que corren por debajo de York. El agua está fría como el hielo, con lo que siempre tengo el vino blanco congelado.

—¿Y hay muchos ríos? —preguntó Corbett.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó mientras hacia rodar su copa con incrustaciones de nácar entre las manos—. York son dos ciudades, *sir Hugo*. Está la que vos y todo el mundo conoce, pero —dijo con un tono de voz más profundo—, luego está la que se encuentra debajo de esta y que fue construida por los romanos. También tiene sus propias calles y hasta un alcantarillado, aunque ya nadie se acuerda de que existe. —Sonrió—. Pero yo sí; mi marido y yo frecuentábamos sus alcantarillas. ¡Oh, vamos! No me miréis tan extrañado —dijo mientras seguía hablando sin parar—. ¿Acaso no os lo ha contado Claverley?

—Por ese motivo hemos venido —contestó Claverley—. Todavía no le he contado a nadie nuestros secretos, *lady Yocasta*, pero pensé que podríais ayudarnos. Hay un falsificador en la ciudad —prosiguió rápidamente.

—¡Pues atrapadlo y colgado!

—No se trata de eso —intervino Corbett. Sacó una moneda de oro y se la dio.

La mano de Yocasta tenía un tacto suave y cálido; sus dedos estaban cubiertos de anillos muy valiosos. Frotó la moneda y la examinó con gran admiración. Se la pasó de una mano a otra calculando su peso. Luego estudió el borde y la cruz acuñada a ambos lados.

—Esto es oro puro.

—Sea lo que sea —continuó Corbett—, no es de la casa real. Y monedas como esta circulan por todo York sin la autorización del rey. Según tengo entendido, *lady Yocasta*, los falsificadores normalmente cogen una moneda buena y de ella hacen dos malas, adulterando una de plata con otra aleación u otros metales. Sin embargo, nunca he oído que nadie utilice un oro tan fino para falsificar monedas.

Lady Yocasta levantó la cabeza.

—*Sir Hugo*, ¿qué me vais a decir a mí de falsificaciones? Hace cuarenta años, cuando era mucho más joven que ahora... —añadió con una sonrisa. Sus pequeños ojos brillaban alegres—. Hace cuarenta años me sabía las calles de esta ciudad de memoria. Mis padres nunca pudieron controlarme. Un caluroso día, a mediados de verano, fui a una feria a las afueras de Micklegate Bar. Allí conocí al canalla más divertido sobre la faz de la tierra, Robard, mi marido. Bueno, él era escribano y

atravesaba un mal momento. No podía soportar por más tiempo el clima tan asfixiante de las cancillerías ni las caras largas y soporíferas de sus compañeros.

Hizo una pausa al darse cuenta de que Ranulfo se había atragantado con una de las galletas. La mirada que le lanzó Corbett hizo que su garganta se aclarara de inmediato. Ranulfo escondió la cara mientras bebía de su copa y miraba en su interior como si en el fondo hubiera algún objeto precioso.

—Robard era un auténtico bribón; lo llevaba en la sangre —continuó Yocasta—. Cantaba como un ruiseñor y bailaba mayos como nadie. Le atraían las travesuras como a un gato la leche. Me enamoré de él inmediatamente. Y todavía lo amo, a pesar de que murió hace diez años.

Claverley extendió la mano y acarició la de Yocasta.

—Terminad la historia —le pidió con tono afectuoso.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Yocasta. Todavía sostenía la moneda de oro. Le dio la vuelta y la acercó a la luz de la vela—. A Robard le hubiera encantado. Quería ser rico, reunir un poco de dinero y viajar para convertirse en un gran comerciante o un guerrero. Yo formé parte de su aventura. Me escapé de casa a medianoche y luego me encontré con él bajo la luz de la luna. Nos tendimos sobre las tumbas de la iglesia de San Pedro y él empezó a explicarme sus planes de futuro. Nos hicimos novios, y más tarde nos prometimos. Luego, el deseo de Robard de ser rico hizo que se metiera en asuntos de falsificación de monedas. Se hizo muy popular entre los más listos de la ciudad; conocía a toda clase de chiflados, estafadores, ladrones... en fin, a toda la chusma. —Se encogió de hombros—. Alquilamos una herrería al final de la calle Coney y empezamos a falsificar monedas. Esto fue en tiempos del viejo rey, cuando el gobierno de la ciudad no era lo que tenía que ser. Pero, por supuesto, al final nos cogieron. Durante el juicio Robard pudo elegir: ser colgado en la horca o marcharse a las cruzadas con el príncipe Eduardo. Desde luego, eligió lo segundo. Guardamos las monedas falsificadas lejos de la ciudad, en los pantanos de Bishop's Fields, por detrás del río. Sin embargo, Robard estuvo preso y encadenado hasta el día que se subió al barco del rey. Yo fui con él.

—¿Vos estuvisteis en ultramar? —exclamó Corbett.

—¡Oh, claro que sí! Tres años estuvimos allí. Y luego volvimos con los bolsillos llenos de oro. Compramos la taberna que hay aquí enfrente, Robard se convirtió en todo un señor, lo aprendió todo sobre el negocio de la cerveza y fue un excelente tabernero. Mis padres habían muerto. Nos casamos, pero los viejos hábitos nunca mueren, *sir* Hugo. Cuando la chusma de la ciudad se enteró de que había vuelto, no le dejaron en paz. Robard tenía visitas hasta el amanecer, pero se mantuvo dentro de la ley —se sonrió— o, por lo menos, lo intentó. De nuevo nos vimos envueltos en lo mismo, pero esta vez, lo juro ante Dios, yo no formé parte de sus planes. Pero ya sabéis: el orgullo excesivo siempre conduce a la caída. Los oficiales del rey acababan de regresar de York. Se celebró otro juicio y mi marido fue acusado.

—Lo declararon por segunda vez culpable —interrumpió Claverley—: Robard

iba a ser colgado. Y además, sus primeros delitos todavía pesaban sobre sus espaldas. Pero *lady* Yocasta se presentó ante los oficiales y pactó con ellos un acuerdo tácito. Robard sería perdonado y Yocasta juró que en lo sucesivo debería informar a las autoridades de todos los crímenes y fechorías que se fueran a cometer en la ciudad.

—Me convertí en la espía del rey —añadió *lady* Yocasta con calma—. Y mi marido nunca se enteró. Pero, bueno, fui muy selectiva. Y todavía lo soy. A los pequeños estafadores, a los criminales de poca monta, los perdonaba, pero no a aquellos que mataban o dejaban mutiladas a sus víctimas, a violadores o profanadores de iglesias. Como a cualquier tabernero, me llegaban rumores y yo los hacía correr...

—¿Y su marido nunca se enteró?

—Nunca —declaró Yocasta—. Y nadie más lo sabía, excepto Claverley —su rostro se volvió severo—. No voy de luto. —Se golpeó el pecho—. Robard todavía vive aquí. Si cierro los ojos, todavía puedo oírle cantar. Por la noche, si me doy la vuelta en la cama, puedo ver cómo me sonrío. No era un mal hombre, *sir* Hugo, que Dios le perdone, pero no podía evitar meterse en líos.

—¿Y por qué nos lo contáis ahora a nosotros? —preguntó Corbett.

—Antes de que saliera de York para reunirme con vos, *sir* Hugo —interrumpió Claverley—, vine aquí. Si el Pintor rehusaba ofrecernos su ayuda, *lady* Yocasta prometió hacerlo. —Se encogió de hombros y se volvió hacia la mujer—. Pero el Pintor está muerto —anunció apesadumbrado.

—Que Dios lo acoja en su gloria.

—*Lady* Yocasta y yo nos conocemos desde hace años —explicó Claverley—. Es cierto —dijo levantando un dedo—, es cierto que el arte de la falsificación puede ser muy complicado, pero si hay alguien en esta ciudad que lo conoce es *lady* Yocasta.

Corbett se quedó pensativo mirando por la ventana del fondo de la habitación: la luz del sol estaba desapareciendo. Se le cruzó una idea descabellada por la cabeza: ¿y si fuera Yocasta quien falsificaba las monedas?

—Yo no podría hacerlas —afirmó ella como si le leyera el pensamiento—: no tengo ni una fragua ni el oro necesario para hacerlo. Conozco todos los rumores y secretos de esta ciudad, pero no he oído nada sobre el tema —levantó la moneda—. Y, creedme, las lenguas hablarían sobre algo como esto.

Corbett tosió y desvió la mirada con embarazo.

—Entonces, ¿cómo es posible? —preguntó Ranulfo—. ¿Quién está detrás de todo esto?

Yocasta dejó la copa sobre la mesa.

—*Sir* Hugo, nunca había visto antes una moneda como esta. Es cierto que la mayoría de los falsificadores funden las monedas del rey.

Corbett asintió.

—Pero ¿por qué querría alguien fabricar monedas de oro? A no ser que...

Yocasta guardó silencio.

—¿A no ser que qué?

—Bueno, digamos, *sir* Hugo, que encontráis una olla llena de oro. No, no al final del arco iris; me refiero a un tesoro escondido: copas, vasos, tazas, cruces... ¿Vos qué haríais?

—Lo llevaría ante los oficiales del rey.

Lady Yocasta soltó una carcajada, a la que se unieron Claverley y Ranulfo. La mujer sacudió la cabeza.

—No; no me estoy burlando de vos, *sir* Hugo. Sois un hombre honrado. —Se puso seria—. Pero ¿qué pasaría después?

Ahora fue Corbett quien esbozó una sonrisa.

—Bueno, los oficiales se quedarían con el oro, lo examinarían y luego me interrogarían.

—¿Y cuanto tiempo tardaría todo ese proceso?

—Un año, quizá dos. Hasta que se probara mi inocencia y que el oro procediera realmente de un tesoro encontrado.

—¡Lo veis! —exclamó Yocasta—. Os encontráis con un tesoro. Como sois honesto, lo lleváis ante las autoridades del rey y todo lo que obtenéis a cambio son un montón de problemas.

—Ya —añadió Corbett—. Y al final de todo, solo me quedaría con la mitad del tesoro; aunque, conociendo a los oficiales como los conozco, tendría suerte si me quedara con una cuarta parte.

—Pero entonces —interrumpió Ranulfo—, *lady* Yocasta, ese oro... —De pronto se calló—. Por cierto, amo, Maltote aún no ha regresado.

—¡Bah!, estará en la taberna. Ya conoces a Maltote; seguro que está hablando de caballos con los mozos de cuadra y bebiendo cerveza como si la vida le fuera en ello. Pero ¿qué ibas a decir?

—Pues que alguien de York —continuó Ranulfo— podría haber encontrado un tesoro escondido, luego haberlo fundido y haber hecho de él un montón de monedas con las que más tarde ha comprado toda clase de lujos y comodidades.

—Exacto —terció *lady* Yocasta—. Es la única explicación. Si lleváis objetos de oro o de plata a algún orfebre, la gente pronto sospecharía de vos. Pensaría, o bien que sois un criminal, o que os habéis encontrado un tesoro y estáis burlando las órdenes del rey. Ahora que es fácil seguir la pista de un tesoro como este. Para empezar, no se trata de ningún orfebre —dijo mientras jugaba con la moneda en la mano—. El que esté detrás de esto tiene que tener una buena fragua y los medios necesarios para comprar las herramientas y acuñar las monedas.

—Pero, entonces, ¿nadie es sospechoso? —preguntó Claverley—. Si analizando unas vasijas de oro se puede saber quién es su propietario, lo mismo se puede hacer con unas monedas de oro.

—No si aparecen cincuenta o sesenta a la vez —replicó Yocasta—. Y eso es lo que Robard solía hacer con sus monedas falsificadas. Cuantas más circulen, más seguro está el criminal. El hombre que falsificó estas monedas hizo lo mismo. Debe

de tener los medios para moverse por todo York y distribuirlas sin levantar la mínima sospecha —frotó la moneda entre sus dedos—. Y esa es la historia. Todo lo que harán los orfebres o los banqueros será pesar las monedas en una balanza. Después de todo, no es culpa suya si han acabado en sus manos. Se han convertido en parte del delito, pero pueden hacerse los inocentes. Y, por otro lado, los vendedores de comida, ropa, vino o lo que sea lo que quieren es que se les pague, conque las monedas son aceptadas y luego la gente olvida de dónde procede.

Corbett se reclinó en la silla.

—Asombroso —murmuró—. Uno encuentra oro, lo funde y lo convierte en monedas, luego las distribuye y, de este modo, hace que todo el mundo entre en el juego, a la vez que consigue despistar a la ley y hacerse muy, muy rico —Corbett miró a *lady* Yocasta—. ¿Y no tenéis idea de quién...?

—No me miréis de ese modo, escribano —le pidió Yocasta—. Ese canalla falsificador no está recortando monedas o fundiéndolas sobre un fuego de carbón. Sin duda se trata de alguien muy astuto y muy rico: tiene los medios y los recursos.

—Pero ¿no se podría seguir el rastro de las monedas? —preguntó Ranulfo con insistencia—. Quizás alguien pueda recodar algo.

Lady Yocasta señaló la bolsa de Corbett.

—Maese escribano, tenéis algunas monedas de plata ahí, ¿verdad? ¿Podéis decirme con exactitud cada una de las personas que os las dieron?

—Pero uno se acuerda de una moneda de oro —replicó Ranulfo.

—¿Ah, sí? —preguntó Yocasta con ironía—. ¿Incluso si supierais que os la requisarían y os quedaríais sin ella? Sin embargo —dijo devolviéndole la moneda a Corbett—, tenemos por dónde empezar. El falsificador no utiliza las monedas para comprar en los mercados de la ciudad. Después de todo, cualquiera que se paseara por ahí pagando con oro podría ser identificado fácilmente.

—¿Entonces? —preguntó Corbett con desesperación.

Lady Yocasta clavó su mirada en las llamas del fuego. Observaba cómo los pequeños leños de pino, de los que se desprendía un agradable aroma, crujían y hacían saltar chispas sobre la chimenea.

—Ojalá Robard estuviera aquí —suspiró—; él sabría lo que hacer —acto seguido alzó la vista—. Vos estáis alojados en Framlingham, la casa de los templarios, ¿no es cierto?

Corbett asintió.

—Pues, ¿por qué no empezar por ahí? —propuso Yocasta—. Los templarios tienen los medios: poseen bosques y tierras donde podrían esconder fácilmente una fragua. Además importan alimentos y otros bienes del extranjero y tienen contactos con orfebres y banqueros. Y, a menos que me equivoque, estas monedas aparecieron justo cuando los templarios llegaron a York.

—Así es —replicó Corbett—. El rey y la Corte se trasladaron al sur después de la marcha escocesa y desde entonces permanecen alojados a las afueras de York. Un

poco después llegaron los comandantes templarios y empezaron a aparecer esas monedas.

—Pero ¿de dónde han podido sacar el oro? —preguntó Claverley.

Corbett jugueteaba con el anillo del rey que llevaba la insignia del Sello Secreto.

—Prometieron al rey una gran cantidad de dinero —remarcó Ranulfo—. Y seguro que deben de tener tesoros escondidos por ahí y que nadie conoce.

Corbett se acordó de la cámara secreta de Framlingham. ¿Habría alguna relación entre el oro y los asesinatos?

—¿*Sir* Hugo?

Corbett volvió a la realidad.

—Lo siento, *lady* Yocasta. —Se puso en pie, le cogió la mano y se la besó—. Muchas gracias por su ayuda.

—Vos no solo estáis buscando a un falsificador, ¿verdad? —le preguntó con curiosidad—. Sois el escribano de mayor confianza del rey.

Corbett acarició la mejilla de Yocasta suavemente con un dedo.

—En efecto, señora mía; estáis en lo cierto. Como siempre —añadió con cierta amargura—, voy a la caza de demonios: hombres que matan por razones que solo Satanás conoce.

—Entonces debéis tener cuidado, escribano —contestó ella con afecto—. Pues aquellos que cazan demonios, o bien se convierten en la presa, o en los mismos demonios.

Ranulfo, de pie en la entrada, observó la reacción de su amo. Era como si las palabras de Yocasta le hubieran calado hondo, pero luego *lady* Yocasta sonrió y la tensión del ambiente se relajó. Corbett y Claverley se despidieron debidamente de la dama. Siguieron a Ranulfo a la calle y los tres cruzaron el patio de la taberna de Jackanapes. Cuando llegaron, Maltote, mirándolos con cara de arrepentimiento, alardeaba de lo importante que era delante de mozos de cuadra y algunas mujeres que le escuchaban atónitos. Ranulfo, siempre dispuesto a meterse en líos, se unió al grupo y empezó a poner en evidencia a Maltote, mientras Corbett y Claverley se dirigían a la bodega. Se sentaron en una mesa con vistas al jardín. Durante un rato, Corbett se quedó con la mirada perdida, contemplando la puesta de sol y su maravillosa explosión de colores. Claverley pidió unas cervezas. Corbett tomó un sorbo de la suya, pensando en la advertencia de *lady* Yocasta mientras luchaba contra las olas de la nostalgia. Las flores y el jardín le recordaban su casa y, en el fondo de su corazón, Corbett sabía que no tardaría mucho en regresar. Quería estar al lado de Maeve y su hijita Eleonor, sentarse durante horas y escuchar las historias del tío Morgan sobre los grandes héroes de Gales. Quería dormir en una cama sin una daga debajo de la almohada y caminar sin un talabarte colgando de la cintura.

—Entonces, ¿os sirvió de ayuda? —interrumpió Claverley.

—¡Oh, sí! Muchísimo —contestó Corbett, disculpándose con una sonrisa por su ensimismamiento—. Al menos sabemos que el falsificador es poderoso, rico y que

posee una gran cantidad de oro y sabe exactamente como distribuir las monedas.

—¿Podrían ser los templarios? —pregunto Claverley—. En el ayuntamiento se dice que...

—No lo sé —replicó Corbett. Se inclinó por encima de la mesa y golpeó suavemente el hombro de su compañero—. Hoy no soy una buena compañía, Roger. ¿Tenéis familia?

—Me he casado dos veces —contestó el suboficial esbozando una sonrisa—. Mi primera mujer murió, pero la segunda me ha dado unos hijos maravillosos.

—¿Y no os cansáis nunca de perseguir demonios? —preguntó Corbett.

Claverley sacudió la cabeza.

—Ya escuché lo que os dijo *lady* Yocasta, *sir* Hugo —tomó un sorbo de su cerveza y continuó—. Todos llevamos la marca de Caín. Como vos, *sir* Hugo, he visto romperse la ley y el orden cuando los demonios salen de las sombras. Pero no, no me canso nunca de perseguirlos. Si no los cazamos, ellos nos acabarán cazando a nosotros.

A través de su jarra de cerveza, Corbett observó a Claverley. Era un buen hombre, pensó Corbett, justo y honrado. Se prometió a sí mismo mencionar su nombre ante el rey. Ranulfo y Maltote se les unieron; mantenían una de sus acaloradas discusiones, pero Ranulfo decidió dejarla correr cuando vio la cara de Corbett.

—¿Qué ocurre ahora, amo?

Corbett se reclinó contra la pared.

—Esta noche no volveremos a Framlingham —anunció—. La carretera de Botham Bar está demasiado oscura y puede ser peligrosa. Maese Claverley, un favor, o más bien cuatro.

—Mis órdenes son que os ayude en todo lo que pueda.

—Primero, me gustaría pasar la noche aquí.

—Eso está hecho.

—Segundo —dijo Corbett—, nuestro falsificador debe de tener una fragua, y la ciudad tiene sus propios archivos en los que debe aparecer registrada la tasación de cualquier fragua.

—A menos que se desconozca su existencia —apuntó Claverley.

—También quiero una lista —prosiguió Corbett— de todas aquellas personas que tengan licencia de importación de bienes en la ciudad. Y, por último, si el oro procede de un tesoro encontrado, debe de haber aparecido durante las obras de algún edificio. Ningún ciudadano puede llevarlas a cabo sin una licencia del concejal del ayuntamiento.

—Entendido —dijo Claverley—. Es decir, queréis una lista de todas las herrerías de la ciudad o de aquellas personas que posean una fragua, de las que tengan licencia de importación y si algún ciudadano ha recibido recientemente un permiso de obras para construir.

—Exacto, y cuanto antes lo sepáis, mejor.

—Los templarios —avanzó Claverley— estarán en las tres listas.

—¡Ah!, y otra cosa más —añadió Corbett—. La mañana en la que tuvo lugar el ataque al rey, el gran maestro, Jacques de Molay, y sus cuatro comandantes, Legrave, Branquier, Baddlesmere y Symmes, vinieron a la ciudad. Branquier dice que se marchó pronto. Baddlesmere y Symmes estuvieron por ahí durante un rato y Legrave acompañó al gran maestro a ver a un orfebre de Stonegate. Como sabéis, York es una gran ciudad, pero todo el mundo se conoce. Seguro que los templarios no pasaron desapercibidos. Quiero que investiguéis lo que estuvieron haciendo aquella mañana.

Claverley soltó un bufido.

—¿Y por dónde empiezo?

Corbett sonrió e hizo un mohín.

—Preguntad a los taberneros y posaderos. Todo lo que podáis descubrir me será de gran ayuda.

Claverley apuró su cerveza y se despidió. Prometió que si descubría algo viajaría personalmente a Framlingham para informarle. Luego se acercó al dueño de la taberna, apoyado detrás de un mostrador hecho con barriles de vino, y cambió con él algunas palabras. Corbett vio como el hombre asentía. Claverley levantó la mano, gritó que todo saldría bien y desapareció por la puerta.

—Estoy cansado —declaró Corbett—. Ranulfo, Maltote, podéis hacer lo que queráis, siempre y cuando volváis a la habitación dentro de una hora.

Y, tras dejar a sus compañeros murmurando por lo bajo sobre su maese Cara Larga, siguió al propietario hasta el segundo piso, donde se encontraba, según la elocuente descripción del tabernero, la mejor cámara de invitados. La habitación solo tenía dos camas, pero el propietario prometió poner una tercera. Mientras los criados traían colchones de paja, nuevas almohadas, jarros de agua fresca y una bandeja con pan y vino, Corbett permanecía echado en una de las camas. Esta vez no pensó en Leighton ni en Maeve, sino que intentó poner en orden sus ideas. Escuchó un ruido en el pasillo de afuera. Luego, Ranulfo y Maltote irrumpieron en la habitación.

—¡Por el amor de Dios! —gruñó Corbett incorporándose.

Ranulfo, con cara de inocente, arrastró un taburete y se sentó frente a Corbett.

—Esa mujer os ha asustado, ¿verdad? —preguntó.

—No, no me ha asustado, Ranulfo —contestó Corbett—. ¡Ya estaba asustado! —señaló sus herramientas de escritura dispuestas sobre la mesa—. Piensa en los asesinos que hemos cazado hasta el momento, Ranulfo. Siempre se mueven por un motivo: codicia, lujuria, traición. Siempre siguen un modelo a la hora de matar; normalmente acaban con aquellos que entorpecen sus propósitos o bien con los que han descubierto su identidad. Sin embargo, este caso es diferente: nos encontramos frente a un hombre que mata por matar.

—Pero ¿no dijisteis que los templarios estaban divididos? Pues querrán vengarse del rey.

—En ese caso —respondió Corbett—, ¿por qué iban a matar a Reverchien?, ¿por

qué atacarme a mí? y ¿qué amenaza suponía para ellos el pobre Peterkin? Además, no creo que haya una relación entre las tres cosas —continuó Corbett—. Bueno, sí. Si el rey hubiera resultado herido o muerto y su escribano de mayor confianza sufriera alguna horrible desgracia, supongo que eso tendría alguna lógica. Pero ¿y Reverchien y Peterkin?

—Quizá sabían algo —replicó Ranulfo.

—Quizás —añadió Corbett—. Pero luego está la segunda cuestión. ¿Cómo? Murston disparó dos saetas al rey, pero ¿cómo pudo morir después tan rápidamente? ¿Qué provocó el fuego? Reverchien murió en el centro de un laberinto una mañana de primavera, y Peterkin ardió en llamas en medio de una cocina llena de gente.

Corbett hizo una pausa y se mordió el labio inferior.

—¿Y qué tenemos hasta el momento? Sabemos que la orden de los templarios está desmoralizada, quizá dividida en dos; estoy seguro de que ese es el motivo por el que Molay ha venido a Inglaterra. Estos hechos podrían ser la explicación de los ataques que han sufrido tanto Felipe de Francia como nuestro rey. Tenemos también esas amenazas, enviadas por la secta de los Asesinos. Sabemos que los templarios guardan algún misterio, de ahí las cámaras secretas de Framlingham. Sabemos también que a Murston le corroía la amargura y su sed de venganza; sin embargo, alguien debió de utilizarle.

Corbett volvió a hacer una pausa y se quedó pensativo.

—El asesino —añadió después de un rato— emplea alguna forma secreta de hacer fuego. Estuvo practicando su uso entre los árboles del camino de Botham Bar y aquel desgraciado vendedor ambulante pagó su curiosidad con la vida. Pensamos que se trata de un comandante templario pero, si todos los templarios se encuentran encerrados en Framlingham y las puertas de la ciudad están tan bien defendidas, ¿quién colgó aquel cartel en el cuerpo de Murston?, ¿y quién me envió un mensaje parecido? Hicieran lo que hicieran los templarios en York, hemos llegado a la conclusión de que cuando fui atacado ellos ya estaban de camino de vuelta a Framlingham.

—¿Y el jinete enmascarado? Quizá sea el asesino —afirmó Maltote esperanzado—. O quizá sea uno de los comandantes disfrazado.

—Y el asunto de la falsificación de monedas —intervino Ranulfo— también podría ser cosa de los templarios.

—Es posible —añadió Corbett—, pero, de todos modos, Ranulfo... —se tumbó en la cama—. Si no hay lógica en toda esta locura, si el asesino actúa sin motivo aparente, nunca dejará de matar.

—¿Y qué haremos entonces? —preguntó Ranulfo.

—En ese caso —contestó Corbett—, acabaremos volviendo a palacio e informando al rey de lo que hemos descubierto: una orden desmoralizada y dividida, desviada de su propósito original —se incorporó en la cama apoyándose en un solo codo—. Y si explico todo esto —concluyó— los oficiales reales no tardarán en

preguntar por qué debe existir una orden con tanto poder si no tiene ningún propósito y además es sospechosa de cometer traición, brujería, asesinatos y muchos otros delitos.

El sargento que hacía guardia en el gran pantano de Framlingham Manor observaba el bote sobre las aguas del lago.

—Ya es hora de que el viejo regrese —murmuró por lo bajo.

Subiéndose el talabarte inició el camino de bajada al lago. La puesta de sol era bellísima y la fresca brisa del atardecer acariciaba la frente sudada del sargento.

—Bueno, dejemos que el viejo pesque un poco más —se dijo a sí mismo.

Se sentó en la hierba, se quitó el casco y dejó a un lado la cota de malla. Observó al hermano Odo. El viejo bibliotecario se había montado en su bote, el *Fantasma de la Torre*, y había salido a pescar un rato.

—Por lo menos, que alguien se divierta —gruñó el sargento mientras arrancaba un trozo de hierba y se lo aplicaba como una cataplasma en las acaloradas mejillas.

Los soldados de Framlingham habían respirado tranquilos después de que aquel figón del escribano del rey y sus acompañantes se marcharan, aunque luego llegó un mensajero y Molay y los comandantes se habían reunido en el vestíbulo para celebrar en secreto un consejo. Las órdenes eran muy estrictas: nadie podía salir de Framlingham y cualquier extraño que se encontrara merodeando por los alrededores debía ser arrestado inmediatamente. El templario masticó un poco de hierba, entornando los ojos por la luz cegadora del sol, mientras contemplaba cómo se movía con el viento del atardecer la túnica negra del hermano Odo. El viejo bibliotecario parecía tener problemas para sostener la larga caña y el sedal. El sargento envidió la serenidad de la escena, que contrastaba con la confusión que reinaba en los últimos días. Las noticias del ataque al rey, la muerte de Reverchien y Peterkin, el cocinero, estaban en boca de todo el mundo. Muy pocos hablaban de la muerte de Murston, a pesar de que muchos se sentían culpables de lo que había hecho. Sin embargo, Murston siempre perdía los estribos; solo porque había servido en ultramar se creía con el derecho de afirmar qué era lo que estaba bien y lo que estaba mal.

El templario se tumbó en la hierba y contempló durante un rato las esponjosas nubes.

—Cómo me gustaría estar lejos de aquí —susurró—, pero ¿dónde?

Desde la caída de Acre no se podía ir a servir al extranjero. Se acabaron las mujeres de piel morena y los paseos por los bazares. ¿Qué emoción tenía ahora hablar sobre antiguas batallas o la defensa del Santo Sepulcro? Lo mejor que le podía tocar a uno era montar guardia en un caserío olvidado de la mano de Dios o, con un poco de suerte, ir de expedición a los mares de Oriente y luchar contra los corsarios. El sargento cerró los ojos; su trabajo no era el de pensar o sacar conclusiones. La muerte de Murston había puesto punto final a todo aquello. Y ¿quién era él para cuestionarse

las órdenes de su maestro? Ellos sabían mejor que nadie lo que hacían. Ellos eran los que poseían la información secreta de la que hablaban detrás de las puertas cerradas. El sargento pensó en la solitaria buhardilla del piso de arriba de Framlingham. ¿Qué habría allí?, se preguntó. ¿Por qué solo podían entrar Molay y Branquier? ¿Por qué esas velas de cera de color púrpura y esos cánticos? Una vez que le había tocado hacer guardia se fijó, cuando sus superiores salieron de la habitación, en que estaban llenos de polvo de pies a cabeza. ¿Qué habría en aquella habitación?, se preguntó el sargento. ¿Qué sería tan importante para que hombres tan importantes se tumbaran boca abajo en el polvo? Escuchó un ruido y se puso en pie sobresaltado. Odo se movía como si quisiera tirar de la caña, encallada en algún lugar del fondo del lago, pero el sargento templario advirtió que además ardía un fuego en la proa del bote. Dejó caer el casco y salió disparado.

—¡Hermano Odo!, ¡hermano Odo! —chilló, pero la figura encapuchada del hermano seguía sentada sin inmutarse ante las amenazantes llamas. El sargento se desabrochó el talabarte y corrió hasta que los pulmones estuvieron a punto de estallarle. Miró hacia el bote y vio cómo las llamas devoraban rápidamente al hermano Odo. El templario cayó de rodillas al suelo, temblando de miedo. Observó cómo el fuego consumía el bote de proa a popa tragándose completamente a su ocupante. Ni siquiera toda el agua del lago había podido evitarlo.

—Que Dios nos proteja —balbuceó— del fuego del diablo.

Capítulo IX

Corbett y sus criados se encontraron con un gran revuelo cuando volvieron a Framlingham. Tan pronto como desmontaron en el patio de los establos vieron a Baddlesmere, con la barba desarreglada, que corría a recibirles.

—*Sir Hugo* —dijo mientras tragaba saliva—, será mejor que vengáis a ver al gran maestro cuanto antes.

A pesar del cálido sol y el cielo azul, Corbett volvió a sentir una opresión. Echó una ojeada a su alrededor: los caballeros templarios hacían ahora las tareas de los mozos de cuadra y le miraban atónitos.

—Ha habido otra muerte, ¿no es cierto? —preguntó Corbett.

Baddlesmere asintió y le hizo una señal para que le siguiera.

El escribano le dijo a Maltote que se hiciera cargo de los caballos y, con Ranulfo pegado a sus pies, caminó hacia la casa. Baddlesmere los condujo a través de un pequeño claustro hasta la cámara del gran maestro. Era una celda desprovista de mobiliario, fría, mucho más grande que la de Corbett pero igual de austera, con las paredes encaladas, un crucifijo negro y varias esteras en el suelo. Molay estaba sentado detrás de una mesa con un crucifijo de metal en el centro. El resto de comandantes ya se encontraba allí y, a juzgar por sus rostros apenados y sus ojos enrojecidos, se sentían profundamente consternados.

Molay se levantó cuando llegó Corbett y le ordenó a Baddlesmere que trajera una silla más. Una vez estuvieron todos sentados, el gran maestro dio un golpe en la mesa.

—*Sir Hugo*, durante vuestra ausencia, el hermano Odo ha muerto o, más bien, ha sido asesinado. A última hora de la tarde se fue a pescar, como solía hacer, en su pequeño bote, el *Fantasma de la Torre*. Como siempre se pasó un buen rato en el lago. Un sargento le vigilaba desde tierra y estaba a punto de avisarle de que era la hora de vísperas y de la cena, cuando vio que ardía un fuego en la proa del bote. Pero era demasiado tarde: las llamas se apoderaron rápidamente del hermano Odo y de la barca.

Corbett puso la cabeza entre sus manos y luego añadió en voz baja:

—Hablé con él ayer, poco antes de marcharme a York. Fui a visitarle a la biblioteca. Me enseñó su crónica y pude ver lo orgulloso que estaba de ella. —Luego miró al resto de los presentes—. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué pudo suceder?

—No lo sabemos —replicó Branquier—. ¡Maldita sea!, no tenemos ni idea, Corbett. Por eso os estábamos esperando. Vos sois el escribano del rey —levantó un dedo—. Fuisteis enviado a este lugar para descubrir la verdad. ¡Pues hacedlo de una vez!

—No es tan fácil —terció Legrave—, ¿cómo queréis que *sir Hugo* pueda con todo esto? El hermano Odo había ido a pescar y todo parecía estar en calma. ¡Por el amor de Dios, el bote estaba en medio del lago! Nadie nadó hasta allí. Nadie más

estaba con él. Sin embargo tanto el hermano Odo como la barca se abrasaron por las llamas y ni siquiera toda el agua del lago pudo evitarlo.

—¿Encontrasteis algunos restos? —preguntó Ranulfo con brusquedad.

Los templarios le miraron con desdén.

—La pregunta de mi amigo es muy relevante —intervino Corbett.

—Muy pocos —contestó Molay—. El cuerpo del hermano Odo estaba totalmente carbonizado; resultó imposible reconocerlo. Luego encontramos algunas tablas quemadas del bote, pero eso es todo.

—¿Nada más? —preguntó Corbett.

—Nada más —replicó Molay—. Solo los restos quemados del hermano flotando en el agua. Nos fue difícil distinguir una cosa de la otra.

—¿Y quién los sacó? —preguntó Corbett.

—Bueno —contestó Branquier—, el sargento templario no pudo hacer nada. Dio la voz de alarma y todos corrimos hacia el lago. Con otro bote, amarrado cerca del lugar, conseguimos acercarnos. Cuando llegamos las llamas se estaban extinguiendo. Ya hemos cubierto y guardado en un ataúd los restos del hermano Odo. Lo enterraremos esta misma noche. Lo que queremos saber, *sir* Hugo, es por qué sucedió y cómo podemos evitar más muertes.

Corbett miró su alrededor. El tonel de vino que había traído como presente del rey yacía sobre la mesa de al lado. El sello rojo de cera de la taberna colgaba como una gota de sangre. Corbett soltó un suspiro y se reclinó en la silla.

—No lo sé —contestó—. Lo único que puedo decir es que no hagáis caso de las habladurías y chismorreos sobre fuegos del infierno.

Corbett les explicó entonces lo que había descubierto en el camino de Botham Bar. Molay se puso en pie; sus ojos brillaban llenos de emoción.

—Entonces, ¿sabéis el nombre de la víctima?

—Sí. Y también creo que alguien estuvo en aquel bosque practicando una extraña forma de hacer fuego. Recuerdo que cuando el hermano Odo refirió anteanoche la historia de la caída de Acre, dijo algo sobre unas bolas de fuego que lanzaban los turcos.

—Ah, pero no eran nada —exclamó Branquier—: solo trozos de leña mojados en alquitrán, que luego encendían y lanzaban desde las catapultas.

—¿Acaso estáis diciendo que lo mismo está sucediendo aquí? —preguntó Symmes.

Corbett vio cómo algo se movía debajo de la túnica del comandante y se dio cuenta de que el templario llevaba consigo a su mascota.

—Eso es imposible —exclamó Baddlesmere antes de que Corbett pudiera responder—. Esos fuegos no son nada del otro mundo. Solo un montón de troncos ardiendo. ¿Cómo explicáis la muerte de Reverchien en el centro del laberinto? Nadie más estaba allí. ¿O la de Peterkin en la cocina? Y en cuanto al hermano Odo...

—¿Y qué me decís de una saeta de fuego? —interrumpió Corbett—. Se unta la

punta con alquitrán y luego se enciende —se encogió de hombros—. Antes de que digáis nada, ya sé que si una saeta como esa hubiera alcanzado el bote del hermano Odo, solo habría tenido que cogerla y arrojarla al lago y, en caso de que no pudiera, tirarse al agua y nadar hasta la orilla. —Hizo una pausa—. Gran maestro, ¿puedo pedirlos un favor?

Molay descruzó las manos en señal de aprobación.

—Quiero vuestro permiso —continuó Corbett— para andar con total libertad por la casa y sus alrededores, para hacer preguntas a quien considere oportuno y, para meter mi larga nariz en vuestros asuntos, como hacen otros muchos.

—Concedido —replicó Molay—. Con una condición, *sir* Hugo. ¿Os acordáis de las cámaras que os enseñé ayer? Pues debéis manteneros bien alejado de ellas. En cuanto a lo demás, estamos en vuestras manos.

Corbett le dio las gracias y se retiró.

—¿Creéis realmente lo que habéis dicho? —le siseó Ranulfo mientras se dirigían a sus aposentos.

Corbett se detuvo.

—¿Crear el qué, Ranulfo?

—¡Lo de la saeta de fuego!

—¿Y qué más podía decir? Tenemos a un hombre pescando en el lago. En un par de minutos, ¡qué digo minutos!, en un par de segundos, tanto él como la barca arden en llamas. ¿Qué más podría haber causado el fuego? —Corbett se encogió de hombros—. De acuerdo, es una conclusión arriesgada, pero es la mejor que tengo —tiró a Ranulfo de la manga y lo acercó al alféizar de la ventana—. De todo lo que descubramos —susurró—, ni una palabra. Creo que el asesino estaba en esa sala.

—Y ¿qué hay del jinete enmascarado de los bosques? —preguntó Ranulfo.

—No lo sé, pero no estaba en la cocina cuando Peterkin murió. Y ese asesino, el Sagitario, podría ser tanto Molay como uno de los cuatro, o cualquier combinación con sus propios planes. Ignoro cuál es el móvil del asesino y cómo mata a sus víctimas, pero, sea quien sea, ahora sabe que, gracias a nuestras averiguaciones en el camino de Botham Bar, hemos empezado a descubrir la verdad.

—Y en ese caso podría intentar hacernos callar para siempre.

—Eso ya lo ha hecho —replicó Corbett—. Pero, sí, estás en lo cierto: podría volver a intentarlo de nuevo. Aunque al hacerlo podría cometer algún error que le delatara.

Corbett levantó la cabeza y miró a lo largo del pasillo.

—Ya sé que dije que debíamos permanecer juntos, pero a partir de ahora tendremos que actuar por separado. Tú y Maltote recorreréis palmo a palmo esta casa. Id a las herrerías, a los campos y a los bosques de los alrededores. Buscad cualquier rastro o marca de fuego y, si es posible, alguna fragua escondida.

—¿Y vos, amo?

—Yo voy a la biblioteca. El hermano Odo puede haber muerto no por vivir en

esta maldita casa, sino porque descubriera algo. Seguramente el asesino debió de ver cómo yo hablaba con él. Creo que la verdad, o parte de ella, se encuentra entre los papeles del hermano Odo.

Ranulfo volvió a su habitación en busca de Maltote, mientras Corbett, siguiendo el camino que le había indicado uno de los guardias, se dirigía a la biblioteca. La puerta estaba abierta. Entró y miró alrededor de la espaciosa y tenebrosa sala.

—Que descanséis en paz, hermano Odo —murmuró Corbett por lo bajo—. Y que Dios me perdone si fui el responsable de vuestra muerte.

Corbett se dirigió a la caseta del hermano Odo. La mesa estaba llena de papeles, entre los cuales se encontraba el pergamino de su crónica envuelto en terciopelo. Lo desenrolló y aplanó las hojas en las que se narraba el trágico final de la ciudad de Acre. Las fue pasando una a una con cuidado, preguntándose si el manuscrito contendría alguna referencia al misterioso fuego. Sin embargo, a pesar de que en los dibujos de Odo aparecían las catapultas lanzando trozos de madera ardiendo en alquitrán, no había nada que llamara la atención de Corbett. Finalmente lo volvió a plegar con un suspiro de desesperación y se puso a curiosear en el resto de papeles que había sobre la mesa. Algunos de ellos eran solo borradores, pero uno le interesó especialmente. El papel era del día que murió Odo. Había dibujado un escribano con una larga nariz y a su lado un cuervo. Corbett sonrió para sus adentros al ver escrito su propio nombre, *le Corbeil*, la palabra francesa para designar al cuervo. El resto de los apuntes eran unas cuantas notas con signos indescifrables. Se acordó de las runas del hermano Odo. Sí, se trataba de las mismas letras; estaban por todas partes y a su lado había numerosos símbolos de interrogación. Pudo descifrar unas cuantas, pero fue incapaz de desentrañar el significado general. Salió de la caseta y se paseó entre las estanterías hasta que encontró lo que estaba buscando: un libro de páginas amarillas titulado *Codex Gramaticus*, envuelto en piel de becerro y cerrado con un gran broche. Lo sacó de la estantería y lo llevó hacia la caseta. Lo abrió y empezó a pasar las páginas. El libro contenía referencias al griego y al hebreo y, por último, al final de todo, aparecían todas las letras del alfabeto con las runas anglosajonas al lado. Cogió una pluma, se acercó los papeles del hermano Odo e intentó descifrar los garabatos que había escrito el bibliotecario. Al principio no entendía nada; las runas formaban palabras sin sentido. Luego Corbett se acordó de que Odo había utilizado el latín para su crónica. Volvió a intentarlo y esta vez pudo descifrar las palabras: *Ignis Diaboli*, «el fuego del demonio», *Líber Ignium*, «el libro de los fuegos», y por último se repetía constantemente una misma frase: *el misterio de Bacon*.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró Corbett—. ¿A qué demonios podrá referirse?

«El fuego del demonio», pensó. Así es como Odo había descrito las llamas que consumieron al pobre Peterkin y a su amigo Reverchien. Pero ¿qué significaba «el libro de los fuegos»? ¿Sería algún libro de brujería o de hechizos? Corbett, pensativo, se puso en pie. Buscó durante un rato en el archivo de la biblioteca, pero no encontró ninguna referencia a ningún «libro de los fuegos», ni nada que guardara relación con

la frase «el misterio de Bacon». Estaba recogiendo la mesa y enrollando los papeles con las notas que había tomado, cuando escuchó un ruido al fondo de la biblioteca: el crujido de una puerta y luego unos cerrojos que se cerraban. Se puso en pie. Sacó la daga del cinto y miró el suelo de la biblioteca, pero lo único que pudo ver fueron las motas de polvo bailando en los rayos de sol que entraban por las ventanas y se reflejaban en el suelo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Corbett haciéndose a un lado—. ¿Quién anda ahí? —repitió.

—«Sabed que hemos vuelto». —La voz era muy profunda e irreconocible, a pesar de que las palabras resonaban por toda la biblioteca igual que el toque de difuntos de las campanas.

Corbett escuchó otro ruido, esta vez metálico. Se volvió rápidamente, cambiando de postura en el momento en que una saeta pasó zumbando cerca de su cabeza y se clavó en la pared de al lado.

—«Sabed —dijo la voz en un tono más alto— que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro».

De nuevo el mismo ruido. Corbett, esta vez escondido entre las estanterías, escuchó el silbido de la punzante saeta que fue a parar a la moldura que había justo sobre su cabeza. A penas podía controlar la respiración. Miró desesperado a su alrededor; las ventanas eran demasiado pequeñas, no tenía escapatoria.

—«Sabed —volvió a entonar la voz— que estáis en nuestras manos y que no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado».

Corbett, tumbado en el suelo, miraba por debajo de las estanterías. El corazón estaba a punto de salirse por la boca. Al fondo de la biblioteca divisó la figura de un hombre con un casco de torneo en la cabeza. Un traje negro le cubría de los pies a la cabeza y en la mano sostenía una ballesta. Corbett vio cómo estiraba el cabrestante, escuchó de nuevo su chirrido y una tercera saeta se clavó en el mismo lugar donde había estado su cabeza unos segundos antes. De repente oyó otro ruido. Esta vez eran pasos: el asesino se acercaba. Si Corbett se levantaba y corría en dirección a su misterioso asaltante, este le atravesaría con una de sus saetas antes de que pudiera alcanzarle. La boca se le secó. Hizo un gran esfuerzo por controlar el miedo. Por alguna extraña razón solo pensaba en un mensajero del rey cabalgando por el camino de Leighton y en Maeve que se acercaba corriendo.

Se secó el sudor de la cara y agarró su daga galesa con más fuerza. Miró a través de la biblioteca y divisó una pequeña puerta detrás de una de las casetas.

—¡Oh, Dios mío, —suplicó— que esté abierta!

Sacó la cabeza fuera de su escondite, pero la volvió a meter rápidamente cuando otra saeta pasó silbando como un halcón cruzando el aire. Luego se levantó antes de que al misterioso arquero le diera tiempo de volver a disparar. Con el cuerpo empapado de sudor y maldiciendo a su atacante una y otra vez, retiró la caseta a un lado e hizo girar el tirador de la puerta, pero esta no se movió. Desesperado, intentó

echarla abajo. Los pasos de su asaltante se escuchaban cada vez más cerca. De repente vio unos cerrojos en la parte de arriba. Los descorrió y la puerta se abrió crujiendo sobre sus bisagras. Se coló dentro y la cerró dando un portazo, al tiempo que otra saeta se clavaba por el otro lado. La puerta llevaba a un pasadizo y Corbett empezó a correr a ciegas, tan a ciegas que al girar una esquina casi derriba a un centinela. Sin hacer caso de sus gritos, continuó corriendo hasta traspasar una puerta que llevaba a un pequeño patio abandonado detrás del campo de torneo.

Finalmente se dejó caer de rodillas y permaneció agachado durante un rato para recuperar la respiración. Luego se guardó la daga y se dirigió a su celda. Cerró la puerta rápidamente y pasó los pestillos; examinó la habitación con cuidado y luego se echó en la cama. Poco a poco la sensación de alivio se convirtió en rabia, en un furia terrible al pensar en lo cerca que había estado de caer en manos del enemigo. Se vio tentado a presentarse ante Molay y pedir que se llevara a cabo una investigación, pero ¿qué sacaría en claro? Nada; solo lograría poner de manifiesto que estaba asustado. El asesino debió de haberse colado en la biblioteca sin que nadie lo viera y resultaría imposible seguirle la pista. Corbett se levantó y se echó agua por la cara. Se secó despacio mientras recordaba la figura vestida de negro, con la ballesta y las saetas cortando el aire por encima de su cabeza.

—Por lo menos —suspiró Corbett—, ya sé que no venís del infierno.

Luego se quedó pensativo. El ataque en la biblioteca había sido un paso desesperado. ¿Por qué habrían matado al hermano Odo? ¿Acaso había descubierto cómo se provocaba ese misterioso fuego? El asesino debía de haber revisado todos los papeles y, como no entendía las runas, seguro que se limitó a echar una ojeada sobre el trozo de papel que Corbett guardaba ahora en su zurrón. Alguien llamó a la puerta.

—¿Amo?

Corbett abrió la puerta. Ranulfo y Maltote entraron muy emocionados en la habitación.

—¡Están aquí! —exclamó Maltote.

—¡Calla! —le gritó Ranulfo—. Las encontramos, amo. Las marcas de fuego, las mismas que vimos en el camino de Botham Bar. ¿Os acordáis de los árboles que rodean la tapia de la casa? Bueno, pues Maltote y yo las hemos visto allí. —Estudió la cara de Corbett—. ¿No queréis verlas, amo? ¿Qué os sucede?

Corbett les explicó lo que había pasado.

—¡En la biblioteca! —exclamó Ranulfo—. Pero ¿por qué allí, amo?

—Primero, porque el asesino sabía que yo estaba dentro. Segundo, porque quería evitar que descubriera algo —sacó el trozo de pergamino de su zurrón—. Olvidaos de las marcas. Maltote, quiero que vayas a York —se acercó a la mesa, cogió una pluma y escribió una nota en la que apuntó las frases que había descifrado de los apuntes de Odo—. Ve a ver al rey. Se encuentra alojado en el palacio del arzobispo, en la catedral de York. —Le entregó el mensaje—. Dale esto. Si te pregunta acerca de lo

que ha pasado aquí, dile... —Corbett hizo una mueca—. Bueno, dile la verdad. Pero necesito una respuesta a todo esto lo antes posible.

—¿Puedo ir con él? —preguntó esperanzado Ranulfo.

—No, no puedes. Unos días más alejado de las comodidades de York le sentarán la mar de bien a tu alma, por no mencionar a tu cuerpo.

Maltote se apresuró a llenar la alforja. Se despidió y salió casi al trote por el pasillo.

—Ahí va un hombre feliz —remarcó Ranulfo—. ¿Y qué hacemos nosotros?

—Vamos a dar una vuelta, Ranulfo. La luz del sol y el aire fresco nos sentarán bien.

Abajo, Corbett intentó tranquilizarse como pudo. Primero fueron a la biblioteca. La puerta estaba ahora abierta, pero cuando Corbett se acercó a la caseta vio que las saetas ya no estaban. A parte de algunos rasguños, apenas parecía que hubiera pasado nada. Luego se dirigieron a los establos. Después de hacer algunas preguntas, Corbett encontró al sargento que había presenciado la muerte del hermano Odo.

—Vamos —dijo Corbett—, vayamos paseando hasta el final del lago. Contadnos mientras lo que visteis.

El sargento se encogió de hombros, dejó a un lado el cinturón que estaba reparando, se unió a ellos y comenzó su relato.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo pescando el hermano Odo? —interrumpió Corbett.

—¡Oh!, pues durante un buen rato: unas dos o tres horas.

—¿Y vos estabais de guardia?

—Sí, estaba vigilando la zona del pantano. De vez en cuando miraba al lago. Tenía calor y me notaba cada vez más cansado —hizo una pausa cuando se adentraron en la fresca sombra de los árboles que rodeaban el lago—. Cuando alcé la vista vi las llamas; parecía como si el fuego se hubiera esparcido por todo el lago.

Corbett señaló una pasarela de madera que se metía en las aguas del lago.

—Y el bote del hermano Odo, el *Fantasma de la Torre*, ¿estaba amarrado ahí?

—Sí. Odo se subió en él, fue hasta el centro del lago y luego se pasó horas con su caña de pescar.

Corbett caminó por la pasarela. Era una sensación muy extraña tener las aguas del lago moviéndose tremulosas a ambos lados. Al final de la plataforma observó que todavía quedaban restos de madera quemada flotando de un lado para otro.

—¿Y vinisteis hasta aquí?

—Bueno, cuando llegué al lugar donde vos os encontráis ahora ya no quedaba nada; solo el fuego.

Corbett giró sobre sus hombros.

—¿Qué queréis decir?

—Pues que, aunque el fuego ya había quemado la proa del bote, el lago seguía igual de tranquilo, como si no hubiera pasado nada. —El templario los miró con aire

de preocupación—. Por eso pienso que se trata del fuego del demonio.

—¿Y qué pasó cuando se apagaron las llamas?

—Tardaron un rato. Después solo quedaron algunos trozos de madera, unos cuantos pedazos de tela y los restos esparcidos del hermano Odo.

—¿Se pesca mucho en este lago? —preguntó Ranulfo.

—¡Oh!, sí; desde luego —contestó el sargento—. Sobre todo truchas. A menudo las pescan y luego las cocinan. Son muy buenas y muy frescas, y las sirven cubiertas de una salsa de crema exquisita.

—¿Y no visteis peces muertos? —preguntó Ranulfo—. Me refiero a que si el hermano Odo estuvo pescando durante horas y el lago está a rebosar de peces, debería de haber pescado una cantidad considerable.

—No, no vi ningún pez, pero posiblemente todos se quemaron.

Corbett le dio las gracias por su ayuda y el sargento se marchó en dirección a los árboles.

—Crees que el hermano Odo ya estaba muerto antes de que ardiera el fuego, ¿verdad? —preguntó Corbett.

—Sí, amo, eso es lo que creo. —Ranulfo caminaba despacio por la pasarela de madera—. ¿Os habéis dado cuenta de que los árboles que crecen a ambos lados del lago tapan la vista de esta plataforma? Seguro que no se podía ver al hermano Odo hasta que estuviera en el centro del lago. Creo que estaba muerto incluso antes de subir a ese bote. Lo debieron de colocar de manera que no se notara. Llevaba su túnica y su hábito. De ese modo, nadie desde la orilla podría darse cuenta. Además, ¿qué necesidad tenía el viejo templario de ponerse la túnica una mañana de primavera? Y, si estaba pescando, ¿por qué no quedaron restos de peces?

Corbett asintió.

—Muy bien, Ranulfo, pero la cuestión todavía sigue en pie: ¿cómo empezó el fuego?

—Bueno, pues por eso precisamente creo que ya estaba muerto —continuó Ranulfo—. Acordaos, amo, que el sargento vio aparecer las llamas en el bote, pero el hermano Odo no se movió ni intentó apagarlas; tampoco saltó al agua ni pidió socorro. —Dejó escapar un bufido—. Pero eso es todo lo que puedo decir. Cómo prendió el fuego sigue siendo un misterio.

Subieron de nuevo al pantano. A medio camino, Corbett se sentó y estiró las piernas sobre la frondosa hierba. Se echó hacia atrás apoyando la cabeza entre las manos, con la vista perdida en el cielo azul. Luego cerró los ojos. Disfrutó del aroma cálido y suave de la hierba y de las flores aplastadas bajo su cuerpo, del canto de los pájaros en los árboles y del zumbido melodioso de las abejas.

—Si mantengo los ojos cerrados —murmuró— me parece estar en el paraíso.

Ranulfo dejó escapar un gemido en señal de protesta.

—Si estuviera en una taberna de Cheapside con una mano en una jarra de cerveza y la otra en la rodilla de alguna moza, estaría de acuerdo con vos, amo —dijo

mientras arrancaba un manojo de hierba—. Amo, sobre las amenazas de la secta de los Asesinos, ¿por qué habrán decidido enviarlas?

Corbett abrió los ojos.

—Los Asesinos son una secta islámica —contestó—. Visten de blanco y llevan cinturones y sandalias de color rojo. Viven bajo las órdenes de su líder, el Viejo de la Montaña, en su castillo, el Nido del Águila, cerca del mar Muerto. He oído al rey hablar de ellos en ocasiones. Su fortaleza se encuentra en la cumbre de una montaña totalmente inaccesible. En su interior hay bellos jardines con árboles exóticos, fuentes de mármol, flores de todas clases y pabellones cubiertos por alfombras de seda. Los miembros de la secta, «los devotos», se alimentan de vino y pasteles de azafrán, siempre adobados con opiáceos. Creen encontrarse en el paraíso, pero de vez en cuando el Viejo les ordena salir de la fortaleza para matar a aquellos que ha decidido que serán sus próximas víctimas.

—Y los Asesinos hicieron mucho daño entre los cruzados, ¿verdad?

Corbett se incorporó y miró hacia el lago.

—Son como una pesadilla; fantasmas del infierno, capaces de provocar un miedo atroz, sobre todo en el alma de su majestad. El rey Eduardo todavía sueña con el ataque del que fue víctima hace treinta años.

—¿Es posible que haya Asesinos en la orden de los templarios? —preguntó Ranulfo—, ¿apóstatas que han renunciado a sus votos? O, mejor —se apresuró a decir—, ¿qué pasaría si los Asesinos estuvieran utilizando el aquelarre de los templarios para debilitar a los reyes de Occidente?

Corbett se puso en pie y se sacudió la hierba del trasero.

—No puedo responderte a eso, Ranulfo, pero creo que es hora de que hablemos con el gran maestro.

Volvieron a la casa y, después de un rato, se reunieron con Molay. El gran maestro estaba sentado a su escritorio, rodeado de manuscritos. Les hizo un gesto para que tomaran asiento.

—*Sir Hugo* —Molay hizo una mueca—, esto no puede durar eternamente. Debo regresar a Francia. El veto del rey debe retirarse.

—¿Por qué? —preguntó Corbett, acordándose del mensajero que habían visto pasar al galope por la carretera de Botham Bar—. ¿Las cosas no van bien en París?

Molay miró entre los papeles.

—No, claro que no. Ya se sabe que el ataque a Felipe de Francia lo llevó a cabo un caballero templario. El sargento en cuestión es uno de esos fanáticos. Fue entregado a la Inquisición y confesó.

—Pero eso ya os lo dije.

—Sí, pero lo que vos no sabéis —replicó Molay— es que hace unos días el rey Felipe de Francia, mientras cruzaba el Grand Pont de vuelta al palacio del Louvre después de visitar las tumbas en San Denis, sufrió, por lo que se ve, otro ataque. —Molay dejó caer el trozo de pergamino en la mesa—. París se ve amenazado por todo

tipo de rumores y escándalos, y el capítulo me ha pedido que regrese.

—¿Y hay algo de verdad en esos rumores?

Molay desvió la mirada.

—Gran maestre —insistió Corbett—. No soy vuestro enemigo. Admiro vuestra orden. Hombres como el hermano Odo y *sir* Guido eran auténticos caballeros de la Cruz, pero ¡por el amor de Dios!, abrid los ojos de una vez: algo se está pudriendo en vuestra orden. ¿Sabíais —continuó—que corren rumores y acusaciones de sodomía entre vuestros soldados?

Molay levantó la vista lleno de rabia.

—¡No me deis sermones, Corbett! Puedo nombraros a toda una lista de obispos y a sus amantes, curas que van con prostitutas y nobles señores que sienten una gran predilección por sus pajes. Por supuesto que algunos hermanos se sienten tentados ante la debilidad de la carne, pero no más que vos o yo mismo —exclamó.

—¿Y esos asesinatos? —preguntó Corbett—. Gran maestre, ¿podéis explicármelos? ¿O por qué un templario envía las mismas amenazas que los Asesinos del Viejo de la Montaña? ¿Es posible que se encuentren apóstatas en vuestra orden, es decir, Asesinos? ¿Qué relación guardáis con esa secta?

Molay se reclinó en la silla jugando con un abrecartas que tenía entre las manos.

—Durante siglos —contestó— la orden de los templarios guardaba los lugares sagrados. Construimos nuestros castillos. Echamos nuestras raíces. Vivíamos en paz con nuestros vecinos. Solo porque un hombre venere a Alá y os enfrentéis con él en la guerra no significa que en período de paz no podáis sentaros a la misma mesa para intercambiar ideas, ofrendas y presentes.

—Pero ¿también con los Asesinos? —preguntó Corbett.

—Pues sí, incluso con los Asesinos. Controlan ciertas rutas comerciales y determinados territorios están bajo su jurisdicción. Son tan razonables ante el soborno como cualquier otro.

—Entonces, ¿vuestra orden hizo negocios con ellos?

—Sí, y, antes de que me lo preguntéis, *sir* Bartolomé Baddlesmere y William Symmes fueron en una misión al Nido del Águila. Fueron recibidos por el Viejo de la Montaña.

—¿Por qué no me lo habíais comentado antes?

—No creí que fuera importante —afirmó Molay con rudeza—. Baddlesmere y Symmes pudieron ver los maravillosos jardines del Viejo y probaron sus deliciosos refrescos mientras escuchaban sus discursos. En efecto, fueron sus invitados; pero eso no significa que sean apóstatas. Los Asesinos, por otra parte, no son nuestros enemigos.

—¿Entonces quién? —preguntó Corbett.

—Los príncipes de Occidente —contestó tajantemente Molay—. Envidian nuestras mansiones y granjas, nuestros establos y almacenes llenos de existencias, nuestros campos fértiles. Los tesoros que tiene nuestra orden en París, Londres,

Colonia, Roma y Aviñón les ponen los dientes largos. ¿Qué hacen los templarios?, se preguntan. ¿Para qué necesitan tanto poder y riquezas? ¿No se aprovecharían mejor si se utilizaran con otros propósitos?

—Entonces, ¿no tenéis ni idea de quién puede ser el asesino? —insistió Corbett.

—No más que vos, *sir* Hugo. —Molay dejó el pergamino a un lado y cogió una carta—. Voy a enviarle a un mensajero al rey.

Corbett asintió.

—Voy a pedirle su autorización para volver a Francia —continuó Molay. Se inclinó sobre la mesa y miró de frente a Corbett—. Y ahora pensad un momento en lo que os voy a decir, Corbett. Yo, gran maestre de la primera orden militar cristiana, me veo en la obligación de solicitar permiso para volver a casa y además debo ofrecer una cantidad de dinero que garantice mi buena conducta —la cara de Molay estaba llena de rabia—. Que Dios me perdone, *sir* Hugo, pero tal humillación puede hacer que hasta a un santo se le despierte la sed de venganza.

Unas horas más tarde, en los bosques de los alrededores del lago, el Sagitario estaba sentado en el tronco de un árbol caído. Mientras arrancaba un poco de líquen y de musgo miraba la empuñadura de su espada clavada en el suelo delante de él. Contempló la cruz que tenía grabada y adoptó un semblante serio. Se balanceó hacia atrás y hacia delante. Su maestre, o por el menos el nuevo, tenía razón, la orden estaba acabada. Y entonces ¿de qué serviría? Miró a través del lago y pensó en el hermano Odo.

—Lo siento —murmuró.

Era cierto, sentía mucho que el hermano hubiese tenido que morir, pero tenía demasiada memoria y se entrometía en asuntos que no eran de su incumbencia, por lo que suponía una amenaza. El Sagitario se relamió los labios al recordar el tonel de vino que Corbett había traído. Lo había visto cerrado: tenía el sello rojo con la marca del vinatero, redondo como una moneda, en el que se podía leer 1292. El vino le había sabido muy rico, muy dulce. Quizás un día él también tendría mucho dinero y podría pedir lo que se le antojara. ¿Quién podría impedirselo? ¿Los templarios? Solo eran un atajo de necios, muy fuertes, sí, pero asustados por sus propios secretos y misteriosos rituales, que a la primera de cambio salían corriendo como gallinas. Agarró la empuñadura de su espada, la sacó de la tierra y la depositó en su regazo para limpiar la punta. Corbett era su único enemigo. El escribano debió de haberse asustado con el primer ataque y en la biblioteca habría acabado con él si no llega a ser por aquella maldita puerta. ¡Menudo revuelo había causado! De momento, no se atrevía a alejarse demasiado de la casa, pues entrar en York era muy arriesgado. «Y ahora, ¿qué?», se preguntó. Pensó en todas las habladurías y rumores que había oído, las insinuaciones y sonrisas de complicidad. El asesino permaneció sentado en el tronco y planeó con frialdad la muerte de sus próximas víctimas.

Capítulo X

El tañido de las campanas despertó a Corbett. Ranulfo ya se había levantado y andaba buscando su talabarte. Fuera, en los pasillos, se escuchaba ruido de pasos y gritos y voces que daban órdenes. Otras campanas de la casa empezaron a sonar. Corbett se vistió de prisa. Se ató el talabarte a la cintura y miró a través de la ventana: el oscuro cielo empezaba a iluminarse bajo los primeros rayos de sol de la mañana.

—¿Nos atacan? —preguntó Ranulfo poniéndose las botas y saltando de un lado a otro.

—No creo —contestó Corbett.

Alguien llamó a la puerta. Ranulfo descorrió los pestillos. Era un sargento templario, con la cara negra de ceniza, el pelo despeinado, la capa y las calzas sucias y chamuscadas, al que faltó poco para caerse dentro de la habitación al abrirse la puerta.

—*Sir Hugo* —dijo con la voz entrecortada—, vengo en nombre del gran maestro. Desea que acudáis de inmediato. ¡Hay fuego en el edificio principal!

Una vez fuera de la casa de invitados, Corbett vio a lo lejos cómo salía humo de la otra ala de la casa. El patio estaba lleno de templarios a medio vestir, que tosían y carraspeaban. Habían formado una cadena y se iban pasando cubos de agua. Corbett se precipitó hacia la puerta. El humo había invadido los pasillos, pero eso no le impidió ver como ardían las rojas llamas al fondo del todo. Los templarios no paraban de entrar de forma atropellada, llevando cubos de agua de un lado para otro. Branquier, seguido de Molay, salió de entre el humo tosiendo y sin poder pronunciar palabra. Corbett empujó al gran maestro hacia afuera para que respirara aire fresco.

—¡Es la celda de Baddlesmere! —balbuceó Molay—. Es una antorcha encendida de arriba a bajo. —Se sentó en el suelo y bebió ávidamente del vaso de agua que le había traído un criado. Luego se tiró el resto sobre la cara—. El agua no sirve de nada —murmuró.

Corbett se agachó a su lado. Branquier salió dando traspiés en medio de la oscuridad, sin poder hablar, con los ojos llorando por la acidez del humo. Otros templarios empezaron a salir del edificio gritando que no podían hacer nada.

—¡La celda está en llamas! —exclamó Molay—. Si no controlamos pronto el fuego, arrasará toda la casa.

Su frustración no tardó en contagiarse al resto, y las cadenas de cubos se rompieron. Legrave, cubriéndose la nariz y la boca con un paño húmedo, se metió dentro. Al poco rato volvió a salir con la frente completamente cubierta de ceniza. Corbett se acordó del cuerpo quemado de Murston.

—¡Olvidaos del agua! —exclamó el escribano. Señaló un gran montículo de arena que había en el patio y que se debía de haber utilizado para algunas obras—. ¡Tierra, tirad tierra! Eso apagará las llamas en vez de extenderlas.

Al principio hubo un poco de confusión, pero luego llegó Symmes, con su pequeña comadreja asomando la cabeza por el cuello de su túnica, y ordenó hacer filas. Los soldados, cubriéndose la cara con paños húmedos, entraban y salían llevando cubos de tierra. Otros fueron a buscar mantas. Una hora después, las llamas se extinguieron y el fuego pudo ser controlado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Molay—. Gracias a Dios, *sir* Hugo, que las paredes y el suelo son de piedra. La casa entera se podría haber convertido en una hoguera infernal.

—Aun así, hay bastantes daños —anunció Legrave acercándose—. La celda de al lado se ha visto afectada, al igual que las dos habitaciones del piso de arriba. Las vigas del techo y del suelo han quedado totalmente carbonizadas. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Baddlesmere? —exclamó—. Estoy seguro de que lo vi... —La voz se le quebró.

Branquier se marchó precipitadamente, gritando a voces el nombre de Baddlesmere. Volvió al rato, sacudiendo la cabeza.

—¿Era la habitación de Baddlesmere? —preguntó Corbett.

Symmes asintió.

—¿Qué pasó? —preguntó Corbett.

Symmes se volvió y llamó a dos soldados. Se acercaron dos templarios, con el torso desnudo cubierto de hollín. Parecían dos demonios que se hubieran escapado del infierno.

—¿Vos distéis la voz de alarma? —preguntó Branquier a uno de ellos.

—Sí, señor. Estaba de guardia. Llegué al pasillo y vi cómo el humo salía por debajo de la puerta. Fui hacia allí, llamé y golpeé la puerta con todas mis fuerzas —enseñó las heridas que tenía en el puño—. La puerta ardía cada vez más, así que pedí ayuda. Waldo y Gibner me ayudaron. Gibner fue a tocar la campana y dio la voz de alarma. Mientras tanto, Waldo y yo intentamos forzar la puerta, que estaba cerrada y con los pestillos corridos. Cogimos carrerilla e intentamos echarla abajo golpeándola en la parte derecha para hacer saltar los pestillos. Al final lo conseguimos —dijo con la voz entrecortada—, pero las llamas y el fuego se nos echaron encima. La imagen que ofrecía el interior de la celda era terrible: fuego y humo por todas partes. Parecía el corazón del infierno.

—¿Visteis a *sir* Bartolomé? —preguntó Legrave—. ¡Decidnos la verdad!

—Estaba tumbado sobre la cama. Las llamas casi le habían alcanzado. Solo pude verle durante unos segundos —balbuceó—; a él y a...

—¿Y a quién? —preguntó Corbett.

—Había otro —murmuró el templario por lo bajo—. Estaban tumbados en la cama; las llamas estaban a punto de alcanzar la colcha y las sábanas. Los llamé una vez y luego salí corriendo. Sinceramente, maese, no pudimos hacer nada.

—¿Quién era el otro? —chilló Branquier—. ¡Oh, por el amor de Dios! ¡Hemos perdido a dos hombres más de nuestra orden!

—Uno era *sir* Bartolomé —explicó el sargento—. Creo que el otro era Scoudas.

Molay masculló algo entre dientes y se marchó. Corbett se mantuvo a un lado, contemplando cómo los templarios, sucios y negros de ceniza, se lavaban echándose cubos de agua que sacaban del pozo. El sol empezaba a salir y los rayos eran cada vez más fuertes. No muy lejos, Molay y sus comandantes esperaban a que fuera seguro volver a entrar en el edificio. Cuando, por fin, un sargento informó de que el fuego se había extinguido completamente, Molay ordenó a sus compañeros que se mantuvieran donde estaban y llamó a Corbett y Ranulfo. Los tres entraron en el pasillo consumido por el fuego; el olor a quemado era insoportable, y las paredes y los elementos de madera habían quedado totalmente carbonizados. Cuando llegaron a la cámara de Baddlesmere, Corbett se quedó sorprendido por la intensidad de las llamas. Apenas quedaba nada en la habitación: solo unos cuantos huesos. Había un palmo de cenizas en el suelo. La cama, los muebles y adornos se habían convertido en un montón de brasas. Las vigas del techo habían quedado totalmente destruidas, dejando a la vista la habitación del piso de arriba. Las hambrientas llamas habían devorado todo lo que habían encontrado a su paso.

—¿Las vigas son seguras? —preguntó Corbett.

—Somos buenos constructores —replicó Molay—. El fuego es nuestro gran enemigo. Tres, quizá cuatro habitaciones tendrán que ser derribadas y construidas de nuevo.

Se acercó a la cama. Quedaba muy poco de los dos templarios: solo los esqueletos calcinados, uno al lado del otro, totalmente irreconocibles. A pesar de las cenizas y la suciedad, Molay, con las lágrimas rodando por sus mejillas, se puso de rodillas y cruzó las manos.

—*Requiem aeternam donam eis Domine* —entonó—. Conceded eterno reposo a ambos, ¡oh, Señor!, y permitid que la luz les alumbré el camino para siempre. —Bendijo los restos con la mano—. No les deis la espalda —rezó— y perdonad, con vuestra infinita piedad, su pecado.

Se puso en pie, se tambaleó, y se hubiera caído si Corbett no llega a cogerle por el brazo. Molay levantó la cara. Corbett se quedó impresionado: el gran maestro había envejecido; tenía el rostro muy pálido, la mandíbula le temblaba y miraba con los ojos de un niño perdido.

—¿Qué está pasando, Corbett? —susurró furioso—. ¡Por el amor de Dios! El fuego ya ha sido suficientemente espantoso, pero Bartolomé... Un buen soldado, muerto en la cama junto a otro hombre. ¿Qué pensará el Señor de todos nosotros? ¡Será un terrible golpe para nuestra orden!

Apartó la mano del escribano y se apoyó contra la pared. Corbett le indicó a Ranulfo que le ayudara. El gran maestro fue tambaleándose como un anciano por el pasillo. Se reclinó en la pared y cerró los ojos.

—Había oído rumores —susurró—. Se empieza con una amistad. A veces, como nuestra orden nos prohíbe tener hijos, encontramos a alguien más joven que nos

puede hacer sentir como si fuéramos su padre. Quizá fue ese el caso de Bartolomé. Ahora solo Dios puede juzgarle y el demonio ya ha demostrado con creces su poder.

Corbett se limpió el hollín y la ceniza de la cara.

—¡Tonterías! —exclamó con rudeza—. Baddlesmere y su acompañante fueron asesinados. Su muerte fue planeada.

—Los rumores se extenderán entre las malas lenguas —gimió Molay mirándole con los ojos vidriosos—. Pero él decidió su suerte.

—¡Callaos! —gritó Corbett.

El gran maestro bajó la cabeza. Durante un rato estuvo sollozando en silencio. Luego se secó los ojos con la manga, se agarró con fuerza al brazo de Corbett como un hombre que hubiera perdido la vista. Caminaron hacia el fondo del pasillo. Molay se olvidó de sus comandantes que le esperaban fuera y, acompañado de Corbett y Ranulfo, se dirigió a su cámara. Una vez allí, el gran maestro se tranquilizó un poco, se lavó la cara, se quitó la suciedad y el sudor de la frente y de las manos. Luego llenó tres copas de vino y sirvió una a Ranulfo y otra a Corbett. Aunque era muy pronto para beber, aseguró que san Pablo decía que un poco de vino siempre iba bien para el estómago. Luego se sentó y miró un rato por la ventana con la boca abierta, tomando un sorbo de vino de vez en cuando. Ranulfo miró a Corbett, pero este sacudió la cabeza y se llevó un dedo a los labios. La puerta se abrió.

Branquier, Symmes y Legrave entraron en la habitación y se sentaron. Al final Molay soltó un suspiro, se volvió y miró directamente a Corbett.

—No fue un accidente, ¿verdad?

—No —replicó Corbett—. Fue un asesinato.

—Pero ¿cómo? —exclamó Symmes—. Gran maestro, he analizado los restos de la cerradura y de los pestillos. La llave estaba fundida con la cerradura. Los pestillos de la parte de arriba estaban corridos.

—¿Y las ventanas? —preguntó Ranulfo—. Si estuvieran abiertas, podrían haber arrojado una antorcha en el interior.

—Ya lo he comprobado —replicó Symmes—. Los sargentos que hacían la guardia fuera han dicho que las contraventanas estaban firmemente cerradas.

Todo el mundo pensaba en el fuego, por no mencionar las circunstancias en las que había muerto Baddlesmere.

—Las llamas eran tan intensas —exclamó Molay—, ardían tan ávidamente... ¿Qué demonios habrá causado un fuego como ese? —Movió la mano—. Es cierto que a veces hay accidentes. Velas que se caen sobre esteras o una lámpara de aceite que se derrama, pero la rapidez con la que prendió ese fuego... —Sacudió la cabeza—. No pudo deberse a nada de eso.

—Y si realmente ocurrió un accidente —remarcó Corbett—, ¿por qué no dieron ni Baddlesmere ni su compañero la voz de alarma o intentaron apagar las llamas?

—Según el sargento —dijo Legrave—, Baddlesmere y Scoudas estaban inconscientes o muertos.

—Bueno, eran sodomitas —intervino Symmes con un gesto de repulsión—. Murieron en su propio pecado —añadió subiendo el tono de voz.

—Eso lo decidirá Dios —replicó Corbett—. Lo que me preocupa ahora es saber cómo murieron. Las ventanas y las puertas estaban cerradas; entonces, ¿cómo pudo colarse alguien en la habitación y prender ese fuego infernal? —Miró a su alrededor—. ¿Pasó algo particular ayer por la noche?

Sacudieron las cabezas y contestaron con un murmullo de rechazo.

—Baddlesmere... —Corbett hizo una pausa para elegir con cuidado sus palabras—. ¿Era conocida la relación que mantenía con Scoudas?

—Corrían rumores —replicó Symmes—. Ya sabéis, las habladurías corren como el agua del río en una comunidad enclaustrada.

Alguien llamó a la puerta y todos callaron. Un sargento se precipitó en la sala. Susurró algo al oído de Branquier, dejó un par de alforjas a sus pies y se marchó. Branquier desató las cintas con cuidado y vació el contenido en su regazo mientras el resto miraba con curiosidad.

—Todo esto pertenecía a Scoudas —explicó Branquier—. Ordené al sargento que cogiera todo lo que pudiera encontrar en su habitación.

Sostenía una pequeña anilla de acero cuya utilidad, Corbett reconoció a primera vista: afilar los cuadrillos de las ballestas. El resto eran cosas sin importancia: un cuchillo, una vaina y trozos de pergamino. Branquier los desplegó, masculló algo entre dientes y se los entregó a Corbett.

El primero era un diagrama. Corbett advirtió que se trataba de un plano de calles de York: la Trinidad, la calle que el rey había seguido, una hilera de casas y el lugar donde Murston se había escondido marcado con una cruz.

—Es la letra de Baddlesmere —remarcó Branquier.

Corbett observó la menuda letra del escrito y el mensaje que contenía:

Sabed que hemos vuelto y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

—Son las amenazas de los Asesinos. —Corbett dejó caer el pergamino sobre la mesa enfrente del gran maestro. Molay las estudió con cuidado.

—*Sir* Hugo —dijo—, ¿podría haber sido Baddlesmere el asesino? Acordaos de que la mañana que llegamos a York, Baddlesmere estaba con Scoudas.

—Pero volvió a Framlingham con vos —apuntó Symmes—. Le hubiera resultado imposible estar en York cuando Corbett recibió las amenazas y fue atacado.

—Es cierto —respondió Molay—, pero ¿y Scoudas? Volvió mucho más tarde que

él. —Tras una breve pausa, añadió—: Era de Génova, todo un maestro de la ballesta.

—Y esto —dijo Branquier sosteniendo un rollo de pergamino amarillento que había sacado de la alforja— es un recibo con la firma de Murston por el que aceptaba cierta cantidad de monedas.

—¿Estáis diciendo —preguntó Corbett mirando el trozo de papel que luego le pasó a Molay— que Baddlesmere y su amante Scoudas fueron los asesinos?

—Parece razonable —replicó Branquier.

—Sí —afirmó Molay—. Baddlesmere estaba descontento. Conocía a los Asesinos y todos sus secretos. Asistió al capítulo en París después del cual el rey Felipe de Francia fue atacado. Luego estaba en Londres cuándo el mensaje de los Asesinos fue colgado en las puertas de la catedral de San Pablo. Sabía cuándo entraría el rey a York y qué camino tomaría. Scoudas, su amante, pagó una gran cantidad de dinero a Murston, el más casquivano de los hombres. Hemos encontrado los mensajes de los Asesinos en la alforja de Scoudas con un mapa de York y, además, Scoudas era un profesional de la ballesta.

—Pero ¿por qué? —preguntó Corbett—. ¿Por qué se prendió fuego en la habitación de Baddlesmere? ¿Por qué él y Scoudas no intentaron escapar?

—No tengo una respuesta para ello —replicó el gran maestre—. Quizás hacían algo en secreto, les salió mal y se vieron enseguida atrapados por el humo.

—¿Alguien lo vio ayer por la noche? —preguntó Corbett.

—Sí, yo —replicó Branquier—. Cenamos juntos —sonrió levemente—. Nos acabamos el vino que vos trajisteis. A Baddlesmere le gustaba mucho: siempre se llevaba una copita a su habitación.

—¿Y a Scoudas? —preguntó Ranulfo.

—*Sir* Hugo —exclamó Legrave—, somos una comunidad militar, atada a nuestros votos y a unas normas de disciplina. Sin embargo, nos sentimos hombres libres. La orden es nuestra familia; hacemos amistades, pero no acostumbramos a meter las narices en los asuntos de los demás. Ya tenemos suficientes problemas sin controlar lo que hace cada uno, dónde va y con quién va.

—¿Podría ver esos pergaminos? —preguntó Corbett poniéndose en pie.

Molay se los entregó. Corbett se despidió entonces con cierta brusquedad y se retiró.

—¿Os creéis todo lo que han dicho? —preguntó Ranulfo tras alcanzarlo.

—Es posible —replicó Corbett—. Tendría sentido: Scoudas estaba en York cuando fui atacado y amenazado. Creo al gran maestre; el mapa de York y las amenazas de los Asesinos están escritos con la letra de Baddlesmere. Pero ¿por qué los tendría Scoudas? ¿Por qué no los escondió mejor?

—Quizá Scoudas era su mensajero.

—En ese caso nos encontramos ante tres posibilidades —replicó Corbett mientras entraban en la sala—. Primera, Scoudas y Bartolomé eran los asesinos y, debido a un desgraciado accidente, murieron. Esta posibilidad parece tener bastante sentido.

Tenemos documentos que lo demuestran, pero no ninguna explicación válida sobre cómo empezó el fuego —Corbett se sentó en la mesa y sacó los pergaminos—. Segunda, Bartolomé y Scoudas formaban parte del aquelarre, de modo que otras personas de esta casa y de otros lugares pueden estar implicadas en la traición.

—¿Y la tercera? —preguntó Ranulfo.

—Que Baddlesmere y Scoudas fueron víctimas y que el verdadero asesino, el caballero Sagitario, todavía anda suelto. —Corbett se sentó en la mesa—. Ahora solo nos queda esperar a que vuelvan Claverley y Maltote —sonrió por encima de su hombro a Ranulfo—. Puedes jugar a los dados todo lo que quieras. Yo voy a estar muy ocupado.

Durante un rato Ranulfo se quedó en la celda, paseándose de arriba abajo, haciendo sonar los tacones de sus zapatos en el suelo, mirando a través de la ventana y murmurando por lo bajo la suerte que había tenido Maltote de marcharse. Al final Corbett le ordenó que se callara y que se fuera a dar una vuelta. A Ranulfo le faltó tiempo para salir disparado como un galgo. Corbett volvió a escribir la carta en la que estaba ocupado, pero no tardó en tirar el borrador desesperado. ¡Asesinato, traición, intento de regicidio, sodomía, quizá magia negra! Se levantó, se dirigió a la puerta y cerró los pestillos. Sabía cómo iba a reaccionar el rey Eduardo. Montaría en cólera, pero afortunadamente otros miembros del consejo ofrecerían soluciones mucho más prácticas: el cierre de todos los puertos de los templarios y posiblemente el cerco de todas sus tierras e iglesias.

Dejó a un lado la tarea de escribir la carta y en las siguientes dos horas apuntó todo lo que había pasado, lo que había oído y visto desde que empezó el asunto: conversaciones y conclusiones. Sin embargo, no le llevaron a ningún sitio, por lo que se concentró en el estudio de los pergaminos que había encontrado en el escritorio del hermano Odo y en la alforja de Scoudas. Volvió a estudiar las amenazas de los Asesinos. La primera había sido colgada en las puertas de San Pablo, la segunda le fue entregada en mano por aquel pilluelo en York, la tercera la trajo Claverley y la cuarta había sido encontrada en la alforja de Scoudas. Se levantó y se estiró. ¿Y la quinta? ¡Ah!, sí: la había escuchado en boca del propio asesino en la biblioteca. Corbett cogió otra hoja y escribió las amenazas. Las leyó todas, pero se fijó especialmente en la última, que había llamado su atención. Volvió a repasarlas. Había una diferencia. Ya se había dado cuenta antes, pero ¿tendría alguna importancia? Corbett se mordió el labio con entusiasmo. La amenaza que había traído Claverley y la que le dieron en York eran distintas. Los otros tres mensajes, sin embargo, decían lo mismo:

Sabed que hemos vuelto y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

La nota que se encontró colgada en la horca de Murston y la que aquel pequeño le dio en el puente de Ouse decían lo siguiente:

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que hemos vuelto y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

¿A qué se debería tal diferencia de orden?, se preguntó Corbett. ¿Un simple error? Se dirigió a la ventana y miró al patio. Observó cómo los soldados corrían todavía de un lado para otro limpiando los restos de las habitaciones quemadas. ¿Acaso se trataba de un error sin importancia? Pero, si no era así, ¿qué podía significar?

—Digamos —murmuró Corbett— que había tres conspiradores: Murston, Baddlesmere y Scoudas. Cada uno hizo llegar las amenazas en momentos determinados. ¿Explicaría eso el hecho de que los mensajes fueran diferentes debido a un error al copiarlos?

Corbett se levantó y se refrescó la cara. El agua sucia que cayó en la jofaina le recordó que había estado tan absorto en sus pensamientos que todavía tenía manchas de ceniza. Salió al pasillo y le ordenó a un sargento que trajera agua fresca. Cuando volvió con el agua, Corbett se desnudó, se lavó, se afeitó con la ayuda de un pequeño espejo y luego se puso ropa limpia. Todavía dándole vueltas a la cabeza, bajó a la cocina, donde pidió un poco de pan, queso y una jarra de cerveza. Nadie se fijó en su presencia. Los asesinatos, el escándalo de las condiciones de la muerte de Baddlesmere y el tremendo esfuerzo que fue necesario para apagar las llamas habían dejado exhausta a la comunidad templaría. Se encontró con Ranulfo: su cara de cascarrabias estaba ahora surcada por el sudor.

—¿Has tenido suerte? —preguntó Corbett.

Su criado sonrió.

—Pareces más que nunca un diablillo salido del infierno. Ten cuidado, Ranulfo —añadió Corbett—. Podrían querer que les enseñes tu dado antes de jugar.

—Yo siempre juego de forma honesta —replicó Ranulfo.

—Ya, y los cerdos vuelan —contestó Corbett con sarcasmo.

Ranulfo se marchó a cambiarse y asearse. Corbett terminó de comer, salió fuera y se sentó en un banco de madera cerca de la puerta de entrada del edificio. Volvió a darle vueltas a la cabeza mientras el sol acariciaba su rostro. Todavía seguía obcecado

en las amenazas; intentó recordar algo que había pasado por alto, pero por más que lo intentó no pudo acordarse. Cerró los ojos, se relajó y pensó en la carta de Maeve.

Debes volver a casa —le decía—. Eleonor te echa mucho de menos. El tío Morgan siempre dice que debes de tener alguna mujerzuela por ahí. Me acuesto cada noche esperando oír a la mañana siguiente el jaleo de los criados gritando que has vuelto.

—¿*Sir Hugo*?

Corbett abrió los ojos de inmediato. Claverley estaba de pie mirándole con impaciencia.

—¡Roger!

El feo rostro del suboficial esbozó una sonrisa.

—¿Cuánto rato hace que habéis llegado? —preguntó Corbett.

—Bueno, dejé a mi caballo en los establos y subí a vuestra habitación. Encontré a Ranulfo —su cara se volvió más seria—. Me explicó lo que ha pasado —el suboficial se sentó en el banco al lado de Corbett—. Este lugar es como una fosa de cadáveres —murmuró—, y cuando sepáis la noticia...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Corbett impaciente.

—Bueno, el rey ya ha dictado sus órdenes. Cualquier templario que sea visto en la ciudad de York será arrestado. En Guildhall corren rumores de que su majestad ha pedido a todos los guardas y capitanes portuarios que arresten a los que deseen entrar en el país y que requisen todas las cartas y escritos que lleven su nombre. Y, por último, si algún templario desea salir del reino será castigado con la muerte o con la mutilación de alguno de sus miembros.

Corbett se puso en pie.

—Solo espero —declaró— que su majestad sepa lo que está haciendo. Los templarios dependen directamente del Papa. Cualquier ataque del que sean víctimas —añadió con sequedad— es visto como un ataque al propio vicario de Cristo. —Corbett pasó el brazo sobre el hombro de Claverley y regresaron a su cámara—. Al rey le importan un bledo los templarios. Tanto a él como a los grandes lores les encantaría poner las manos encima de sus propiedades. De todos modos, Claverley, ¿tenéis algo más para mí?

Claverley le entregó un rollo de pergamino.

—Las noticias van de mal en peor —replicó—. Tengo la lista con el nombre de todos aquellos que poseen una fragua, de los que tienen licencia para importar en York y de los que han solicitado un permiso de obras.

—¿Y? —preguntó Corbett, instando a Claverley a que entrara en su celda.

—Comprobadlo con vuestros propios ojos.

Corbett desenrolló el pergamino. Las listas eran muy cortas. Reconoció los nombres de algunos de los comerciantes y concejales más importantes de York, entre

los cuales se encontraba Hubert Seagrave, el vinatero del rey y propietario de la taberna Greenmantle. Sin embargo, el único nombre que aparecía en las tres listas era el de los templarios. Poseían herrerías y fraguas por todo York. Tenían el derecho de importar alimentos y otros bienes. Y, por último, eran dueños de propiedades y casas al cargo de su administrador, el fallecido *sir* Guido Reverchien. Por lo visto, el fraile solicitó al alcalde y al concejal un permiso para construir o reformar algunos de los edificios. Corbett soltó un gruñido y dejó caer el pergamino sobre la cama.

—Ninguna novedad —exclamó.

Claverley le entregó una moneda de oro.

—Fui a ver a *lady* Yocasta. Quedó muy agradecida por vuestra ofrenda pero, teniendo en cuenta su pasado, pensó que sería mejor que os la devolviera. Me pidió que os dijera que examinarais con cuidado la moneda, especialmente el borde.

Corbett lo hizo y vio unas pequeñas marcas rojas.

—¿Qué son? —preguntó Corbett rascando el borde. Comprobó que al hacerlo conseguía quitar las manchas con facilidad.

—*Lady* Yocasta cree que es cera. También dijo que se trata de un oro muy viejo. —Claverley se sentó en un taburete y se desabrochó el talabarte—. Por lo que parece, el oro es como la ropa: tiene diferentes texturas, y esta es muy suave, muy bonita y muy difícil de encontrar hoy en día.

—Pero ¿por qué los templarios querrían fundir sus propias monedas? —preguntó Corbett.

—No lo sé, *sir* Hugo. Podrían estar en bancarrota y quizás están empezando a fundir su tesoro, o quizá se han encontrado con uno que no quieren entregar al rey... *Sir* Hugo, he venido lo más rápido que he podido; el camino estaba lleno de polvo...

Corbett pidió disculpas por su descortesía y le ofreció un vaso de vino. El suboficial casi lo había terminado cuando Ranulfo irrumpió en la habitación quejándose de que había buscado a Corbett por toda la casa; pero, cuando el escribano le dio de beber a él también, todo su enojo desapareció.

—¡Gracias a Dios que habéis venido, Claverley! —exclamó Ranulfo entre sorbo y sorbo de vino—. Ya lo digo yo: esta casa parece un depósito de cadáveres, un pabellón de condenados a muerte.

—¿Habéis investigado algo sobre lo que hicieron los templarios en York la mañana que el rey fue atacado? —preguntó Corbett.

—Sí, y no he descubierto mucho. Parece ser que uno se marchó de la ciudad pronto.

—Sí; ese sería Branquier.

—Y uno de los guardias apostados cerca de Botham Bar vio cómo el gran maestro y los otros se encontraron a medio camino y luego regresaron a casa.

—Pero ¿qué hicieron antes?

—Bueno, el tuerto, Symmes, pasó por lo visto la mayor parte de su tiempo en la taberna mirando a las mozas, aunque también se le vio paseando en distintos sitios

durante la mañana.

—¿Y el que ha muerto, Baddlesmere?

—Algunos de los alguaciles del mercado recuerdan haberle visto en las tiendas cerca de la plaza. También están seguros de que tanto Baddlesmere como un joven sargento estuvieron presentes cuando colgaron el cuerpo de Murston.

—¿Y el gran maestre y Legrave?

—Molay visitó la herrería, pero Legrave estuvo mucho rato en la calle. Ese es el barrio de los fabricantes de guantes y parece ser que unos cuantos vendedores recuerdan haberle visto haciendo algunas compras. Creen que estaba de guardia mientras Molay estaba dentro.

—Entonces, ¿ninguno de ellos pudo escabullirse e ir a la taberna cerca de la Trinidad donde Murston se escondía?

—Bueno, eso continúa siendo posible —replicó Claverley—. ¡Ah!, y una última cosa —tomó otro sorbo—. Mucho más entrada la tarde, los guardias de Botham Bar recuerdan haber visto a un sargento templario, joven y con el pelo rubio, como el que fue visto con Baddlesmere, saliendo de la ciudad. Iba al galope gritando a la gente que se apartara de su camino.

Corbett soltó un suspiro.

—Podría ser Scoudas, que también ha muerto. Veamos: sabemos que todos los templarios, incluyendo Baddlesmere, se encontraban efectivamente en York cuando tuvo lugar el ataque al rey. Sabemos que se separaron, pero que se volvieron a encontrar en Botham Bar y salieron de la ciudad antes de que yo recibiera las amenazas en el puente de Ouse. Y, por supuesto, ya no estaban allí cuando alguien trato de atravesarme la cabeza con una saeta. El único templario que quedaba en York cuando eso sucedió era Scoudas.

Corbett se sentó pensativo en un extremo de la cama. ¿Era posible que los hombres que habían estado detrás de todo, Baddlesmere y Scoudas, estuvieran muertos? ¿Era por ese motivo que Baddlesmere se había marchado de la ciudad con Molay, para cubrirse las espaldas mientras su amigo y amante, Scoudas, llevaba a cabo el ataque? Corbett sintió un cosquilleo de emoción en su estomago: si estaba en lo cierto, eso significaba que no habría más muertes y que tendría que limitarse a informar de ello al rey. Miró a sus compañeros.

—¿Podéis dejarme un momento a solas? —preguntó.

Claverley apuró el vaso.

—Tengo otro mensaje para vos.

—¿Cuál es?

—Un leproso, un caballero desconocido, está a punto de morir en el hospital franciscano. Dice que era un templario y que desea hablar con vos.

—¡Un templario! ¡Leproso! —exclamó Ranulfo—. Podría tratarse del misterioso jinete enmascarado que se ha visto en los bosques cerca del camino de Botham Bar.

Claverley se encogió de hombros.

—Bueno, ahora marchaos —Corbett sonrió levemente—. Ranulfo cuidará de vos. Pero no os marchéis muy lejos; podríamos tener que irnos pronto.

Una vez se habían ido, Corbett intentó poner en orden sus pensamientos. Todas las pruebas indicaban que el culpable era Baddlesmere; sin embargo, había algo que se le escapaba. El problema era que estaba demasiado ofuscado para acordarse de lo que era. Por supuesto, iría a York a visitar el hospital de San Lázaro. Cogió la lista que Claverley le había traído y sacó una moneda de oro de su bolsa. Observó los bordes con restos de cera roja. Luego extendió distraídamente la mano para coger el vaso de vino. Se detuvo y se acordó del tonel que había traído a Framlingham. Volvió a mirar la lista.

—¡Claro! —dijo soltando un suspiro. — *In vino veritas*: ¡en el vino está la verdad!

Capítulo XI

hubert Seagrave, tabernero y vinatero del rey, se secó el sudor de la cara, que se le había vuelto más pálida que a un muerto. Lanzó una mirada de pánico a través de la oficina de cuentas a *sir* Hugo Corbett. Roger Claverley, suboficial, estaba sentado a la izquierda del escribano, y su criado de ojos gatunos, permanecía justo detrás de él. La mirada de Seagrave se dirigió a la moneda de oro que había sobre la mesa.

—Bueno, claro —tartamudeó—, claro que he visto alguna vez monedas como esta. Son de un oro muy bueno —añadió mientras miraba apenado hacia la puerta, donde sus hijos y su mujer, blanca como un cadáver, observaban la escena atemorizados.

—Cierra la puerta, Ranulfo —ordenó Corbett—. Ahora, maese Seagrave... —el escribano acercó la silla al escritorio contemplando con admiración los cuadrados blancos y negros que había sobre ella—. Bueno, será mejor que empiece de nuevo: Esta moneda y otras como esta no son obra de un pobre falsificador, sino de un hombre rico y poderoso. Ese hombre descubrió un tesoro escondido que, como sabéis, pertenece a la Corona, pero, en vez de entregarlo, decidió fundir el oro y convertirlo en monedas. Para hacerlo utilizó los mismos moldes que emplea para fabricar los discos de cera roja con los que sella sus productos. Ahora bien, solo a un loco se le ocurriría ir al mercado con esas monedas y empezar a comprar cosas a comerciantes de afuera. Lo que hizo fue más inteligente; utilizó esas monedas para comprar su propia mercancía, de manera que fueran los mismos comerciantes extranjeros los que las introdujeran en los mercados de York. La sutileza del truco es obvia: el rey no se entera de nada, el falsificador se queda con el tesoro y mientras tanto cuatro o cinco comerciantes extranjeros utilizan las monedas para comprar bienes e importarlos a sus países. Y ¿creéis que alguien puede seguirle la pista? ¿Quién va a hacer preguntas? Los vendedores de York están más que satisfechos al ver cómo el oro llega a sus arcas y luego, con el tiempo, nadie se acuerda de dónde salieron esas monedas.

Corbett hizo una pausa y tomó un sorbo del excelente vino que Seagrave le había servido cuando creyó por error que el escribano solo venía a hacer una visita de cortesía.

—Sin embargo —prosiguió Corbett golpeándose el pecho—, cometí un error. Pensé que se trataba de los templarios. Siempre solicitan permisos para reformar sus edificios en York. Tienen licencia para importar bienes del extranjero y, desde luego, cuentan con sus propias fraguas y herrerías. Pero ¿por qué querrían los templarios despertar la ira del rey?

Corbett hizo una pausa. Sentía realmente pena por ese hombre rechoncho cuya avaricia había sido su perdición.

—Y entonces me di cuenta de que lo mismo podía decirse de vos, maese

Seagrave. Tenéis por lo menos dos fraguas en Greenmantle. Además, también solicitasteis un permiso para hacer obras en esas tierras abandonadas. Antes de salir de Framlingham consulté las cuentas del administrador y, por lo que vi, ofrecisteis un precio muy superior al del valor del mercado por esos terrenos al lado de vuestra taberna.

Seagrave abrió la boca para contestar, pero luego se tapó la cara con las manos.

—Sin duda el error que cometí —continuó Corbett implacable— fue asumir que la persona culpable tendría que haber solicitado una licencia para importar del extranjero, pues, como vinatero que sois del rey en la ciudad de York, no necesitáis tal licencia. Los barcos de afuera os traen el vino hasta el puente de Ouse, descargáis allí vuestros barriles y les pagáis con las monedas de oro, ¿no es cierto?

—Y en realidad no queréis esos terrenos para construir —intervino Ranulfo—, sino porque en ellos podríais encontrar más tesoros escondidos.

—Pero vos también cometisteis un error —siguió Corbett—. El molde que utilizasteis para acuñar las monedas es el mismo que utilizáis para fabricar vuestros sellos de cera, de manera que en algunas monedas quedan restos de cera roja todavía incrustada en el borde.

—Hay otros comerciantes —balbuceó Seagrave por lo bajo, sin atreverse a levantar la cabeza. Retiró las manos de la mesa y Corbett vio la marca de sudor que habían dejado sus dedos.

—Maese Seagrave —empezó a decir Claverley—, no cabe duda de que sois un burgués con una gran reputación y un excelente comerciante. Vuestra taberna es conocida, no solo en York, sino más allá de las murallas de la ciudad. Nacisteis y crecisteis aquí. Conocéis todas las leyendas, sabíais que los romanos construyeron una gran ciudad y, antes del reinado del rey Alfredo, los vikingos la convirtieron en una gran fortaleza donde escondieron todos sus botines. Así que el hallazgo de tesoros es algo bastante común: algunas copas viejas, unas cuantas monedas... Pero ¿qué es lo que vos encontrasteis?

Podemos irnos —sugirió Corbett— y regresar con los soldados del rey. Echarán abajo vuestra taberna y cavarán cada metro de este suelo —se inclinó sobre la mesa—. Maese Seagrave, miradme a los ojos.

El comerciante levantó la mirada. Estaba aterrorizado.

—Fue tan fácil —empezó a decir—. Distintos comerciantes en distintos momentos. Sabía que mantendrían la boca cerrada. Después de todo, *sir* Hugo, ¿a quién le importa que le paguen con oro? Pero ¿decís que encontrasteis cera en el borde?

Corbett asintió.

—Bueno, solo Dios sabe cómo habrá llegado hasta allí. —Seagrave se puso en pie retirando la silla hacia atrás. Lanzó una risotada cuando Claverley echó mano a su daga—. No os preocupéis, suboficial; no pienso escaparme ni hacer ninguna estupidez. Solo quiero enseñaros lo que encontré.

El comerciante salió de la habitación. Unos minutos más tarde volvió tambaleándose por el peso de un arca de unos dos pies de ancha y uno de alta. La dejó caer sobre la mesa con un gran estruendo y abrió la tapa.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Ranulfo mirando con asombro la cantidad de monedas de oro que había allí acumuladas.

—Todavía hay más —añadió Seagrave.

Volvió a marcharse para regresar con un saco de piel. Desató la cuerda que rodeaba el cuello de la bolsa y vació el contenido sobre la mesa: una píxide de oro con joyas incrustadas, un cuerno para beber con adornos de nácar, dos copas pequeñas de plata sólida, un *agnus dei* de jade puro y una cruz de pecho con brillantes ametistas en cada una de las aspas.

—Riquezas en abundancia —murmuró Seagrave—. Las encontré hace alrededor de tres meses cuando los constructores excavaron en mi jardín. Tuvieron que parar debido a la nieve y al hielo. Un día fui a inspeccionar la zona. Mis hijos jugaban en la zanja y levantaron un trozo de adoquín en el lugar donde habían empezado las obras. Vi unas marcas muy extrañas; me metí dentro y empecé a cavar como pude. — Seagrave hizo una pausa—. No sé si era un albañal o un canal hecho de madera de olmo. Introduje la mano —sacudió la cabeza—. Pensé que se trataba de un sueño. Saqué un montón de bolsas, todas llenas de monedas —se desplomó—. ¡Por el amor de Dios, *sir Hugo!*, yo no podría acuñar monedas como esas.

—Pero ¡parecen tan nuevas! —exclamó Corbett—. La cruz en ambos lados, la cera roja en el borde...

—Hice mis propias averiguaciones. Leí algunas crónicas y libros de historia sobre esta ciudad —replicó Seagrave—. York se llamaba antes Jorvik. Una comunidad de vikingos se estableció en estas tierras. —Señaló los objetos preciosos que brillaban sobre la mesa—. Quizás algún jefe robó el oro de las iglesias y lo fundió y, como era supersticioso, grabó las dos cruces.

—Candeleros —explicó Claverley—. *Sir Hugo*, debieron de ser candeleros, eso explicaría lo de la cera roja.

Corbett cogió un puñado de monedas y las dejó caer entre los dedos.

—Qué extraño —murmuró—. Hubiera jurado que las monedas eran nuevas.

—Y lo son —replicó Seagrave—: quien fundió esas monedas, *sir Hugo*, nunca llegó a utilizarlas sino que las escondió con el resto del tesoro. Seguro que le debieron de traer la misma mala suerte que a mí. En los canales de madera había restos de fuego, al igual que en la tierra que los rodeaba. No sabía qué hacer —continuó—. Estaba cansado de las pobres monedas de plata y, si lo entregaba a las autoridades reales, ¿qué recompensa hubiera obtenido a cambio? Un montón de oficiales haciéndome toda clase de preguntas, insinuando que podía haber robado el tesoro y utilizando la ley a su favor. ¿Y cuánto, *sir Hugo*, cuánto me hubiera correspondido al final? Los escribanos del rey no son distintos a los vinateros: todos queremos un trozo del mismo pastel.

—Podríais habérselo pedido directamente al rey —replicó Corbett.

—Lo pensé —agregó Seagrave— el día que vos vinisteis. Estuve a punto de desmoronarme y confesar, pero... —se encogió de hombros— prometí que esperaría a que el rey llegara a York. Los grandes lores, la casa real, escribanos, vendedores de ropa... había tantos extranjeros ese día en la ciudad que no podía dejar escapar la oportunidad de gastar el oro. Los proveedores del rey compraban toda clase de bienes y los mercados hicieron un gran negocio aquel día —el rostro de Seagrave se entristeció, las lágrimas cayeron rodando por sus mejillas—. Y ahora lo he perdido todo —añadió.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y apareció su mujer con dos niños pegados a sus faldas.

—¿Qué pasará ahora? —Su bello rostro se había vuelto sombrío, sus ojos negros llenos de miedo.

—Esperad afuera, señora Seagrave —replicó Corbett—. El rey quiere su tesoro, no la vida de un hombre. Lo que su marido ha hecho es hasta cierto punto comprensible.

Corbett esperó a que la puerta se cerrara. Seagrave se había secado los ojos y le miraba ahora con expectación.

—Lo que debéis hacer, maese Seagrave —declaró Corbett con amabilidad— es pedir audiencia al rey. Llevaos el tesoro con vos. No me nombréis ni hagáis referencia a esta visita. —Corbett hizo una pausa—. Decidle que cené aquí y que me preguntasteis si era posible ver a su majestad.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Seagrave inquieto.

—Pedidle que tenga piedad —continuó Corbett—. Y después abrid los sacos. Creedme, maese Seagrave; el rey os besaré como si fuerais su hermano, eso sí... ¡a condición de que lo entreguéis todo!

—Queréis decir que no... —balbuceó Seagrave.

—¡Por el amor de Dios, hombre! —exclamó—. Os encontrasteis un tesoro, del cual os habéis gastado unas cuantas monedas; tan solo os las restarán de la parte que os corresponda.

—¿Y no habrá sanción? ¿No tendré que ir a la cárcel? —exclamó Seagrave.

Corbett se puso en pie.

—Maese Seagrave —replicó con sequedad—, si cumplís con vuestra parte como es debido, incluso es probable que os nombren caballero.

El tabernero insistió en que se quedaran, alegando que quería recompensar de algún modo la generosidad de Corbett. El escribano accedió, se acabó el vino y tranquilizó a Seagrave y a su familia, convenciéndolos de que no le pasaría nada malo.

—¿Estáis seguros de que hacéis lo correcto? —le murmuró Claverley por lo bajo en un momento en el que no había nadie.

—¿En qué estáis pensando, Roger? —preguntó Corbett soltando una carcajada—.

Seagrave solo se volvió ambicioso, pero si hemos de castigar a todos los culpables involucrados en este asunto, creo que no habría suficientes horcas en el país.

Corbett levantó la mano y dijo:

—Vais a mantener vuestra boca cerrada, ¿verdad?

—*Sir Hugo*, tenéis mi palabra.

Una vez terminaron, Seagrave los acompañó a los establos, donde montaron en sus caballos. El comerciante tiró con impaciencia de la manga de Corbett.

—*Sir Hugo*, debo haceros una última confesión.

—¡Hay más tesoros! —exclamó Corbett.

—No, se trata del día que vinisteis. Pensé que seguía a alguien.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Corbett.

—Bueno, el día que el rey vino a York, en esta taberna, como en cualquier otra de la ciudad, estábamos muy ocupados. Vinieron dos templarios. Uno era un comandante. Lo supe por su modo de hablar. Estaba casi calvo, con canas, más bien bajo pero fuerte.

—¡Baddlesmere! —exclamó Corbett.

—Sí, bueno, venía acompañado de un joven sargento. Tenía el pelo rubio, cara aniñada y un acento extranjero. Pensé que venían por el asunto de las tierras, así que los entretuve un rato y les hablé de mis planes —Seagrave tosió para aclararse la garganta—. Aunque, a decir verdad, no vinieron precisamente por eso. Me pidieron una habitación, dijeron que tenían que tratar algunos asuntos lejos de la mirada de extraños y de los oídos de los curiosos. Así que accedí. Eso fue temprano; hacia el mediodía el mayor se marchó y, al cabo de un rato, el joven, un poco antes de que llegara a vos —la voz de Seagrave se volvió más grave—. Creí que os lo debía contar.

Corbett le dio las gracias y volvió a repetirle que no tenía nada que temer. Una vez lejos de los establos, desmontó y cogió a su caballo por las riendas. Claverley, mirando a Corbett y a Ranulfo con curiosidad y preguntándose que pasaría, los siguió a través del bullicio de las calles y los estrechos pasajes hasta llegar al silencioso cementerio de una pequeña iglesia. Corbett se sentó en una piedra con la superficie corroída por el paso del tiempo y contempló cómo su caballo comía perezosamente la larga y fresca hierba que allí crecía.

—Si fuera la mitad de listo de lo que me creía —dijo—, sería el más sutil de los escribanos del rey —suspiró—. La verdad es que he estado dando palos de ciego. Si he acertado en algo ha sido más por pura casualidad que por mi ingenio.

—Pero de todos modos habéis encontrado al falsificador —le consoló Ranulfo.

—Lo que digo, pura casualidad. Pensé que la cera demostraba que Seagrave era un falsificador, pero no fue así.

—¿Por qué no lo arrestasteis? —preguntó Claverley.

—Os lo he dicho antes —contestó Corbett—. Es un avaricioso pero también es padre y esposo. No quiero sentirme responsable de más muertes. Y ahora

centrémonos en Baddlesmere y en Scoudas —continuó Corbett—. Fueron a la taberna de Greenmantle para tener una cita amorosa con el pretexto de que Seagrave deseaba comprar unos trozos de tierra. Baddlesmere, para evitar cualquier escándalo o rumor, se marchó antes para encontrarse con el gran maestro. Pero lo más importante es que Scoudas no pudo ser el que me atacó ya que estaba en la taberna — Corbett dejó que su caballo le acariciara el cuello con el hocico—. Baddlesmere y Scoudas tenían menos interés en atacarme a mí o al rey que la reina de la hadas. Vinieron a York para estar juntos, y estuvieron todo el rato en la taberna.

—Pero ¿y las amenazas? —preguntó Ranulfo—. El mapa que se encontró entre las cosas de Scoudas estaba escrito con la letra de Baddlesmere.

Corbett se puso en pie.

—Me pregunto —dijo— si Baddlesmere no tendría también sus propias sospechas. ¿Dibujaría el mapa para ayudar a aclarar sus propios interrogantes? —así las riendas y volvió a montar.

—¿*Sir Hugo*?

Corbett volvió a la realidad y miró al suboficial.

—Si queréis —se ofreció Claverley— puedo regresar con vos a Framlingham o acompañaros hasta el hospital de San Lázaro.

—No —sonrió Corbett—; por hoy ya habéis hecho suficiente —alargó la mano y agarró a Claverley por el brazo—. Buen trabajo, Roger. Os aseguro que el rey tendrá noticias vuestras. Muchas gracias, habéis sido muy amable y de gran ayuda.

—Dicen que sois un hombre duro —le dijo Claverley. Luego giró la cabeza en dirección a la taberna—, pero estoy seguro de que Seagrave recordará siempre vuestra compasión.

Corbett se encogió de hombros.

—Ya vi suficiente sangre y muertes el año pasado, maese Claverley —la voz se le quebró—. Tened cuidado.

Y, animando a su caballo a que tirara, Corbett se marchó. Ranulfo se quedó para despedirse personalmente.

—Añora Leighton —le susurró el criado inclinándose hacia él—. El viejo maese Cara Larga está chalado por su mujer.

—¿Y vos, Ranulfo? —preguntó Claverley con una sonrisa maliciosa.

Ranulfo puso su cara más inocente.

—En la virtud está la propia recompensa, maese suboficial —entonó con solemnidad.

Y con la risa de Claverley resonando todavía en sus oídos, Ranulfo se marchó y trató de acercar su caballo al del viejo maese Cara Larga antes de que cayera en uno de sus accesos de melancolía.

Corbett desmontó de su caballo en el patio del hospital de San Lázaro. Donde un

hermano salió a su encuentro. Corbett le susurró algo y el hombre asintió.

—Sí, sí —contestó—; os estábamos esperando. Aguardad aquí un momento.

Entró en el hospital y al cabo de un rato salió acompañado de un fraile.

—Este es el padre Anselmo, nuestro enfermero.

El franciscano agarró a Corbett por la mano.

—Será mejor que os apresuréis —le instó y, volviéndose hacia Ranulfo, le dijo en tono de disculpa—: No; me temo que el caballero solo ha preguntado por *sir* Hugo.

Sorprendido, Corbett miró a Ranulfo; se encogió de hombros y siguió al fraile a través de una puerta. A continuación subieron unas escaleras y atravesaron la enfermería donde los dolientes yacían a un lado y otro de la sala. Cada cama estaba separada por sábanas de color azul oscuro que colgaban de unas varillas de acero sujetas a la pared. La habitación estaba muy limpia y se respiraba un aire fresco; las sábanas de la cama y las almohadas estaban tan blancas como la nieve.

—Hacemos lo que podemos —murmuró el hermano Anselmo por lo bajo—. Muchos de estos hombres vivieron en pésimas condiciones; por lo menos intentamos que tengan una muerte digna.

Condujo a Corbett hasta al fondo de la sala y llegaron a una pequeña habitación muy austera, desprovista de muebles. Las paredes blanqueadas y un crucifijo sobre la cama le recordaron a Corbett su celda en Framlingham. El Desconocido, empapado de sudor, yacía tumbado, apoyado en una almohada sobre la que habían caído multitud de sus mechones rubios. Corbett hizo un esfuerzo por disimular su repulsión ante las horribles heridas y úlceras que devoraban la cara del enfermo. El Desconocido abrió los ojos e intentó esbozar una sonrisa.

—No os preocupéis —le susurró; burbujas de saliva salían de sus labios agrietados—. Nunca he sido guapo, *sir* Hugo. Hermano, traed un taburete para este hombre.

El hermano Anselmo obedeció y cuando Corbett se sentó le susurró al oído:

—No le queda mucho tiempo. No creo que pase de esta noche.

Luego se marchó y cerró la puerta con cuidado.

El Desconocido se volvió hacia Corbett y cerró los ojos. Respiraba con dificultad, dosificando sus últimas fuerzas.

—Vos sois *sir* Hugo Corbett, guardián del sello secreto del rey, ¿verdad?

—Sí.

—Dicen que sois un hombre muy íntegro.

—La gente dice muchas cosas.

—Esa es una buena respuesta. No me quedan muchas fuerzas, *sir* Hugo, así que seré breve. La muerte pronto vendrá a buscarme. Quién soy y de dónde vengo no es importante. Lo que os quiero decir es que fui un templario. Estuve en Acre y, cuando la ciudad cayó en manos del enemigo, me cogieron prisionero y me entregaron a los Asesinos, que me tuvieron encerrado durante años en su fortaleza del Nido del Águila.

—¿Por qué? —preguntó Corbett—. ¿Con qué fin?

—Sé un gran secreto —carraspeó el Desconocido—. Todos los comandantes de Framlingham estuvieron en Acre. Cuando la ciudad sucumbió... —el Desconocido hizo una pausa para coger aire— algunos templarios murieron. A los que estábamos heridos nos cogieron prisioneros, pero muchos consiguieron escapar. Sin embargo —sus dedos se agarraban con fuerza a las mantas—, según el Viejo de la Montaña, uno de los templarios ingleses actuó como un auténtico cobarde. Desertó de su puesto y, a causa de ello, los mamelucos tomaron las murallas de la ciudad, dejándonos a mí y a mis compañeros indefensos. El día que me capturaron me explicaron cómo el caballero templario salió corriendo, soltó su espada y su escudo y abandono al resto de sus compañeros.

—¿Quién fue? —preguntó Corbett.

—No lo sé —respondió—. Pero, durante años, escondido en aquellas mazmorras, soñé con volver y preguntar dónde estaban los supervivientes para pedirles cuentas. Cuando fui liberado, el Viejo de la Montaña me dijo que el templario en cuestión ocupaba ahora un alto cargo en Inglaterra —el Desconocido hizo otra pausa—. Le pregunté cómo era que sabía la nacionalidad del templario pero no su nombre.

—¿Y?

—Respondió que en Acre solo lucharon seis templarios ingleses, Odo Tharlestone, Legrave, Branquier, Baddlesmere, Symmes y yo mismo. El Viejo escuchó al cobarde chillar algunas palabras en inglés, por lo que creyó que debía de ser uno de ellos. ¡Ahora todos son grandes señores! ¡Dios mío, cómo han ido medrando mientras yo me pudría en aquellas mazmorras! —el Desconocido sonrió levemente—. Estuve en los bosques cerca de Framlingham y los vi rodeados de su inmenso poder.

—¿Por qué os liberó el Viejo y os envió de vuelta? —preguntó Corbett.

—He estado pensando en ello —respondió el Desconocido con vacilación—. Todo el mundo sabe que la orden está dividida y, si se producen más escándalos, supongo que perderá todavía más credibilidad ante los ojos de los príncipes de Occidente.

—Pero ahora os estáis muriendo —exclamó Corbett—. Cuando estuvisteis en los bosques cerca de Framlingham, ¿por qué no pedisteis audiencia para que os recibiera Molay?

—Porque... —el Desconocido cerró los ojos—. Porque, *sir* Hugo, quiero morir con las manos limpias ante Dios. Aunque no, no —sacudió la cabeza—; esa no es del todo la verdad. Cuando viajé por Europa escuché toda clase de habladurías sobre la orden, ¿para qué iba a meter todavía más el dedo en la llaga?

—Entonces, ¿para qué me llamasteis?

—Ya no deseo vengarme, *sir* Hugo, pero se debe hacer justicia. Os ruego que informéis a Molay de lo que sé. Decidle que pregunte a sus comandantes en qué parte de la ciudad de Acre estuvieron luchando.

—¿Algo más? —preguntó Corbett—. ¿Ningún detalle sobre qué muralla u otro lugar de la ciudad?

—Los templarios entenderán lo que os digo —replicó el Desconocido—. Harán preguntas. Investigarán —el enfermo agarró a Corbett por el brazo—. ¡Juradme que haréis eso por mí, *sir* Hugo!

Corbett miró la cara del Desconocido, tan ferozmente castigada por la enfermedad.

—¿No tenéis miedo de que un leproso os toque? —preguntó el hombre de forma burlona.

—Sé que hace falta algo más que un simple contacto para que la enfermedad se contagie —replicó Corbett—. Pero sí, os lo juro, maese, quienquiera que seáis; se lo explicaré todo a Molay en el momento y el modo que yo considere oportuno. —Colocó la mano del Desconocido dentro de la manta—. ¿Deseáis algo más?

El Desconocido sacudió la cabeza.

—No; mi conciencia está en paz. ¡Ahora marchaos! Corbett se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—¡*Sir* Hugo!

Corbett se volvió.

—He oído las historias que se cuentan sobre esos terribles fuegos. Sea quien sea, el cobarde es el responsable, lo sé.

Fuera, en el pasillo, Corbett se sentó durante un rato en un banco. Lo que el Desconocido le acababa de confesar era sin duda muy importante, pero ¿hasta qué punto? y ¿por qué motivo? Corbett suspiró: no se lo diría a Molay —a nadie, decidió, ni siquiera a Ranulfo—, por lo menos hasta que encajara el resto de piezas del rompecabezas.

Corbett y Ranulfo llegaron a Framlingham antes de que anocheciera. Cabalgaron despacio y Corbett se negó a contestar a las preguntas de Ranulfo. Se encontraron a Maltote durmiendo sobre la cama de Corbett, sosteniendo entre los brazos dos libros forrados con piel de becerro. Se despertó y se levantó de inmediato, agarró los libros como pudo y los miró con los ojos como platos.

—Amo, lo siento —se disculpó—; pero estuve esperando durante un rato. —Colocó los libros sobre la cama.

—¿Y su majestad el rey? —preguntó Corbett.

—Bueno, está que se sube por las paredes, recluido en su cámara con Warrenne y el resto. Ha ordenado a los oficiales que cierren todos los puertos. Los templarios tienen sin duda todas las de perder.

—Eso ya lo sabemos —replicó Ranulfo—. Pero ¿envía algún mensaje?

—Que volvamos pronto. Ha dicho que él mismo se hará cargo de todo este asunto.

—¿Y has descubierto algo sobre las frases que te escribí? —preguntó Corbett. Se sentó al lado de Maltote, cogió uno de los libros y lo abrió—. ¡Por el amor de Dios, Maltote! —exclamó—, ¿qué me has traído el comentario de Jerónimo sobre San Mateo?

—Es más adelante —explicó Maltote—. Le enseñé esas palabras al archivista de la catedral y me dio estos libros.

Corbett los ojeó por encima y se fijó en un título.

—*Liber Ignium*, El libro de los fuegos —exclamó Corbett en voz baja—. La misma frase que encontré en los manuscritos del hermano Odo.

Cogió el segundo volumen, una colección de escritos filosóficos. De nuevo Corbett pasó las páginas; se detuvo y se le iluminó la cara. Encontró lo que había estado buscando: *Epístola de Secretis Operibus Artis et Naturae*.

—Los escritos del fraile Roger Bacon —explicó Corbett— hacen referencia a los secretos de la naturaleza. Bacon era un franciscano y estudió en Oxford. Era un solitario un tanto excéntrico, que construyó un observatorio sobre el puente Folly y dedicó la mayor parte de su vida a estudiar las estrellas.

—¿Lo conocisteis? —preguntó Ranulfo.

—Un poco —contestó Corbett—. A veces hacía de lector en la universidad; un hombre bajo pero fuerte, de tez muy bronceada y barba en forma de pico. No veía muy bien, pero tenía una voz muy profunda. Algunos creían que había perdido el juicio; otros lo consideraban un gran pensador.

—¿Pero de qué os pueden servir esos libros? —preguntó Ranulfo.

—No lo sé, quizá de nada.

—Tenéis que cuidarlos muy bien —interrumpió Maltote—. El archivista me hizo tomar juramento y firmar un certificado. Tenéis que devolverlos sin falta a la biblioteca de la catedral.

—¿Sabe alguien de aquí que los has traído?

—No —replicó Maltote—. Los templarios apenas me prestaron atención. Uno de los soldados me contó lo que ha pasado, lo del misterioso fuego, las muertes de Baddlesmere y el otro. Dicen que eran amantes —hizo una pausa al escuchar el tañido de una campana—. Es la misa de réquiem —anunció—. Solo unos pocos saben que estoy aquí.

Corbett se levantó y fue hasta la ventana. El sol todavía brillaba pero las nubes empezaban a juntarse, oscuras y de un gris plomizo.

—Tendremos tormenta —afirmó—. Id con cuidado —les advirtió volviéndose—. No andéis por ahí solos.

—Amo —dijo Ranulfo acercándose a él—, he estado pensando. ¿Os acordáis del torneo que se celebró? Molay señaló como Legrave, que es zurdo, cogía su lanza con la mano derecha.

—Sí, ¿y qué?

—Que Branquier también es zurdo.

—¿Pero qué tendrá que ver eso con...?

—Bueno, el asesino de la biblioteca... Vos dijisteis que llevaba un casco de torneo y una capa...

—¡Claro! ¡Muy bien, Ranulfo! ¡Una observación inteligente! —exclamó—. Maltote, trae esos libros. Ranulfo, coge tu ballesta. Vamos a la biblioteca.

Corbett se dirigió a toda prisa hacia la estancia. Ranulfo se quedó rezagado para informar a Maltote en voz baja de lo que había pasado desde que se había marchado. Le explicó lo de Seagrave y la visita al hospital de San Lázaro, pero le ordenó que guardase silencio.

—Si no —murmuró Ranulfo con voz grave—, Corbett hará que ocupes el peor puesto en las cocinas del rey —se calló en seco cuando el escribano apareció de nuevo por la puerta de la celda.

—¡Estoy esperando! —gritó—. Maltote, coge esos libros de una vez. Ranulfo, tu ballesta.

En el exterior la luz del día se apagaba. El cielo se había teñido de color malva oscuro. A lo lejos se escuchó el débil retumbar de un trueno y su luz parpadeante iluminó los bosques al norte de la casa. Prosiguieron su camino, pasaron por la iglesia donde los templarios todavía se encontraban reunidos; el eco de las voces entonando el réquiem podía oírse a través de las vidrieras. La biblioteca no estaba cerrada pero sí a oscuras. Corbett encendió unas velas, se aseguró de que sus cubiertas estuvieran correctamente colocadas y se encaminó hacia la caseta donde estuvo sentado cuando el asesino irrumpió en la sala. Les pidió a Maltote y a Ranulfo que se quedasen cerca de la puerta y actuaran como si quisieran atacarle.

—Yo no soy zurdo, amo —exclamó Ranulfo—. Como la mayoría de los hombres, cojo la ballesta con mi mano derecha y tiro del cabrestante con la izquierda.

Corbett lo estudió con cuidado.

—Si lo fuera —continuó Ranulfo— lo haría a la inversa. Así —sostuvo la ballesta torpemente con la otra mano y tiró de la palanca hacia atrás.

Corbett cerró los ojos e intentó recodar aquella desafortunada tarde. Sacudió la cabeza y abrió los ojos.

—Hazlo de nuevo, Ranulfo. Camina hacia mí despacio.

Ranulfo obedeció. Maltote, todavía con los libros en las manos, se mantenía de pie al lado de la puerta.

—¿Y bien, amo? —preguntó Ranulfo, solo a unos metros de distancia de él—. ¿Podéis recordar algo?

—La sostuvo con su mano derecha —afirmó Corbett—. Sí, definitivamente: con la derecha.

—Entonces el asesino podría ser Symmes o Molay, porque Legrave y Branquier son zurdos. Baddlesmere ahora es tan solo un montón de brasas, y lo mismo puede decirse de Scoudas. Además sabemos, o por lo menos pensamos —continuó Ranulfo—, que ni Baddlesmere ni Scoudas tuvieron nada que ver con todo este asunto.

Corbett sacudió la cabeza y apagó las velas. Salieron fuera de la biblioteca y cruzaron de nuevo el patio. Los templarios salían en ese momento de la iglesia. Molay, rodeado de sus compañeros, hizo un gesto a Corbett para que se acercara.

—*Sir Hugo* —dijo forzando una sonrisa—. Nos preguntábamos dónde estabais. Incluso se nos pasó por la cabeza que os habíais olvidado de nosotros.

—Asuntos del rey requerían mi presencia en York —replicó Corbett. Luego miró de reojo por encima de su hombro a Maltote y dio gracias a Dios de que hubiera tenido la sensatez de esconder los libros bajo su capa.

—Ya hemos enterrado a nuestro hermano —continuó Molay con tono sereno y alzando la vista hacia los oscuros nubarrones—. Y parece que su muerte tampoco pasará desapercibida en el cielo. *Sir Hugo*, tenemos que tomar ciertas decisiones. ¿Tendréis el honor de ser nuestro invitado en la cena de esta noche?

—¿No habrá obsequios para el difunto? —preguntó Corbett.

—No para Baddlesmere —intervino Branquier con tono rudo y, tras dar un paso hacia delante, añadió—: *Sir Hugo*, todo este asunto se ha terminado.

—Entonces, ¿Baddlesmere era el culpable? —preguntó Corbett.

—Las pruebas apuntan en esa dirección —replicó Molay—. Su relación pecaminosa con Scoudas, su resentimiento, el mapa de York donde figuran las paradas que hizo el rey, la amenaza de los Asesinos... ¿Qué otras pruebas necesitáis? Por orden del rey ya hemos permanecido en esta casa como prisioneros durante bastante tiempo. Pasados tres días tengo intención de ir a York para pedir audiencia a su majestad. Mis compañeros también tienen asuntos que resolver. No podemos esperar. Los problemas aquí ya se han solucionado, Baddlesmere era el culpable.

—No lo creo —replicó Corbett.

Los comandantes templarios, abiertamente enojados, optaron por mostrar una actitud amenazadora. Rodearon a Corbett, se echaron atrás las túnicas blancas que se habían puesto para la ceremonia y colocaron las manos en las empuñaduras de las espadas y dagas que tenían cogidas al cinto. Corbett se mantuvo impassible.

—No me amenacéis, gran maestro.

—No os estoy amenazando —contestó Molay—; pero estoy harto de tanta intriga y misterio, de fuegos y de viejos compatriotas asesinados. Es una tragedia, pero soy un súbdito francés, el gran maestro de la orden de los templarios, y me niego a continuar siendo un prisionero en una de mis propiedades.

—Entonces marchaos si es vuestro deseo, gran maestro. Pero solo os digo una cosa: seréis arrestado como traidor. Y no quiero volver a oír el nombre de Baddlesmere. Puede que fuera un sodomita, un hombre que se quejara de todo, pero era completamente inocente por lo que respecta a cualquier crimen. El día que el rey fue atacado en York estaba con su amante en una alcoba de la taberna de Greenmantle. Se marchó antes de que yo recibiera esas amenazas. Y tampoco Scoudas pudo hacerme llegar a las manos ese mensaje o intentar matarme cuando estaba en la ciudad.

La mirada de Molay se extravió.

—Pero ¿y el mapa? —balbuceó—. ¿Y las amenazas? ¿Y el dinero del recibo?

—Sí, ya he pensado en todo eso —contestó Corbett. Lanzó una mirada a Symmes, que tenía la daga medio desenfundada y le advirtió—: Mantened vuestra mano lejos de esa daga y preocupaos solo de vuestra comadreja.

El ojo de Symmes miró a Molay, quien asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—Nos estabais hablando de Baddlesmere —añadió el gran maestro.

—Baddlesmere creía que el asesino era un miembro de esta orden —continuó Corbett—. Estaba llevando a cabo sus propias averiguaciones. Dibujó el mapa con algún propósito que, por el momento, no alcanzo a comprender. Hablando claro, gran maestro, el hombre al que estoy buscando todavía está vivo y respira. El pobre Baddlesmere tan solo fue una víctima más.

Se escucharon los pasos precipitados de un sargento que se acercaba; se abrió paso y susurró algo al oído Molay.

—¿Qué pasa? —preguntó Corbett.

—Puede que nada —replicó el gran maestro—. Uno de nuestros escuderos, Joscelyn, ha desaparecido, aunque probablemente habrá desertado. —Molay miró por encima del hombro a Ranulfo—. Decidle a vuestro criado que ya puede bajar su ballesta. —Levantó las manos y chasqueó los dedos—. El resto, seguidme. *Sir Hugo* —sonrió en señal de arrepentimiento—, todavía continuáis siendo nuestro huésped. Nos gustaría que nos acompañarais en la cena de esta noche.

Corbett se mantuvo impasible mientras los templarios se alejaban. El viento arremolinaba sus capas y sus botas hacían crujir los guijarros. Maltote soltó un gruñido y se agachó.

—Amo, estos libros pesan como dos sacos de piedra.

Ranulfo se colgó la ballesta a la espalda. Corbett se dio la vuelta de forma algo torpe. Las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Movié el cuello de un lado a otro para destensarlo.

—Amo, ¿creéis que Baddlesmere fue asesinado porque sabía demasiado? —preguntó Ranulfo.

—Es muy posible —contestó Corbett—. Pero, de todos modos, todavía no veo ninguna relación entre esas muertes. Con todo, el gran maestro tiene razón: no podemos retenerle aquí durante mucho más tiempo.

—¿Y el rey lo arrestará?

—Lo dudo. Molay es un señor con todas las de la ley, además de un súbdito del rey Felipe de Francia. El rey ya puede decir misa que, aunque los detuviese en algún puerto y los amenace con confiscar todos sus bienes, Molay al final acabaría marchándose para ir a quejarse ante el Papa.

—Entonces, ¿el asesino quedaría libre?

—En ese caso, Ranulfo, puede que sí. Pero no decepcionemos más a nuestros

anfitriones. Subamos a lavarnos y a cambiarnos.

Volvieron a la casa de invitados. Durante un rato Corbett se sentó para estudiar los libros que Maltote había traído. Leyó los primeros capítulos de la obra de Bacon, aunque apenas encontró nada de interés. Sostuvo el libro entre las manos mientras recordaba las palabras del Desconocido en el hospital de San Lázaro. ¿Qué relevancia tendría su confesión?, pensó. ¿De qué servirían sus acusaciones de cobardía entre los templarios después de tantos años? ¿Se encontraría el cobarde en Framlingham? Afuera había estallado la tormenta: la lluvia azotaba con fuerza las ventanas, los truenos retumbaban por toda la casa e iluminaban los árboles y los alrededores con explosiones de luz blanca.

—¿Hay algo interesante en esos libros? —preguntó Ranulfo sentándose a su lado.

—Nada —dijo Corbett tras sacudir la cabeza. Se levantó—; al menos por ahora. —Se sacó el justillo por la cabeza—. Me pregunto qué pasará ahora.

Ranulfo se quedó mirándolo.

—Me pregunto si el verdadero asesino creía que yo me contentaría haciendo ver que Baddlesmere era el culpable.

—Entonces, ¿todavía corremos peligro? —preguntó Ranulfo.

—Quizá. Pero vamos. —Se calló al escuchar el tañido de la campana, casi ahogado por el ruido estridente de los truenos—. Nos están esperando.

Acabaron de arreglarse, se cubrieron con las capas y corrieron bajo la lluvia hacia la puerta principal de la casa. Molay y sus comandantes estaban esperando en el vestíbulo. Corbett tuvo que hacer un esfuerzo por controlar el estremecimiento que le provocaba la escena: Por las ventanas se colaba el estallido de luces de los relámpagos. En el vestíbulo se habían encendido todas las antorchas y la hilera de velas dispuesta sobre la mesa proyectaba sombras alargadas que danzaban y se movían reflejadas en la pared. El gran maestro bendijo la mesa y los criados trajeron los platos de la cocina. A Corbett le costó trabajo comer; estudió con cuidado su copa y solo bebió un sorbo después de que los demás tomaran vino servido de la misma jarra.

—No confiáis en nosotros, *sir* Hugo —observó Molay metiéndose un trozo de pan en la boca.

—Francamente, he asistido a veladas más agradables —contestó fríamente Corbett.

Siguieron comiendo. Legrave intentó sacar un tema de conversación, pero Molay estaba inmerso en sus pensamientos, y Symmes y Branquier tenían la mirada fija en la mesa, decididos a ignorar a Corbett y a sus compañeros.

La cena estaba tocando a su fin cuando alguien llamó a la puerta de forma impetuosa. Corbett giró sobre su silla al mismo tiempo que un sargento entraba a toda prisa en la habitación.

—¡Gran maestro! —carraspeó—. Gran maestro, han llegado soldados del rey.

La sorpresa de Molay, que en ese momento se estaba levantando de su silla, creció cuando vio cómo la puerta se abría de par en par y un capitán de la guardia real, empapado por la lluvia, irrumpía en el vestíbulo. Detrás de él había dos soldados que sujetaban a un hombre encadenado y esposado; la capa del prisionero chorreaba también empapada de agua.

—Gran maestro —declaró el capitán—, siento molestaros a estas horas, pero creemos que este hombre es uno de los vuestros.

Agarrando al prisionero, lo empujaron hacia delante y le bajaron la capucha. Corbett se quedó petrificado al ver la cara empapada y sin afeitar de *sir* Bartolomé Baddlesmere.

Capítulo XII

No tardó en producirse un gran alboroto. Los comandantes se levantaron, dejando caer sus sillas, y empuñaron sus dagas. Un tropel de soldados irrumpió en la estancia con las espadas desenvainadas y las ballestas listas para disparar. El capitán de la guardia real ordenó a sus hombres que formasen un círculo alrededor del prisionero para defenderle. Corbett se recuperó de su asombro y pidió silencio. Echó una ojeada a los comandantes templarios: todos, incluido Molay, miraban al prisionero como si hubieran visto a un fantasma.

—¡Silencio! —rugió Corbett. Sacó de su zurrón el Sello Secreto que siempre llevaba consigo—. Que todo el mundo baje sus armas. Soy el comisario del rey —dijo en el tono más alto que su voz podía alcanzar—. Dispongo de autoridad real. Quien no acate mis órdenes será acusado de traición.

Sus amenazas aliviaron la tensión del ambiente. Las espadas se enfundaron. Molay también emitió sus respectivas órdenes, tras las cuales los sargentos templarios se retiraron. La guardia real también se relajó. Corbett se acercó al capitán, que se quitó el pesado casco cónico de la cabeza, y lo sujetó debajo de un brazo mientras con el otro se secaba el sudor y el agua que corrió por su frente. El prisionero permanecía de pie, tambaleándose de un lado a otro, asustado por lo que había sucedido a su alrededor.

—*Sir Hugo* —el capitán le tendió la mano—, soy Ebulo Montibus, caballero Banneret. El rey os envía saludos.

Corbett estrechó su mano.

—Nunca pensé —continuó el capitán— que tendría tal recibimiento. Después de todo, este hombre no ha hecho nada malo.

—Es una larga historia, capitán.

Symmes se acercó y sujetó a Baddlesmere un momento antes de que desfalleciera. Luego le ayudó a sentarse.

—Si no ha hecho nada malo, ¿por qué está encadenado? —preguntó con sequedad Branquier, que llenó una copa de vino y se la pasó al prisionero.

—Muy sencillo —replicó Montibus—. Las órdenes del rey eran muy claras: ningún templario debe salir de Framlingham.

—¿Y dónde lo encontrasteis? —preguntó Corbett.

—Intentó pasar camuflado por la puerta de Micklegate Bar. No llevaba el traje de la orden, pero sus alforjas contenían suficientes pruebas para identificarle. Los alguaciles le arrestaron. Estuvo detenido en el castillo pero el rey ordenó que lo trajéramos de vuelta —el capitán chasqueó los labios y miró hacia la mesa—. Es una noche de brujas —continuó—. Mis hombres tienen frío y hambre.

—Entonces, sed nuestros invitados —intervino Molay con su habitual cortesía—. Legrave, llevad a estos hombres a la cocina. Ya no hacen falta las cadenas, ¿verdad?

Montibus sacudió la cabeza. Los soldados quitaron a Baddlesmere los grilletes de

las piernas y de las muñecas, que cayeron al suelo con un golpe. Baddlesmere se sentó como un hombre desnucado. Tragaba todo lo que podía y bebía de su copa con gran avidez, como si llevara años sin comer nada. Su escolta desapareció tras las puertas de la cocina; solo se quedó Montibus. Corbett se sentó. Maltote permanecía de pie, con la boca abierta, como una vaca frente a un seto.

Ranulfo, encantado por la inesperada diversión, tenía una sonrisa de oreja a oreja. Se sentó y le susurró a Corbett:

—Nada es lo que parece, ¿verdad, amo?

—¿Ha cometido algún crimen? —preguntó Corbett en alto.

—No, que nosotros sepamos —replicó Montibus—, excepto saltarse las órdenes del rey.

—Es la primera vez —dijo Ranulfo soltando una risotada, mientras volvía a sentarse— que me siento a la mesa con un hombre que se supone que está muerto y enterrado.

—¡Callaos! —gritó Branquier con su pálido rostro lleno de ira.

Ranulfo contestó con una sonrisa burlona. Baddlesmere dejó de un golpe su copa sobre la mesa. Respiró hondo y luego se acercó cabizbajo, con los hombros hacia delante y lágrimas rodando por las mejillas. Montibus, que hasta el momento había hecho caso omiso de lo que ocurría a su alrededor y devoraba unas tajadas de pollo y cerdo que tenía enfrente, paró de comer cuando escuchó las palabras de Ranulfo y la sala se quedó en silencio.

—¿Qué significa todo esto? —Su rostro se había endurecido y miraba sorprendido a todos los presentes—. ¿Qué queréis decir con eso de un hombre que se supone que está muerto y enterrado?

—Capitán —intervino Corbett—, terminad de comer y de beber. Podéis pasar la noche aquí. Estoy seguro de que al gran maestro no le importará dar muestras una vez más de su gran hospitalidad. *Sir* Bartolomé, tengo que haceros algunas preguntas, pero este no es el sitio más indicado.

—No, no lo es —remarcó Molay poniéndose en pie—. Branquier, *sir* Hugo, llevad a Baddlesmere a mi cámara.

Corbett susurró a Ranulfo que velara por la seguridad de la guardia real. Luego siguió al abatido Baddlesmere, que se apoyaba en Branquier, fuera de la estancia hasta los aposentos del gran maestro. Durante un rato, Baddlesmere permaneció sentado, murmurando algo por lo bajo y restregándose la boca, con la mirada totalmente extraviada.

—Ha perdido el juicio —comentó Branquier.

—*Sir* Bartolomé —insistió Molay implacable—. Debéis decirnos lo que pasó. Vuestra habitación se quemó y en ella aparecieron los cuerpos de dos hombres en vuestra cama, totalmente carbonizados, por lo que no pudimos reconocerlos. Pensamos que uno de ellos erais vos.

Baddlesmere levantó la cabeza.

—No soy un hombre, soy un gusano —entonó—. Mis pecados, mis pecados siempre me preceden.

—¿Qué pecados? —preguntó Corbett con calma y arrastrando el taburete para sentarse enfrente del templario—. ¿Qué pecados, Bartolomé?

Baddlesmere levantó de nuevo la cabeza.

—El pecado de sodomía —balbuceó—, por el que le pedí a Dios que me castigara.

—«Aunque vuestros pecados —contestó Corbett citando palabras de la Biblia— fueran como la grana, quedarán blancos como la nieve». Vos amabais a Scoudas, ¿verdad?

Baddlesmere recogió un hilo que le había caído en las calzas empapadas por el agua de la lluvia.

—Ingresé en la orden siendo muy joven —empezó a decir—. Quería convertirme en un caballero de reluciente armadura, capaz de entregar mi vida por la Cruz. Pero antes de eso, cuando todavía era un niño, solía dormir en la habitación de mi madre. Acostumbraba a traer hombres a casa y yo podía oír cómo gemía y se revolvía en la cama. Solo era un niño. Cuando tuve catorce años supe que nunca podría estar con una mujer. Quería ser puro, frío como el hielo y blanco como la nieve, limpio y temeroso ante el Señor. —Baddlesmere compuso un mohín—. Y lo fui. Me convertí en un templario, un guerrero, un monje y un cura. Sentí la tentación de la carne en alguna ocasión, pero logré no caer en ella. Hasta que conocí a Scoudas. Al principio le quise como el hijo que nunca iba a poder tener. Tenía la piel muy suave, blanca como el satén...

—Y la mañana que fuisteis a York —interrumpió Corbett— visteis como Murston era colgado en la plaza y luego os dirigisteis a la taberna de Greenmantle, ¿verdad?

Baddlesmere asintió.

—¿Y Scoudas estuvo con vos?

—Sí, compartimos una habitación. Sin embargo, Scoudas ya no era el mismo. Empezó a amenazarme, a insinuar que podía contarle todo —Baddlesmere hizo una pausa—. No debió hacerlo; se rio de mí, dijo que era demasiado viejo para él y que había encontrado a otro, Joscelyn, un miembro del séquito de Branquier. Salí disparado de aquel maldito lugar, me reuní con Molay y volvimos a Framlingham.

—¿Y la noche del incendio? —preguntó Corbett.

—Scoudas vino a mi habitación. Pensé que vendría a hacer las paces. Joscelyn estaba con él. Se sentaron y empezaron a ensañarse conmigo. Me amenazaron con formar un escándalo. No pude soportar por más tiempo sus burlas. Salí de la habitación dando un portazo, pero su risa todavía resonaba en mis oídos. La casa estaba en silencio. Había olvidado el vino en mi habitación, así que bajé a la bodega para tomar un trago y anduve por los alrededores. Me escondí a conciencia porque no quería encontrarme con nadie. Di una vuelta por el laberinto y me adentré en el bosque. Hacía una noche cálida. Me quedé dormido. Estaba exhausto, pues había

bebido demasiado. Cuando me desperté todavía era de noche, aunque pude ver que el sol estaba a punto de salir. Me levanté con el cuerpo dolorido. Estaba a punto de regresar a la casa cuando escuché los gritos y vi las llamas. El humo llegó incluso hasta el lugar donde me encontraba. —Hizo una pausa y se rascó la barbilla.

—¿Y entonces huísteis?

Baddlesmere se calló al ver que Symmes y Legrave entraban por la puerta.

—Los guardias del rey están comiendo y bebiendo como cerdos —anunció Symmes con sarcasmo—. Cuando hayan acabado con todo, yo mismo les enseñaré donde están las pocilgas.

Corbett hizo caso omiso del jocoso comentario.

—¿Por qué salisteis huyendo? —preguntó.

—Supongo que me entró pánico —contestó Baddlesmere—. Era evidente que alguien había muerto en mi habitación. Tuve miedo de que las acusaciones recayeran sobre mí: hiciera lo que hiciera, sería juzgado culpable. Mi secreto saldría a la luz y, lo que es peor, podría ser acusado de iniciar el fuego y de ser responsable de otras muertes. Me resultó muy fácil: tenía mi alforja conmigo, así que solo tuve que saltar la tapia. Durante unos días estuve vagando por los campos, pero necesitaba un caballo y otras ropas —agitó las manos—. El resto ya lo sabéis.

—¿Cómo supisteis que había alguien en vuestra alcoba?

—Me acerqué todo lo que pude a la casa y me enteré por los gritos de los soldados. Empecé a pensar si el asesino no andaría detrás de mí. Incluso si probaba mi inocencia, seguirían diciendo que maté a Scoudas. —Se tapó la cara con las manos y sollozó en silencio.

—Joscelyn también murió —dijo Corbett.

—Pero ¿por qué? —preguntó Baddlesmere—. Los dos eran hombres jóvenes y fuertes. Podrían haber escapado.

—¿Dejasteis una jarra de vino en la habitación? —insistió Corbett.

Baddlesmere pestañeó sin poder dar crédito a sus oídos.

—El vino —repitió Corbett—. ¿Cuánto dejasteis?

—Una jarra, es decir, cinco o seis copas. —La mandíbula de Baddlesmere temblaba—. ¿Acaso estáis diciendo que alguien puso algo dentro, algún veneno o alguna droga?

—Es la única explicación.

—¿Pero yo nunca le hubiera hecho daño! —protestó Baddlesmere—. ¡Nunca hubiera perjudicado a Scoudas!

—¿Cuándo os llevasteis el vino a vuestra habitación?

—Por la mañana. Era un Rhenish. Lo puse en una palangana de agua para enfriarlo.

—¿Y bebisteis?

—Sí, claro; la mitad de un vaso. Luego llegaron Scoudas y Joscelyn. Lograron sacarme de mis casillas con sus burlas, estrellé mi copa contra el suelo y luego me

marché.

—*Sir* Bartolomé —continuó Corbett—, todas vuestras cosas fueron destruidas por el fuego, pero entre las de Scoudas encontramos un mapa de York, las amenazas de los Asesinos escritas por vuestro puño y letra y un recibo firmado por Murston por el que aceptaba la entrega de unas cuantas monedas.

La mirada de Baddlesmere se volvió oscura y misteriosa. El cambio fue tan repentino que Corbett se preguntó si el hombre estaría en su sano juicio, o incluso si sería realmente el asesino, el caballero Sagitario.

—Los papeles —insistió Corbett—. ¿Por qué tenía Scoudas esos papeles? Baddlesmere tosió y apretó los labios.

—Me gustaría tomar algo de vino, *sir* Hugo.

Branquier llenó una copa que había al lado de la mesa y se la pasó.

—Ahora, contestad a mi pregunta —repitió Corbett.

—Vos no tenéis autoridad aquí —gruñó Branquier.

—Sí la tiene —terció Molay—. *Sir* Bartolomé, ¡responded a la pregunta!

—De acuerdo, responderé a vuestra pregunta —se sentó—; aunque no me gustan los escribanos fisgones. A pesar de mis pecados, continúo siendo un templario. No me gustáis, Corbett. No me gusta que estéis aquí. La orden ya tiene sus propias normas y rituales.

—Los papeles —repitió Corbett implacable.

—Hice mis propias averiguaciones —contestó Baddlesmere con sequedad—. Dibuje el mapa y escribí las amenazas en un hoja. Le di una copia a Scoudas y le dije que mantuviera los ojos muy abiertos y aguzara el oído. Si mi celda no se hubiera quemado, encontraríais otra copia. —Se encogió de hombros—. Del recibo de Murston no sé nada.

—¿Por qué se quemó vuestra habitación? —preguntó Corbett.

—No lo sé.

—¿Había algo dentro que pudiera causar tal infierno?

—Nada. Solo ropa, pergaminos y algunos libros, pero nada más.

—¿Alguna lámpara de aceite? —preguntó Corbett.

—He dicho que nada. —Baddlesmere desvió la mirada. Corbett se dio cuenta de que el templario tenía sus propias sospechas.

—¿Qué me va a pasar? —preguntó Baddlesmere con un hilo de voz. Su mirada se encontró con la de Molay.

—Se os encerrará en una celda a pan y agua —replicó el gran maestro—. Y cuando todo este asunto se haya terminado y el escribano del rey se haya marchado, seréis juzgado ante vuestros semejantes. La Corona, si lo desea, también podrá castigaros por incumplir sus órdenes.

Baddlesmere asintió.

—Estoy acabado, ¿verdad? —murmuró hablando para sí mismo—. Me quitarán las espuelas y el título de caballero. *Sir* Bartolomé Baddlesmere, comandante de la

orden del templo, reducido a un ayudante de cocina en algún castillo perdido de la mano de Dios. —Apretó el puño y lanzó tal mirada de odio a Corbett, que este llevó la mano hacia la empuñadura de su daga. A sus espaldas podía sentir la rabia de los compañeros de *sir* Bartolomé. A pesar de la desgracia de Baddlesmere, a los templarios, como comunidad enclaustrada, no les hacían ninguna gracia los extraños. Corbett se levantó.

—Gran maestro, yo ya he terminado. Debo insistir, sin embargo, en que *sir* Bartolomé permanezca encerrado en un lugar seguro. —Se dirigió hacia la puerta.

—¡Corbett! —Baddlesmere le miraba lleno de ira—. La verdad está en la orilla.

—¿Qué queréis decir?

Baddlesmere soltó una carcajada, sacudió la cabeza y le hizo señas para que se marchara. Corbett hizo una reverencia a Molay y se retiró. En su celda, Ranulfo y Maltote empezaron a acribillarle con preguntas.

—No lo sé —replicó Corbett—. No sé si Baddlesmere está diciendo la verdad, ha perdido el juicio o es en realidad el asesino. Maltote, ¿dónde están los libros?

El mensajero los sacó de debajo de la cama.

—Dormiremos todos juntos en esta habitación —declaró Corbett—. Y esta noche —dijo sentándose en la cama y abriendo uno de los libros— pienso averiguar los secretos que contienen estas páginas.

Se pasó toda la noche relejendo diferentes pasajes de los libros mientras sus compañeros dormían como troncos. A veces sentía que le pesaban los párpados; se quedaba medio dormido, pero luego se despertaba y se levantaba para refrescarse la cara con agua o reemplazar las velas que se habían consumido. Llegó un momento en que no pudo más y los últimos capítulos de la obra de Bacon se le hicieron indescifrables, pero Corbett se sentía eufórico. Había descubierto la fuente del misterioso fuego y, justo antes del amanecer, se durmió y tuvo pesadillas en las que ardía consumido por las llamas del demonio.

Ranulfo lo zarandeó para que se despertara.

—Amo, son las diez de la mañana.

Se levantó y dejó escapar un gemido a la vez que se tapaba los ojos ante la cegadora luz del sol que se colaba por la contraventana.

—Maltote y yo hace horas que nos hemos levantado. Hemos roto nuestro ayuno en el refectorio; hemos engullido todo lo que pudimos mientras la comunidad no nos quitaba los ojos de encima. Montibus se ha ido.

Corbett gruñó. Sacó las piernas fuera de la cama y se frotó la cara. Apartó los libros a un lado.

—Quería que se quedara. Podría habernos proporcionado protección.

La cara de Ranulfo se endureció.

—Los templarios no pensarán atacarnos, ¿verdad? Somos enviados del rey.

—¡Oh! Desde luego que no nos atacarán, Ranulfo; pero tú y yo podríamos sufrir un lamentable accidente.

—Decidle lo que hemos encontrado —dijo Maltote desde un taburete mientras cosía con ahínco un estribo de piel.

—Ah, sí. —Ranulfo le enseñó un trapo con las puntas atadas con un nudo.

—Desatadlo con cuidado, amo.

Corbett así lo hizo y dentro descubrió unos trozos de piel quemados.

—¿Qué es esto? —Tocó uno de los trozos, que se deshizo en escamas hasta que quedó una pequeña parte, muy dura y fina.

—Es piel —explicó Ranulfo—: pedazos de piel. Los encontramos en el bosque, donde estaban los indicios del fuego. El viento los había esparcido por todas partes.

Corbett abrió el pañuelo con cuidado encima de la cama. Cogió los pedazos y los estudió de cerca antes de volver a guardarlos. Luego se levantó, se estiró y se quitó el justillo y la camiseta. Se lavó la cara y las manos, y ordenó a Maltote que trajera un poco de agua caliente de la cocina para afeitarse.

—¿Y bien? —preguntó Ranulfo impaciente—. ¿Qué pensáis?

—Son trozos de piel quemados —contestó Corbett, frotando entre las manos el pequeño jabón que había comprado a un comerciante de Beverley—. Podrían ser los pedazos de un saco utilizado para transportar lo que los antiguos llamaban «el fuego del demonio».

Ranulfo le empezó a hacer toda clase de preguntas, pero Corbett sacudió la cabeza y, cuando Maltote regresó, concentrado en su tarea de afeitarse, le pidió a Ranulfo que le aguantara el espejo con las manos.

—Una vez haya terminado —Corbett sonrió a Ranulfo—, tráeme algo de comida de la cocina, pero asegúrate de que ves quién la prepara. Mientras como, os explicaré una historia.

Corbett se secó la cara y Ranulfo salió a toda prisa de la celda. Volvió con una tela de lino en la que llevaba envueltas una barra de pan y una jarra de cerveza.

—Bueno —dijo Corbett frotándose la barbilla y sentándose a la mesa—. Ahora que ya he terminado con mis abluciones, dejad que os cuente lo que contienen esos libros. Lo primero de todo, el fuego no proviene del infierno: lo puede hacer cualquiera.

Corbett mordió un trozo de pan. Ranulfo movía los pies con intranquilidad.

—Al principio —continuó— pensé que el fuego podía crearse con algún tipo de aceite, pero eso no suele ser muy seguro. A veces el aceite resulta difícil de quemar, especialmente cuando se congela. El hermano Odo, que en paz descansa, también se dio cuenta de ello. Debió de estudiar su crónica y se acordó de las bolas de fuego que los turcos lanzaron en la ciudad de Acre. No eran nada del otro mundo: una mezcla de alquitrán y brea, untada sobre algunos trapos que luego eran lanzados encendidos como antorchas desde una catapulta contra el enemigo. Yo mismo he visto hacerlo en varias ciudades sitiadas: se impregnan algunas ramas o trozos de tela con azufre y luego se encienden. Pero este fuego es distinto y Odo también debió de darse cuenta. Estudiante del arte militar como era, recordó el nombre de dos libros. El primero es

un antiguo tratado llamado *Liber Ignium* o, lo que es lo mismo, *El libro de los fuegos*. El segundo es mucho más interesante; es una carta del fraile Bacon, *De Secretis Operibus Artis et Naturae*. Estos libros describen como formar una sustancia muy peligrosa, una mezcla de elementos que, si se expone directamente a las llamas, provoca un fuego muy difícil de apagar incluso con agua.

—¿Y creéis que este fuego causó las muertes? —preguntó Ranulfo.

—Quizás. El *Liber* describe la mezcla como una combinación de azufre, tártaro y una sustancia llamada *Sal Coctum* o sal cocida. Bacon es más específico: habla de una sustancia conocida con el nombre de salitre. Ahora bien, el hermano Bacon oculta su descubrimiento bajo ciertos acertijos y anagramas y, en el caso de que se tomen en serio sus averiguaciones, dice que este salitre, mezclado con azufre y tártaro, hace que prenda el fuego inmediatamente.

—Pero vos habéis dicho —declaró Ranulfo— que muchos consideraban a Bacon un loco.

—Dudo que lo fuera —contestó Corbett—. Bacon adquirió sus conocimientos de los árabes. Según estos, esta sustancia era ya conocida por los antiguos griegos y también por los bizantinos, que la usaron para destruir toda una flota de musulmanes; de ahí su nombre: «Fuego griego» o «fuego del mar».

—Y, como todos los comandantes templarios sirvieron en ultramar —añadió Ranulfo—, deben conocer el secreto de este fuego.

Corbett se metió un trozo de pan en la boca.

—Además, los templarios tienen las mejores bibliotecas del mundo, especialmente en Londres y París. Sin embargo, aunque Molay y sus compañeros conocen el secreto, están tan absortos por lo que está sucediendo en su orden que lo único que ven son esas horribles muertes y los escándalos que están causando —Corbett bebió un sorbo de cerveza—. El hermano Odo era diferente, más frío, más sereno, un erudito nato. El asesinato de Reverchien debió refrescarle la memoria. Estaba buscando la que yo he encontrado.

—Pero ¿podéis probar todo esto? —preguntó Ranulfo.

—Si fuera necesario, pero...

La puerta se abrió de par en par y Molay irrumpió bruscamente en la habitación.

—¡Sir Hugo, venid, de prisa! Es Baddlesmere.

El gran maestre salió disparado de la celda, sin dejarle a Corbett otra opción que seguirle con Ranulfo y Maltote pisándole los talones. Molay iba al frente sin ni siquiera molestarse en mirar atrás. Se dirigió a la parte trasera de la casa, donde los criados tenían sus habitaciones; subió un tramo de escaleras y atravesó un estrecho pasillo. Los guardias apostados fuera de la habitación abrieron la puerta. Molay seguido de Corbett.

—¡Oh, Dios mío!

El escribano se dio media vuelta. Baddlesmere, vestido solo con una camiseta y unas calzas, colgaba del extremo de una sábana que había sido atada alrededor de una

viga del techo. Su aspecto era horroroso y un tanto ridículo: la cara se le había vuelto de color cárdeno, los ojos se le salían de las órbitas y la lengua le colgaba entre los labios medio abiertos. Su cuerpo se balanceaba como un fantoche con el viento que entraba a través de la pequeña ventana. Corbett sacó su daga y, ayudado por Ranulfo, bajó el cuerpo y lo tumbó sobre la cama de caballete. Molay permanecía de pie junto a la puerta, con el rostro pálido como el mármol y ojeras alrededor de los ojos. Abrió la boca para hablar, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Gran maestro, ¿qué ibais a decir?

Molay movió los labios, pero no pudo articular palabra. En vez de ello, se llevó las manos al estómago, echó a Corbett a un lado y corrió en dirección a las letrinas construidas en una de las habitaciones del pasillo. Desde la celda pudieron oír cómo vomitaba.

—¿Ha sido un suicidio? —preguntó Ranulfo en voz baja.

Corbett estudió el cuerpo, examinó las uñas con cuidado, así como la posición del nudo detrás de la oreja izquierda. Levantó la camiseta y examinó el torso del hombre; luego cortó el nudo con su daga. Intentó poner el cuerpo en una posición lo suficientemente digna y lo cubrió con una de las capas de Baddlesmere.

—Se ha suicidado —determinó Corbett. Señaló primero las vigas y luego la cama—. Le resultó muy fácil pasar de la vida a la muerte. Se debió de subir a la cama, hizo el nudo, se lo pasó alrededor del cuello y luego debió de dar una patada a la cama.

—¿Qué es esto? —dijo Ranulfo inclinándose sobre la cama y señalando unos garabatos que había grabados en la pared.

Corbett estudió las palabras y leyó: «*Veritas stat in ripa*».

—«La verdad está en la orilla» —murmuró—. ¿Qué demonios quiso decir Baddlesmere? El dicho es «*Veritas stat in media via*», es decir, la verdad está en el camino intermedio.

—¡Lo encontré colgado!

Corbett se volvió sobresaltado. Molay estaba en la puerta de la habitación.

—Estaba bien ayer por la noche; le traje una jarra de agua y pan. Había dos guardias en la puerta.

—¿Y no escucharon nada?

Molay sacudió la cabeza.

—Lo oyeron dar vueltas de un lado para otro a primera hora de la mañana. Estaba cantando el *Dies Irae*. Ya conocéis esa parte de la Misa de Difuntos. ¿Cómo es, Corbett? «¡Oh, día de ira! ¡Oh, día de dolor! Cielo y Tierra ardiendo en cenizas».

—«Mirad lo que el miedo produce en el pecho de un hombre —continuó Corbett—, cuando del cielo descende el juez de cuya sentencia todo depende».

Molay se arrodilló frente a la cama y se santiguó. Cuando Branquier, Legrave y Symmes llegaron, Corbett se marchó, bajó las escaleras y salió fuera para respirar aire fresco. Molay se unió a él más tarde acompañado de Legrave.

—Antes de que me lo preguntéis, gran maestro, *sir* Bartolomé se suicidó — Corbett se encogió de hombros—. Supongo que estaba sobrecogido por los remordimientos, tenía miedo de la situación en la que se había metido y fue incapaz de aceptar la desgracia.

—Solo subí —remarcó Molay— para saludarle como hermano —luego miró a Legrave—. No podemos enterrarlo en suelo santo.

—¡Pero, gran maestro —exclamó Legrave—, también era mi hermano! Conocía bien a *sir* Bartolomé. Luchamos juntos en Acre.

Molay lanzó una mirada de duda a Corbett.

—La caridad es la base de toda ley —declaró Corbett—. No creo que Nuestro Señor le juzgue con tanta severidad como vos.

—Qué extraño —murmuró Molay—. Todas estas muertes provocadas por el fuego... Recuerdo que de niño estaba jugando en las afueras de Carcasona cuando me encontré con una bruja, una anciana que vivía en una humilde choza construida contra las murallas de la ciudad y desde la que se divisaba todo el foso. Con la locura y la ignorancia de la juventud le grité que iba a morir quemada en la hoguera. Se acercó a mí y me dijo echando chispas por los ojos: «No, Molay tú serás el que muera en medio de las llamas y el humo» —Molay se frotó los ojos—. Siempre me he preguntado qué querría decir, ahora lo sé: hay muchos tipos de fuego y muchas clases de muerte.

Y, sin esperar respuesta, el gran maestro giró sobre sus talones y se marchó. Legrave se fue tras él. Corbett contempló cómo se alejaban y llamó a Ranulfo y a Maltote.

—Preparad los caballos —ordenó—. Quiero que vayáis a York. Buscad a Claverley. —Urgó en su zurrón y sacó un trozo de pergamino—. Recorred toda la ciudad si hace falta; comprad estas mezclas, pero guardadlas por separado. Claverley os ayudará.

—¿Dónde debemos buscar?

—Entre los quemadores de carbón de la ciudad. Puede que os lleve un tiempo, pero recordad bien lo que os digo: mantened cada sustancia por separado y traédmelas lo antes posible.

Antes de una hora, Ranulfo y Maltote se habían marchado de la casa. Corbett decidió quedarse en su celda. La examinó con cuidado y cerró las contraventanas antes de ir en busca de un largo atizador que colocó bajo la rendija de la puerta. Mientras lo hacía, Corbett se dio cuenta del espacio que había entre el suelo y la puerta. Durante un rato permaneció de pie mirando el largo trozo de piel que colgaba detrás de la puerta para evitar las corrientes de aire. Corbett se sonrió para sí mismo.

—Me pregunto si... —murmuró por lo bajo.

Tenía una vaga idea de cómo había muerto cada una de las víctimas, pero desconocía el motivo y la identidad del asesino. Dispuso sus útiles de escritura sobre la mesa y, durante unos minutos, estudió lo que había apuntado, intentando recordar

conversaciones, incidentes, gestos y expresiones. Su cabeza no podía dejar de pensar en la escena de la muerte de Baddlesmere: el cuerpo balanceándose y esas misteriosas inscripciones en la pared.

—La verdad no está en la orilla —murmuró Corbett—, está en el camino intermedio. ¿Qué querría decir Baddlesmere con esa tontería?

Se echó durante un rato, tras el cual se levantó y fue a la cocina a buscar algo de comida. Un criado de mirada dura y cara de pocos amigos casi se la echa encima. Por la tarde, alguien llamó a la puerta. Era Molay, que quería saber si estaba bien. Corbett contestó que sí y volvió a sus quehaceres. Decidió concentrarse en la primera prueba: las amenazas de los Asesinos. Una vez más, prestó atención a las dos versiones.

—¿Por qué, por qué, por qué? —se repitió—. ¿Por qué son diferentes?

El mensaje que se colgaron en las puertas de San Pablo concordaba con la versión de Baddlesmere, así como las palabras que escuchó en la biblioteca. Pero estas tres amenazas diferían un poco de la que trajo Claverley y de la que le dieron en el puente de Ouse. «Todas las historias —pensó Corbett— tienen un origen común, ya sea un poema de amor o un refrán, y luego, al ir de boca en boca, van cambiando. Baddlesmere debió de escuchar por primera vez las amenazas cuando el rey recibió a Molay y al resto de comandantes en el priorato». Pero ¿por qué el mensaje que recibió en el puente de Ouse era el mismo que trajo Claverley? Se llevó una mano a la cara.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Demasiado para tu fina lógica, Corbett.

Volvió a sus apuntes, está vez siguiendo un nuevo enfoque. Se concentró en el lugar donde se enviaron las amenazas y en el reciente ataque que sufrió en York.

Corbett levantó la vista.

—Los templarios podrían haber estado en York cuando se enviaron las amenazas —susurró—, pero definitivamente se habían marchado cuando fui víctima del ataque.

Agarró la pluma. «*Ergo* —escribió—, el ataque fue planeado por otra persona». Mordisqueó la punta de la pluma. Primero había sospechado de Baddlesmere y Scoudas, pero en realidad los dos hombres eran inocentes; estaban más preocupados por su propio pecado que por otra cosa. Corbett dibujó dos círculos en el pergamino, y trazó una línea que los unía. Se levantó, abrió la contraventana y se quedó mirando las partículas de polvo que flotaban en el aire. Parte del misterio se había resuelto, el cómo y el porqué; pero seguía sin saber quién. ¿De quién debía de sospechar Baddlesmere? ¿Qué significaba aquella inscripción?, ¿era un pista para descubrir la verdad?, ¿una amenaza para el asesino?, ¿o ambas cosas? *Veritas stat*, Corbett lo tradujo por «la verdad está»; sin embargo, ¿qué significaba *in ripa*? Volvió a estudiar la frase, esta vez jugando con las palabras y cambiando su orden; pero no sacó nada en claro. Cogió el pergamino que le dio aquel pilluelo en el puente de Ouse, y volvió a leer sus anotaciones. «¿Le comenté a alguien el suceso?» se preguntó. Y, si no, ¿quién de los templarios lo mencionó? Se estrujó el cerebro pero los párpados le pesaban cada vez más. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada, se tapó con

la capa y se tumbó en la cama.

Capítulo XIII

Ranulfo y Maltote regresaron ya entrada la mañana, los dos sin afeitarse y legañosos, pero todavía con fuerzas para protestar. Tuvieron que remover Roma con Santiago para encontrar lo que Corbett les había encargado. Por si fuera poco, la noche se les echó encima, habían dado el toque de queda y las puertas de la ciudad estaban cerradas, con lo que tuvieron que alquilar una habitación en una taberna cerca de la puerta de Botham Bar.

—Ya. Y os fuisteis sin probar el vino, ¿verdad? —preguntó Corbett con cierto sarcasmo.

Ranulfo levantó las manos y puso la más inocente de sus miradas.

—Solo una gota, amo, solo una gota.

—Veamos lo que habéis traído —gruñó Corbett.

Ranulfo desató la alforja y sacó tres bolsas, cada una con una sustancia diferente. Corbett las abrió, las olió y las palpó con cuidado. Era un olor acre pero no demasiado áspero.

—Al aire libre —dijo luego— nadie podría olerlo ni sospecharía de nada.

Salieron de la casa de invitados, dieron la vuelta al edificio y se encaminaron hacia el laberinto. Corbett sacó su cuchara de cuerno del zurrón y, siguiendo las instrucciones de Bacon, juntó con cuidado el polvo de las bolsas. Lo removió con los dedos hasta que las sustancias quedaron bien mezcladas. Luego hizo un montoncito, cogió la vela encendida de la mano de Ranulfo y la arrimó, ordenando a sus compañeros que se apartaran. Sin embargo, la llama se apagó. Corbett volvió a encender la vela con dificultad. Esta vez la llama era más fuerte, pues la vela se derretía. El escribano la acercó al pequeño montón de polvo negro. Estaba a punto de morir de desesperación cuando de pronto la llama prendió el polvo: se escuchó un crujido y un fuego voraz se extendió rápidamente abrasando la tierra que había a su alrededor. Corbett estudió el color azulado de las llamas mientras Ranulfo y Maltote contemplaban emocionados la escena.

—El aceite nunca prendería tan rápido y con tanta fuerza —añadió Ranulfo.

—He visto cómo los agricultores hacen algo parecido —declaró Corbett—. Cuando queman los rastrojos secos en otoño, a veces el fuego puede ser más rápido que un hombre. —Apagó el fuego con un pisotón, temiendo que alguien pudiese verlo y diese la voz de alarma.

Salieron del laberinto y se dirigieron hacia una hilera de árboles de los que Corbett cogió una rama seca. Volvió a mezclar la sustancia, untó la punta del palo en ella y encendió el otro extremo con las yescas de Ranulfo. Esta vez el efecto fue mayor. Las llamas prendieron tan rápida y ávidamente en cuanto alcanzaron la sustancia que Corbett tuvo que apagarlas a pisotones.

—Deberíais haber utilizado guantes —aconsejó Ranulfo al ver cómo su amo se limpiaba las manos en el justillo—. Unos guanteletes de piel gruesa.

Corbett se miró las manos y acto seguido lanzó una mirada a Ranulfo.

—¿Guantes? —repitió pensativo—. ¿Te acuerdas de los trozos de piel que encontrasteis? ¡Eran guanteletes! —exclamó—. Esa es la única huella que ha dejado el asesino.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Ranulfo.

—Los pedazos de piel —añadió Maltote— que encontramos cerca de las marcas de fuego. El asesino debió de quemar los guantes que utilizó para hacer el fuego.

Corbett se adentró en la espesura de los árboles. Ya sabía quién era el asesino, pero ¿cómo podía probarlo? ¿Qué pruebas tenía? Le ordenó a Ranulfo que escondiera las bolsas y regresaron a la casa de invitados. Corbett pidió a sus criados que fueran a buscar algo para comer mientras él estudiaba de nuevo el mapa de Baddlesmere.

—No se trata de toda la ciudad —concluyó Corbett—; tan solo de la zona que rodea la Trinidad.

Luego examinó las inscripciones que Baddlesmere había grabado en la pared. La noche anterior había pensado que quizá las palabras formaban un acertijo, un rompecabezas cuyas piezas no acababan de encajar. Tradujo las palabras al inglés, cambió el orden de las letras, pero no llegó a ninguna conclusión válida. Por último las tradujo al francés y entonces dio una palmada: Baddlesmere también conocía la identidad del asesino. En los últimos momentos antes de su muerte, no quiso revelar el nombre de uno de sus hermanos templarios; pero descargó su conciencia con esa misteriosa frase.

Sus ayudantes volvieron con provisiones de la cocina. Por la expresión de Corbett, Ranulfo supo que el viejo maese Cara Larga estaba a punto de atrapar a su presa.

—Está preparando su sentencia —susurró a Maltote—, como el más severo de los jueces.

—Ya lo sabéis, ¿verdad? —preguntó Ranulfo en voz alta.

Corbett dejó caer la pluma sobre la mesa y se volvió.

—Sí, ya sé quién es el asesino, pero estoy pensando en cómo probarlo.

—Es de lógica —exclamó Ranulfo—, como siempre.

Corbett movió negativamente la cabeza.

—No, Ranulfo; esta vez no tiene nada que ver con la lógica. Me basé en ella pero cometí un tremendo error. Normalmente trabajamos partiendo de una premisa y luego creemos que todo encajará poco a poco —se levantó y se despezó—. A causa de mi arrogancia y debido a mi lógica, me equivoqué de lleno. Pobre Baddlesmere, estaba más cerca de la verdad que yo.

—¿Pero de qué premisa habláis? —preguntó Maltote con la boca llena de pan y queso.

—Se empieza con una afirmación —explicó Corbett—, por ejemplo, «todos los hombres beben cerveza; Maltote es un hombre; por lo tanto bebe cerveza». Pero eso es discutible. Y, por lo tanto, todas las afirmaciones que se hagan basándose en esta

premisa son erróneas —arrastró el taburete hacia donde estaban sus compañeros, sentados con la espalda apoyada en la pared y comiendo pan con queso de un plato de peltre—. Creía que se había formado un aquelarre en la orden del Temple que intentaba vengarse de la Corona aquí y en Francia, de lo que deduje que los asesinatos, tanto en Framlingham como en cualquier otra parte, eran obra de dicho aquelarre. Pero me equivoqué.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Ranulfo.

Corbett sacudió la cabeza.

—Cómete el pan y el queso. —Hizo una pausa al oír un ruido en la galería de afuera—. Tenemos que salir de aquí lo antes posible —exclamó—. Ranulfo, prepara nuestro equipaje; Maltote, ve a los establos y ensilla los caballos. Quiero estar fuera de este maldito lugar en menos de una hora.

Maltote cogió un trozo de queso y salió a toda prisa por la puerta. Ranulfo echó una mirada al rostro cansado de Corbett y se apresuró a preparar las cosas. Corbett puso a un lado sus útiles de escritura y examinó la habitación asegurándose de que no se dejaban nada.

—Esconde los libros que trajo Maltote —le siseó a Ranulfo—. ¿Dónde están las bolsas que os hice traer de la ciudad?

—Están guardadas, separadas unas de otras —le tranquilizó su ayudante.

Salieron de la casa de invitados y se dirigieron al establo. Maltote ya casi había acabado de preparar a los caballos. Le faltaba ensillar al poni, que era tan pequeño como temperamental y tozudo. Corbett le ayudó, comprobó que la silla y las cinchas estuvieran seguras. El silencio que reinaba en la casa no le hacía ninguna gracia. Luego escuchó un ruido metálico a sus espaldas, seguido de una retahíla de blasfemias que salían de la boca de Ranulfo. Se volvió: la puerta del establo estaba acordonada por soldados templarios, provistos cada uno de ballesta, armadura y casco. A ambos lados permanecían de pie sus sargentos y oficiales.

—¡Montad! —ordenó Corbett—. ¡Si es necesario, pasad por encima de ellos!

Corbett encaminó su caballo hacia la salida. Se escuchó una orden y acto seguido un balletero lanzó una saeta que le pasó rozando la cabeza. Corbett no se daba por vencido y luchó por controlar el miedo y a su caballo inquieto. Se emitió otra orden. Esta vez, una saeta pasó cortando el aire por delante de sus narices y otra se clavó entre las piedras que había delante de su caballo, lo que le hizo soltar un relincho y recular asustado.

—Esto es todo lo lejos que pienso ir —murmuró Maltote por lo bajo.

Corbett tiró de las riendas de su caballo, Molay salió del edificio y traspasó la barrera de soldados. El gran maestre, vestido con media armadura como el resto de comandantes, apoyaba sus manos en la empuñadura de su espada. Se acercó y cogió la brida del caballo de Corbett.

—¿Acaso pensabais marchaos sin despediros, *sir* Hugo?

—No tenéis autoridad para detenerme —replicó Corbett—. Pienso salir de aquí y

vos tendréis que asumir las consecuencias.

—Por favor —los ojos enrojecidos de Molay le miraban suplicantes—, Corbett; sabéis quién es el asesino, ¿verdad? Vuestro rostro os delata.

—Este asunto tendrá que decidirlo su majestad el rey —añadió Corbett.

—No, *sir* Hugo; estáis en territorio templario. Soy el gran maestro. Debo ejercer mi autoridad y supongo que tengo derecho a opinar sobre lo que pasa en mis tierras. La justicia de los templarios es tan estricta y severa como la de cualquier rey.

Corbett, aún sobre su silla, se tranquilizó.

—Vos también sabéis quién es el asesino, ¿verdad, gran maestro?

—Sí, creo que sí; pero demostrarlo son palabras mayores.

—Y, si nos quedamos —accedió Corbett—, ¿tengo vuestra palabra de que se hará justicia y me dejaréis marchar cuando se acabe todo?

Molay levantó la palma de su mano.

—Lo juro por la Cruz.

Corbett desmontó.

—Entonces, enviad a cuatro de vuestros hombres a York. No os preocupéis, les entregaré las autorizaciones y pases que hagan falta. Que vayan a buscar a *monsieur* Amaury Craon, el enviado de Felipe IV, que se encuentra en el palacio del arzobispo —se aseguró de bajar su tono de voz—. Decidle que deseáis que sea vuestro honorable huésped, que tenéis intención de revelarles secretos que afectan a la Corona de Francia. Escribid vuestras cartas con un tono amistoso —Corbett alzó la vista hacia el azul pálido del cielo—. Ahora es mediodía; tendría que estar aquí al anochecer.

—Yo también estudié el mensaje que Bartolomé grabó en la pared —susurró Molay—. Es solo una pieza más que encaja con muchas otras.

—Deberíais habérmelo dicho —replicó.

—Al anochecer todo el mundo lo sabrá —afirmó Molay.

Corbett se dio la vuelta y ordenó a Ranulfo y a Maltote que desmontaran, con lo que los caballos volvieron a los establos y el equipaje a las habitaciones. Los templarios se hicieron a un lado y Corbett regresó a su cámara. Los soldados le siguieron e hicieron guardia en la galería.

—Tendríamos que haber seguido adelante —declaró Ranulfo dejando caer las alforjas en el suelo. Estaba furioso—. ¡No se hubieran atrevido!

—Solo había una manera de saberlo —replicó Corbett—, y no estaba dispuesto a averiguarla.

Se sentó y empezó a redactar una carta al rey y los certificados que permitirían a los mensajeros templarios entrar en York. Selló los documentos rápidamente y se los entregó a Ranulfo para que se los diera a los guardias de afuera. Corbett se vio entonces forzado a no hacer nada y a esperar, sin prestar atención a las constantes preguntas de Ranulfo ni a las observaciones en voz baja de Maltote acerca del número de templarios que estarían vigilándolos.

Por la tarde fueron a dar un paseo con los soldados pegados a sus talones. Ranulfo contó por lo menos una docena. Corbett se vio tentado a pedir una audiencia con Molay, pero al final desechó la idea. Todavía no estaba del todo seguro y concluyó que sería mejor esperar a Craon. Ordenó a Ranulfo y a Maltote que regresaran a su habitación mientras él se dirigía a la iglesia templaria. Durante un rato se sentó en la capilla de la Virgen contemplando la oscura estatua, muy bellamente labrada, de María con el Niño en brazos. En la parte superior había un pequeño rosetón con escenas pintadas sobre la vida de Cristo. Corbett rezó una oración, pues la estatua y las pinturas le habían recordado una pequeña parroquia que había cerca de la granja de su padre.

«Debería volver allí —pensó Corbett— y asegurarme de que la tumba de mis padres está bien cuidada». Miró hacia la ventana. Pensó que quizá podría comprar vidrios pintados para iluminar el oscuro arco donde, bajo unas losas frías y húmedas, descansaban sus padres. Sonrió para sus adentros pensando que a su madre le gustaría. Solía llevarlo a la iglesia en mañanas como esta, cuando su padre y hermanos mayores estaban ocupados trabajando la tierra. Acostumbraba a explicarle las escenas pintadas en las paredes o labradas sobre la madera. Así es como el padre Adelbert llegó a conocerle y luego acordó instruirlo.

«Tendrás que trabajar duro, Hugo —le repetía su madre—. Recuerda que los grandes robles antes fueron pequeñas bellotas».

—¡Ojalá estuvieras aquí! —susurró Corbett.

¿Qué pensaría ahora de él, lejos de su mujer y de su hija, preparándose para atrapar a un asesino y hacer justicia? En cuanto a su padre, había sido un soldado que luchó en la guerra civil y siempre se quejaba de la necesidad de reyes más íntegros, de jueces más justos y de leyes más severas. Corbett suspiró. Se levantó del pequeño reclinatorio y se encaminó hacia la puerta de la iglesia, donde los guardias le esperaban. Todavía no estaba seguro de lo que iba a hacer. ¿Cómo atraparía al asesino? Los indicios eran una cosa y las pruebas otra muy distinta. Se volvió y miró hacia el rosetón y las paredes pintadas. Se le ocurrió una idea.

—Quiero ver a Molay —le dijo al guardia—. Ahora.

El sargento al cargo aceptó su petición y le condujo hasta la celda del gran maestre. Molay estaba muy ocupado: los criados estaban empaquetando arcas y cofres; en la cama solo yacía el colchón, y el escritorio se había limpiado de pergaminos y plumas.

—¿Os vais, gran maestre?

Molay indicó con un gesto a los criados que se marcharan.

—Aquí sois mi prisionero, *sir* Hugo —señaló con acritud—. Pero, pase lo que pase esta noche, volveré con vos a York para encontrarme con el rey, y entonces seré yo vuestro prisionero —ladeó la cabeza—. ¿No tendréis ningún inconveniente, verdad?

—No —replicó Corbett—. He venido para pedir un favor. Me gustaría que vos,

Branquier, Symmes y Legrave escribiréis un informe sobre todo lo que ha sucedido desde que llegasteis a Inglaterra.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito.

—¿Y eso qué probará?

—Nada. Bueno, no mucho —mintió—. Pero decidle a vuestros comandantes que, después de mi encuentro con *monsieur* Craon, podrán presentar todas las quejas que quieran contra mí. Un acuerdo como este podría resultar muy beneficioso para todos. —Se encaminó hacia la puerta—. Todavía quedan unas horas —dijo mientras salía—. Tiempo suficiente antes de que anochezca.

Corbett volvió a la casa de invitados y se echó un rato. Trajeron comida de la cocina y, ya entrada la tarde, uno de los criados de Molay vino para avisarle de que *monsieur* Craon había llegado y le preguntó si estaba preparado para recibirle. Una hora más tarde, Corbett, Ranulfo y Maltote se dirigieron al refectorio. Los templarios estaban ya sentados alrededor de la enorme mesa. Craon se levantó cuando Corbett entró por la puerta. Sus marcadas facciones esbozaban una sonrisa.

—*Sir* Hugo, el gran maestro me dijo que deseáis marcharos, pero que todavía quedan algunos asuntos por resolver.

Corbett estrechó con fuerza la mano que Craon le había tendido e hizo un esfuerzo por controlar el deseo de romper su cara de sabelotodo. «Son dos personas —Corbett le dijo una vez a Maeve; está Craon el enviado del rey, pero en sus ojos se puede ver a alguien más, alguien malévolo y oscuro».

Branquier, Symmes y Legrave también estaban allí, al igual que uno de los escribanos de Craon, vestido de negro de pies a cabeza. Era un hombre joven, de rostro pálido, ojos muy vivos y cabello corto. Había venido para hacer de testigo de Craon.

Tan pronto como se sentaron, Craon se incorporó.

—Gran maestro, no es que me disguste la presencia de *sir* Hugo Corbett, pero creía que queríais hablar conmigo. ¿Qué hace aquí él?

El escribano de Craon ya se había puesto manos a la obra, intentando apuntar con exactitud las palabras de queja de su maese. Molay sonrió. Su rostro rejuveneció, como si le agradara expresamente molestar al enviado del rey Felipe. Corbett se preguntó cuál sería la verdadera relación entre el gran maestro y el rey de Francia. Craon, confundido por la sonrisa de Molay, se sentó.

—*Sir* Hugo está aquí —dijo Molay frotándose las manos despacio— porque es un cazador de almas y un descubridor de secretos —miró a Corbett a través de la mesa—. El tiempo pasa —añadió—; ya casi es de noche.

Corbett se puso en pie y caminó hasta el final de la mesa de manera que todos pudieran verle y él a ellos. Ranulfo, como habían planeado, permanecía de pie cerca de la puerta con Maltote a su lado. Ambos habían dejado sus ballestas preparadas apoyadas contra la pared.

—Hubo una vez —empezó Corbett— un rey de Francia, Luis el Piadoso, santo pero amante de las guerras, que decidió que quería plantar la bandera de la Cruz en las torres de Jerusalén. Pero fracasó, murió en el intento, y la corona de mártir fue su única recompensa.

Craon, que había olvidado todo su odio, miraba ahora a Corbett con curiosidad.

—Por aquel entonces —prosiguió el escribano—, ese rey tan santo recibió la ayuda de los templarios, una orden militar religiosa de gran poder, fundada en base a un precepto de san Bernardo. La orden se formó con un objetivo: la captura y defensa de Tierra Santa en ultramar. Los años pasaron, las fortunas cambiaron de manos, y ahora tenemos a un rey de Francia, Felipe el Hermoso, descendiente de Luis, que preferiría ver su bandera ondulando en las torres de Londres y Amberes.

—¡Eso es mentira! —gritó Craon poniéndose en pie.

—¡Sentaos! —ordenó Molay—. ¡Y que esta sea la última vez que interrumpís, maese!

—Pero los sueños del rey Felipe tampoco se hicieron realidad —continuó Corbett, impasible—. Así que cambió de estrategia. Lo que no podía obtener por la fuerza, lo obtendría a escondidas. Su hija se convertirá algún día en la esposa del único hijo de nuestro rey, por lo que Felipe de Francia sabe que en un futuro su nieto ocupará el trono de Inglaterra. No obstante, todo en esta vida tiene un precio. Para empezar, el rey Felipe debe ofrecer una gran dote, pero tiene un problema, y es que sus arcas, al igual que las de Eduardo de Inglaterra, están vacías. Sin embargo, ahí está la gran orden de los templarios, con sus feudos, sus granjas, su ganado y sus riquezas. El rey decide estudiarlos de cerca y descubre que la orden ha perdido gran parte de su idealismo. Corren todo tipo de rumores: sus hombres practican la sodomía, celebran extraños rituales, beben como cosacos —Corbett lanzó una mirada al fondo de la mesa y advirtió que el rostro curtido de Symmes enrojecía—, se sospecha que se han formado aquelarres dentro de la misma orden... en fin, habladurías e intrigas de todas clases. Entonces el alma endiablada del rey Felipe urde un plan muy sutil.

Craon hizo el ademán de levantarse, pero la mano firme de Molay lo sentó de nuevo en la silla.

—La orden del Temple también deja mucho que desear —continuó Corbett—. Algo marcha mal, pero la comunidad sigue gozando de la protección del Santo Padre desde Aviñón. Cualquiera que vaya en contra de los templarios, va en contra del Papa, y el rey Felipe no puede hacer eso. Así que espera el momento oportuno y elige a un hombre, un templario que haga por su orden lo que Judas hizo por Cristo: traicionarle con un beso.

Las palabras de Corbett causaron un revuelo entre los templarios. El escribano pensó por un momento cuántos de los presentes habrían considerado al menos el camino que el asesino había elegido. Solo Molay se mantenía impasible, tapándose la boca con las manos. Observaba a Corbett con la mirada de un gato salvaje.

—La orden elige a un nuevo maestro —prosiguió Corbett inclinándose sobre la mesa— y se celebra un importante capítulo en París. Durante el acto, el gran maestro expresa su deseo de que entre aire fresco en la orden y proclama en voz alta su intención de hacer progresar a todas las provincias. Inglaterra sería la primera. Sale de París, embarca en Dover y viaja en dirección a Londres; pero antes de que salga de Francia comienza el escándalo. Un sargento templario, estúpido o completamente fuera de sus cabales, es capturado bajo sospecha de querer matar al rey Felipe de Francia. Este templario, un degenerado, en el fondo un simple aficionado, es puesto en manos de la Inquisición. Supongo —confesó Corbett con una leve sonrisa— que, después de permanecer colgado en las mazmorras del Louvre y sufrir las crueles torturas de la Inquisición, yo también diría que lo negro es blanco y que lo blanco es negro, aunque sepa que con ello estoy traicionando a mi fe, a mi familia y a mí mismo. Pero al sargento le fue todavía más fácil. Se sentía defraudado y resentido con su orden, por lo que respondió de buena gana a las preguntas de la Inquisición maldiciéndose a sí mismo y a la orden a la que una vez sirvió.

Branquier intervino en ese momento.

—¿Estáis diciendo que el sargento no era un asesino?

—En efecto —replicó Corbett—. Fue tan solo una víctima. El rey Felipe no sufrió ningún ataque en los Bosques de Bolonia o al cruzar el Grand Ponte; solo fue una calumnia para hacernos creer que existía una especie de conspiración. No existe el tal Sagitario —continuó Corbett—, ni tampoco aquellarres que urdan planes secretos entre los templarios; tan solo un acuerdo tácito para hacer ruido y que un Judas estaba dispuesto a explotar a costa de lo que fuera. —Lanzó una mirada a Craon, que arrebató la pluma de los dedos de su escribano.

—Fue en Inglaterra —continuó Corbett— donde empezó la verdadera conspiración. Como todos sabemos, el rey Eduardo luchó en ultramar y los Asesinos ya habían intentado matarle una vez. Ese tipo de recuerdos tardan mucho en borrarse y, por supuesto, cuando las amenazas de los Asesinos se encontraron clavadas en las puertas de San Pablo, el rey Eduardo se asustó. Una noticia como esa consiguió helarle la sangre. Entonces se dirigió a York para celebrar un importante consejo. Recibió a nuestro noble enviado Craon para discutir los términos de la boda. Y, como su majestad está totalmente arruinado, decidió también pedir un préstamo a la orden del Temple.

—Pero ¿y las amenazas en Londres? —gritó Branquier.

—¡Oh!, fueron colgadas en la puerta por alguno de los presentes. Un Judas que se había convertido en un espía secreto del rey Felipe de Francia.

—¡Eso es absurdo! —intervino Craon—. Son solo estúpidas especulaciones...

—Aguardad un segundo; todavía no he terminado —replicó Corbett—. Cuando el traidor estaba en Londres, no solo colgó el mensaje en las puertas de San Pablo, sino que visitó a ciertos comerciantes, a los que compró determinada cantidad de salitre, azufre y otras sustancias. Este templario había servido en ultramar, donde había

aprendido hacer un fuego muy curioso que se enciende con tanta avidez que ni siquiera el agua lo puede apagar, y si encima se mezcla con otras sustancias y se expone directamente a las llamas, puede parecer que se haya encendido el fuego del mismo infierno. Ese fuego es conocido con el nombre de «fuego griego» o «fuego de mar».

—He oído hablar de él —dijo Symmes mientras ponía a su comadreja sobre la mesa, acariciaba sus orejas y le ofrecía un trozo de carne seca. El ojo del templario brillaba con fuerza—. ¡Todos hemos oído hablar de esa clase de fuego! —exclamó—. Los bizantinos lo utilizaron para quemar a toda una flota de musulmanes.

—No es ningún secreto —intervino Molay—. Algunos libros hablan de ese fuego. Por cierto, ¿no fue uno de vuestros franciscanos, Bacon, quien lo estudió?

—El asesino en todo caso lo utilizó —contestó Corbett—. Y no le resultó difícil encontrar información sobre él. Estudiosos de todas las partes del mundo acuden a las excelentes bibliotecas de París y Londres. El fuego en sí mismo es muy fácil de hacer, eso sí, una vez que se sabe lo que hay que comprar y cómo utilizarlo —Corbett miró de frente a Molay—. Ahora bien, el asesino —continuó Corbett— llegó a York, mezcló las sustancias e hizo varios experimentos aquí, en los bosques de Framlingham, lejos de los curiosos. Y de este modo empezaron los rumores sobre el fuego del demonio, que había sido visto en los campos a altas horas de la madrugada. Así que una noche, el asesino sale de la casa y se dirige montando en su caballo al camino cerca de Botham Bar. Allí, practica con el fuego griego hasta que consigue perfeccionar su uso. Como, además, es un excelente arquero, prueba esta vez con su ballesta y lanza algunas saetas encendidas contra los troncos de los árboles. A pesar de la oscuridad, tiene muy claro cuál es su objetivo.

»Todo tendría que haber marchado sobre ruedas. Sin embargo, aquella noche, un vendedor de reliquias, Wulfstan de Beverley, probablemente medio borracho, salió de York para vender su mercancía en las ciudades de los alrededores. Wulfstan, un hombre curioso, deseoso de conocer nuevas historias que poder contar, divisó el fuego; así que se desvió del camino y se metió entre los árboles. El asesino no podía permitirlo: Wulfstan reconocería su cara y su caballo. Entonces desenvaina la espada de dos manos y con una fuerza y habilidad increíbles consigue partir en dos al pobre Wulfstan con un solo golpe.

—¿Y eso es lo que ocurrió? —preguntó Branquier con sarcasmo.

—Así es —contestó Corbett—. El caballo de Wulfstan sale al galope y se aleja en la oscuridad, y entonces el asesino se da cuenta de que tiene carne humana con la que poder jugar. El fuego además conseguirá desfigurar los rasgos de la víctima. Decide quemar los restos, pero entonces escucha los gritos de dos monjas y de su guía que se acercan, así que se adentra en el bosque y espera a que se marchen. Luego vuelve a salir de su escondite, retira las saetas clavadas en los árboles y los trozos de tierra quemados. Los arañazos en la madera y el cuerpo desmembrado y totalmente carbonizado de Wulfstan son las únicas huellas que deja tras su paso.

—Pero ¿quién? —gritó Craon—. ¿Quién es el asesino?

—Esperad —respondió Corbett con calma—. El asesino, *monsieur* Craon, está a punto de tender la trampa. Murston era un sargento templario, de condición muy similar al soldado que cogieron en París. La noche antes de que Eduardo de Inglaterra hiciera su entrada en York, Murston recibe las órdenes de ir a una taberna cerca de la Trinidad por donde el rey tenía que pasar. Se le dice que alquile una habitación y que espere.

—Murston era un asesino —interrumpió Molay.

—No, no era un asesino —replicó Corbett—. Solo era un hombre estúpido que cumplía las órdenes de su superior. Pasa la noche en la taberna como un buen soldado. Al día siguiente, el rey hace su entrada en la ciudad, al igual que vos, gran maestro, y vuestros comandantes. Sin embargo, uno de ellos se pierde entre las calles para llegar a la taberna donde Murston le estaba esperando. Sube a la buhardilla, estrangula a Murston y coge la ballesta que su víctima había traído consigo a la ciudad. Cuando el rey llega a lo alto de la Trinidad, el asesino dispara dos saetas que pasan rozándole.

Corbett se volvió y señaló una silla que había en una esquina. Luego hizo un gesto a Maltote para que se la acercara. Se sentó, aliviando así un pequeño calambre que le había dado en la espalda.

—Así que Murston ya estaba muerto antes de que esas saetas se lanzaran —continuó—. Luego el asesino extiende el polvo inflamable por todo el cadáver y, después de disparar por segunda vez, le prende fuego y sale disparado escaleras abajo. Se protege la cara y el cuerpo con la capa que debió de haber comprado a algún mendigo. Fui el primero en llegar a la buhardilla, pero el asesino ya se había marchado, dejándome con la pregunta de cómo un hombre como Murston pudo disparar dos saetas y luego consumirse en ese fuego de llamas azules y amarillas.

—¿Quiso el asesino matar al rey? —preguntó Molay.

—No, eso fue solo el principio. Lo que el asesino quería realmente, lo que quería el rey Felipe de Francia, era crear un escándalo en la orden de los templarios.

—¿Por qué? —gritó Branquier.

—Para que la Corona inglesa atacara a la orden, le arrebatara sus propiedades y llenara sus arcas con sus riquezas. Y lo que el rey Eduardo iniciaría en Inglaterra pronto el rey Felipe lo acabaría de rematar en Francia. ¿Y si el Santo Padre se quejaba? —Corbett se encogió de hombros—: El rey Felipe señalaría a Eduardo de Inglaterra, alegando que solo se había limitado a imitar a su hermano de sangre. Conseguiría así destruir la orden, quedarse con sus tierras y riquezas, y llenar sus arcas a la vez que acababa con un movimiento que no hacía más que recordarle que su santísimo abuelo había ido a las cruzadas y él no. Sin embargo, el Papa hubiera juzgado al rey Eduardo como el principal culpable. Ahora bien, el asesino sabía muy bien que el rey me enviaría aquí para investigar. De ahí las amenazas seguidas del intento de asesinato en el Matadero.

—Pero todos nos encontrábamos lejos de York en aquel momento —intervino Molay—. Ningún templario se encontraba en la ciudad cuando vos fuisteis atacado. —El gran maestre abrió las manos—. Es cierto que uno de nosotros podría haber enviado las amenazas contra vos, pero...

—Ni vos ni ninguno de vuestros comandantes enviasteis las amenazas —declaró Corbett—. Tampoco el arquero que me disparó era un templario, ¿verdad, *monsieur* Craon?

Los ojos del enviado francés se mantenían bien abiertos.

—Solo vos —continuó Corbett, señalando a Craon con el dedo— sabíais exactamente cuándo salí del palacio del arzobispo. Me seguisteis. Vos o alguno de vuestros criados planeasteis el ataque y conseguisteis así aumentar el misterio.

—¿Y Reverchien? —preguntó Legrave con voz ronca, sin apenas mover la cabeza—. Ninguno de nosotros estaba aquí cuando murió Reverchien.

—No, no —contestó Corbett con tranquilidad—; pero sí estabais aquí el día antes de que muriera. Fue entonces cuando el asesino entró al laberinto con el fuego griego. Llegó hasta el centro. Sobre la losa en la que el hermano se arrodillaba, delante de la cruz, hay tres velas. El asesino extendió el fuego griego sobre ellas, sobre las losas y sobre las escaleras donde se colocaba Reverchien para rezar.

—Claro —dijo Branquier soltando un suspiro—. Y el pobre viejo debió de encender las velas mientras decía sus oraciones y pensaba en Dios.

—Exacto —replicó Corbett.

Se dio la vuelta y le hizo una señal a Ranulfo, que estaba en una esquina. El criado se acercó y trajo consigo una saeta. Corbett la colocó sobre la mesa. Dirigió una sonrisa a Molay a modo de disculpa.

—He tomado prestada una de vuestras armas.

Se levantó y cogió una de las muchas velas que ardían a lo largo del alféizar.

—En la punta de la saeta —explicó— cabe muy poca sustancia del polvo que causa el fuego griego. —Levantó la vista mientras los templarios echaban sus sillas hacia atrás—. No os preocupéis, no es peligroso. —Sacó de su alforja un trozo seco de vitela, lo colocó en la punta de la flecha y lo encendió. La llama ardió rápidamente y se extendió por toda el asta. Incluso Ranulfo dio un respingo, asustado ante la pequeña y voraz llama que se hacía cada vez más grande—. Esto es lo que hizo Reverchien —explicó Corbett, dirigiendo el arma hacia sí y observando con cuidado las brasas de color negro que se estaban formando.

—Reverchien enciende las tres velas mientras dice sus oraciones y, como hay poca luz, no se da cuenta del polvo mortal que se extiende a su alrededor. Las velas se encienden y las llamas, en contacto con la sustancia, pasan rápidamente de las palmatorias a las escaleras, convirtiendo a Reverchien en una antorcha viviente. Qué manera más sutil de matar a la pobre víctima desde la distancia. Las llamas siguen ardiendo con ferocidad —explicó Corbett, golpeando el metal contra la mesa— y no solo resultan difíciles de apagar con agua, sino que acaban con todo, sin dejar ni

rastro de lo que pudo causarlas.

Corbett se volvió a sentar.

—Las otras muertes ocurren de forma similar. Peterkin, el chico de la cocina, se pone un delantal y unos guantes para sacar los pasteles del horno sin saber que han sido untados con la misma sustancia. Mientras remueve las brasas, tiene algunas sospechas de lo que ha sucedido antes de morir abrasado por las llamas. Recordad que sus compañeros en la cocina estaban hablando sobre la muerte de Reverchien y otros extraños acontecimientos. Peterkin bromeó acerca de que el aire parecía estar impregnado de azufre y no me extraña, porque así era: los guantes y el delantal que llevaba puestos habían sido untados con el polvo inflamable. El resto ya lo conocéis —continuó Corbett, mirando de frente al asesino—: Una chispa del carbón que estaba removiendo debió de prender sus guantes. El hombre intentó apagar el fuego golpeándose el delantal, pero el fuego se extendió de todos modos y Peterkin murió.

—Pero ¿por qué? —preguntó Symmes—. ¿Por qué un pobre cocinero?

—Porque el asesino quería sembrar el pánico entre la comunidad. Quería que corrieran los rumores de que los templarios eran una orden maldita que no solo había intentado matar al rey y a otros miembros de la comunidad, sino que además permitía que las llamas del infierno ardieran con total libertad, incluso entre los inocentes que vivían con ellos —Corbett jugó con el anillo del rey que llevaba en el dedo—. La muerte de Peterkin hizo que todos los criados salieran huyendo de Framlingham. Los criados suelen ser muy curiosos; siempre se enteran de todo. La muerte de Peterkin dio pie a las habladurías y, de ese modo, protegió todavía más al asesino.

—¿Y quién es, *sir* Hugo? —preguntó Legrave con un gruñido.

—¿Por qué me lo preguntáis —preguntó a su vez Corbett con calma—, si sois vos?

Capítulo XIV

Molay tardó un rato en apaciguar el clamor de voces que las palabras de Corbett habían despertado. Legrave se incorporó y quiso arremeter contra el escribano, pero Symmes, que estaba sentado en medio de los dos, echó su silla hacia atrás. Craon, que se había puesto en pie de un bote, chasqueó los dedos llamando a su escribano como si tuviera intención de marcharse. Corbett, que conocía muy bien a su enemigo, supo que lo único que pretendía Craon era montar una de sus farsas. Sabía perfectamente que solo se marcharía cuando estuviera en una posición ventajosa. Por otro lado se alegró de que los otros templarios no salieran en defensa de Legrave. Se escucharon gritos de desaprobación y se cruzaron miradas de preocupación, pero el rostro del gran maestro y la mirada confusa de Branquier le tranquilizaron.

«Saben algo —pensó—, quizá lo que acabo de decir tenga algo que ver con los secretos que esconden con tanto recelo».

Al final Legrave, rojo de furia, fue obligado a sentarse en su silla.

—¡No tenéis pruebas! —gritó.

—Me referiré a ellas cuando acabe mi explicación —replicó Corbett—; cuando termine de describir las otras muertes. Pobre hermano Odo. Lo cogisteis cuando se iba a pescar, ¿verdad? Esperasteis oculto entre los árboles a que se acercara a la entrada de la plataforma. No vi sangre, así que seguramente debisteis de propiciarle un buen golpe en la cabeza que probablemente le partió el cráneo. Luego lo bajasteis hasta el bote y lo sentasteis en su lugar a la vez que extendíais por toda la embarcación el polvo inflamable. Le atasteis los remos a las manos y los ajustasteis a las anillas del trinquete, le colocasteis la caña de pescar entre los dedos y por último empujasteis el *Fantasma de la Torre* hacia el centro del lago. Nadie iba a sospechar de una escena tan habitual en Framlingham: el viejo Odo, vestido con su capa y su túnica, pescando en medio del lago. Os escondisteis entre los árboles, lanzasteis una saeta encendida al bote y de nuevo cundió el pánico: Si un hombre como Odo, héroe de su orden, es devorado por el fuego de las llamas del infierno, ¿quién iba a estar a salvo? ¿Qué estaba pasando en Framlingham? ¿Qué ocurría entre los templarios? Y de esta manera extendisteis el veneno.

—Pero ¿por qué Odo? —preguntó Molay—. ¿Por qué un pobre anciano?

—Porque era un erudito —contestó Corbett.

—¿Y Baddlesmere?

—Era fuente de escándalo —añadió Corbett—. Legrave conocía los pequeños secretos de Baddlesmere, la debilidad que sentía por los jovencitos y el vino blanco congelado que solía guardar en su cámara. Así que echó un somnífero en su jarra, extendió el polvo por el suelo de toda la habitación, debajo de las esteras y por el trozo de piel que cuelga detrás de la puerta para evitar corrientes de aire. El único contratiempo fue que Baddlesmere no se encontraba allí. Había tenido una discusión

amorosa, y Scoudas y Joscelyn se beben el vino en su lugar. Cae la noche y Baddlesmere decide ocultarse y dormir entre los árboles. —Corbett miró el rostro pálido de Legrave—. Y entonces volvéis a la celda, probablemente con un pequeño recipiente lleno de brasas de carbón que arrojáis por debajo de la puerta. Las esteras arden con facilidad y enseguida prenden el polvo; las llamas devoran todo lo que encuentran a su paso mientras dos hombres jóvenes, sumidos en un profundo sueño, caen en manos de la muerte.

—Gran maestro —dijo Legrave levantándose de la mesa. Pero en ese momento Symmes dejó en el suelo a su comadreja, que se perdió en la oscuridad mientras su amo agarraba con fuerza el brazo de Legrave.

—Será mejor que os sentéis, hermano —dijo Symmes sin perder la calma—. Lo que Corbett dice tiene bastante sentido.

—Por supuesto —continuó el escribano—. La muerte de Baddlesmere y la del hermano Odo estaban relacionadas. El bibliotecario se había vuelto muy curioso. Empezó a recordar historias acerca de los fuegos que se hacían en Oriente. Por eso Legrave decide observarlo de cerca. Quizás Odo habló con él y le explicó lo que estaba haciendo. Por ese motivo entrasteis en la biblioteca cuando yo me encontraba allí. Si aquella puerta no se hubiera abierto —afirmó Corbett son seriedad—, también me habríais matado.

Legrave le sostuvo la mirada con los ojos vidriosos y la mandíbula tensa. No hacía más que tragar saliva y mirar de reojo a Craon, que evitaba mirarle a la cara.

Corbett soltó un suspiro: aquello confirmaba sus sospechas.

—A causa de sus pecados —continuó Corbett—, Baddlesmere también estaba a punto de descubrir la verdad y se preguntaba quién podría haber estado detrás de la muerte de Murston. La mañana que el rey fue atacado había estado con Scoudas y sabía dónde se encontraban el gran maestro y Legrave. También llegó a la conclusión, como yo, de que sus otros dos compañeros, Symmes y Branquier, se encontraban en la otra punta de la ciudad, cerca de Botham Bar, o sea, bien lejos de la Trinidad.

—Es cierto —interrumpió Branquier—. Baddlesmere no hacía más que preguntarnos dónde habíamos estado y por qué calles habíamos pasado.

—Incluso en qué taberna nos habíamos tomado un trago —apuntó Symmes con sequedad.

—Pero yo estaba con el gran maestro —gritó Legrave. Miró al fondo de la mesa, pero Molay le sostuvo la mirada impassible.

—El gran maestro estuvo al menos dos horas reunido con los herreros en Stonegate —replicó Corbett—. Se suponía que vos debíais esperarle fuera.

—Y lo hice.

—Pero, si miráis con atención el mapa que hizo Baddlesmere de la ciudad, veréis que en un par de minutos es posible llegar desde Stonegate a la taberna en la que se encontraba escondido Murston.

Molay retiró las manos de la boca.

—*Sir* Hugo está diciendo la verdad —declaró—. Visitamos a los herreros de aquella calle. En una ocasión salí afuera y vi que no estabais allí.

—Fui de tiendas —protestó Legrave.

—De acuerdo —afirmó Corbett—. Y ¿qué comprasteis?

Legrave se mordió el labio.

—Guantes —respondió Branquier—. Mejor dicho, guanteletes; eso es lo que nos dijisteis.

—¿Y dónde están? —preguntó Corbett—. Comprasteis más de un par. Así lo dijeron diferentes vendedores y volverían a repetirlo si fuera necesario. ¿Para qué querría comprar un hombre más de uno o dos pares de guanteletes? Sois un monje soldado, Legrave, no un cortesano a la última moda.

—¿Dónde están los guanteletes? —preguntó Molay.

—¡Oh!, no los podréis encontrar —intervino Corbett—. Como habéis visto, el polvo inflamable que utilizó Legrave puede llegar a ser muy peligroso. Y lo que es más importante, deja mancha. Las partículas se cuelan fácilmente en el tejido de la ropa. Una vez utilizados, debían ser destruidos. Y así lo hizo Legrave. Los quemó en un lugar apartado de la casa. Mis compañeros encontraron los restos.

—¡Estáis mintiendo! ¡Estáis mintiendo! —Legrave golpeó la mesa de forma violenta con los puños.

—Podemos buscar en vuestra celda —propuso Corbett—. Podemos pedirnos que traigáis esos guantes. ¡Dios sabe lo que encontraríamos! ¿Quizá restos de las sustancias que utilizasteis? Suelen dejar manchas en las botas y en la ropa. ¿Tal vez hallaríamos también algún resto de sangre en un cuchillo o una espada?

—Ralph —dijo Branquier inclinándose y mirando al fondo de la mesa—. Tendréis vuestra oportunidad para responder a todas estas acusaciones.

Legrave esquivó la mirada.

—Baddlesmere también estudió las amenazas de los Asesinos —continuó Corbett—. Como sabéis, el mensaje que se colgó en las puertas de la catedral de San Pablo dice lo siguiente:

Sabed que hemos vuelto y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Corbett siguió leyendo:

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

—Estas son las amenazas que leí en el priorato ante la presencia del rey. Sin embargo, el mensaje que me llegó a las manos en el puente de Ouse era algo diferente:

Sabed que todo lo que poseéis os será finalmente arrebatado y volverá a ser nuestro.

Sabed que hemos vuelto y que bajo ningún concepto podréis escapar de nosotros.

Sabed que estáis en nuestras manos y no os dejaremos marchar hasta que la deuda se haya saldado.

—Y curiosamente coincidía con el mensaje que me trajo maese Claverley de la horca de Murston. —Corbett se encogió de hombros—. Eso fue lo que me hizo pensar que podrían existir dos partes implicadas en este macabro juego. ¿Legrave en Inglaterra y Craon en Francia? Legrave colgó las amenazas en San Pablo cuando los templarios venían de Londres. Craon me hizo llegar el segundo mensaje cuando salía de York. También hizo que uno de sus escribanos colgara las amenazas en la horca de Murston para crear todavía más confusión —Corbett sonrió desoladamente a su enemigo francés—. Tendréis que informar a vuestro querido rey de Francia de que cometisteis un terrible error: copiasteis mal el mensaje.

El enviado francés no se movió. Permanecía sentado con la cabeza echada hacia atrás, mirando al techo y acariciándose la barba pelirroja.

—Pero ¿qué es toda esta conspiración? —preguntó Symmes—. ¿Cómo supisteis que Legrave y Craon estaban en el mismo barco?

Corbett se volvió hacia él.

—Porque al llegar aquí, y quizá no lo recordéis, os dije que había recibido una amenaza de muerte parecida a la del rey, pero no dije dónde. Poco después, en una discusión, Legrave sacó a colación que yo había sido amenazado mientras cruzaba el puente de Ouse. ¿Cómo lo sabía a menos que estuviera aliado con Craon? —Corbett señaló a Symmes—. ¿Habéis escrito lo que el gran maestro os ordenó, toda la historia de estos lamentables sucesos?

El templario movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y vos, Branquier?

—Desde luego.

—¿Y vos, Legrave?

—Estuve muy ocupado —replicó.

—Da igual —afirmó Symmes enojado—. Yo nunca tuve noticia de que las amenazas os fueran entregadas en el puente de Ouse —señaló a Legrave—. Sin embargo, recuerdo que vos lo dijisteis y que además Branquier tomó nota de aquella reunión.

—Pero la casa estaba llena de guardias —protestó Molay—. Nadie de nosotros

podía ir a York y *monsieur* Craon tampoco estuvo aquí.

—Si queréis encontraros con alguien al otro lado de la tapia de la casa, ¿creéis que os resultaría muy difícil? —respondió Corbett—. A Baddlesmere le resultó muy sencillo escaparse. Estoy seguro de que *monsieur* Craon tiene mensajeros y escribanos que son capaces de llevar a cabo con eficacia sus mandatos, y de esta forma se mantuvieron informados acerca de lo que sucedía. —Corbett hizo una pausa y miró por la ventana. La tormenta se había alejado, pero la lluvia seguía golpeando con fuerza las ventanas—. Al final, sin embargo, debo confesaros que cometí un tremendo error. —Miró uno a uno a todos los presentes—. Pensé que esta orden era totalmente corrupta pero, como en todas las comunidades, hay gente buena y gente mala. Gran maestro, os pido disculpas por mis sospechas contra vos y el resto de vuestros hermanos. —Corbett se pasó una mano por la cara—. Pero estoy cansado y mi corazón está en otra parte —murmuró—. *Veritas in ripa* —añadió luego mirando a Legrave—. «La verdad está en la orilla». Eso es lo que Baddlesmere grabó en la pared de su celda antes de colgarse. Él también había descubierto la identidad del asesino. Quizá vio algo; quizás había reflexionado sobre lo cerca que Legrave estuvo de la Trinidad cuando el rey fue atacado o quizá recordó que Legrave fue todo un maestro del arco. Un guerrero nato podía utilizar las dos manos para combatir y podía blandir una espada fácilmente tanto con una mano como con la otra. Cuando pensé en el asesino que me atacó en la biblioteca y le pedí a mi criado que simulara la escena, me sentí confuso durante un rato hasta que recordé la asombrosa facilidad con la que el asaltante se pasó la ballesta de un lado a otro —Corbett miró al gran maestro—. Vos sabéis lo que la inscripción significa, ¿verdad?

—Sí, así es —replicó Molay—. *Ripa* en latín significa «orilla» y en francés, *la grève*.

Corbett echó hacia atrás la silla.

—Baddlesmere lo sabía, pero no se veía capaz de traicionar a un viejo amigo, a un hermano de su misma orden. Además, no tenía pruebas; pero con ese juego de palabras alivió su conciencia. —Corbett se puso en pie—. Ya he acabado, gran maestro —declaró—; no existe ninguna conspiración entre los templarios, pero, como ya os he dicho, ha habido un intento de desacreditar la orden y provocar un enfrentamiento con el rey de Inglaterra, lo que habría dejado abierto el camino al rey Felipe de Francia para actuar a su antojo. Legrave solo ha sido un monigote, pero la conspiración tiene sus propias raíces —afirmó mirando a Craon—, almas oscuras que sirven de consejeros al rey Felipe.

—Yo también he terminado —añadió Craon poniéndose en pie y tirando su silla al suelo—. Gran maestro, me niego a permanecer aquí escuchando toda esta sarta de tonterías. Estos insultos son una ofensa para mí y para mi señor. Pienso presentar una queja oficial ante el rey de Inglaterra y la orden del Temple en París.

—Podéis marcharos cuando queráis —respondió Molay con acritud—. Como decís, sois un enviado del rey. No tengo ningún poder sobre vos.

Craon fue a abrir la boca para responder, pero se lo pensó mejor y, con su oscuro escribano pisándole los talones, dio media vuelta y salió de la habitación. Cuando pasó junto a Corbett le clavó la mirada; el escribano retrocedió ante el odio que despedían los ojos de aquel canalla. Esperó a que la puerta se cerrara y se escuchara la voz de Craon gritando a sus criados que prepararan los caballos y estuvieran listos para partir, y entonces volvió a hablar:

—Volverá a York, luego presentará una queja de lo más efusiva ante su majestad y mañana ya se encontrará de camino al puerto más cercano para embarcar hacia Francia. Bueno, ahora yo también debo partir.

Observó a Legrave que, con las manos cruzadas, miraba hacia la oscuridad, murmurando algo por lo bajo. Quiso tener que ahorrarle al hermano la última degradación.

—Todavía no podéis marcharos —afirmó Molay.

—Pero me disteis vuestra palabra.

—¡Cuándo este asunto termine, dije! —replicó con sequedad Molay—. Y todavía no ha concluido. —Se volvió hacia el acusado—. *Sir Ralph Legrave*, comandante de esta orden, ¿qué respondéis ante tales acusaciones?

Symmes, sentado a su lado, le cogió del brazo y le zarandeó. Legrave le quitó la mano de encima. Tenía la mirada perdida, como si pudiera vislumbrar algo entre las sombras al otro lado del vestíbulo.

—¿Cuál es vuestra respuesta? —volvió a preguntar con dureza Molay.

—Soy un templario —contestó Legrave.

—Habéis sido acusado de crímenes horribles —exclamó Branquier—. Vuestra cámara y todas vuestras posesiones serán examinadas cuidadosamente.

Legrave salió de su ensimismamiento.

—No es necesario —dijo pasándose un dedo por los labios—. Buscad en mi habitación y encontraréis todas las pruebas que queráis. —Torció la boca y miró directamente a Corbett—. Quizás ellos no las encuentren, pero vos sí. Craon ya me advirtió sobre vos. Debería haberos matado de inmediato. Todos debemos morir —dijo elevando su tono de voz—. Somos templarios, hombres entregados a la guerra en contra de los infieles. Y ahora, fijaos, unos se han convertido en banqueros; otros, en comerciantes, y otros, incluso en granjeros. Hombres como el hermano Odo se ven obligados a vivir de glorias pasadas. Por no hablar de Reverchien y su estúpido peregrinaje de todas las mañanas, Baddlesmere y sus jovencitos, Symmes y su bebida, Branquier y sus cuentas. ¿Qué esperanza nos queda? Ingresé en esta orden porque tuve una visión tan noble, tan sagrada como pudo ser la búsqueda del Grial. —Señaló con el dedo a Molay—. Felipe de Francia tiene razón. Nuestra orden está acabada. ¿De qué nos sirven tantas riquezas? La orden debe disolverse, unirse a otras y tener un nuevo propósito.

—Y vos, ¿en qué saldríais ganando con todo esto? —preguntó Corbett lleno de curiosidad por saber lo que el rey Felipe le había ofrecido a ese Judas.

—Me convertiría en un reconocido caballero de la corte francesa —respondió Legrave—. Sí, tendría mi propia casa y mis tierras; me liberaría de mis votos y tendría así la oportunidad para recuperar el tiempo perdido, casarme y tener un heredero. Al menos, todo eso tiene un sentido. Tarde o temprano llegará la tormenta y la casa de los templarios, construida sobre un banco de arena, se tambaleará y acabará por derrumbarse.

Corbett se levantó y permaneció de pie a su lado.

—Sois un mentiroso —le acusó— y un cobarde: ya traicionasteis a vuestra orden en otra ocasión, hace años, en Acre.

Legrave reclinó la cabeza ante el murmullo de voces airadas de sus compañeros.

—¿Qué demonios estáis diciendo? —balbuceó.

—Conocí a un caballero, un templario que se encontraba a las puertas de la muerte en el hospital de San Lázaro, en York. Un hombre que estuvo prisionero durante años en manos de los Asesinos y cuyo nombre no me quiso decir. Se llamaba a sí mismo el Desconocido, y me habló de un templario inglés que huyó de su posición de combate en Acre, dejando indefensos a sus compañeros.

—Había oído rumores —interrumpió Branquier.

—Salisteis corriendo, ¿no es cierto? —preguntó Corbett—. Y os encontraron los franceses, que no solo os han ofrecido sus riquezas, sino que os han amenazado con revelar vuestra cobardía.

Legrave asintió y, tapándose la cara con las manos, lloró en silencio.

—Entonces, ¿admitís los cargos? —preguntó Branquier bajando el tono de voz.

—Tiene derecho a un juicio —afirmó Symmes.

—Ya ha tenido uno —replicó Molay poniéndose en pie—, ha sido juzgado y hallado culpable.

El gran maestre desenvainó su espada de la funda que colgaba en el respaldo de su silla. Caminó hacia el otro lado de la mesa y se detuvo mirando de frente a Legrave. Tenía cogida la espada por debajo de la empuñadura, como un cura sostiene la cruz.

—Yo, Jacques Molay, gran maestre de la orden de los templarios, os considero a vos, *sir* Ralph Legrave, caballero de la misma orden, culpable de los delitos de asesinato y traición. ¿Tenéis algo que decir al respecto?

Legrave levantó la cabeza, pero guardó silencio.

—Se ha dictado sentencia —entonó Molay—. La ejecución será mañana por la mañana, con la primera luz del día.

—¡Pero no podéis hacer eso! —exclamó Corbett.

—¡Volved a vuestra cancillería! —replicó con dureza Molay—. Volved a vuestras cartas, a vuestros escritos, archivos y permisos reales. Yo tengo el poder del hacha, el cadalso y el látigo. Hermano —dijo Molay mirando de nuevo a Legrave—, os lo pregunto por última vez: ¿tenéis algo que decir?

—Nada —replicó Legrave—. Excepto, gran maestre... —miró a su alrededor,

contemplando la estancia por última vez y añadió—: Un día todo esto terminará porque nuestra causa está perdida. Nuestros días están contados. Nuestra casa acabará por derrumbarse.

Molay se dirigió a la puerta y volvió con un grupo de sargentos. Symmes puso a Legrave de pie. Molay le quitó el talabarte, la insignia de todo caballero.

—Que le vea un cura —carraspeó Molay—. Que le absuelva de todos sus pecados.

El prisionero se dio la vuelta y, sin mirar atrás, salió del vestíbulo.

Corbett se dirigió al gran maestro y le tendió la mano.

—Gran maestro, me despido de vos.

Molay le agarró por el puño, Corbett se sobresaltó por la fuerza con que el templario le cogió. Ranulfo soltó una maldición y dio un paso al frente.

—Sois nuestro invitado —declaró Molay—. Es demasiado tarde para que volváis a York. Además, sois el comisario del rey y debéis presenciar la ejecución.

El corazón de Corbett dio un vuelco. Molay tenía razón. Debía presenciar la muerte de Legrave; el rey así lo querría.

—¿Acaso os oponéis? —preguntó Molay con curiosidad, todavía sujetando el puño de Corbett.

—No me gusta ver morir a ningún hombre —replicó Corbett—. Y menos aún decapitado.

Molay le soltó la mano.

—Será rápido —añadió—. Y ahora ordenad a vuestros criados que se retiren. Branquier y yo tenemos algo que deciros.

—Amo —protesto Ranulfo—. No es...

—Sir Hugo estará seguro —le tranquilizó Molay—. No le pasará nada. Tenéis mi palabra.

Corbett asintió, y Ranulfo y Maltote se dirigieron de mala gana hacia la puerta.

—Esperadle en la casa de invitados —dijo el gran maestro—. Tardará un poco, pero no tenéis por qué preocuparos.

Cuando se cerró la puerta, Molay hizo un gesto a Corbett para que se sentara, a su otro lado estaba Branquier.

—Teníais vuestras sospechas, ¿no es cierto? —preguntó Corbett.

—Descifré el juego de palabras de Baddlesmere —replicó Molay—, aunque no podía creer que fuese verdad.

—¿Y la conspiración con el rey Felipe de Francia?

—Se me pasó por la cabeza —confesó Molay—. En el capítulo de París, Legrave desaparecía bastante a menudo. Me pregunté si estaría entrevistándose con alguien de la corte en secreto. Siempre hemos sido un estorbo para el rey de Francia. Le recordamos constantemente a su santo abuelo, y cómo nos ayudó a luchar en Tierra Santa. Pero hay algo más: hace unos dieciocho meses, el rey Felipe, que ahora es viudo, solicitó ser miembro de nuestra orden.

—¿Por qué? —preguntó Corbett sorprendido.

—Por la fama. Quizá por nuestras riquezas, o quizá para conocer nuestro gran secreto.

—¿Qué secreto?

Molay cruzó una mirada con Branquier.

—Merece saberlo —afirmó con calma.

Branquier respiró ruidosamente.

—Está decidido —continuó Molay. Se aflojó el cuello de la camisa y sacó un relicario de oro del que colgaba un grueso trozo de cristal que colocó sobre la mesa. Acercó la vela.

—¿Qué es esto? —preguntó Corbett.

—Un trozo de la verdadera Cruz —explicó Molay—, que pudimos rescatar antes de que perdiéramos la batalla de Hattin. Poned la mano sobre él.

Corbett obedeció.

—Ahora jurad —insistió el gran maestro— que lo que veréis esta noche no lo explicaréis a nadie ni lo comentaréis con ninguna otra alma viviente.

—Lo juro —replicó Corbett. Sabía que los templarios estaban a punto de revelarles el gran secreto de su orden, origen de todos sus rituales, cámaras secretas y ceremonias celebradas al amanecer.

—Lo juro —repitió— por la Cruz del Salvador.

Molay volvió a colgarse el relicario alrededor del cuello y, sin mediar palabra, acompañado de Branquier, condujo a Corbett fuera de la estancia. Subieron las escaleras de la galería hasta llegar a la cámara secreta, guardada fielmente por una compañía de soldados. Molay abrió la puerta, pero no apartó a Corbett. Por el contrario, salió al poco rato llevando entre las manos el tapiz que Corbett ya había visto la primera vez que entró en la sala. Los soldados templarios permanecían de pie como estatuas, con la cabeza baja, mientras Corbett era conducido a otro tramo de escaleras que llevaba a la pequeña capilla. Molay colgó el tapiz en un gancho que había en el borde del altar y que se alzaba sobre un estrado. Las antorchas y las velas estaban encendidas e iluminaban la oscura habitación. Pusieron tres cojines en el suelo y Branquier hizo una señal a Corbett para que se arrodillara, tras la cual él lo hizo a su lado. Molay cogió el marco del cuadro y lo sacó. Después levantó el tapiz y dejó al descubierto un pálido lienzo. Corbett pudo ver que se trataba de una tela muy antigua, amarillenta por el paso del tiempo y en la que aún se podían distinguir los trazos de un perfil. Molay puso dos velas a cada lado del cuadro, de modo que la imagen de la tela quedó aún más iluminada. Se acercó y se arrodilló al lado de Corbett.

—Mirad, *sir* Hugo —susurró Molay—, mirad y adorad.

Corbett miró con atención. Mientras lo hacía, sintió que estaba solo en aquella sala. Sus ojos se fijaron en el contraste de luz y oscuridad; el corazón le dio un vuelco y empezó a notar un sudor frío por todo el cuerpo. La imagen, pintada con una

sustancia de color orín, era la de un rostro coronado de espinas. Los ojos estaban cerrados; el cabello, enmarañado y ensangrentado a cada lado de la alargada cara; la nariz, grabada con trazos muy precisos en un cuerpo inerte; los labios, carnosos, ligeramente separados, y los pómulos todavía mostraban marcas, cortes y heridas. Molay y Branquier se inclinaron hacia delante, con la cara casi a ras de suelo, y rezaron:

—Te adoramos, oh, Cristo, y te rezamos, porque con tu Cruz sagrada has redimido los pecados del mundo.

Corbett no podía apartar la mirada. La imagen parecía estar viva; daba la impresión de que, con tan solo extender la mano y tocarla, la cabeza se movería, la cara cobraría vida, los ojos se abrirían.

—¿Acaso es...? —susurró y luego recordó las historias y leyendas sobre el lienzo que cubrió el rostro de Jesús crucificado. Algunos decían que se había visto en Lucca, Italia. Otros en Roma, Colonia o Jerusalén. Molay se enderezó. Dejó que Corbett contemplara la imagen unos instantes más, luego apagó las velas y volvió a cubrir el rostro con el tapiz. Se sentó en el estrado enfrente de Corbett.

—Es lo que pensáis —murmuró—: es el Santo Sudario. La sábana que José de Arimatea y Nicodemo utilizaron para cubrir el rostro de Cristo en la tumba. De algún modo, en el lienzo quedó grabada la cara del Señor. Durante años se mantuvo escondido, pero, cuando las tropas invasoras saquearon Constantinopla en 1204, llegó a manos de nuestra orden. —Hizo un gesto con las manos—. Esto es lo que veneramos durante las últimas horas de la noche. Esta es la fuente de todas las habladurías que afirman que los templarios adoran a más de un Dios y celebran rituales secretos. Este es nuestro gran secreto, y, en definitiva, lo que nos quería arrebatar el rey Felipe de Francia.

Corbett aguantó el equilibrio sobre sus talones y asintió. Cualquier rey daría una fortuna por tener lo que acaba de ver. Si el rey Felipe lo conseguía, utilizaría el sudario para demostrar cuan sagrado era su reino y, si las circunstancias lo requerían, sería capaz de subastarlo por una buena cantidad de dinero. Toda la cristiandad se pelearía por hacerse con él.

Molay se acercó y ayudó a Corbett a levantarse.

—Solo los elegidos de nuestra orden pueden ver lo que vos habéis visto —dijo—. Ahora ya os podéis ir, *sir* Hugo, pero nunca digáis una palabra de lo que habéis presenciado esta noche.

Corbett se puso en pie y abandonó la pequeña y misteriosa capilla. Volvió a su celda en la casa de invitados. Maltote ya estaba durmiendo, pero Ranulfo estaba deseoso de felicitar a su amo y acribillarle con toda clase de preguntas acerca de lo que había pasado. Sin embargo, Corbett se limitó a mover la cabeza negativamente. Se sacó las botas, se subió a la cama y se tapó con la capa.

—Pero, amo —insistió Ranulfo—, seguro que algo me podréis contar.

Corbett, medio erguido, apoyado en un solo codo le dijo:

—Solo una cosa, Ranulfo, y no me preguntes nada más. Soy un hombre afortunado: esta noche he podido ver el origen del mal y la fuente de toda luz. ¡He visto ambas cosas, el cielo y el infierno!

A la mañana siguiente Corbett, acompañado de Ranulfo y Maltote, permanecía de pie en la puerta principal de Framlingham. Todavía no habían salido los rayos del sol y la espesa niebla se colgaba de las ramas de los árboles y se balanceaba envuelta por una fría brisa que daba a los jardines de la casa un aspecto tenebroso. Molay había insistido en que todos los templarios estuvieran presentes y formaran filas alrededor de una plataforma de madera sobre la que se había colocado un tajo con una enorme hacha de doble filo al lado. Enfrente había una pequeña cesta llena de paja y cubierta con serrín. El gran maestro permanecía de pie en la plataforma recitando el *De profundis*, el salmo de la muerte. Se echó a un lado cuando un soldado, vestido de negro de pies a cabeza y con una máscara roja cubriendo su cara, subió los primeros escalones de la tarima. Empezó a sonar un tambor mientras Legrave, con sus botas, unas calzas y una camisa de lino blanca fue conducido a través de la puerta principal de la casa. Su rostro estaba muy pálido, pero, aparte de eso, no demostraba ningún síntoma de miedo. Subió a la plataforma y se arrodilló ante el tajo. Molay se le acercó y le susurró algo al oído. Legrave sonrió levemente, pero retiró la cabeza para no escucharle. Molay dio un paso atrás. El verdugo ató las manos de Legrave a su espalda y tiró de su cabeza hacia delante. Durante unos segundos el prisionero permaneció impasible, con el cuello extendido hacia abajo y los ojos cerrados. Pero luego, de repente, levantó la vista. El verdugo iba a colocarlo de nuevo frente al tajo, pero se detuvo al ver como Molay sacudía la cabeza. Legrave contempló el cielo y luego paseó la mirada entre la multitud que acudió a presenciar su muerte.

—Hará un buen día —dijo con un hilo de voz—. Saldrá el sol, la niebla desaparecerá. Hermanos... —la voz se le quebró—. Hermanos, no me olvidéis —y volvió a colocar la cabeza sobre el tajo. El verdugo le bajó un poco la camisa y dio un paso atrás. Sonó el tambor. El hacha se levantó. La hoja emitió un destello en el momento en que se abalanzó, cortando el aire, sobre el cuello de Legrave y lo atravesó dejando al descubierto sus venas y tendones. Corbett cerró los ojos, rezó por lo bajo una oración y se marchó abriéndose paso entre la multitud.

En el palacio del arzobispo de York, el rey Eduardo de Inglaterra y Juan Warrenne, conde de Surrey, reclinados en los cómodos asientos de la ventana, contemplaban la escena que acontecía en el patio. Corbett, Ranulfo y Maltote preparaban sus caballos y dos ponis muy tercos de los establos reales para su viaje hacia el sur del país. Corbett, montado en su caballo, contemplaba la gran verja con la mirada perdida, como si estuviera calculando cuánto tiempo tardaría en llegar de York a su casa en Leighton. El rey, conteniendo su enojo, observaba con la mano extendida el Gran Sello.

—Vuestra majestad, me marchó —le había dicho Corbett—. Deseo estar de camino a mediodía. Yo he cumplido con mi palabra y ahora os toca a vos cumplir con la vuestra.

El rey puso cara larga y luego montó en cólera. Gritó y suplicó, pero Corbett era muy obstinado.

—¡Vuestro rey os necesita! —gritó el rey Eduardo lleno de desesperación.

—También mi mujer y mi familia —replicó Corbett con calma, sacándose el anillo del dedo y el sello de su monedero. Se acercó y los depositó en la mano del rey.

—Majestad —había dicho el escribano— hasta un perro fiel obtiene un hueso como recompensa.

—Pero ¿por qué ahora? —dijo el rey tirando de la túnica de Corbett.

—Estoy... —dijo con la mirada extraviada—. Estoy cansado —añadió secamente—. Estoy harto de ver sangre y violencia por todas partes. Dejo mi trabajo. Lo único que quiero es sentarme en casa y contar mis ovejas, irme a la cama con mi mujer y dejar de dormir con una daga debajo de la almohada mientras Ranulfo y Maltote hacen guardia en la puerta.

Corbett cerró la mano con que el rey sostenía su sello y su anillo, giró sobre sus talones y salió de la estancia gritando a Ranulfo y a Maltote que regresaban a casa. Warrenne siguió la mirada del rey Eduardo.

—Podría detenerle —se ofreció el conde—; dejadme que disponga de diez de nuestros mejores arqueros. Los iré a buscar a las puertas de la ciudad y los traeré de vuelta.

—¡Por el amor de Dios! ¡No digáis estupideces! —gruñó el rey. Luego se acercó al conde y le pellizco la mejilla—. Sois un buen hombre, Juan. Si os dijera que montarais un pura raza y me trajerais la luna, seguramente lo haríais —cogió el anillo y el sello de Corbett y en un arrebato de ira los tiró sobre las esteras, aunque puso gran cuidado en no perderlos de vista—. Yo he hecho de Corbett el hombre que es ahora —añadió con seriedad—. Y lo que he forjado una vez, puedo forjarlo de nuevo.

Aunque las palabras salían de su propia boca, el rey Eduardo sabía que estaba mintiendo. Echaría de menos a Corbett, su oscuro y discreto escribano, su extraño sentido del humor, su pasión por la justicia. Corbett era «su ángel de la guardia», tal como había dicho un día.

—Ha hecho un buen trabajo —reconoció Warrenne de mala gana—. ¿Creísteis a maese Hubert Seagrave?

El rey Eduardo sonrió.

—No. La verdad puede descubrirse de muchas maneras, pero que un rico vinatero venga a confesar sus pecados, con sus arcas llenas de antiguas monedas de oro, suplicando perdón porque se siente arrepentido... —el rey Eduardo se encogió de hombros. Señaló con un dedo el patio—. Puede que el cerebro de Corbett sea de acero, pero tiene un corazón de cera. Sospecho que él tiene algo que ver en todo ese asunto. Sea como sea, ahora mis arcas vuelven a estar llenas, mis funcionarios del

Tesoro están que bailan de contentos. Y no hablemos del precio tan razonable que Seagrave nos ha puesto por la compra de sus toneles de vino.

—¿Y Craon? —preguntó el conde.

—No hace más que quejarse de todo —replicó el rey Eduardo—, y asegura que se siente muy ofendido y ultrajado por lo sucedido. Ese bastardo mentiroso protesta demasiado. Ha dicho que piensa regresar al lado de mi querido hermano de Francia y que tendremos noticias suyas. ¡Oh, qué bien! ¡Tendremos noticias suyas! Solo nos llegarán furiosas quejas y todo tipo de acusaciones; luego el rey Felipe volverá a tender su tela de araña y volveremos a tener otra conspiración. Ha depositado su confianza en los templarios y con ellos tendrá que vérselas, pero eso no sucederá mientras yo me siento en el trono de Westminster.

El rey Eduardo se puso en pie y se dirigió a la mesa.

—Legrave ha muerto —continuó—. Molay volverá a Francia para aceptar las protestas del rey Felipe defendiendo su inocencia en este asunto. Incluso hasta será capaz de ofrecerle al rey un préstamo —se sentó y empezó a hojear los libros que Corbett había tomado prestados de la biblioteca del arzobispo—. Pero ese fuego...

—Ya habíais oído hablar de él con anterioridad, ¿verdad?

—¡Oh!, por supuesto —mintió el rey, e indicó a Warrenne que se acercara a él. Se acodó sobre la mesa, apoyando la cara entre las manos—. Durante el verano —musitó— tengo intención de poner fin a la marcha escocesa. Enseñaré a Wallace y a sus rebeldes una lección que nunca olvidarán —cerró las tapas del libro—. Quiero que todos los escribanos al mando del material bélico lean estos libros. Lo que Corbett ha descubierto, también pueden descubrirlo ellos. Ese canalla de Claverley, al que recompensaré, puede ayudarnos. Mi buen conde, pienso poner en práctica inmediatamente ese misterioso fuego en el norte. ¡Voy a arrasarlo con sus llamas todos los brezos que me encuentre por el camino!

El rey Eduardo escuchó un ruido procedente del patio de abajo. Se levantó y se asomó a la ventana. El corazón le dio un vuelco: Corbett se había ido.

Nota del autor

Los sucesos que se narran en esta novela se basan en hechos históricos. La ciudad de York es tal y como la he descrito, aunque a veces he alterado ligeramente los nombres de algunos lugares muy conocidos, como por ejemplo Botham Bar en lugar de Bootham Bar.

La introducción de la pólvora en el arte militar inglés fue expuesta por Henry W. Hiñe en su libro *Gunpowder and Ammunition, Their Origin and Progress*, publicado por Longmans en 1904. El autor presenta un estudio erudito de la pólvora y, además, hace referencia al *Liber Ignium*, así como a los secretos de la obra del fraile Bacon que se mencionan en este libro. Incluso hoy en día, los estudiosos no han logrado descifrar la totalidad de los complejos anagramas y el lenguaje críptico con el que Bacon ocultó su fórmula. ¡Quizás el buen fraile se dio cuenta de los peligros que podría conllevar su descubrimiento! El fuego griego fue utilizado por los bizantinos y durante un tiempo fue su máspreciado secreto. Los comentarios del rey Eduardo I al final de la novela se basan en sucesos históricos. Los acontecimientos de *El fuego del diablo* se enmarcan en el año 1303. Según el libro de Hiñe (pág. 50), el rey Eduardo arrasó las tierras del norte en 1304 y utilizó por primera vez el misterioso fuego en el cerco del castillo de Stirling. Hacia 1319 los escoceses habían aprendido la lección y también el secreto del fuego, que fue revelado por un ingeniero flamenco.

La caída de la ciudad de Acre y las consecuencias que tuvo para la orden de los templarios también han sido narradas con fidelidad. El rey Felipe de Francia intentó adherirse a la orden pero no fue aceptado. Hay pruebas que demuestran que intentó poner al rey Eduardo en contra de los templarios, pero finalmente no pudo llevar a cabo su propósito. Sin embargo, en 1307, tras la muerte de Eduardo I, el rey Felipe lanzó un ataque masivo sobre los templarios, acusándoles de brujería, sodomía y de adorar a una cabeza cortada. La Corona inglesa fue una de las pocas instituciones que defendió a la orden y, durante algún tiempo, el rey Eduardo II intentó evitar que se cumpliera la petición de su suegro de acabar con el Temple en Inglaterra. Sin embargo, el rey Felipe se salió con la suya: los templarios fueron destruidos y, en 1313, Jacques Molay fue quemado vivo ante la catedral de Notre-Dame en París. El gran maestro de los templarios siguió afirmando hasta el último momento que era inocente. Anunció a Felipe de Francia que se encontrarían «ante el tribunal del Señor antes de que se cumpliera un año». También profetizó que la monarquía francesa duraría hasta la decimotercera generación. Molay no se equivocó: Felipe IV murió el mismo año. Sus tres hijos murieron cuando eran solo unos niños y su nieto, Eduardo III de Inglaterra, reclamó el reino de Francia y sumió a Europa Occidental en la Guerra de los Cien Años. Luis XVI, que integraba la decimotercera generación, murió en la guillotina y pasó sus últimos días en la prisión del Temple en París.

No cabe duda de que los templarios estuvieron en posesión del Santo Sudario, el lienzo que cubrió el rostro de Cristo. Eso explicaría no solo las leyendas sobre la

adoración de la comunidad a una cabeza cortada, sino, además, su frecuente aparición como símbolo en el arte de los templarios, tal como demuestran las recientes excavaciones en Templecombe, Dorset.